

Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS



VERANO 1981

II EPOCA

Nº4

M.L.Salvadori LA CRISIS DE LA IDEA DE IZQUIERDA

MORAN
España y Francia

ARAMBERRI
El círculo mágico

COEN
El PSI tras el congreso
de Palermo

BARON
Norte - Sur : sobrevivir
solidariamente

SADABA
¿Es posible una política
sin teología?

GOYTISOLO
El moro en nuestra
literatura

BARRAL
Autores y librerías

KOLAKOWSKI
Entrevista

Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

VERANO 1981

II EPOCA

Nº 4

Fundada en 1934 por Luis Araquistain

Director:

Salvador Clotas.

Comité de Dirección:

Antonio G. Santesmases
Francisco Laporta
M. Reyes Mate
Julio R. Aramberri
Miguel Satrústegui

Comité Asesor:

Pedro Altares	Salvador Giner
Joaquín Arango	Enrique Gomáriz
Carlos Barral	J. A. González Casanovas
Carlota Bustelo	E. Haro Tecglen
J. María Castellet	Marta Mata
Fernando Claudín	J. M. Reverte
Elías Díaz	Santiago Roldán
M. A. Fernández Ordóñez	X. Rubert de Ventós
F. Fernández Santos	

Coordinador:

Manuel Ortuño Armas

Las ideas vertidas en cada artículo son responsabilidad de sus autores. LEVIATAN no se identifica necesariamente con sus contenidos.

Editada por la Fundación Pablo Iglesias.

Redacción y Administración: Núñez de Balboa, 121,
Madrid-6. Tefs. 411 20 54-411 17 59.

Maqueta: Bering Comparini

Produce: Comunicación Editorial.

Distribuye: Distribuciones de Enlace, S.A.

Suscripciones: Soysa.

D. Legal: SE-466-1978

Imprime: ELICA. Boyer, 5. Madrid-32.



INDICE

Presentación	5
ACTUALIDAD	
J. R. ARAMBERRI. <i>El círculo mágico</i>	7
F. MORÁN. <i>España y Francia</i>	17
E. BARÓN. <i>Norte-Sur: sobrevivir solidariamente</i>	31
F. COEN. <i>El PSI tras el congreso de Palermo</i>	39
M. SÁNCHEZ AYUSO. <i>La estrategia económica de los laboristas</i>	47
OPINION	
C. BARRAL. <i>Autores y librerías</i>	57
ANALISIS Y DEBATE	
M. L. SALVADORI. <i>La crisis de la idea de izquierda</i>	61
J. SADABA. <i>¿Es posible una política sin teología?</i>	75
J. GOYTISOLO. <i>Cara y cruz del moro en nuestra literatura</i>	87
ENTREVISTA LESZEK KOLAKOWSKI	97
NOTAS	
J. LEGUINA. <i>La generación del 62 en el balneario</i>	107
LIBROS	
R. MATE. <i>Socialismo y ética</i>	110
F. LORDA. <i>Después del socialismo</i>	112
A. SANTESMASES. <i>La rebeldía antipolítica</i>	116
J. F. NORIEGA. <i>La energía nuclear a debate</i>	118
V. CLAUDÍN. <i>La nueva novela de García Márquez</i>	119
ARTE/CINE	
V. AGUILERA CERNI. <i>Otra vez el Guernica</i>	122
SOLSONA, MOYA, ALMELA. <i>Henry Moore</i>	123
A. GÓMEZ-OLEA. <i>Berlenga</i>	126
J. BESTEIRO. <i>La nueva política: Roosevelt</i>	131



¿CALIDO Y LARGO VERANO POLITICO?

Salvador Clotas

Es casi tradicional en esta España donde los malos gobiernos también lo son, iniciar el verano con una tormenta de interrogantes y amenazas respecto al otoño que se avecina. Otoños calientes que vienen siendo costumbre —también la política las tiene— de nuestra transición. Pero este verano de 1981 llega con nubes más próximas y menos altas, que no permiten ni la mínima comodidad de proyectar nuestra inquietud a la próxima estación. Tiene el ciudadano la legítima impresión de que el gobierno del señor Calvo Sotelo —¿vigilante vigilado o vigilado vigilante?— no infunde ya ese poco de confianza que podría permitir trasladar las preocupaciones colectivas a días más fríos y menos largos. ¿Cómo no ver con intranquilidad este verano que ha empezado ya?

Sin una recta —además de estricta y rigurosa— aplicación de la justicia, cualquier sociedad acaba perdiendo la confianza en sí misma, cualquier régimen político inicia un peligroso descenso a sus infiernos. Hay que empezar

PRESENTACION

a decirlo en voz alta. No se puede demorar ni escamotear importancia a la vista de los juicios de los responsables del 23-F. Son presuntos culpables de un delito tan grave como el de traición, y cualquier estado de derecho —y España lo sigue siendo— castiga con gran contundencia los ataques a los propios cimientos del régimen. El anecdotario sobre las condiciones de vida de los arrestados despierta un sentimiento de indignación generalizada que bien a las claras traduce un deseo de justicia y de defensa de las instituciones democráticas por parte de una inmensa mayoría del pueblo español.

Y el mismo rigor y la misma prontitud hay que exigirlo también en el esclarecimiento de los hechos ocurridos en Almería. Cuando los rumores vienen a sumar a las graves presunciones terribles sospechas, se hace ineludible que sea la justicia la que establezca la verdad alrededor de esas muertes que contribuyen a oscurecer el panorama político de una forma determinante. Esta democracia que ha recibido un variado florilegio de epítetos desde su inauguración es hoy, sobre todo, a la luz del 23-F y de los muertos de Almería, *una democracia en entredicho*. El ciudadano de a pie tiene derecho a inquirir dónde o en quién falta el convencimiento para que el régimen democrático se defienda con todos los medios que le sean propios. El primero, la Justicia.

Llenan las páginas de *Actualidad* de este número de LEVIATAN una serie de trabajos sobre aspectos importantes de nuestras relaciones políticas con algunos países europeos, y otros temas relativos a los socialismos italiano y británico. El triunfo socialista en Francia, y sus repercusiones en las relaciones bilaterales, el congreso del PSI, la alternativa económica de los laboristas y las relaciones Norte-Sur, y nuestro provincianismo internacional, son los temas que respectivamente desarrollan F. Morán, F. Coen, director

PRESENTACION

de la revista *Mondoperaio*, M. Sánchez Ayuso y E. Barón.

LEVIATAN sigue y seguirá ocupándose de analizar el estado de nuestra democracia. J. R. Aramberry escribe su versión personal, y lúcidamente crítica, sobre la transición después del intento frustrado de golpe de Estado; y si el abajo firmante tendría alguna duda en suscribir la totalidad de ese interesante trabajo, no la tendría en recomendar una atenta y reflexiva lectura.

Abre la sección de *Análisis y Debate* un ensayo de M. L. Salvadori que, aunque reciente, ha sido ya objeto de muchas menciones y comentarios; el tema de la relación entre el PSI y el PCI adquiere en este trabajo un valor que trasciende al contexto italiano y se convierte en una reflexión genérica-

mente válida sobre la crisis de algunas de las ideas que la izquierda creyó inamovibles. El ensayo de Juan Goytisolo introduce en esta sección el tema cultural —literario— que la redacción de LEVIATAN desea que ocupe un espacio importante en la publicación.

Por un error, en el número anterior de esta revista aparecía la entrevista con Julio Cortázar sin firmar. El autor de la misma es Victor Claudín; a él y a todos los lectores pido disculpas por el involuntario descuido.

La entrevista con el filósofo polaco Kolakowski y las habituales secciones de libros, arte, cine, etc., nos llevan hasta las últimas páginas que en este número con vocación internacional se dedican a la recuperación de un artículo de J. Besteiro sobre Roosevelt.

EL CIRCULO MAGICO

Julio R. Aramberry



El intento de rebelión militar de los días 23 y 24 de febrero pasados ha precipitado al país y, en especial, a la izquierda a una situación de pasividad y laxitud que dura ya demasiado. Ese sentimiento de impotencia no se corresponde ni con la situación real ni con la actitud esperable de unos partidos que se proponen cambiar la vida o profundizar la democracia.

LA FRAGILIDAD DE LA DEMOCRACIA ESPAÑOLA

Sin embargo, partiendo de las más altas cumbres de la izquierda, se ha generado una tendencia que, inconsecuentemente, tiende a minusvalorar las causas reales de los hechos o, al me-

nos, a no plantearlas de modo profundo y públicamente. Hablar de conjuros o sortilegios para enfrentar una realidad tan compleja como la presente no es la mejor forma de abrir paso a una comprensión racional de sus problemas. Lo acontecido en aquellas jornadas puede y debe examinarse en términos de relaciones entre fuerzas sociales, de coyuntura específica, de cri-

sis del sistema política impuesto por consenso en los últimos años.

Es lógico que haya resistencias a llevar a cabo un análisis a fondo de la política de la transición y de su continuación a partir de 1979 por parte de quienes fueron sus principales defensores y responsables. Nunca es sencillo reconocer que las propias acciones, junto con otras causas, han dado estos frutos amargos. Pero, por más que se hable de maldiciones o que, como otros, se afirme, una vez más, aquello de *ya lo había dicho yo*, es tarea inexcusable de las fuerzas de izquierda en España hacerse una idea más compleja de la situación actual que la que brota del golpe y del miedo a su respiración.

Un paso en ese sentido lo dan quienes afirman la gran fragilidad de la democracia española, de la que esos sucesos serían consecuencia. El diagnóstico es ciertamente irreprochable, pero posiblemente no lo sean tanto los razonamientos que llevan a él. Si es cierto que nuestra democracia es frágil, no lo es menos que, comparativamente, es hoy mucho más frágil que en el momento de iniciarse la transición, en 1976-77. Su fragilidad no es otra que la de un sistema político parlamentario que se ha ido separando progresivamente del pueblo español para perderse, a menudo, en una nebulosa de desconexión con la que, lógicamente, pocos son quienes, más allá del hemiciclo y los estados mayores de los partidos, pueden sentirse identificados. Para decirlo con acertada expresión de Gianfranco Pasquino, es la fragilidad de una democracia sin el pueblo. Nuestra democracia es frágil, y aquí seguramente discrepamos de los autores del argumento, porque, sobre todo, la izquierda en su conjunto ha aceptado recortarla y autolimitarse hasta el punto de que su futuro carece prácticamente de interés para muy amplios

sectores de nuestra sociedad que la ven como cosa de políticos.

Este es el círculo mágico en que se ha movido la sociedad española desde 1977 y que ha acabado por minar a la democracia desde su interior. Las grandes fuerzas de la izquierda planteaban correctamente el peso de determinados sectores e instituciones sociales, procedentes de la dictadura, pero, en vez de dotarse de los medios necesarios para afrontar los indudables problemas que eso representaba, optaron por aceptar el pacto propuesto por la representación política de la derecha, a saber, intercambiar su aceptación de las formas políticas de un régimen democrático (Constitución, elecciones, autonomías, parlamentarismo, etc.) por el mantenimiento en su integridad del aparato de Estado configurado durante el franquismo (Ejército, Tribunales, Policía, Administración Civil, etc.).

Algunos, pocos y mal vistos, dijimos entonces que ambas cosas no podían ser compaginadas y que su incompatibilidad no podía superarse *con imaginación*, que el mayor peligro para la democracia española provendría necesariamente de ese aparato de Estado a cuya depuración y democratización se renunciaba. Pero se decía que eso era revanchismo incompatible con la reconciliación nacional y la superación de la guerra civil. Por el contrario, el milagro político español consistiría, se argumentaba, en hacer posible esa convivencia de opuestos. Hoy ya sabemos que los milagros son tan imposibles en la vida social como en el reino de la naturaleza.

Pero tuvo que aparecer el siniestro tricorno del teniente coronel Tejero para que nos diésemos cuenta de la imposibilidad del prodigio. Hasta entonces, la política de la izquierda española se había metido en el círculo mágico de

**Si es cierto que nuestra
democracia es frágil, no lo es
menos que, comparativamente, es
hoy mucho más frágil que en el
momento de iniciarse la transición**

la fragilidad reforzada. La moderación trajo el consenso y la política invisible y ésta, a su vez, la necesidad de atemperarse siempre a las exigencias de los poderes fácticos, de limitar progresivamente las exigencias políticas y sociales así como la vida de los sujetos autónomos que intentasen defenderlas. El *realismo* fue acompañado del abandono por parte de las fuerzas parlamentarias de todos aquellos movimientos que pudiesen causar dificultades en el diálogo con los intermediarios de los poderes fácticos, ya fueran los movimientos de los soldados, de mujeres, vecinales, ecologista, etc. Pero, lejos de disminuir la fragilidad de la democracia, esta vuelta de la tuerca la reforzaba. Al no ver resistencia, crecieron aún más las exigencias y las campañas de la derecha y los *realistas* volvieron a sacar la misma conclusión: seguir cediendo en bien del sistema. Lo que, a su vez, separaba más y más a los partidos de sus bases militantes y al parlamento de la sociedad. Y, luego, vuelta a empezar. Cundía sí el desencanto y hasta algunos intelectuales como Aranguren lo podían teorizar con visos de plausibilidad, pero las fuerzas de izquierda seguían aferradas a la idea de que no era posible ninguna otra actitud para salvar la democracia. Al final, ni siquiera esa moderación creciente sirvió de nada. El tricordio de Tejero demostraba, en la práctica, que Aquiles siempre acaba por alcanzar a la tortuga.

La indudable fragilidad inicial de nuestra democracia dio paso a una política que la hizo aún más frágil. Sus limitaciones se reforzaron y, en muchos campos de la vida social, las libertades y derechos reconocidos por la Constitución no eran más que un trozo de papel que diversos funcionarios estrujaban entre sus manos.

Creo que es posible llegar hoy a un

**La indudable fragilidad
inicial de nuestra política
dio paso a una
política que la hizo
aún más frágil.**

balance sumario, pero no menos cierto en su afirmación lapidaria. La política de moderación ha fracasado. No ha servido para hacer que el sistema político sea más respetado y aceptado por quienes siempre fueron sus enemigos. Antes bien, nos ha dejado en peor situación de la que teníamos a su comienzo. No es casualidad. Los movimientos sociales tienen su propia dinámica y, una vez que, como en el caso español, se les conduce a la disipación de su potencial de presión, tardan mucho en poderse recomponer. Seguir insistiendo en ese mismo camino, como se ha hecho después del 23 de febrero, con la votación afirmativa (PSOE) o la abstención cómplice (PCE), ante leyes tan antidemocráticas como la llamada de Defensa de la Democracia es reincidir en el error.

Seguramente esta crítica será contestada, como de costumbre, con aquello de «si hemos seguido este camino de moderación y ahí están los resultados, ¿qué no habría sucedido de haber defendido otro más firme y enérgico?». Es una trampa en la que no se debe caer. Si nos atenemos a los hechos, lo único que podemos juzgar es esta política de moderación y la única conclusión posible es que ha fracasado; que, lejos de reforzar las posibilidades del régimen democrático, ha contribuido a su disminución.

Por eso creo que es menester enderezar camino y romper el círculo mágico de la impotencia. La democracia sólo puede consolidarse mediante la defensa firme de sus principios y sus prácticas políticas y sociales, nunca con actitudes tibias frente a los comportamientos autoritarios ni con no querer ver lo que salta a la vista. Lo que no es sólo cuestión de buenos deseos. Aunque se haya perdido un terreno considerable, un análisis frío de la situación actual puede permitir recuperarlo y aún mar-

car más puntos para asentar firmemente el régimen democrático en nuestro país.

La implausibilidad del golpe militar

Lo primero que requiere un análisis es la situación de la derecha, en su conjunto, y sus relaciones con la institución militar y otras represivas, que permitan hacerse una idea de nuestra posición.

Ante todo, conviene recordar algo en lo que no se insiste bastante: el intento de rebelión militar fracasó. De haber sido tan poderoso y amplio como se ha dicho en ocasiones, difícilmente podríamos estar escribiendo ahora estas líneas.

Los medios de comunicación han insistido una y otra vez en el papel determinante del Rey y de las propias fuerzas armadas en ese resultado. No vamos a discutir ahora esto, pero, si no queremos caer en la imaginaria del *western*, difícilmente hubiera podido lograr ese resultado un hombre sólo ante el peligro. El fracaso del golpe militar se debe, ante todo, a su falta de unidad política interna y, también, a la implausibilidad del mismo para amplios sectores de las fuerzas de derecha que el Rey representó con su actitud leal a la Constitución. Esto es algo que conviene tener en cuenta.

Por causas históricas recientes, en las que no podemos entrar ahora, hay una notable descompensación en la ideología, el peso social y el poder político de la derecha española y las instituciones armadas. La mayoría de las fuerzas sociales de derechas ven hoy al régimen democrático como la mejor forma posible de organizar el contrato social. Que gentes y órganos de expresión con la tradición de Fraga o de «ABC» se muestren inequívocamente en contra de las soluciones golpistas, dice mucho en favor de esa tesis.

La extrema derecha sigue siendo notablemente minoritaria y sus conceptos obsoletos, que sus jóvenes matones ni se molestan en leer por aquello de la indigestión de letras, sólo hablan a un grupo de personas bastante adentradas en esto que se llama pudorosamente la *tercera edad*. Una de las pruebas más notables de ese aislamiento la da el hecho de que, pese a haberlo intentado a fondo, fueron por completo incapaces de convertir en apoyo social el indudable malestar popular causado por las recientes acciones criminales de GRAPO y ETA en Madrid.

Ahora bien, esa situación de las fuerzas sociales de derecha se invierte en el seno de las fuerzas armadas y los cuerpos de policía y guardia civil. Aquí la simpatía por las opciones autoritarias es notable, y, lógicamente, el poder de esos cuerpos armados opera con una considerable autonomía. Pero el problema no es tanto el de la descompensación de opciones políticas, cuanto la posibilidad de que esa autonomía de que gozan las instituciones armadas pueda ser completa. Estas, como la mayoría de la sociedad, se indignan con las actividades terroristas de ETA y GRAPO que les golpean directamente y tienden a disculpar, por compensación, el terrorismo de derecha y las actividades ilegales de algunos de sus miembros, como en el caso Arregui y en los crímenes de Almería. Numerosos sectores militares ven con desconfianza la contradictoria política autonómica que, en la derecha ucedista, es un auténtico juego de despropósitos y, en la izquierda, ocasión habitual para la demagogia incontrolada. Numerosos sectores militares ven con preocupación la crisis económica y social en que se halla el país y las dificultades

La política de moderación ha fracasado. No ha servido para hacer que el sistema político sea más aceptado por sus enemigos

para salir de la misma. Muchos, debido al aislamiento social en que viven, a su cultura política autoritaria y a su tendencia a creer que la sociedad pue-

de regirse con las mismas normas que un cuartel, son proclives a aceptar la propaganda insostenible de la extrema derecha y sus órganos de intoxicación que presentan al régimen democrático como raíz y origen de todos esos males.

Pues bien, ni aun así parece pensable que ese indudable descontento pueda hallar salida en un golpe militar, ni que éste signifique lo mismo para todos los sectores que verían con agrado un cambio de rumbo en la política presente. El fracaso de la rebelión militar reciente no hizo más que reflejar esa falta de propósito político unitario. Se ha hablado mucho de que el golpe era en realidad varios golpes, lo que parece bastante correcto. Pero en lo que no se ha insistido demasiado es en el hecho de que esos diversos golpes o estrategias no podían convivir porque representaban alternativas excluyentes.

Sin entrar ahora en investigaciones detectivescas ni en cotilleos periodísticos, parece que en el 23-F había, al menos, dos guiones posibles, a los que llamaremos situación A y situación B.

La situación A es la representada por Milans del Bosch y los insurrectos de Tejero. Su propósito, simple pero claro, podría resumirse en la vuelta a los momentos de *esplendor* del franquismo. El bando de declaración del estado de sitio en Valencia es todo un símbolo: se trataba de desmontar, en un primer momento, el régimen democrático para dar paso, mediante la oportuna represión, a un régimen corporativo y dictatorial, ése que defienden los decrépitos combatientes alcazareños. El propósito era firme, pero no menos cómico, en la medida en que el gesto marcial carecía de los medios necesarios para ser creíble. ¿Se ha reparado, por un momento, en el tipo de represión que hubiera sido necesario para su triunfo? Por macabro que sea el

¿Puede pensarse en la vuelta a las reglamentaciones de trabajo y a la imposición del sindicato vertical?

ejercicio, si tratamos de cuantificar su potencial mortífero, veremos que, para conseguir el objetivo de devolver España a 1939-40, hubiera sido necesario un

alto número de ejecuciones y encarcelamientos, tan alto que se hace difícil pensar que sea posible, más allá de la mente de Tejero y compinches, en las circunstancias actuales. Y junto a los muertos y desaparecidos, ¿podría pensarse seriamente en iniciar las depuraciones de maestros, funcionarios civiles y hasta militares y gentes de todo tipo para que la máquina burocrática funcionase con unidad de propósito?

¿Se ha reparado en las consecuencias que un golpe de ese tipo tendría para la sociedad española desde el punto de vista social y económico? Por más que las mentes simples de los golpistas y sus inspiradores lleguen a creer que la crisis económica es *cosa de rojos*, sus mecanismos no dejarían de operar y aun de agravarse. Lógicamente, la opción nacionalista que vendría impuesta por la estructura misma del golpe cegaría todas las posibilidades de acceso a la CEE. La política monetarista que se impondría llevaría a una rápida y seria contracción de la demanda que, a su vez, arruinaría a cientos de pequeñas empresas. Por lo que hace a las grandes, que podrían resistir mejor ese bajón, ¿puede pensarse en la vuelta a las reglamentaciones de trabajo y a la imposición del sindicato vertical? Aun en el caso de que todo esto fuera posible, es indudable que, al cabo de algunos, pocos, años, la situación de la derecha sería aún más difícil que en los últimos tiempos del franquismo y primeros de la transición. Pero, por eso, difícilmente podría el golpe discurrir por esta situación A.

Sucede, empero, que la B tampoco era mejor en cuanto a sus posibilidades, precisamente porque no podía ser tan simple y brutal como la anterior. La operación De Gaulle implicaba al-

gún grado de negociación con esa izquierda que no puede ser bruscamente borrada de la faz de la tierra. Tampoco era muy claro cómo esto podría llevarse a efecto: ¿golpe a la turca? ¿Ruptura constitucional momentánea para volver pronto a un régimen constitucional, aunque fuera más duro que éste? ¿Reforma constitucional por vías de hecho? Aparte de la falta de claridad, ¿no serían estos objetivos más fácilmente asequibles por la utilización de los mecanismos constitucionales actualmente previstos?

Lo que, en cualquier caso parece cierto, es que ha sido la indefinición de los propósitos y la incompatibilidad de los proyectos políticos lo que ha hecho fracasar la rebelión. La descomposición de la derecha a la que antes nos referíamos en sus planos civiles y militares, representada por la actitud del Rey, ha jugado una mala pasada a los golpistas y ha mostrado a las claras las limitaciones de esa opción que, de haber triunfado, lo hubiera hecho con un coeficiente de legitimidad inferior incluso a los que tuvieron los golpes de Chile y de Argentina.

Para la derecha, globalmente, el régimen democrático, puede que reformado y endurecido, pero democrático al fin, sigue siendo hoy la opción más rentable de todas. Para ella es mucho más positivo llegar a acuerdos como el recién alcanzado entre el Gobierno, la CEOE y las centrales mayoritarias sobre limitación salarial a cambio de un compromiso de que el paro se mantenga en sus niveles actuales, que tratar de imponer por la fuerza bruta sus objetivos. Como en todos los países capitalistas avanzados, también en el nuestro es más segura una democracia en la que puedan incluirse los representantes políticos y sindicales de la mayoría de la sociedad, de los asalariados. Por eso, el golpe, aun siendo técnicamente posible, aun siendo

una amenaza que no conviene desdeñar, es políticamente implausible y la izquierda debe sacar de ahí unas conclusiones que permitan consolidar la democracia.

La triste realidad, sin embargo, es que, hasta el momento, la izquierda ha carecido de política militar, perdida entre la tentación de la adulación al ejército y la de enseñarle como usar la tecnología militar. Esto ha formado parte del círculo mágico de la fragilidad.

La formulación de una política militar clara, que apoye la completa democratización de la institución y la subordinación del Ejército al poder civil y a los deseos de la voluntad general, es absolutamente necesaria. Tal opción estratégica debe ir acompañada de las necesarias cautelas tácticas, lo que será, sin duda, una tarea que nuestros políticos hayan de afrontar día a día. Pero sin ocultar ni sus fines ni sus medios. En este sentido, será sumamente importante la actitud que se adopte frente a los próximos consejos de guerra a los golpistas y saber si seremos capaces de exigir juicios justos y rápidos y castigos ejemplares para los implicados, por todos los medios a nuestro alcance, al tiempo que se llevan hasta un final, hoy no muy claro, las investigaciones sobre la banda de franquistas civiles que alentaron esa tentativa. Sólo una política clara en éste y demás terrenos referentes a la cosa militar puede establecer los adecuados cauces entre la izquierda y las fuerzas armadas, y hacer ver a quienes votan por aquella opción que si se sabe lo que hacer con lo de su democratización.

Los proyectos de la izquierda

El golpe, aun siendo técnicamente posible, es políticamente implausible y la izquierda debe sacar de ahí unas conclusiones que permitan consolidar la democracia

Otras de las razones por las que hay que romper el círculo mágico ha sido ya apuntada. La izquierda, a menos que quiera cometer suicidio, no puede

seguir impávida ante la indudable desconexión entre el sistema parlamentario y de partidos y el resto de la sociedad civil. Negar esa desconexión, aunque haya quien lo intente, sería pueril. Una cosa es cantar el desencanto y sus pretendidas virtudes, especialmente ahora que por poco nos desencantan a golpes los sublevados; otra muy distinta negar la evidencia. Hay toda una serie de indicadores bastante precisos para reflejar la desconexión. El primero y más cuantificable es el de la abstención electoral, que no ha dejado de crecer hasta llegar a las cifras increíbles del referéndum del Estatuto Gallego. Otro, más velado por la negativa de los partidos y sindicatos a dar cifras veraces, es la desafiliación política y sindical que sube día a día. Otro más, las tensiones intrapartidarias que suelen saldarse con defeciones y medidas de expulsión. Hay un alto número de votantes y militantes de izquierda que han perdido todo interés por la política. En estas condiciones, aunque por factores aún imprevisibles el PSOE llegase a hacer realidad su viejo sueño de ser una alternativa de poder, es decir, aunque consiguiese una mayoría absoluta de escaños en las próximas elecciones, ¿cabría pensar que tal eventualidad diese paso a las transformaciones que se esperan de él?

También en este terreno hay que salir del círculo mágico de la fragilidad, de esta democracia sin el pueblo que, así, no puede tener un futuro muy brillante. Y hay que salir llevando a cabo un proyecto político de democratización del aparato de Estado, ante todo.

Decía Felipe González hace poco que es menester realizar la revolución burguesa. Si por ella se entiende la consolidación de la democracia para llevarla, más allá del club parlamentario, hasta la sociedad civil su formulación

La pasividad en la reforma de la policía y la ineficacia en la lucha antiterrorista están estrechamente unidas y no podrán afrontarse por separado

es irreprochable. Mi única crítica proviene de entender que tal parece como si el proyecto pudiese llevarse a cabo sin grandes tensiones políticas. También es tarea de los dirigentes de la izquierda decir que las mismas se van a producir y buscar las fórmulas para que, eventualmente, se resuelvan en favor del sistema de libertades. La revolución democrática no es algo de un día, sino un largo proceso de tira y afloja. La democracia francesa se basa tanto en 1789 como en el Frente Popular y la resistencia antinazi, y en Italia la democracia sería muy precaria de no haberse producido la lucha antifascista además del Risorgimento. Es esa tensión de que la democracia es cosa de todos y de todos los días lo que ha fallado en España hasta el momento. Y no podía ser de otra manera cuando los límites del círculo mágico excluían toda real participación popular en el proceso.

Para que esa línea pueda enmendarse es necesario, al menos, un trabajo triple: solucionar en sus grandes líneas el proceso autonómico para hallar una salida a los problemas nacionales, realizar una profunda reforma de la administración civil y elevar la cultura política de los ciudadanos españoles para que éstos puedan sentir como suyo un régimen democrático que, hasta ahora, no lo ha sido. Cada una de esas tres cosas es sumamente complicada. Por eso hay que resolverlas.

Para tratar del tema autonómico de muy poco sirve remontarse a complicadas e inconcluyentes reflexiones históricas. Las causas del autonomismo, su necesidad y sus limitaciones se hallan en el presente, como también lo están las de su mal funcionamiento. Hablar de la Castilla comunera o la Galicia de los irmandiños, más allá de los límites de la estricta investigación de los especialistas, es pura charlatanería que tra-

ta en vano de legitimizar intereses de actualidad.

Pues bien, lo cierto es que, en el tratamiento de este tema, la izquierda ha cometido un cúmulo de errores que urge enmendar. Ante todo, se aceptó la absurda fórmula de *café para todos* con la que UCD y el hoy duque de Suárez trataron de ahogar, nuevamente *para evitar molestar a los poderes fácticos*, los únicos problemas autonómicos que existían seriamente en España, el de Euskadi y el de Cataluña. La izquierda, en especial el PSOE en cuanto fuerza mayoritaria, creyó ver en la formación de las entidades autonómicas un atajo hacia el poder, especialmente en las regiones y nacionalidades más desarrolladas. No había que ser muy perspicaz para caer en la cuenta de que la aceptación de la política de UCD en este terreno iba a tener sus costes. Por desgracia, cuando éstos se hicieron sentir en la aparición de partidos regionalistas más o menos alentados desde Madrid, la respuesta fue meramente oportunista. Si los nacionalistas ganaban sus votos a costa de una enorme demagogia en este terreno, había que seguir su envite y aun superarlo. Poco a poco se ha ido formando así este batiburrillo autonómico que, a menudo, reduplica en gastos e ineficacia la ya de por sí costosa y lenta tarea de la Administración central y está formando nuevos entes públicos cuyo personal y actividades se ven influidos muy a menudo por el más cerril de los clientelismos, lo que indudablemente se presta a críticas que, no por ser interesadas, dejan de resaltar problemas muy serios.

Posiblemente sea necesario iniciar un giro radical en este campo. Conviene que se diga muy alto que los estatutos de autonomía no son el remedio para los males indudables de múltiples regiones españolas. Salvo en los

casos de Euskadi y Cataluña, tal vez en el de Galicia, los problemas no son específicamente nacionales sino de muy diversa índole social y económica. ¿No sería más sensato y eficaz volver a hablar de la democratización de las administraciones municipales y reforzar sus competencias, sin necesidad de mecanismos intermedios de dudosa justificación y eficacia?

Otro de los pies decisivos en que ha de apoyarse la ruptura del círculo mágico es, precisamente, el de la reforma de la administración estatal. En primer lugar, por supuesto, la de los institutos armados de policía y seguridad. Con harta frecuencia se pone de manifiesto que, sobre estar repletos de funcionarios que no se identifican con el régimen democrático, esos cuerpos son incapaces de afrontar seriamente, por lo menos hasta ahora, la lucha contra el terrorismo que incluso redobla su fuerza a consecuencia de algunas acciones de aquéllos. La no democratización de los institutos armados de policía ha sido, a menudo, barrera para una lucha antiterrorista eficaz. Las convicciones autoritarias y antidemocráticas de muchos de sus miembros les inclinan, a veces, hacia actividades abiertamente delictivas que se amparan en la impunidad o el silencio, o la lentitud e inoperancia de las investigaciones cuando se llevan a cabo. Las fuerzas de seguridad de un Estado democrático no pueden tener jamás la menor excusa para adoptar las mismas formas criminales del terrorismo que se trata de combatir. El caso Arregui y los sucesos de Almería son muestras de un procedimiento que, a fin de cuentas, sólo beneficia a los terroristas. Parece haber indicios ciertos de que el etarra T. Linaza ha lleva-

La no democratización de los institutos armados de policía ha sido, a menudo, barrera para una lucha antiterrorista eficaz.

do a cabo una serie de crímenes que, de probarse su culpabilidad, exigen castigo. Pero es comprensible que el gobierno francés pueda negarse a su extradi-

ción si no se garantiza que su suerte, cuando sea entregado a la Policía española, no va a ser la misma que la de Arregui. Mientras comportamientos de

esta clase no se persigan y sancionen con la máxima energía, la credibilidad de las fuerzas de seguridad en la lucha antiterrorista será muy escasa. La pasividad en la reforma de la Policía, la impunidad con que algunos de ellos han amparado a los sediciosos de Tejero y la ineficacia en la lucha antiterrorista, están estrechamente unidas y no podrán afrontarse por separado.

Junto a esto, es indudable que la vida democrática sana exige también una profunda reforma de la Administración. No puede pensarse en un Estado democrático sin una administración eficaz y al servicio de una sociedad libre y moderna. Pero la nuestra, rígida, encorsetada, ineficaz y centralista será, sin duda, un serio obstáculo para cualquier posible implementación de políticas de reforma. Por otra parte, el haber vivido la dictadura sin ningún otro control eficaz que la represión policial sobre determinados funcionarios no afectos, ha generado un funcionamiento corporativo, con algunos focos serios de corrupción (ahí está la auditoría realizada en RTVE), una desmedida intervención política en la carrera administrativa y una fuerte tendencia a la ineficacia. Si esta administración, con su funcionamiento lentísimo, es, de por sí, un obstáculo a las íntimas iniciativas inversoras de UCD, ¿qué no será para con un hipotético gobierno socialista, con el cual no se sentirán identificados la mayoría de sus cuadros ejecutivos? Se necesita, también aquí, un planteamiento a fondo del tema, bastante más completo que para ser resuelto con una ley de incompatibilidades. Más aún, es indudable que una seria reforma de la administración pública, por tener necesariamente que perjudicar intereses de

Cultura política e inserción en el tejido social, cómo se dice, son una y la misma cosa y exigen participación ciudadana.

sectores sociales muy poderosos, por minoritarios que sean, exigen una seria acumulación de fuerzas y un firme propósito político de llevarla adelante,

pese a las eventuales resistencias. ¿Acaso piensa alguien que ese objetivo podría alcanzarse tras una victoria electoral de la izquierda, de los socialistas, si se obtiene por un escaso margen de votos en un clima de abstencionismo creciente?

Lo que nos lleva al punto final de esta intervención: el problema de la cultura política. Cuando se habla de esto, son muchos los que piensan que va ligada a un mayor índice de lecturas. Es, en parte, cierto, pero no basta. Muy al contrario, la cultura política se aprende básicamente en la práctica, en el ejercicio cotidiano de los derechos y libertades públicas, de los deberes ciudadanos. Por eso, un pueblo o una izquierda a la que su representación política aísla cuidadosamente de ese ejercicio difícilmente podrá mejorar aquélla. Cultura política e inserción en el tejido social, como se dice, son una y la misma cosa y exigen participación ciudadana en múltiples iniciativas, asociaciones y manifestaciones que, hasta ahora, la izquierda en conjunto ha temido como a la bicha. Carentes de una base social viva, reducidos cada vez más a su esqueleto organizativo, los partidos de izquierda han reforzado cada vez más sus tendencias endogámicas y su negativa a aceptar cualquier crítica, reforzando así el círculo mágico de incultura política acrecentada durante la transición. Como en tantos matrimonios fallidos, esa situación se resolvió, primero, en silencios cargados de hostilidad y, luego, en la pura y simple deserción de muchos militantes. La profunda crisis del PCE, que amenaza con conseguir lo que en cuarenta años no pudieron Franco y la brigada social, su destrucción, es una de las muestras más reveladoras de

una situación que ha de cambiar radicalmente si queremos ganar la revolución burguesa o, con expresión que creo más feliz, consolidar establemente la democracia.

El aumento de la cultura política es también cuestión de canales de transmisión y comunicación. Esta ha sido otra de las grandes batallas que se han perdido en los últimos años. Seguramente es España el único país de la Europa meridional donde no existe una prensa diaria de izquierda que defienda opciones socialistas. También esto ha tenido que ver con el círculo mágico de la transición, por cuanto jamás se dio una batalla a fondo por la recuperación del patrimonio de partidos y sindicatos que había sido confiscado por el franquismo. Un círculo mágico que obligaba a evitar la discusión y el debate también. Cuando los partidos se empecinan en imponer autoritariamente desde sus órganos de dirección una serie de medidas que saben son difícilmente justificables, es lógico que su prensa, floja y profundamente aburrida, sea sólo leída por un sector ínfimo de su militancia. El caso de *Mundo Obrero* habla por sí solo, pero uno tampoco se hace ilusiones de que las cosas hubieran ido mejor si el PSOE se hubiese decidido a botar un diario socialista. En cualquier caso, aun sabien-

do que tal vez la solución al problema exija un replanteamiento del mito tradicional de que la prensa de izquierda debe coincidir con la prensa de los partidos de izquierda, esta falta de una prensa socialista sería es uno de los grandes obstáculos para el desarrollo de la cultura política en nuestro país. Y algo similar podría decirse de la radio y la televisión, especialmente del empecinamiento con que se trata de identificar el libre acceso a la misma con el mantenimiento de la televisión estatal.

La izquierda, pues, y en especial el PSOE, la única alternativa que previsiblemente queda para hacer política en esa dirección, debe plantearse seriamente hacer la revolución burguesa, en el sentido que se ha indicado, de consolidación democrática. Pero, para ello, debe saber que ésta es bastante más que el mantenimiento de un sistema parlamentario. Esa consolidación exige la ruptura del círculo mágico de la transición, el reconocimiento de que es menester cambiar el rumbo y elaborar, con todas las cautelas tácticas, una política propia. Si de algo ha servido la experiencia amarga del 23-F ha sido para hacernos comprender que una democracia no puede subsistir al margen del pueblo que, sin duda, la desea y la defiende.

Seguramente es España el único país de la Europa meridional donde no existe una prensa diaria de izquierda que defienda opciones socialistas.

ESPAÑA Y FRANCIA

Fernando Morán



La nueva situación determinada por la apertura en Francia, hacia el cambio político y la reforma, impone un nuevo planteamiento en la visión desde nuestro país, y en las relaciones entre los dos países. En lo que se refiere a las relaciones transpirenaicas, la situación está configurada por dos ingredientes de signo opuesto: el estancamiento político español que deriva del agotamiento de los supuestos de la operación reforma-ruptura, y la llegada de la izquierda francesa al poder.

El signo opuesto de las dos orientaciones —cambio en Francia, estancamiento entre nosotros— puede conducir a la repetición de la sensación de inferioridad por parte española, tan recurrente entre los españoles respecto a Europa. De una filia admirativa a una fobia alimentada por el resentimiento

y la frustración, es una línea no poco frecuente en nuestra historia. De hecho, de la mitificación de lo europeo como forma de vida a la que se aspira y como modelo político imperante en el momento de la reconstrucción democrática, se está pasando a una incipiente eurofobia; por lo menos, a una

desmitificación que, si bien era en cierta medida necesaria, está tomando, por esta tendencia tan propia entre nosotros a no matizar, un aire del desdén

A nivel popular, este embrionario desencanto respecto a Europa se encarna, por razones geográficas e históricas, en el comienzo de una clara francofobia.

desde el que fácil es caer en una condena general. A nivel popular, este embrionario desencanto respecto a Europa se encarna, por razones geográficas e históricas, en el comienzo de una clara francofobia. La alimentan ciertos órganos de opinión que encuentran en las actuales dificultades en las relaciones con Francia el medio de afianzar un cierto *casticismo*: no ya la denuncia justificable del papanatismo democrático inicial hacia lo europeo, sino la orgullosa afirmación de nuestras diferencias, presentadas como de esencia, que no desemboca en el *nosotros solos*, porque la indiferencia y el desdén europeo sirve para reforzar las razones para nuestra entrega a los Estados Unidos. A veces, como es el caso del *Diario 16*, esta desmitificación de lo europeo se acompaña de una defensa, que nadie pide ni necesita, de la lengua castellana frente a las lenguas españolas periféricas, concretamente el catalán. En la mayoría de los casos el malestar respecto a Europa desemboca en la campaña por una opción atlantista sin reservas, desvelando algo que la propaganda gubernamental ha ocultado: que dentro de la opción occidental, que nadie discute, hay una dirección preferentemente europeísta y otra atlantista.

Tras las formulaciones que se pretenden casticistas no hay solamente falta de rigor analítico, sino que subyace algo más importante: la inseguridad respecto a la proyección internacional de España, respecto a su figura vista desde el exterior, un desconcierto en relación con su proyecto histórico, un complejo de inferioridad que se magnifica en un resentimiento frente a lo que se considera conductas injustas y lesivas para nuestra comunidad nacional.

Frente a la falta de ayuda a lo que seguimos llamando, después de cinco años del fallecimiento de Franco y más de tres de la aprobación de la Constitu-

ción, la joven democracia española (poniendo en el término juventud todo el peso de la debilidad, de la fragilidad). El péndulo entre la entrega psicológica a Francia y la retracción resentida y doliente se repite en nuestra historia. Admiración sin límites durante el período ilustrado de Carlos III y comienzos del reinado de Carlos IV —Sarrailh ha demostrado que el impulso reformista desde el Estado y desde la sociedad se agotó ante el embite de las fuerzas tradicionales internas antes de que el regicidio de la Convención provocase la reacción española— y desgarró —y la tragedia en los ilustrado afrancesados— porque los herederos de la Ilustración invadiesen napoleónicamente el país; creencia en la Francia liberal en el XIX y denuncia de que la Triple Alianza no apoyase, en la medida deseada, frente a los rebeldes del Norte; reacción progermánica de la Restauración canovista y problemas con los legitimistas partidarios del último pretendiente carlista en la primera época de MacMahon; apoyo francés para resolver la inoperancia militar en Marruecos y trato desigual en el establecimiento de los Protectorados; esperanza en León Blum por los republicanos y decepción por la progresiva transigencia gala ante las violaciones de la No Intervención por las potencias del Eje; fe de los demócratas al fin de la II Guerra Mundial en una acción para liquidar a Franco; aliento por las primeras actitudes de Bidault y luego la apertura de la frontera y la admisión paulatina, en el clima de la guerra fría, de la necesidad de la España franquista. Una constante, pues, el péndulo de la francofilia cultural y política y de los subsiguientes resentimientos. De hecho, las neutralidades —y la beligerancia— en los gran-

des conflictos europeos se asentaron en el sentimiento popular respecto a los abandonos de Europa que, de manera natural, pasamos por los abandonos de Francia. Los cálculos de cancillería —la política de recogimiento de Cánovas, la neutralidad de Romanones y Dato— se aceptaron popularmente a causa del resentimiento respecto a Francia. Incluso —actuando sobre otra parte de la opinión, la nacional-católica debidamente trabada por la propaganda estatal— el proamericanismo del régimen de Franco fue relativamente popular en las clases medias, que eran el soporte de su régimen, como manera de amortiguar la sensación de soledad y de exclusión de Europa.

Como veremos después con mayor detalle, la actual opción atlantista del Gobierno acelera su marcha cuando, tras el discurso de Giscard en junio de 1980 sobre la pausa en la ampliación de la Comunidad, *Europa aparece como lejana y Francia como difícil e incluso hostil*. Aunque la decisión de acceder a la OTAN y, de hecho, entregarse a los Estados Unidos, está motivada por otros factores, puede presentarse ante el subconsciente del español como una sustitución de Europa o, en todo caso, como reducción de una apuesta simplemente europea. En el plano del subconsciente colectivo, la OTAN es una manera de participar en algo en la que están los europeos, pero en la que éstos no son los que deciden. Es una igualación en una dependencia común: de españoles y europeos, frente a la potencia rectora, y de frente a la organización que opera conforme a los intereses de la potencia no europea.

De parte y parte, porque en Francia la acción exterior y la aspiración a una cierta hegemonía en Europa —nunca sólidamente asentada desde Sedan— sirve para cubrir carencias y heridas. Desde De Gaulle, concretamente, las ca-

rencias y traumas de un fracaso histórico: las dificultades y torpezas de la reconversión del Imperio colonial. La construcción europea —iniciada antes de la fase final de la guerra de Argelia, pero al mismo tiempo en que la IV República se empantana en Indochina— va a ser entendida por De Gaulle de manera muy diferente a Monnet y aun a Schuman: como el cuadro en que la necesaria hegemonía francesa debe desarrollarse. No se trata ya del control de la orilla izquierda del Rin —política de posguerra por Biadault—, sino el predominio en las instituciones comunitarias. La denominada *crisis del Mercado Común*, provocada por la dureza gaulliana, la interpretación gala del acuerdo de Luxemburgo sobre la unanimidad en el voto, la idea giscardiana del Directorio europeo no son sino manifestaciones actuales, dentro del juego institucional, de la vieja pretensión francesa de hegemonía continental. Persigue Francia su objetivo, sobre la base, irrenunciable, de la relación preferente con Alemania. Esta política se asienta en una lectura constante en el Quai d'Orsay y en el Estado Mayor, así como en el establecimiento político académico; pero, cumple una profunda función de psicología colectiva: borrar el recuerdo de la derrota europea, de la pérdida del Imperio, de la suciedad de las guerras coloniales.

En este proceso se ha pasado por varias etapas: a) política de grandeza gaullista y de independencia dentro de la alianza occidental; b) intento —y mitificación— de supremacía tecnocrática y económica en las versiones pompidouliana y giscardiana. Estas ideas-fuerza son desarrolladas por una clase política, la tradicional republicana, pero transformada en lenguaje e instituciones bajo el gaullismo; luego, por una tecnoburocracia cada vez más vinculada con las multinacionales. De alguna manera, durante tal vez unos

Tras el discurso de Giscard, en 1980, la actual opción atlantista del Gobierno acelera su marcha.

quince años, el pueblo se siente parcialmente participe en este proyecto.

Pero, el no cumplimiento de las expectativas despertadas por el modelo francés tal y como se vislumbraban en los años setenta —la Rand Corporation, en un célebre informe hacia de Francia, con el Japón, las vanguardias del desarrollo tecnológico—, y la progresiva corrupción e ineficacia del aparato burocrático y de gestión empresarial, la anulación por un presidencialismo voraz de las funciones de las otras instituciones, van creando malestar. A la vez, desde 1972, el PSF, como eje y médula de la izquierda, va tanteando un nuevo modelo.

Una frustración, pues, casi constante de España respecto a Europa, que se manifiesta respecto a Francia, agigantando injurias y olvidos. Un intento hegemónico francés que apunta a objetivos reales, incluso mesurables, pero que la egolatría giscardiana y la detención a medio camino en la modernización de la sociedad hace difícil. Un plano, por lo tanto, delicado para las relaciones entre ambos países.

Curiosa, paradójicamente, en las relaciones del Estado, la situación no plantea verdaderos dilemas en las fases menos represivas del franquismo. España tiene claramente cerrado su camino hacia la CEE. La dependencia esencial de los Estados Unidos puede complementarse con otras dependencias menores. Mientras no se llevan a cabo ejecuciones, cabe tratar en un plano de superioridad con Madrid, justificando la relación mediante la razón de que se influye con la proximidad en la evolución, inevitable desde el fin de la autarquía. A nivel de opinión, junto a las vacaciones baratas y gratas de un buen número de franceses, se desarrolla una hispanofilia selectiva, centrada en el apoyo —retórico muchas veces, otras muy real— a la oposición democrática. Se produce

Visto con perspectiva, que los primeros viajes de Estado fueran a los Estados Unidos y no a París pudo ser un error.

una cierta transferencia de los ideales postulados: mientras el Estado giscardiano, o mejor el sistema, va recorriendo la posibilidad real de desarrollo de

las libertades, mientras —tras el espléndido fogonazo de mayo de 1968— se va produciendo la conformación cultural de una sociedad de consumo, quedan algunas causas: España es una de ellas, una causa residual de la izquierda de los años treinta. Psicológicamente no hay, pues, problemas. En estas circunstancias las diferencias y dificultades a nivel de Estado, y a nivel de psicología colectiva, están amonorradas.

La situación va a cambiar cuando España se legitima internacionalmente, constituyéndose democráticamente, y cuando políticamente los dos países pasan a una nueva fase.

La democratización española y las consecuencias de la amalgama reforma/ruptura

Cuando el rey Don Juan Carlos asiste en Los Jerónimos a algo muy parecido a una proclamación, el Presidente francés decide trasladarse a Madrid y hacer campaña para que le acompañen otros jefes de Estado y Gobierno democráticos. Su embajador, el señor Deniau, adopta, durante 1976 y parte de 1977, aires de gran protector de la Monarquía restaurada. El análisis de las cancillerías era entonces que se establecería una relación de intimidad, con dejes de protección, entre París y Madrid. Sin embargo, tal predicción no se realiza. Poco a poco se alejan los lazos, se pierde interés; los motivos de diferencia prevalecen sobre las evidentes ventajas de un proyecto político común. Visto con perspectiva, que los primeros viajes de Estado fueran a los Estados Unidos y no a París pudo ser un error. En este enfriamiento coadyu-

dan: a) la falta de clarificación y eventual coordinación en los asuntos del Norte de Africa; b) el progresivo pro-americanismo de los Gobiernos del presidente Suárez; c) la oposición de intereses sectoriales en la eventual adhesión de España a la CEE; d) la actitud francesa en el tema de los refugiados vascos y en las extradiciones de los etarras; e) el mal entendimiento entre Giscard y Suárez y la actitud de progresiva indiferencia y aun desprecio del Presidente francés hacia el Jefe del Gobierno español. Este último factor cuenta mucho por tener adjudicado el Presidente francés, por la Constitución de 1958, la dirección de la política exterior y a causa de la manera de entender Suárez sus poderes, su jefatura de conforme a un modelo de cuasipresidencialismo de jefe de Gobierno. El Rey, que tanto hizo por la homologación internacional del nuevo régimen democrático, no pudo, o se abstuvo por fidelidad a su función constitucional, realizar una diplomacia personal con Francia.

La mala conciencia de la clase política española respecto a la cesión ante Marruecos en el momento de la decisión respecto al Sahara, la postura de inhibición del Gobierno español en un comienzo respecto a las consecuencias de la situación en cuya configuración había cooperado decisivamente su antecesor, tropiezan con la política promarroquí de París. Sin juego con Argelia, claudicante pero inhibida respecto a Marruecos, España deja de contar con el Magreb. Los franceses, siempre reacios a admitir un papel español en el norte de Africa, concluyen rápidamente que no cabe proyecto común con nosotros en la zona. Se elimina así una importante área de cooperación bilateral.

Los gobiernos españoles, y su diplomacia, no han entendido nunca cabalmente las cuestiones que se desa-

rrollan en el interior de los sistemas. Quiero decir que se proponen una meta —entrar en la CEE, acceder a la OTAN, etc.— y tienden a actuar y comportarse como si una vez alcanzada la entrada no fuesen a encontrarse con situaciones definidas desde el poder, con un juego de fuerzas entre los miembros de estas organizaciones. Es la consecuencia de un largo hábito en los excluidos. Se trata de traspasar la puerta de la sala donde se celebra el festín. Las relaciones intra-atlánticas no ocuparon, ni ocupan, el pensamiento de los planificadores y ejecutores de la política española. La realidad de que los miembros de la Alianza Atlántica desean el mantenimiento de la presencia americana en Europa, pero que a la vez se esfuerzan en ampliar un área de mínima autonomía, se les escapa. Esto es tanto más grave respecto a Francia porque el elemento gaullista de su pensamiento internacional, la autonomía —que los franceses llaman independencia dentro de la colaboración— se mantiene en todas las versiones que han seguido a la del general.

Desde 1970 existe un Acuerdo de cooperación militar con Francia “con importantes perspectivas en el campo de la cooperación industrial y tecnológica”, superiores a las que abren los Acuerdos Complementarios del Tratado con los Estados Unidos, que no se ha rellenado. Es lícito preguntarse si no hubiese abierto muchas puertas en este largo y laberíntico camino hacia la CEE un esquema de política exterior, con sus correspondientes dimensiones en defensa, que hubiese otorgado a Francia un lugar preferente. Pero no; desde al menos marzo de 1979 la orientación es la rápida integración en la

OTAN, en las condiciones y en los plazos que fijase el verdadero sostén del grupo que controla el poder en el nuevo régimen, los Estados Unidos.

El Rey no pudo, o se abstuvo por fidelidad a su función consitucional, realizar una diplomacia personal con Francia.

No existiendo esta dimensión política entre los dos Estados, los intereses sectoriales que encuentran dificultades en la ampliación prevalecen. Nada les reduce, ni coloca en su lugar, importante, pero no prevalente.

El proyecto de democratización desde la continuidad estaba ya explícito en la Ley para la Reforma Política.

En estas circunstancias, la crisis de la Comunidad —de la política agrícola, presupuestaria, la falta de una política de pesca, etc.—, el parón institucional, el menguado éxito de la CEE en condiciones de crisis general hacen difícil la ampliación. Sin voluntad política la mera concurrencia de intereses no trabaja en su favor. Por el contrario, el proceso electoral francés concreta lo que eran datos de base.

El terrorismo en el País Vasco encuentra en ocasiones refugio en Francia. Muchas son las causas para que así ocurra. Razones que no justifican en ningún caso la negligencia francesa, incluso la violación clara de un deber de solidaridad internacional. La natural alarma respecto a los terribles efectos del terrorismo en la vida ciudadana, el riesgo a que somete a la democracia, y la identificación de ciertas dimensiones en acciones en Francia galvaniza a la opinión española en un reflejo antifrancés. Reacción que se inscribe, no se olvide, en las dimensiones menos satisfactorias de nuestras relaciones de vecindad.

En definitiva, carentes de un proyecto común y actuando estos factores —en especial los obstáculos franceses en nuestra marcha hacia la Comunidad y la cuestión de las extradiciones— se llega, al fin del septenio de Giscard, a uno de los momentos más bajos y peligrosos en la historia de las relaciones franco-españolas.

De Estado a Estado, pues, la inoperancia, la indiferencia de parte francesa, el resentimiento español, la incompreensión mutua. ¿Y a nivel de las

fuerzas políticas? ¿Y, entre ellas, de la izquierda? Es necesario decir algo, no mucho, lo imprescindible para entender cuál puede ser el camino de la co-

corrección de curso tan insatisfactorio.

En Francia, desde el Congreso de Epinay hasta hoy, con los accidentes, incluso trágicos, de la ruptura y abandono por el PCF del programa común, un largo camino para la construcción de una fuerza política socialista que, siempre dentro de las limitaciones de una economía de mercado asumida, significase el instrumento de una ruptura cualitativa en puntos concretos, escogidos conforme a una estrategia que aunase la prudencia con la decisión para impulsar un proceso que gradualmente crease una dinámica de cambio. No una ruptura con el sistema. Aún menos con la alineación occidental atlántica en la versión que Francia tiene desde 1966 de su participación en la Alianza. Pero, sí una superación de la versión que el capitalismo tecnocrático, elitista y dominado por el motor creciente de la conformación consumista.

Las semejanzas de las situaciones de base de Italia y Francia con la de España son muchas; pero también son importantes las diferencias:

a) En Francia e Italia hubo una clara ruptura con el régimen predemocrático-Vichy, fascismo en la forma de la resistencia y el hundimiento de los regímenes del Eje.

b) La cultura y los valores postulados vigentes no son los de la continuidad, sino los de la ruptura-resistencia. Otra cosa es que estos valores de ruptura respecto a Vichy, y su ideología —fundamentalmente la de la Acción Francesa— se entendiesen como la actualización, en el clima social y cultural de los años cuarenta y cin-

cuenta, de la tradición liberal de la que se reclama la imagen global de Francia. Pese a la profunda derechización efectuada en Francia desde la crisis de la IV República, derecha e izquierda se asientan en el reconocimiento de unos mismos valores básicos. Un consenso, pues, en sentido estricto.

c) Los llamados poderes fácticos, y concretamente las Fuerzas Armadas, han intervenido en la vida política de Francia. Pero, desde De Gaulle y su decisiva —para nosotros ejemplar— acción desde el poder frente a los generales rebeldes en Argelia, el Ejército ha dejado de ser un factor en la política interna, se ha profesionalizado. (De paso, no llevó a cabo esta tarea el presidente reforzando los vínculos con la organización atlántica, ni predicando un anticomunismo desenfrenado, sino, por el contrario, poniendo las bases de una Francia militar y defensivamente autónoma.)

El proyecto de reconstrucción democrática española sigue otra ruta, condicionada por la falta de ruptura, quizás —ésta es una cuestión en la que no puedo entrar ahora— ante la imposibilidad de ruptura.

A decir de José Vidal Beneyto¹, el proyecto de democratización desde la continuidad estaba ya explícito en la Ley para la Reforma Política, pieza de extraordinaria habilidad y alcance. Los objetivos de la operación fueron, según Vidal Beneyto:

1) Controlar la acción popular y situarla en sus fines y modos, tanto económicos como sociales, dentro de límites razonables; 2) configurar a la política, no como la presencia y enfrentamiento públicos de fuerzas e intereses colectivos, sino como la discusión confidencial entre profesionales; 3)

confinar la actividad democrática a lo estrictamente político y dentro de él, sustancialmente, al ejercicio de voto; 4) sepultar la memoria histórica aboliendo todos los antecedentes políticos y alinear por igual, en el punto cero del inicio de la democracia, a los franquistas y a los demócratas; 5) recuperar democráticamente a toda la clase del franquismo dispuesta a entrar en juego.

No estoy insinuando que una España democrática, nacida de una ruptura, hubiese despertado un gran entusiasmo en la izquierda europea, y, en concreto, en el socialismo francés. Pero, que si bien la izquierda europea no puede permitirse sentirse ajena a los peligros que corre la democracia española, no puede menos de percibir —tal vez con menor agudeza que nosotros— las ambigüedades que padecemos.

Una izquierda francesa más entusiasta respecto a nuestro proyecto no hubiese, sin duda, aplanado de un solo golpe los obstáculos sectoriales —a los que es sensible parte de su electorado— para nuestra entrada en el Mercado Común; pero los hubiese inscrito en la posibilidad de un proyecto político común, y, sin duda, hubiese sido más realista respecto al carácter objetivamente reaccionario del terrorismo.

Otro punto merece consideración —por muy breve que ésta tenga que ser— al situar el plano de las relaciones entre los dos países: la menor vigencia de los modelos culturales franceses en estas generaciones a diferencia de otras anteriores, entre ellas, la mía. Para quienes comenzamos a escribir en el primer lustro de los cincuenta, la cultura literaria era de origen francés o llegaba a través de Francia.

No solamente porque era el francés la lengua extranjera de más fácil acceso, sino por el prestigio de lo que podríamos llamar cultura de la resistencia, que no

La izquierda europea no puede permitirse sentirse ajena a los peligros que corre la democracia española.

se agota hasta los años sesenta. El existencialismo, la recepción del marxismo, precede a otra importación que va a cambiar la dependencia de nuestra cultura, que es bien, se sabe, en gran medida una cultura de importación. Ambos movimientos nos llegan —en la penuria de buenas traducciones del alemán— a través de Francia. Baste leer el primer tomo de la autobiografía espiritual de Carlos Barral, *Años de penitencia*, para ver cómo nos nutríamos en nuestra época de formación de poesía y de novela francesa. En los católicos de espíritu abierto la nueva teología y moral galas tuvieron un papel esencial en lo que iba a ser a fines de los sesenta un catolicismo de cierto fustel y capaz de innovacion-consúltense, por ejemplo, una colección de *El Ciervo*.

Pero, tanto en España como en Francia, se impone luego una visión tecnocrática y en el campo intelectual la vigencia, no ya del análisis lógico, sino de las ciencias sociales, con predominio anglosajón. (La recepción de la Escuela de Frankfurt, por la que tanto hizo Taurus Ediciones, siempre fue muy minoritaria.)

El programa de becas Fullbright en conexión con los acuerdos con los Estados Unidos —cuyo impacto en la modernización de la cultura y técnica española habrá de ser estudiada, y que significa algo parecido a lo que hizo la Junta de Ampliación de Estudios, pero con menor incidencia social y política— desvía a nuestros estudiosos hacia América. La misma narrativa española no se libera del modelo francés por un impulso propio. Tras el período objetivista —influido por los neorrealistas italianos, conocidos a través de las buenas traducciones de la casa bonaerense de Losada—, y de una limitada influencia del *nouveau roman*, la narrativa española abre horizontes, no por nuevos aportes transpirinaicos, si-

Los nuevos filósofos y la nueva derecha no parecen influir en nuestros ultras, que prefieren el ayuno cultural.

no por el golpetazo del *boom* latinoamericano². En las generaciones presentes se percibe una mayor diversidad de influencias. Son más eclécticas.

Estamos, probablemente —algo debe influir el agotamiento relativo de la vida creadora francesa bajo el pompidoulismo y el giscardismo— en uno de los puntos más bajos de la influencia cultural gala. Incluso los nuevos filósofos y la nueva derecha no parecen influir en nuestros ultras, que prefieren el ayuno cultural y, progresivamente, el casticismo agresivo. No está la derecha radical entroncada con el pensamiento francés, como ocurría a Acción Española en relación con Acción Francesa en los años treinta.

Bueno, me parece, es identificar la base política diferente y el sentido —y carencias— de la relación cultural para entender en qué dirección puede operar el cambio francés que se abre con la subida al poder de la izquierda en Francia.

La Francia profunda

Con independencia de cuál sea el resultado de las elecciones legislativas del 14 y 21 de Junio (escribo pocos días antes de que se celebre su primera vuelta), el triunfo de Mitterrand significa el comienzo de un muy posible y bastante profundo cambio en Francia. En primer lugar, porque en sí misma la elección de un socialista como Jefe de Estado en un país cuyo sistema, pagando precio a la tradición parlamentaria, es predominantemente presidencialista, permite pensar que ciertas decisiones van a imprimir una orientación hacia la izquierda en la política francesa. Pero, sobre todo, porque: a) sobre la

base de un consenso establecido en los años cuarenta respecto a los valores que, como he dicho, se reclaman de la ideología fundacional republicana, las diferencias entre izquierda y derecha son más acusadas, y tienen mayor vigencia, en Francia que en la España actual; b) porque el triunfo de Mitterrand es la consecuencia de una larga tarea de reconstrucción de la izquierda, y, sobre todo, de un largo proceso de reconstrucción y modernización del socialismo; c) por último, porque esta elección —y el resultado probable de las legislativas— desdice, o al menos matiza sustancialmente, el papel obstaculizador del llamado factor K; es decir, del teorema político acuñado en diversas partes de Europa occidental —en especial, en Italia— según el cual la existencia de un fuerte partido comunista hace virtualmente imposible la llegada al poder por vía parlamentaria de la izquierda, al convertir, a la vez, a los socialistas y al centro-izquierda en dependientes del apoyo del PC y al rechazar la opinión un gobierno que, al menos potencialmente, dependa de dicho apoyo.

En lo que se refiere al segundo extremo, no se trata, en efecto, de que la ley del péndulo o el desgaste de la imagen de Giscard d'Estaing haya conducido, junto al normal deseo de cambio, a la elección de un hombre válido que dé la casualidad de que esté apoyado por el PSF. Por el contrario, desde el Congreso de Epinay se empeñaron Mitterrand y algunos hombres de diversas corrientes del socialismo galo en constituir una fuerza política, que aunando lo común de distintas lecturas constituyese la vertebración de una nueva experiencia, a la vez medida en sus ambiciones, pero clara en sus orientaciones. Una lectura global de la sociedad en el umbral del postindustrialismo, fiel al método y al sentido del socialismo; no una lectura, evidentemente, radical, pe-

ro que no se agota en reformas puntuales.

¿Se trata, pues, de un cambio esencial en la trayectoria francesa? ¿Estamos ante la aparición de una Francia nueva? Si el hecho francés fuese revolucionario, los efectos sobre la sociedad española y las posibilidades para las relaciones entre los dos países serían, probablemente, muy importantes; pero no todas del mismo signo. Porque no debemos perder de vista que si bien la izquierda española debe, salvo caer en una total inanidad, intentar romper el encajonamiento en que le ha encerrado el curso de la transición española, la situación configurada por la misma —otra cuestión es cuáles son las causas, de quienes las responsabilidades— no permite, por un tiempo, grandes cambios cualitativos. Desde esta perspectiva, el asentamiento —en un período de uno o dos años— de la izquierda en el poder, la dinámica que se generará más adelante de tener un éxito razonable su gestión pueden facilitar el desbloqueo de nuestra propia situación. Sería absurda toda eventual decepción española ante el hecho de que el programa del nuevo presidente Mauroy no sea radical; ni aún que no cumpliera la totalidad de objetivos de la plataforma del PSF. Absurda y esperpénticamente injusta, cuando nosotros estamos instalados en una actitud que en muchos aspectos peca de atentismo, en la perspectiva del agotamiento del proyecto de UCD.

¿Se trata, en definitiva, del advenimiento de una Francia nueva o de la recuperación de su lugar por parte de la parte de la Francia excluida?

Se trata de una emergencia de la parte sumergida de la Francia profunda. He dicho en otro lugar que existen términos que empleados en el discurso político arrastran el sentido de la oración en un sentido determina

¿Se trata, en definitiva, del advenimiento de una Francia nueva o de la recuperación de su lugar por parte de la parte de la Francia excluida?

do. Uno de esos términos es «profundo». Cuando nos preguntamos con ocasión de una elección norteamericana, «¿cómo votará el Sur profundo?», es suponiendo que de alguna manera lo hará en favor de la permanencia de la segregación. «La España profunda», ¿no es el país estancado, política y socialmente malthusiano, encogido ante la perspectiva del cambio?

Pero, en la tradición global de Francia el partido del cambio, lo que allí llaman el partido del movimiento, está profundamente enraizado. Francia es un país integrado en la democracia burguesa, pero esta estructuración no bloquea el cambio. Fundamentalmente porque ha realizado las tres revoluciones que abren el futuro y reducen la capacidad involutiva de las inercias: en primer lugar la revolución que instaura el marco de libertades (la Gran Revolución); luego el asentamiento profundo e irreversible de la aconfesionalidad y de la laicidad; la de la supeditación definitiva del poder militar al poder civil. El cambio de dirección política sobre esta base abre la perspectiva de avances concretos.

Las dimensiones nuevas

El triunfo de Mitterrand restituye su papel al factor democrático y progresista de la tradición nacional. Pero, en la nueva lectura del partido del cambio, aparecen dimensiones nuevas.

La lectura de las biografías de los miembros del primer Gobierno de Mauroy indica algo interesante. Se trata de hombres y mujeres con experiencia política y administrativa dilatada, miembros de una clase gestiona-ria del Estado muy trabada. Algunos de ellos tienen la primera experiencia de gestión y de planificación política en el momento de la gran esperanza de mo-

El triunfo de Mitterrand restituye su papel al factor democrático y progresista de la tradición nacional.

dernización política de Francia: el gabinete Méndes France y/o el frente republicano de Méndes/Eg-dar Faure. En su larga travesía del desierto de la izquierda, estas gentes, no ajenas ni a la gestión ni a las ideas sobre gobierno, han participado en la vida interna del partido y en sus grandes debates. Están vertebrados en la clase política y gestiona-ria; pero no han perdido la distancia crítica que proporciona la lectura ideológica. Esto les convierte, potencialmente, en el mejor equipo para un cambio que no signifique una ruptura cruenta con el régimen. El régimen no está en cuestión. Sí el estilo desde el que se entendía.

Los elementos nuevos que pueden conducir a una transformación seria durante el septenio son varios. No cabe ahora sino indicar ciertas orientaciones:

a) Una comprensión, asentada en una lectura política global, de ciertas reivindicaciones en que se manifiestan alineaciones parciales, en el origen solamente percibidas por ciertos grupos más innovadores intelectualmente, pero que hoy son sentidas por amplias capas de la población: calidad de la vida, conciencia de la acción conformadora y aprisionante del consumo como proyecto vital y social; lucha contra el carácter elitista de los niveles más altos de la educación; denuncia de la legitimación de la clase —tecnoburocra-cia— enfeudada en la permanencia de la estructura social...

b) Un vislumbre del fin del jacobinismo como única doctrina sobre la organización del Estado. Los principales ministros tienen funciones conectadas con la descentralización y con la regionalización (Deferre, Rocard, el mismo Chevenement).

c) Una nueva visión del papel de Francia en Europa y de ésta en el mun-

do. Una versión, sino nueva a nivel de formulación intelectual, sí novedosa a nivel de programa político de la conexión de la necesaria autonomía relativa de Europa y la relación con el Tercer Mundo. Esta formulación otorga un nuevo aspecto al tradicional nacionalismo francés.

Las orientaciones de la nueva política exterior francesa

Todavía es pronto para conocer cuáles son los planes franceses; tal vez no para percibir sus directrices. El nuevo equipo lleva mucho tiempo elaborando sus ideas, las ha plasmado en textos, desarrollado en congresos y coloquios. Sus componentes no padecen de la agrafia de los políticos profesionales de otros países. En Francia, escribir libros, correr el riesgo de adelantar ideas, corregirlas ante el imperio avasallador de los hechos, no descalifica para postular puestos en la dirección de los partidos ni, eventualmente, del Estado. El discurso político, se piensa, es, a pesar de toda la servidumbre a estrategias y tácticas, parte del discurso intelectual, sometido a la regla de la racionalidad y de la publicidad. Es, en parte, explícito. Gracián decía, desde una concepción barroca de la política, que el héroe debía tener cifrada la voluntad. En la sociedad barroca, como tan bien ha explicado José Antonio Maravall, pese a lo profuso de la forma, lo más decisivo estaba implícito, incluso oculto. Todos los miembros de una cultura determinada pagan tributo a los valores postulados de la misma. El valor supuesto francés, por excelencia, es la racionalidad; ésta se manifiesta en el discurso (naturalmente, no hay política totalmente exenta de ocultación; pero, en la pretensión de racionalizar lo oculto se encuentra

entre las líneas de lo que se explicita).

Contamos, pues, con textos. Desde el 10 de mayo con textos escritos desde el supuesto de poder. De Mitterrand y de Claude Cheysson. En especial, el discurso del nuevo ministro de Relaciones Exteriores ante la UNESCO. Sus declaraciones al *International Herald Tribune* y a *Le Monde* (28/5/81). Antes de la victoria en su interesante artículo. «Un new deal planétaire»³. Y las páginas de los libros del presidente, en especial «Ici et maintenant».

Arriesgándonos a simplificar, podemos identificar las orientaciones en acción internacional. Para nosotros es muy importante tener alguna idea clara en este punto, porque de la congruencia o discrepancia entre estas líneas esenciales y la nuestra derivará mayor facilidad o menores posibilidades para el entendimiento con Francia, del que depende en buena medida la viabilidad de nuestro proyecto europeo.

1. *Continuidad de la política francesa.* Esencialmente respecto al sistema occidental atlántico, en la construcción europea, en el mantenimiento de un subsistema francófono en Africa, con ciertas matizaciones, en lo que se refiere al Próximo Oriente y a la política árabe.

2. *Matizaciones importantes y ampliación a la escala europea de ciertos temas que hasta ahora se consideraban desde una visión exclusivamente nacional, y globalización de principios ahora aplicados a Africa y a todo el Tercer Mundo.*

Veamos las dos dimensiones conjuntamente.

Las declaraciones de Cheysson en Washington no se basan solamente en el deseo de tranquilizar al aliado americano.

La posición de Francia respecto a la Alianza se mantiene. Las declaraciones de Cheysson en Washington no se

basan solamente en el deseo de tranquilizar al aliado americano. No es menos cierto que Mitterrand, durante la campaña electoral y antes de ella, reprochó a Giscard ciertas ingenuidades y debilidades respecto a la URSS. En especial, querer jugar a mediador sin fuerza real para realizar este papel. También es inocultable que en el tema de los eurocohetes, Mitterrand, y luego Cheysson, se niegan a una moratoria unilateral a la vez que exigen la simultaneidad entre el despliegue y las negociaciones para la reducción.

Pero, ¿significa esto una reducción de la autonomía gaulliana dentro del sistema? No, por cierto. De lo que se trata es de no romper equilibrios. De la misma manera que la ampliación de la OTAN —entrada de España— rompería el equilibrio político e, incluso, a medio plazo al menos, el militar, en un sentido, la imagen —sí, incluso la mera imagen— del contagio del neutralismo en Francia, lo rompería en sentido contrario. Precisamente, por gozar de un margen de autonomía Francia, es necesario que este margen no opere en sentido contrario a la actual lectura del equilibrio.

Respecto a la otra gran pieza del sistema, Alemania Occidental, la posición es clara y explícita: relación privilegiada, pero no exclusiva. Francia va a jugar más y más profundamente sobre una Europa política que había desembocado en el espejismo del Directorio franco-alemán.

Mitterrand insiste en *Ici et maintenant* en que ha llegado para la alianza el momento de la reflexión y del ajuste de funciones. Que no tienen por qué ser las elásticas, definidas en base a una concepción global —y extraeuropea— de las primeras formulaciones de Reagan/Haig.

La concepción europea es algo que va a ocupar el primer plano de la política francesa. Siempre ha sido así, por razones obvias.

Siguiendo esta dirección, la conciencia de la falta de automatismo en la respuesta del sistema central, intercontinental, en el caso de un conflicto graduable en Europa hará renacer la reflexión sobre la necesidad de un sistema europeo complementario al general. El gran tema de los años ochenta es el de globalización frente a división y autonomía de escenarios.

La concepción europea es algo que va a ocupar el primer plano de la política francesa. Siempre ha sido así, por razones obvias. Pero ahora, por tres motivos esenciales: a) porque un proyecto socialista, aunque se piense que su desarrollo sea gradual, exige en la época de la universalidad del mercado y de las multinacionales un ámbito de escala supranacional. Bien se ve en el caso de la jornada de las treinta y cinco horas semanales, que para que pueda ser implantada en un país europeo exige una decisión análoga en los otros países competidores comercialmente. b) Porque para que Europa sea un factor de paz y distensión debe estar integrada. c) El proyecto respecto al Tercer Mundo y la conciencia de la mutua dependencia entre países en desarrollo e industrializados obliga a una estrategia europea común y no una lucha desleal por mercados y materias primas. Donde De Gaulle decía *Francia* hay que leer ahora *Europa*, impulsada y orientada —según París— por Francia. La relación respecto al resto del mundo, y en especial el Tercer Mundo, es esencial para Mitterrand y para Cheysson (artífice, éste, de los Acuerdos de Lomé). Las ideas del actual ministro de Relaciones Exteriores están expuestas, sin miedo a bordear la utopía y el voluntarismo —como reconoce—, en su artículo *Un new deal planétaire*. Llega a reclamar una lectura en términos keynesianos a escala global: es la incapacidad y lo menguado de la demanda total de los infrade-

sarrollados lo que limita la oferta de bienes industriales a los mismos. No es sólo Cheysson: los analistas de la crisis —Gunder Frank, los autores del informe de la OCDE sobre *Futuribles*, Mary Kaldor, Barraclough—, coinciden en el diagnóstico. Y en el pronóstico de que el Japón y los Estados Unidos —que ya comercian con el TM en un 30 por 100 de sus intercambios totales— saldrán de la crisis en situación de predominio en la relación con el TM. Por el contrario, según estos análisis, la situación de Europa será de exclusión creciente si el clima entre industrializados y países en desarrollo se deteriora. Francia va, previsiblemente, a jugar un papel más intenso en la conferencia Norte/Sur, en México.

Francia va a emplear lo que puede ser una presentación de mayor brillo moral y psicológico, en base en la tan útil tradición de la Revolución Francesa, para otorgar a Europa —y, por tanto, a sí misma— un papel global. De ahí que defenderá las causas del equilibrio entre ricos y pobres y el respeto a las libertades y derechos humanos, que es la mejor presentación de Europa.

Desde este enfoque, una atención preferente a Latinoamérica. Significativas han sido las invitaciones al Elíseo a escritores y personalidades latinoamericanas —entre ellas a la viuda de Allende—, el nombramiento como asesor a Régis Débray.

Esta es la dimensión de la nueva política que va a encontrar mayores discrepancias en Washington, orientado casi exclusivamente hacia una visión de cualquier tema internacional en base a su incidencia en el equilibrio geoestratégico entre las superpotencias. Francia no realiza una verdadera política mediterránea. El equilibrio en dicho mar se constituye hoy casi exclusivamente en base a dos factores extramediterráneos: URSS y USA. La ex-

periencia magrebí de algunos hombres del nuevo equipo (Jobert, Cheysson), la mejora de la relación con Argelia, no va a disminuir el interés por Marruecos. Francia va a hacer política mediterránea apoyada en el Magreb y tal vez en Grecia.

La supuesta mayor simpatía del presidente por Israel no impide que la izquierda francesa comprenda el tema palestino y que los palestinos sean una de esas causas vicarias en las que se trasplanta la fata de horizonte revolucionario de la izquierda europea. Quizás en el tema de Palestina se encuentre el mayor contacto entre París y Washington; pero con notables matices. Por otra parte, los activos árabes en los bancos franceses —tan necesarios para mantener al franco— y la política de penetración comercial y de armamento francés en Arabia Saudita y en Iraq señalan un límite en la matización.

En cuanto a la ampliación de la CEE son conocidas las condiciones previas establecidas por el PSF. Pero esta situación debe ser analizada en relación con la voluntad de reequilibrio de las políticas comunitarias y, en concreto, con la política regional del nuevo gobierno. La regionalización y la disminución de diferencias regionales es el gran reto francés. El Midi es una de las zonas esenciales para el asentamiento electoral del PSF. Si Francia inicia realmente una política regional para el Midi, que otorgue confianza a sus regiones, parte de los obstáculos políticos y psicológicos que se alzan a la ampliación encontrarán su debida proporción.

Mucho antes de que se pudiese prever un triunfo socialista escribía yo sobre la necesidad de nuestro entendimiento con Francia.

No es necesario que detalle ahora co-

Francia va a hacer política mediterránea apoyada en el Magreb, y tal vez en Grecia.

mo una política francesa con las orientaciones que es lícito prever coincide con lo esencial de una posición española progresista.

Una política francesa con las orientaciones que es lícito prever coincide con lo esencial de una posición española progresista.

Si la predilección magrebí y mediterránea de los hombres del equipo de Mitterrand puede plantear inicialmente un mayor respeto a lo que en Bruselas se denomina *política mediterránea* de la CEE (es decir, a los acuerdos preferenciales con los países no europeos de la cuenca), el verdadero obstáculo para nuestra adhesión no reside en ella. El obstáculo se encuentra, sin duda, en la diferencia y contraposición de intereses, que cobran un peso exagerado y difícilmente reductible cuando las relaciones franco-españolas no se contemplan en una visión más general.

El proyecto que se le supone a Francia en este artículo, exige un marco más amplio que el nacional. Francia necesita este proyecto; pero no puede realizarlo por sí sola. Ni siquiera el eje París-Bonn es suficiente. Hay dimensiones que escapan a esta visión renana de Europa. La mayoría de los países europeos están fijados en políticas desarrolladas en una época de desarrollo político sin solución de continuidad. La dependencia trasatlántica de la República Federal es, durante mucho tiempo, incapaz de gran matización. Lo mismo puede decirse de Inglaterra. No es el caso de España. Nuestro país se encuentra en período de toma de decisiones en cuanto a su función internacional.

Europa precisa un mínimo de autonomía dentro de su necesidad de

apoyo trasatlántico. Las dos dimensiones, la general atlántica —que no atlantista— y la autonomía le son igualmente imprescindibles por razones

de defensa. Pero, en la gran pugna por el desarrollo y la competencia económica, le es necesario un margen de autonomía. Y un plan. Primeramente un proyecto intramuros, intraeuropeo. Pero definido desde perspectivas más amplias. Empezando por lo más próximo, un proyecto mediterráneo. Una política matizada respecto al Próximo Oriente; el supuesto plan Carrington tropieza con el intento americano de empantanarlo. Luego una imagen en cuanto a valores culturales, políticos, que Europa, quizás por no tener ya posesiones coloniales, ni por estar obsesionada por una geoestrategia global, puede desarrollar. Francia no lo puede diseñar sola. España podría aportar ideas, conexiones, una cierta credibilidad —transitoriamente empañada por las tendencias involucionistas, de efectos tan dañinos, pero que pueden ser pasajeras.

El análisis detallado de las políticas comunes posibles quede para una nueva ocasión. Pero, desde ahora, hay que afirmar que no solamente nuestra función europea depende del desbloqueo de la relación con Francia. Si se produce, los temas contenciosos —y entre ellos los dolorosos de las extradiciones— encontrarán solución. Si no, nos encaminaremos hacia las frustraciones y resentimientos que han caracterizado nuestras relaciones con Francia y, a través de ella, por su peso en el continente, con Europa.

¹ *Diario de una ocasión perdida*. Ed. Kairós. Barcelona, 1981. pág. 119.

² F. Morán: *Novela y Semidesarrollo*. Ed.

Taurus. Madrid, 1971; y *Explicación de una limitación*. Ed. Taurus. Madrid, 1971.

³ *Le Monde*, 30/abril/1981.

NORTE-SUR: SOBREVIVIR SOLIDARIAMENTE

Enrique Barón



3

El replanteamiento de las relaciones políticas y económicas entre el mundo desarrollado y subdesarrollado es la prioridad mayor de la escena mundial. La definición de este crucial problema como diálogo Norte-Sur resume, con resonancias un tanto italianas, el problema crucial de la Humanidad hasta final de siglo.

El objetivo de este artículo es examinar la visión que se tiene en España del problema, el grado de conocimiento y conciencia del mismo, y las posibles líneas de actuación que se pueden plantear en nuestro país de cara a su solución.

Un necesario cambio de mentalidad

«El Diálogo entre el Norte y el Sur no resolverá por sí solo todos los problemas actuales del mundo, muchos de los cuales son más políticos que económicos; pero estamos convencidos de

que la comunidad mundial no tendrá estabilidad real hasta que no haga frente a este desafío básico»¹.

La presentación del diálogo Norte-Sur no ha sido muy afortunada a nivel mundial. En efecto, el trabajo más

representativos sobre el mismo, el Informe de la Comisión Independiente presidida por Willy Brandt, publicado en inglés a principios del pasado año, no ha tenido un gran despliegue publicitario. Sin embargo, ha conseguido acuñar una expresión que era ya utilizada.

En líneas generales, el problema subyacente al Informe Norte-Sur no tiene buena prensa en los países desarrollados. No hay que olvidar que éstos están en su práctica totalidad en el norte, económica y geográficamente, y son mayoritariamente antiguas potencias coloniales. En la mayoría de los casos, son muy recientes las guerras y los procesos de descolonización. Así, con motivo o con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial, Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Holanda, Portugal e Italia han vivido el derrumbe de sus imperios coloniales clásicos. En el caso de España, cuyas luchas de emancipación colonial se produjeron en el siglo XIX, también en este siglo ha vivido un desgraciado segundo intento colonial que ha marcado nuestra historia, primero la guerra de Marruecos y aún hoy en día, el irresuelto conflicto del Sahara occidental.

En general, estos procesos han marcado profundamente tanto a los países excolonizadores, como a los excolonizados, generando secuelas de incompreensión y de frustración que la crisis agrava. Los recientes tumultos raciales en Inglaterra, las políticas xenófobas con respecto a los inmigrantes en Francia y Alemania Federal o los secuestros de trenes por los moluqueños en Holanda son indicadores peligrosos que la crisis agrava.

En el caso de las dos grandes superpotencias, los EE.UU. y la URSS, también han conocido en la lucha por el control de sus respectivas zonas de influencia problemas no asimilables a

Existe un prejuicio generalizado de que los países desarrollados no tienen por qué soportar la carga de ignorancia y atraso del mundo subdesarrollado

los del colonialismo clásico, pero que presentan aspectos parecidos. Así ocurre con los casos de Corea, Vietnam, o los países del istmo centroamericano con respecto al primero, o el caso de Afganistán, o la aplicación de la doctrina de soberanía limitada al Este de Europa, y la inacabada crisis polaca.

En general, existe un prejuicio generalizado de que los países desarrollados no tienen por qué soportar la carga de ignorancia y atraso del mundo subdesarrollado, y que estos países son regímenes corruptos e incapaces para salir de su situación. Una visión tan egoísta e indiferente ante el mal ajeno no es nueva en la historia de la Humanidad. Lo que sí es nuevo es que los argumentos sobre la interrelación entre los sistemas y lo insostenible del desequilibrio sólo ha comenzado a abrirse paso con la actuación de la OPEP, y la utilización estratégica del petróleo como arma, con motivo de la guerra del Yon Kipur.

Sin embargo, las afirmaciones de muchos responsables políticos sobre la crisis del petróleo demuestran que el prejuicio no es sólo el de una opinión pública mal orientada, sino que afecta a mentes que debían ser más responsables. En el momento de escribir estas líneas, se están anunciando bajas en el precio del petróleo, como consecuencia del excedente de oferta del 5 por 100, y en el último año las bajas en las materias primas han sido del orden del 13 por 100 en el cobre, el 18 por 100 en el estaño, el 21 por 100 en el caucho, el 22 por 100 en el plomo, el 33 por 100 en el cacao y el 36 por 100 en el café². Ello coloca a países tan distantes como Ghana, Zambia, Costa Rica, Bolivia o Malasia, en situaciones próximas a la ruptura del sistema político, al tener que hacer frente a su creciente endeudamiento internacional con unos

ingresos procedentes de un monocultivo que se derrumba. Frente a ello, sólo se ha alcanzado en el marco de la ONU un acuerdo sobre el caucho natural; el intento de regular los precios del café ha fracasado, y las negociaciones sobre el estaño o el cacao no han avanzado.

Las proposiciones de la Comisión Brandt, aplicadas como respuestas operativas para reorganizar la economía mundial, adquieren en este contexto más sentido aún, si cabe.

Pero ¿qué pasa en España? Los rasgos generales de insolidaridad y de egoísmo se ven acentuados por el estrecho provincialismo de nuestra vida política. En efecto, lejos quedan ya los tiempos en que España fue una potencia mundial o en los que la moneda española era la que establecía las principales corrientes monetarias del mundo. Una característica estructural de nuestra vida política en los últimos siglos ha sido la de vivir hacia dentro de nuestras fronteras, característica que se ha agravado con el aislamiento forzado y el complejo de culpa original en que vivió el régimen anterior. Incluso en los años de la transición, la popularización del diálogo Norte-Sur se ha producido con tan irrisorio motivo como una intervención del entonces vicepresidente económico del Gobierno con ocasión del debate de la moción de censura de mayo de 1980. El resultado es que al plantear el tema ante el gran público, la primera reacción es de hilaridad. Al darse la desgraciada circunstancia, por otra parte, de que la edición en español del mencionado Informe *Norte-Sur* se ha hecho por una pequeña editorial colombiana, el texto es de casi imposible adquisición aún hoy en nuestro país³.

Estos hechos son graves, y más aún para los socialistas. La defensa del cambio por la paz, la justicia y el trabajo con que encabeza su introducción Willy

¿Qué pasa en España? Los rasgos generales de insolidaridad y de egoísmo se ven acentuados por el estrecho provincialismo de nuestra vida política

Brandt, tienen aún más sentido para un movimiento histórico como el socialismo, uno de cuyos signos de identidad ha sido desde su nacimiento la solidaridad internacional.

Por tanto, es muy oportuno formularse en el seno del movimiento socialista la pregunta de qué sentido tiene hablar del tema Norte-Sur en España, y en qué medida puede aportar nuestro país respuestas positivas a este proceso de transformación en curso en el mundo.

España en la división internacional del trabajo

A la hora de hacer los análisis, diagnósticos o propuestas de salida de la crisis para la economía española se suele hacer hincapié en su carácter interno. La variable externa que domina es, sin duda, el coste de la factura del petróleo; muy en segundo lugar, el estancamiento de las remesas de los emigrantes o su disminución, y en tercer lugar, las salidas de capital al extranjero. Cabe añadir la preocupación por el cambio en las relaciones internacionales del trabajo, que ha producido un salto imprevisible, desplazando sectores enteros de la economía que constituían en otros tiempos mercados cautivos de los países capitalistas desarrollados. Así está ocurriendo con el acero, los barcos, los automóviles, el textil, el calzado, la confección e incluso determinados productos electrónicos.

En algunos de estos sectores, el boom industrializador español había conseguido posiciones de relativo afianzamiento en años recientes, que se han visto seriamente amenazadas. Pero aparte de constatar esta evidencia, se

ha hecho muy escaso esfuerzo por tratar de considerar el papel de España en la futura división internacional del trabajo, y su adaptación a los cambios

que se están produciendo, tratando de saber con qué engranajes se puede sincronizar mejor nuestra actividad económica para potenciar nuestro futuro, el de un país del que se ha dicho con demasiado optimismo que era la décima potencia industrial del mundo, pero cuya situación de frontera entre el Sur y el Norte se refleja también en el seno de la sociedad⁴.

Sin embargo, parece necesario que se contemple la variable internacional en serio en nuestros análisis político-económicos. Hasta ahora prevalece la reacción instintiva proteccionista, que es en definitiva la más arraigada en nuestras costumbres, y que conduce a un análisis pesimista y de horizontes achatados. La otra alternativa es plantear una política exterior en la que la referencia a nuestra comunidad con la América Latina y los países árabes deje de ser una cláusula de estilo y pase a ser un elemento estratégico. Es evidente que este enfoque parte del *interés mutuo*, tal como lo define el Capítulo III del Informe Brandt, porque ambas partes tienen que tener un balance positivo de ventajas para todos. En efecto la retórica se pierde en el vacío, y no se trata en este caso de formular campañas contra el Hambre, como puede hacerlas una organización filantrópica o la organización de un sistema de caridad internacional, que ofende además de ser inútil.

La premisa básica en este planteamiento es que es urgente emprender un programa a corto plazo en nuestro país que trate de potenciar nuestros propios recursos, y de hacerlo de tal modo que sirva para el desarrollo conjunto a nivel mundial, sobre todo de los países más pobres. Igualmente, se trata de que esta variable influya en nuestra futura política exterior, rompiendo la hipoteca de un eurocentrismo a la espera eterna.

Se ha hecho muy escaso esfuerzo por tratar de considerar el papel de España en la futura división internacional del trabajo, y su adaptación a los cambios.

¿Cuáles son los recursos de que dispone España? Siguiendo un método clásico de análisis de los factores, el primero es el de la población. Pese a nuestra relativamente baja densidad de población, un elemento de nuestra tradición cultural ha sido el considerar que la emigración era una oportunidad cuasi-profesional. Los cambios demográficos internos, y los politicoeconómicos allende los mares han roto la secular corriente de emigración para enriquecerse a América. El flujo hacia Europa de los años 60, se ha contado por razones externas (la crisis en la CEE), e incluso por internas (menor propensión a emigrar). Sin embargo, es innegable que tenemos un capital humano importante, con una población relativamente joven, y más formada que en cualquier época de nuestra Historia (el paro de diplomados y licenciados supera ya al de los braceros). A este hecho se une la ventaja que proporciona la lengua y las tradiciones comunes. En este terreno, hay un espacio decisivo a cubrir de una manera racional y planificada en nuestra política exterior: la formulación de una política conjunta de cooperación, y la concepción de nuestra política diplomática en términos del siglo XX.

El simple examen de nuestro presupuesto de Asuntos Exteriores y de su composición es enormemente ilustrativa: en un presupuesto que representa el 0,46 por 100 de los gastos, aparte de las antiguallas de la Rota o de las Bulas y Hospitales en Italia, resulta que sólo se dedican 800 millones a Cooperación Iberoamericana (antes I. de Cultura Hispánica) y 50 millones a los países árabes⁵. El resultado de nuestra inadaptación, aparte del desaprovechamiento total y la pérdida de influencia y lazos con Filipinas, es nuestra casi total falta de presencia en el Africa negra, y el que cuando hay que formular alguna política de urgencia, como

en el caso de Guinea, hay que introducir partidas presupuestarias en los más diversos Ministerios. Basta comparar esta situación con la de otros países vecinos. Los de mayor tradición y peso cultural como Francia, Gran Bretaña o incluso Alemania, mantienen una activa política de presencia cultural, y en general tienen una mucho mayor estructura comercial (Holanda e Italia son dos buenos ejemplos).

En este primer Capítulo cabe, pues, formular iniciativas ausentes de la vida actual española: una política de cooperación con programas delimitados en tiempo y ocupación en América Latina o Africa (cooperación educativa, formación profesional), por ejemplo, un intento de presencia cultural en continentes en donde no estamos, que se podría incluso concebir sin nuevas pretensiones imperiales y con la colaboración fraterna con países que tienen justificado predicamento en el Tercer Mundo, como México y Venezuela; y una política de sostén al Comercio Exterior y a la Cooperación a la que se dediquen suficientes fondos y programas.

Un segundo aspecto es el de la potenciación de nuestro capital. Puede resultar un tanto paradójico el hacer esta afirmación en un país importador neto de capitales. Sin embargo, hoy entiendo por tal, tanto la exportación neta de capitales (muy activa en los últimos años hacia América Latina), como también la potenciación de nuestra tecnología, el *know-how*, incluso en el sentido de técnica como *acto tradicional eficaz*⁶. En este terreno, el tratamiento convencional del tema se desliza siempre hacia el futuro tecnológico avanzado, y se habla de *chips*, de ingeniería biogenética o de aeroespacial. Sin embargo, este tratamiento peca de superficial y de parcial. El mayor valor de un país es el de su capital hu-

mano, y el de su experiencia acumulada y transmisible. Para comprenderlo quizá sea oportuno exponer algunos casos. El primero y más sensible es el de la pesca. La extensión de las aguas territoriales, y el agotamiento de los caladeros por la explotación minera de las grandes potencias pesqueras, se está produciendo en el momento de máximo equipamiento de nuestra flota de altura. El problema afecta también a otros países, pero es evidente que la política de futuro se tiene que basar mucho más en la capacidad de España de formar a los países que empiezan a explotar su mar propio, de aportar técnicas y equipos y de concentrar acuerdos de explotación conjunta, que en el intento de mantener unas estructuras como las vigentes. El tema no es baladí, porque la explotación de los recursos marinos es una de las posibilidades de futuro para la Humanidad. Otro tema importante es el de nuestra experiencia en materia de regadíos y obras hidráulicas. Si los españoles, desde tiempo de los iberos (mucho antes de la obligada mención de los árabes) no hubiéramos procedido a una explotación sistemática de nuestros escasos recursos hidráulicos, en la actualidad no podrían vivir en la Península y en las islas más de 6 u 8 millones de habitantes. Es sistemático que todos nuestros discursos regeneracionistas hayan incidido siempre en el tema del aprovechamiento del agua. Aunque en los últimos años nos han sobrepasado otros países en el aprovechamiento económico del agua (riego por aspersión y por goteo), nuestro capital y la posibilidad de explotarlo y potenciarlo no son nada despreciables, tanto en lo que respecta a la economía del agua como a su saneamiento y aprovechamiento.

El mayor valor de un país es el de su capital humano, y el de su experiencia acumulada y transmisible.

En otros terrenos, como son los industriales, hay sectores enormemente aprovechables. Como otras experiencias lo demuestran, hay piño-

nes de transferencia de tecnología que se pueden aprovechar. Andrea Saba lo ha mostrado en el caso italiano en donde, por ejemplo, es una actividad florecien-

Los sectores más competitivos en España han sido y son los que trabajan más descubiertos en relación con la competencia internacional.

te la adaptación para la reexportación a países en vías de desarrollo de máquinas-herramienta alemanas con instrumentos de control número⁷. La inercia industrializadora ha llevado a considerar que los sectores a desarrollar en la industria —y de este pecado original no están exentos tampoco los países del Tercer Mundo— eran los de la industria pesada, y más recientemente, los de industrias de transformación de bienes de consumo duradero. Sin embargo, la experiencia demuestra que los sectores más competitivos y de mayor capacidad de adaptación en España han sido y son los que trabajan más descubiertos en relación con la competencia internacional. Este es el caso de la economía valenciana, tanto en la experiencia histórica de exportación de agrios y primores, como en la actual de exportación de productos industriales, muchos de ellos de raíces casi artesanales.

En sectores como son el calzado, la cerámica, el textil, la confección, los materiales de construcción e incluso la misma edificación, existen fases del proceso y técnicas de producción en las que la especialización y el grado de desarrollo industrial son más próximos entre un país de desarrollo intermedio como España con los que tratan de desarrollarse que los que están en cabeza del pelotón. En efecto, cuando se habla de transferencia de tecnología, existen ya suficientes experiencias de fábricas *llave en mano* vendidas, de maquinaria oxidada o inadaptada.

Y eso no ha ocurrido sólo en los países dependientes de la Metrópolis en términos tradicionales del imperialismo capitalista. Los bienes de equipos oxidados en los muelles cuba-

nos, o las máquinas quitanieves en la Guinea de Sehu Ture, son monumentos mudos expresivos de esta realidad. Mientras tanto, la posibilidad de instrumentos para aprender, autoafirmarse y progresar no están cerrados, y se pueden desarrollar múltiples iniciativas. El problema que éstas tienen es que son más difícil de inaugurar, porque no son vistosas, que la política de grandes obras (que generan grandes problemas, como la presa de Assuan) o que no tienen el carácter de gestos espectaculares (como la famosa Ley 480, de EE.UU., que permitió exportar muchos excedentes agrarios de países como la India).

Este es un argumento más para apoyar una política estructural a favor de los sectores con un tejido más complejo y diversificado, lo que se suele denominar en el lenguaje convencional como PYMES. Al ser características esenciales del desarrollo del capitalismo español su dominio por el sector financiero y su interrelación con la burguesía de Estado, se ha tendido a despreciar este aspecto. Sin duda, se obtendría un mucho mayor rendimiento dedicando las iniciativas de política económica (como hacen países como Alemania Federal o Japón) a favorecer este tipo de iniciativas que limitando el mantenimiento de industrias crepusculares o a la protección descarada de formas de organización económica que han dejado de tener sentido en manos privadas.

Por una presencia renovada de España

Estas observaciones no tienen, evidentemente, el carácter de un plan estructurado. No pueden ni pretenden tenerlo. Sin embargo, tienen un objetivo muy claro: el tratar de promover una reflexión sobre nuestra visión co-

mo Estado, en primer lugar, con responsabilidades internacionales, y en segundo, el romper con la visión fatalista provinciana, y pesimista de nuestro presente y de nuestro devenir económico. Fatalismo que es propio de un país cuya cultura sigue siendo esencialmente rural, cuando su estructura ha cambiado radicalmente, y en el que la motivación ha tendido siempre más al esfuerzo heroico e instantáneo que al trabajo tozudo, sistemático y concienzudo. Para los socialistas, se trata de una cuestión que debe de ser prioritaria en nuestros debates y en nuestra reflexión colectiva.

Desgraciadamente, muy a menudo tenemos que demostrar nuestra solidaridad y nuestra sensibilidad con los pueblos del Tercer Mundo con motivo de los actos de protesta ante los regímenes dictatoriales y sus abusos. Por haberlo vivido en nuestra propia carne, sabemos el valor forzosamente limitado de este tipo de manifestaciones. También que el ciclo infernal que conduce a las dictaduras como mal endémico se apoya sólidamente en una

realidad de dependencia, marginación e ignorancia.

Y el cambio que se ha producido en la escena de la Historia es, precisamente, que los pueblos secularmente sojuzgados y menores de edad han aprendido que pueden manejar también armas económicas y políticas para tratar de defender sus propios intereses.

En el caso de España, conviene que rompamos con nuestra mentalidad aislacionista e introspectiva, que sepamos hacer valer nuestra voz, estrechando los lazos que han establecido las fuerzas representativas de nuestra joven democracia, y que busquemos con cuidado nuestro futuro luchando por integrarnos en el Norte. Pero con una condición: sabiendo que nuestro futuro será más seguro si sabemos potenciar nuestras relaciones con el Sur, apoyando su levantamiento y su capacidad de llevar adelante un proceso de desarrollo autónomo. Con esta perspectiva, a España se le abre una vía importante de salida de la crisis, y una posibilidad de explotar muchos recursos que nuestro país está dejando baldíos en estos momentos.

El ciclo infernal que conduce a las dictaduras como mal endémico se apoya sólidamente en una realidad de dependencia, marginación e ignorancia.

¹ *North-South. A program for Survival.* The MIT Press, Cambridge, Mass, March 1980, pág. 30.

² Newswek. *The Commodity Crunch*, 27/4/81.

³ Se trata de la Editorial Pluma-Bogotá. Dos libros, de relativa gran difusión en España tratan el problema, aunque no con el mismo enfoque y con algunos análisis discutibles, pero de interés. Se trata de *El desafío mundial*, de J. J. Servan-Schreiber y *La tercera ola*, de Alvin Toffler. Ambos editados por Plaza & Janés, además de los informes del *Club de Roma*.

⁴ A este respecto, el nuevo mapamundi del doctor Arno Peters, ilustra mucho mejor nuestra

situación real en el mundo que la visión eurocéntrica clásica de Mercator.

⁵ El caso más manifiesto es el de la Dirección General de Relaciones Económicas Internacionales, cuyo presupuesto total es de 1.287.000 pesetas, de las cuales 1.247.000 ptas. se dedican a adquirir periódicos, revistas, libros, a encuadernarlos y a distribuir en el extranjero.

⁶ Definición de Marcel Manss. Tomado de V. F. Braudel. *Les Structures du Quotidien*. Tomo I, pág. 281. Calmann-Lévy.

⁷ Andrea Saba. *La economía subterránea*. Institución Alfonso el Magnánimo. Valencia, 1981.

EL PSI TRAS EL CONGRESO DE PALERMO

Federico Coen



4

No es fácil expresar sintéticamente el significado político del 42.º Congreso Nacional del Partido Socialista Italiano, celebrado en Palermo a fines de abril. Aparentemente, el Congreso ha dado unos resultados inferiores a las expectativas despertadas. En realidad, hay que considerar que en las semanas y en los meses anteriores a su celebración, el Partido se había visto sometido a las fortísimas presiones ejercidas por las dos principales fuerzas políticas.

Por parte del PCI, con el fin de inducir a los socialistas a romper la colaboración del gobierno con los democristianos y con los partidos laicos menores, para embarcarse en la aventura de una alternativa de izquierda o, más concretamente, para llevar a los comunistas a un gobierno de coalición, de *salud pública*; la DC, en sentido opues-

to, para convencer al PSI de la conveniencia de romper definitivamente los puentes con las otras fuerzas de izquierda, y de que aceptara una colaboración permanente, en todos los niveles, con la DC. Estas abrumadoras *atenciones* que debía soportar el Partido Socialista se explican por la *centralidad* de este partido, en el sentido de

que su participación es determinante —en el plano parlamentario— para la formación de cualquier gobierno. Se comprende menos la masiva campaña de la prensa llamada *independiente* que, del mismo modo, tendía a simplificar y a dramatizar las alternativas congresuales. El titular del acreditado *República* —órgano independiente, pero en la práctica alineado con el PCI, dirigido por Eugenio Scalfari—: «El PSI opta: ¿Piccoli o Berlinguer?», expresaba de la manera más clara este montaje periodístico que tenía como premisa implícita que los socialistas, en cualquier caso, están destinados a desempeñar un papel subalterno.

No obstante, quien hubiese leído con honradez las tesis congresuales presentadas por Bettino Craxi en el mes de febrero, y sobre las cuales habría de volcarse el voto del 70 por 100 de los inscritos, se habría dado cuenta de que este tipo de expectativa no tenía ningún fundamento, puesto que los temas del congreso iban por otro lado. De hecho, en el documento *craxiano*, la atención principal se concentraba, no tanto en la estrategia a largo plazo del partido (que sigue siendo la elaboración de una alternativa de izquierda al sistema de poder de la DC), ni tampoco a corto plazo (que continúa siendo la de la llamada *governabilidad*), y ni siquiera sobre la cuestión de la fórmula de gobierno, sino sobre los contenidos programáticos a los que debe vincularse la línea política del Partido y, en el plazo inmediato, su acción de gobierno; contenidos que, por otra parte, habían quedado, en buena medida, indeterminados bien en el proyecto socialista aprobado en el congreso precedente celebrado en Turín (proyecto que constituía más una *filosofía* que un programa), o bien, de manera más acentuada todavía, en los acuerdos programáticos de los gobiernos de coalición con participación socialista. Es

El Congreso ha corroborado la propuesta presentada por Craxi y las sugeridas por Scalfari, por Lombardi o por De Martino.

verdad que en los documentos congresuales de las dos minorías de izquierda (la encabezada por Riccardo Lombardi y la representada por Francesco De Martino), la cuestión del cambio del tipo de gobierno —con participación de los comunistas— ocupaba un espacio central, pero la exigüidad de los acuerdos logrados por estas dos corrientes (respectivamente el 20 y el 7,5 por 100 de los votos) excluía la posibilidad de preeminencia de este planteamiento.

Nos remitimos a los hechos: el congreso ha corroborado, como es obvio, la propuesta presentada por Craxi, en nombre de la mayoría, y las sugeridas por Scalfari, por Lombardi o por De Martino. Ningún golpe de efecto, ningún paso de vals, ninguna crisis de gobierno. El debate se ha centrado en el análisis de los problemas de la sociedad italiana, en la valoración de las relaciones internacionales, en la búsqueda y profundización de líneas concretas de reforma y de iniciativa programática, mientras que el diálogo con los demás partidos se desenvolvía en el marco del contraste de los problemas del país y no en función de dramáticas *opciones de campo*.

Si ha faltado, por tanto, la *puesta en escena* preconizada por la gran prensa, eso no significa que se haya tratado de un congreso en tono menor, carente de importancia política o, incluso —como ha escrito alguno—, de una especie de pasarela triunfal del secretario general. Por el contrario, ha sido un congreso destinado a dejar huella. ¿En qué dirección?

Esquemmatizando, creo que cabe decir que con el Congreso de Palermo se ha concluido una fase y se ha iniciado otra nueva en la vida del PSI. La fase que ha concluido es la que podríamos llamar de *recuperación de identidad* por parte del partido, que se había iniciado en torno a 1976. Puede parecer

extraño que un partido que cuenta con casi noventa años de vida, y, por consiguiente, debiera tener ya una imagen bien consolidada de sí mismo sufra, en cambio, crisis de identidad. Pero hay que considerar cuánta erosión ha experimentado durante estos noventa años, y que no sólo ha sido interrumpido por la larga censura del período fascista (cuando el partido estaba reducido a ese descarnado manojo de desterrados, y a unos pocos activistas clandestinos rastreados por la Policía de Mussolini), sino que ostenta, además, las señales de frecuentes crisis y escisiones. Si nos limitamos al período que se inicia en la segunda postguerra, se pueden contar tres principales escisiones (1947, 1964 y 1969, esta última precedida por una reunificación fallida), y, sobre todo, hay que contar dos largos períodos durante los cuales el PSI se vio reducido a posiciones absolutamente subalternas, en el seno de coaliciones dirigidas por otros partidos: el primero es el de la alianza *frontista* con el PCI (1947-1953); el otro es la segunda fase del centro-izquierda (1964-68), cuando los socialistas aceptaron una alianza general con la DC, no sólo en el plano nacional, sino también en las administraciones locales y renunciaron a la mayor parte de los programas de reforma en nombre de los cuales habían participado en el gobierno. Este es, además, el período en el que las estructuras mismas del partido, y una parte considerable de su grupo dirigente, sufrieron el influjo del sistema de gobierno de la DC, dejándose contaminar por los fenómenos de clientelismo, de mercantilismo y de corrupción que envenenaban entonces (y en buena medida, todavía hoy) al partido de la mayoría relativa.

El intento de superar la crisis de consensos en la que había caído el PSI a finales de los años sesenta se dilataba a lo largo de casi un decenio. En los años de la secretaría Mancini (1969-72), el

Las estructuras mismas del Partido se dejaron contaminar por los fenómenos de clientelismo, de mercantilismo y de corrupción.

partido procuró sintonizar con la ola de *contestación* obrera y juvenil que se habían desarrollado espontáneamente a partir de 1968, y recavar en ella una mayor fuerza para imponer a la DC, en el seno del gobierno, una legislación más avanzada. Los resultados más consistentes de esta nueva fase del centro-izquierda fueron el estatuto de los trabajadores, la institución del referéndum y la introducción de las regiones. Pero la tentativa de plantear un partido *de movimiento* sobre una estructura que todavía se hallaba fuertemente contaminada de clientelismo implica una profunda contradicción. El PSI pagó el precio de esta esquizofrenia en las elecciones políticas de 1972, cuando llegó a su mínimo histórico (9,6 por 100 de los votos). En los años siguientes, bajo la guía de De Martino (1972-76), el PSI juega la carta de la mediación entre los dos partidos mayores: por una parte, colabora en el gobierno con la DC, en una situación de crisis económica incipiente (en conexión con la crisis petrolífera) que condiciona fuertemente la acción reformista; y, por otra, sostiene sin reservas la solicitud avanzada por el PCI en el marco de la política del *comunismo histórico*: es decir, ser a su vez un asociado en el gobierno de coalición. Esta política oscilante es entendida por el cuerpo electoral (y también por la mayoría de los militantes) como una doble subsidiariedad, a la que hay que añadir ambigüedad cultural y una situación de total aislamiento internacional capaces de privar al partido de toda fuerza de atracción, sobre todo entre las masas juveniles, cuya influencia se ve sumamente con la ley que extiende el derecho al voto a los jóvenes mayores de dieciocho años.

Así pues, la derrota electoral de 1976

escuece todavía más que la precedente, porque aunque es verdad que el porcentaje permanece invariable (9,6 por 100), también es cierto que este desilu-

sionante resultado coincide con un fuerte desplazamiento general a la izquierda por parte del cuerpo electoral, desplazamiento del que solamente se beneficia el PCI, que alcanza su máximo histórico (34 por 100). Estas cifras —comparadas con los resultados de las primeras elecciones de la postguerra, celebradas en 1946 (cuando el Partido Socialista obtuvo, con el 20 por 100 de los votos, una aceptación superior a la de los comunistas, que lograron el 19 por 100)— venían a significar que en el curso de un trentenio los socialistas habían cedido a sus hermanos/enemigos la mayor parte de su patrimonio político.

A partir de lo dicho, está bastante claro qué se pretende decir cuando se habla —a propósito del PSI— de un problema de recuperación de *identidad*. Al menos desde 1976, en la conciencia colectiva del partido ha madurado la convicción de que su declive tenía su origen, más que en errores políticos contingentes, en su incierta colocación respecto de las experiencias históricas del movimiento obrero y socialista, de su ambigua ubicación internacional y de su falta de confianza en la posibilidad de desempeñar un papel autónomo e inconfundible en relación con los otros partidos. Esta conciencia difusa ha suscitado una aceptación progresivamente mayor entre todos aquéllos, intelectuales y dirigentes políticos y sindicales, que se han comprometido sin reservas en el esfuerzo de remontar esta pendiente.

De todos es sabido que el primer resultado consistente de este esfuerzo de reconstrucción ha sido el *proyecto socialista*, aprobado en el Congreso Turín (1978) por la nueva mayoría dirigida por Bettino Craxi y formada esencialmente por la corriente autonomista, fundada muchos años antes por Nenni, y por la corriente de izquierda de Lombardi y Signorile. El proyecto, en su

El PSI es, en Italia, el único partido que puede lograr el desbloqueo de la situación de estancamiento a la que nuestro sistema político se ve condenado.

parte sustancial —que conserva intacta su validez—, señalaba una serie de opciones de principio destinadas a formar el cuadro de referencia de la iniciativa política del PSI: rechazo claro e inequívoco del modelo soviético y de todas sus derivaciones más o menos sofisticadas; toma de distancia de la tradición teórica marxista-leninista, con sus implicaciones totalitarias, y una valorización paralela de los otros filones de la cultura política presentes en la historia del partido: el libertario, el reformista y el liberal socialista; valoración de las experiencias socialdemócratas, sobre todo en el plano metodológico, a pesar de las limitaciones de los resultados ya conseguidos; toma de distancia de todas las versiones estatistas del socialismo, con la revalorización de los mecanismos de mercado y, a la vez, de las instancias autogestionarias; opción occidental, entendida no sólo como aceptación de un sistema de alianzas políticas y militares, sino también como adhesión de principio a un modelo de sociedad abierta y pluralista, en la cual el conflicto ideal y político no se ve reprimido como un mal sino que es asumido como un factor insustituible de progreso y de innovación. Se trazaba de esta manera el *identikit* de un Partido —por tantas razones nuevo, con respecto a la realidad italiana—, decidido a reintegrarse en la gran familia del socialismo democrático europeo. En efecto, el de Turín fue un congreso *sui generis*, casi un acto de refundación, que comprometía a los socialistas a ajustar cuentas consigo mismos, antes incluso que con el resto de las fuerzas políticas y las fuerzas sociales. Un acto de orgullo, si se quiere, pero que no puede ser reducido, sin embargo, a mero patriotismo de partido si se considera que el PSI es, en Italia, el único partido que puede lograr el desbloqueo de la situación de estancamiento a la que nuestro sistema político se ve condena-

do por el *bipartidismo imperfecto*, basado en el binomio DC/PCI, y despejar el camino para un mecanismo de alternancia de poder; por eso, el crecimiento de este partido no es un problema que incumba sólo a los socialistas, sino que es un gran problema nacional. La corroboración de ello está en el hecho de que la refundación del partido emprendida en Turín ha dado consistentes frutos electorales en todas las votaciones que se han sucedido.

A pesar de estos éxitos, las limitaciones políticas del Congreso de Turín no tardaron en manifestarse, al menos bajo dos aspectos, ambos fundamentales: la cuestión del programa y la de la estrategia política del partido. En este punto, el PSI estaba dotado de un cuadro de referencia ideal bien definido; sin embargo, seguía desprovisto todavía de una plataforma programática capaz de enfrentarse concretamente con los problemas del país, de acuerdo con la óptica de una izquierda de gobierno. Y precisamente porque el programa era y es el banco de pruebas de la validez de las opciones de principio logradas en Turín, estas opciones permanecían en cierto sentido suspendidas en el vacío, y la imagen misma del partido aparecía, de alguna forma, desenfocada. El problema no tenía fácil solución, porque la generalidad con que el partido socialista había considerado los problemas de gobierno del país no se debía a la casualidad, sino que, por el contrario, dependía de la distinta tradición cultural y política de los dos componentes de la mayoría de Turín: la dirigida por Craxi, que se identificaba con la tradición del gradualismo reformista, y la dirigida por Lombardi, más ligada a la tradición maximalista y *movimientista* de la iz-

to, se da uno cuenta de que el intento de fundir en un único crisol estas dos culturas se había logrado sólo en parte. Los contrastes surgidos en la mayoría de Turín, durante el trienio, vienen a confirmarlo¹.

Bajo este aspecto, el Congreso de Palermo ha tenido indudablemente una función importante de clarificación y de desarrollo de la línea general del partido, que incluso se refleja en su imagen. La explícita apelación de Craxi a la tradición del socialismo reformista como fuente de inspiración política del PSI tiene el valor de una opción muy nítida con respecto al dualismo que alentaba todavía en el planteamiento del proyecto, y esta opción halla un contraste coherente en el contenido de las tesis programáticas de la mayoría aprobadas por el XLII congreso. No es una casualidad que, en la nueva plataforma programática del PSI, asuman una importancia central temas tales como el de la reforma constitucional encaminada esencialmente a garantizar la estabilidad y la continuidad del poder ejecutivo, y a fortalecer el papel de dirección política del gobierno; el tema del relanzamiento de la programación económica basada en la implicación de todas las fuerzas sociales, empezando por los sindicatos; el de la participación sindical en la gestión de las empresas. Mientras que en las relaciones internacionales se reafirma con energía la exigencia de la seguridad militar, basada en la cooperación con los Estados Unidos, como condición irrenunciable para el relanzamiento de la distensión internacional y de la propia unidad europea. La imagen del PSI que se desprende del Congreso de Palermo es, por consiguiente, mucho más parecida que en el

quierda y no inmu-
ne, en el plano inter-
nacional, a las su-
gestiones neutralis-
tas y tercermundis-
tas. Si releemos hoy,
con la distancia de
tres años, el proyec-

La explícita apelación de Craxi a la tradición del socialismo reformista, tiene el valor de una opción muy nítida con respecto al planteamiento del Proyecto.

pasado a la de la so-
cialdemocracia ale-
mana. Desde esta
óptica, cabe decir
que el XLII congre-
so subraya la termi-
nación y la culmina-
ción del proceso de

recuperación de identidad del que hablaba más arriba. Y en la medida en que la conclusión de este proceso se coagula en un marco orgánico de di-

La imagen del PSI que se desprende del Congreso de Palermo es mucho más parecida que en el pasado a la de la socialdemocracia alemana.

rectrices programáticas, sobre las que se ha abierto en Palermo el contraste con los otros partidos democráticos, en esta medida, repito, puede decirse que se inicia al mismo tiempo una nueva fase en la vida del PSI, en la cual el objetivo estriba en reunir las fuerzas suficientes para llevar a la práctica aquellas directrices.

Esto me lleva al otro tema sobre el cual el Congreso de Palermo marca un momento de clarificación y de desarrollo respecto de los límites de la anterior asamblea del partido: se trata de las relaciones con las otras fuerzas políticas y, por tanto, de las alianzas y de la estrategia política. En Turín, el PSI había asumido como objetivo estratégico propio la realización de una alternativa de gobierno de la izquierda unida, en el marco de un mecanismo democrático de alternancia en el poder entre fuerzas progresistas y fuerzas conservadoras; sin embargo, los socialistas proponían al mismo tiempo la formación de gobiernos de unidad nacional, con la participación directa o indirecta de los comunistas, con vistas a una posterior evolución del cuadro político en el sentido de una alternativa. Esta propuesta venía justificada, a juicio de los socialistas, en razón de la no subsistencia, por el momento, de las condiciones numéricas (mayoría parlamentaria) ni tampoco políticas para una alternativa, a causa de los vínculos políticos e ideológicos residuales del PCI con el frente comunista mundial dirigido por la URSS. La experiencia de estos tres años ha demostrado la fragilidad de tal planteamiento. El hecho cierto era que afrontar la gobernabilidad a corto plazo desde la perspectiva de la unidad nacional significaba secundar la tendencia de

los comunistas a buscar su propia legitimación a gobernar aliados con la DC, sin llevar a cabo las revisiones ideológicas y políticas previas solicitadas por los socialistas; significaba, además, colocar al PSI y a los partidos laicos menores en condiciones de marginalidad política. En otras palabras, el objetivo de la unidad nacional no sólo resultaba poco realista, teniendo en cuenta las relaciones entre las fuerzas políticas, sino que resultaba, por añadidura, totalmente contradictorio con respecto a la construcción de la alternativa en los términos rigurosos en los que la entendía el Congreso de Turín; es decir, como un proceso vinculado al fortalecimiento del papel del PSI y al desarrollo del eurocomunismo.

Todo esto emergió a la superficie durante 1979 cuando los comunistas se disociaron de la mayoría de unidad nacional, aventurando la exigencia perentoria de participar directamente en el gobierno y provocando de este modo las elecciones anticipadas; después, desencadenaron una durísima campaña contra las decisiones del gobierno democristiano (compartido por los socialistas y por los partidos laicos menores) de autorizar la instalación de los euromisiles como respuesta a la instalación de los soviéticos. Y todavía fue mayor la evidencia cuando el enroque del PCI suscitó como reacción el de la DC, que en su congreso nacional (febrero de 1980) acabó con la política de unidad nacional. Esto constriñó a los socialistas a enfrentarse con los comunistas en el choque frontal con la DC, o bien asumir autónomamente la responsabilidad del gobierno. En la elección de esta segunda vía (una elección muy penosa que provocó, en un primer momento, serios desgarramientos en el partido), el PSI se dejó guiar por dos consideraciones principales: de un lado, el peligro de dejarse envolver de nuevo en un planteamiento frontista,

dominado por un PCI en trance de regresión respecto de la perspectiva del eurocomunismo; de otro, el deber de evitar el colapso de las instituciones, asegurando al país un mínimo de gobernabilidad.

El Congreso de Palermo no se ha limitado a ratificar esta corrección de rumbo, que se resume en el *slogan* de la *governabilidad*, sino que ha tratado de dar a la misma un respiro estratégico, con el fin de evitar que la renovada colaboración de gobierno con la DC se reduzca a una repetición quebradiza del centro-izquierda. El PSI ha rechazado del modo más absoluto la idea de una alianza general con la Democracia Cristiana, confirmando la política de colaboración con los comunistas y con las otras fuerzas de izquierda en las administraciones locales y en los sindicatos. Es más: ha objetado con la misma claridad la pretensión de la DC de mantener con carácter permanente la dirección de los gobiernos de coalición, proponiendo de manera explícita la idea de una alternancia. En la vertiente opuesta ha expresado su disponibilidad para una confrontación programática con los comunistas y para la búsqueda de los caminos a seguir con vistas a crear las condiciones para la formación de un gobierno más representativo y más avanzado. Entre tanto, continúa sosteniendo la supervivencia del gobierno Forlani hasta que no hayan madurado las condiciones. Fuera del lenguaje diplomático, esto significa que el PCI queda invitado a sostener —cuando llegue el momento— una presidencia del gobierno socialista, entrando a formar parte de la mayoría pero sin pretender participar en el gobierno. Una hipótesis que Berlinguer no ha aceptado todavía, pero que tampoco ha rechazado, dejando abierta la posibilidad del diálogo y que se utiliza para evitar que la conflictividad entre los dos

partidos de la izquierda supere los niveles de seguridad.

En síntesis, el PSI, tal y como ha aparecido en el Congreso de Palermo, es un partido que ya no acepta el desempeñar un papel subalterno, ni el alineamiento al lado de uno y de otro de los dos partidos mayores, o de entrambos, como a veces ha sucedido en el pasado, sino que, por el contrario, está decidido a servirse de su *centralidad* para ejercitar sobre ellos una presión creciente: sobre la DC, para objetar y limitar su hegemonía sobre el Estado e inducirle a aceptar una política de reformas, tanto en el terreno institucional como en el de la gestión de la economía; sobre el PCI, para impulsarlo a reanudar y a desarrollar el proceso de revisión de la propia ideología y de recuperación íntegra de su propia autonomía internacional, de la que depende la construcción de una alternativa de gobierno de la izquierda unida. Es ésta una línea que debiera suscitar asentimientos crecientes, incluso en el plano electoral, por parte de todos aquellos individuos y grupos que soportan mal la situación de estancamiento y de parálisis política consiguiente al *bipartidismo imperfecto* que viene dominando la política italiana desde hace treinta años. Con una condición, sin embargo: que el PSI logre agrupar en torno suyo a los partidos laicos menores, que tienen todavía una implantación electoral nada desdeñable, aunque sea dispersa, y poseen una influencia muy notable en los *mass media* y en la opinión pública. Paradójicamente, la dificultad mayor, por el momento, parecer ser precisamente ésta, como lo demuestran las malas relaciones con el Partido Republicano y con el Partido Radical.

El PSI es un partido que ya no acepta el desempeñar un papel subalterno, ni el alineamiento al lado de uno y de otro de los dos partidos mayores.

Concluyendo, quisiera repetir y ampliar cuanto decía al principio de este escrito, no es fácil expresar de manera clara y sintética —sobre todo a un

público extranjero— la línea política del PSI y, en general, la compleja realidad política italiana. Ello no depende, como alguno podría pensar, de una vocación nacional por la intriga política depende de una situación objetivamente intrincada, debida por un lado a la existencia de dos grandes partidos entrambos *anómalos* respecto de los *standards* europeos; por el otro, a un sistema institucional que favorece la fragmentación de los partidos y la dispersión de las coordenadas políticas (sistema parlamentario puro y leyes electorales proporcionales). En estas condiciones, la vida de un Partido Socialista no es fácil. Si, por ejemplo, lo comparamos con la situación francesa, podemos advertir que la diferencia entre la situación del partido de Craxi respecto del partido de Mitterrand no reside sólo en el hecho (ya de por sí decisivo) de que las relaciones de fuerza entre socialistas y comunistas en los dos países están invertidas, sino también en el hecho de que en Italia no le está permitido —como en el sistema presidencial francés— a las fuerzas de izquierda el prepararse para la sucesión permaneciendo fuera de las responsabilidades del gobierno. El siste-

En Italia no le está permitido a las fuerzas de izquierda el prepararse para la sucesión permaneciendo fuera de las responsabilidades del gobierno.

ma parlamentario y la pulverización del cuadro político debida a la ley electoral constriñen a la izquierda, o a una parte de ésta, a entrar en gobiernos

de coalición con fuerzas conservadoras o moderadas, y, de hecho, ha sido el PSI quien ha pagado hasta ahora ese precio para evitar que la democracia fuese atropellada. Y no cabe duda de que este tipo de colaboración obstaculiza el crecimiento impetuoso de la fuerza socialista que se ha producido en Francia, precisamente a partir de la introducción del sistema presidencialista. No quiero decir con esto que la reforma constitucional sea un *curalotodo* (y, además, hoy, en Italia, ninguna fuerza política se declara presidencialista). Quiero decir solamente que no se puede comprender la política del PSI, y las dificultades con que ésta se tropieza, si no se tienen en cuenta estas anomalías del *caso italiano*.

Traducción de J. A. Matesanz

¹ Quisiera recordar, a este respecto, el debate que se ha desarrollado recientemente en *Mondo-operario* (núms. 11 y 12 de 1980 y en el núm. 1 de 1981) sobre el tema *En memoria del proyecto socialista*.

LA ESTRATEGIA ECONOMICA DE LOS LABORISTAS BRITANICOS

Manuel Sánchez Ayuso



5

En momentos como los actuales, en que la crisis económica se encuentra instalada con fuerza en la realidad de muchos países, cobra un interés excepcional el estudio de las diferentes medidas de política económica para hacer frente a ella, además de que, desde un punto de vista socialista, el tema se amplía, por así decir, ya que la perspectiva de combatir la crisis se enmarca en un proyecto de transformar la sociedad.

Introducción

En el caso británico, la crisis actual se halla complicada por haber sido el campo de experiencia de una política neoliberal que, desde que los conservadores ganaron las elecciones (hace unos dos años), ha generado un enorme paro, no ha acabado ni mucho menos

con la inflación, ha congelado servicios públicos, etc. La alternativa laborista se presenta, en este sentido, como un conjunto de políticas económicas que han recibido un apoyo de los sindicatos, del *Trade Unions Congress* y de las conferencias del Partido Laborista durante los últimos años, políticas que hacen frente a la crisis y que se plan-

tean adicionalmente articuladas en una estrategia progresiva para efectuar la transición hacia el socialismo. Hay una fundamental preocupación entre los distintos formuladores de la *estrategia económica alternativa* (AES desde ahora) por subrayar la necesidad de movilizar un apoyo popular para esa estrategia y por insistir en que el debate es básicamente político, porque se trata aquí de una vía para el socialismo que se mueve, lógicamente, en el terreno de profundizar la democracia en sus distintos niveles.

El origen de la AES está, según Hodgson, en el período de debate y autoexamen crítico en el partido laborista que siguió a la derrota del gobierno de Wilson en 1970¹. De hecho, hay diferentes presentaciones y elaboraciones de ideas a lo largo del tiempo. Libros como los de Holland², Hodgson³, el grupo de Economía Política de Cambridge⁴, Sedgemore⁵, y el grupo de trabajo de Londres de la Conferencia de Economistas Socialistas⁶, entre otros, así como otras publicaciones describen la AES, y el último libro al que me he referido supone una sistematización muy clara y oportuna de la estrategia⁷.

Entraré ahora en el comentario de la AES a través de un análisis breve de las políticas más importantes que en ella se engloban, reiterando lo que se dice en el libro citado: «La AES no es un asunto técnico para economistas, sino que plantea cuestiones que deben ser examinadas y discutidas a través del movimiento laborista», así como «representa un campo de debate, un consenso sobre los componentes básicos y la estructura de la estrategia económica dentro de la cual hay una necesidad urgente de desarrollar y debatir políticas más detalladas»⁸.

Antes de examinar en concreto las políticas, quisiera indicar que los ele-

Hay una fundamental preocupación entre los distintos formuladores de la AES por subrayar la necesidad de movilizar el apoyo popular.

mentos básicos de la AES son los siguientes:

- a) Una política expansiva, que se encamina hacia el pleno empleo y hacia el incremento del nivel de vida.
- b) Esa política expansiva debe estar planificada y basarse en el crecimiento del gasto público.
- c) Hay que controlar el comercio exterior y los movimientos internacionales del capital.
- d) Hay que llevar a cabo una política industrial que se fundamente en la extensión de la propiedad pública (incluyendo lógicamente a las instituciones financieras) así como en los acuerdos de planificación a nivel de empresas, ligados a una red de democracia industrial.
- e) Un plan económico nacional que coordine las políticas macroeconómicas y la planificación industrial.
- f) Control de la inflación centrado en la utilización de los controles de precios.

Política de expansión

La AES se desenvuelve como una alternativa inmediata ante una política neoliberal y conservadora.

Para esta última política, como es sabido, hay que reducir el gasto público y, en general, el papel del sector público en la economía, y es preciso llevar a cabo un enfoque monetarista estableciendo normas rígidas en la creación de dinero y priorizando fuertemente la lucha contra la inflación en relación con el combate contra el desempleo. La AES, por el contrario, parte de un ataque a la posición conservadora y de un análisis de la crisis actual (me refiero a la última versión de la AES). Para la AES, hay una crisis inmediata (la pro-

vocada por los conservadores) inserta dentro de una más amplia y dentro de una creciente inestabilidad de la economía mundial. En este orden de cosas, distintos autores partidarios de la AES han insistido en la baja tasa de inversión de la industria manufacturera británica, en la desindustrialización y la consiguiente disminución del empleo en la industria manufacturera⁹, en el papel perturbador de la penetración de las empresas multinacionales en la economía británica, etc.

Frente a esta situación, la AES considera que es necesaria una política de expansión planificada, política, que es una ruptura clara y neta con respecto a la estrategia monetarista y su política deflacionista. Esta política expansiva debe manifestarse en dos etapas. En la primera, habría que introducir en la producción recursos inutilizados para proveer incrementos del empleo y niveles más altos de producción. En la segunda, una vez llegados al pleno empleo, hay que usar los recursos más eficientemente y emplear nuevas técnicas de producción.

En la primera etapa, el sector público conduciría la expansión de la demanda; y en la segunda, habría que combinar distintas políticas; pero tanto en una como en otra etapa, el crecimiento importa en cantidad y también en calidad.

En la primera etapa hay, pues, que incrementar la demanda a través de un mayor gasto público y una reducción de los impuestos para los escalones más bajos de renta. La AES parte muy concretamente de la aceptación de algunas ideas básicas del keynesianismo y, en este sentido, se dice que estas ideas las «vemos como extremadamente valiosas para el gobierno laborista»¹⁰, si bien se opone a las políticas económicas socialdemócratas caracterizadas por la esencia de lo que se ha venido en

llamar el consenso «Keynes-Beveridge»¹¹.

El resultado de ese mayor gasto será un mayor déficit del sector público y, posteriormente, la misma expansión conduce a mayores ingresos tributarios y menores gastos en subsidios de desempleo. De todas maneras, sería preciso en la segunda etapa hablar de aumentar tipos impositivos, entre otras medidas, para continuar la política de expansión.

Esta política conduce al pleno empleo, y hay que tener en cuenta que un elemento clave de la AES es precisamente que se intenta llegar al pleno empleo en un período de cinco años¹², lo que significa que como meta cuantificada, el nivel de desempleo sólo debe alcanzar como máximo el 2,5 por 100 de la población activa. Teniendo en cuenta el crecimiento de la productividad previsto, habría que calcular unas tasas de incremento de la producción en principio altas, máxime tomando en consideración el impacto de las nuevas tecnologías. Por otra parte, está prevista en la AES una disminución de la jornada de trabajo. Con todo ello, los artífices de la AES piensan que un crecimiento real de la producción en torno a un 4 por 100 anual serviría para alcanzar el objetivo del pleno empleo.

La introducción masiva de la nueva tecnología basada en la microelectrónica puede lógicamente crear problemas en torno al empleo, pero hay que tener en cuenta que la AES plantea la cuestión en términos de una estrategia expansiva, una planificación industrial y una pequeña reducción en la jornada laboral, por lo que no creen los autores de la AES que el uso de la microelectrónica sea un obstáculo serio para

La AES considera necesaria una política de expansión planificada, como ruptura con la estrategia monetarista.

llegar al pleno empleo. Los sindicatos, adicionalmente, han propuesto unos acuerdos de nueva tecnología entre ellos y la dirección de las empresas pa-

ra controlar la introducción de esas innovaciones.

Además de esto, conviene indicar que se piensa que poco empleo adicional puede esperarse en la industria manufacturera, y que los nuevos empleos se localizarán en los servicios y en la construcción básicamente. Otro aspecto importante de la cuestión es que, a juicio de los autores de la AES, una expansión iniciada en base a incrementos del gasto público genera mayor número de puestos de trabajo que si se llevara a cabo una reducción de los impuestos.

Junto a la política de expansión, la reducción del desempleo pasa también, como ya se ha indicado, por una jornada de trabajo menor; por subsidios al empleo y programas de formación y reciclaje (de efectos inciertos, en lo que se refiere a su eficacia, como se reconoce por estos autores); por planes autorizados por los mismos trabajadores con vistas a efectuar producciones alternativas, etc. Algunas de estas medidas han sido ya adoptadas en otros momentos por gobiernos laboristas, como es el caso del subsidio temporal al empleo y no producen, en general, efectos de gran interés con respecto a la reducción del paro.

Estrategia industrial

LA AES tiene un especial interés en regenerar la industria bajo un control democrático, y este tema es central para ella. Hay que hacer frente a la desindustrialización, problema estructural; a los desafíos a corto plazo frente a un gobierno de izquierdas; a las cuestiones de qué tipo de estructura industrial se quiere, qué distribución espacial se persigue, etc.

Los elementos básicos de la estrategia industrial son, en primer lugar, los

Un elemento clave de la AES es precisamente que se intenta llegar al pleno empleo en un período de cinco años.

acuerdos de planificación negociados entre grandes compañías, el gobierno y los sindicatos, acuerdos obligatorios y respaldados por sanciones en caso

incumplimiento. En segundo lugar, está todo el tema de la extensión de la propiedad pública a empresas clave en cada sector de la industria mediante el NEB (National Enterprise Board) y otras compañías *holding* estatales. En tercer lugar, habría que coordinar las actividades planificadoras a nivel de empresa y sector con las políticas a nivel agregado, a través de una Comisión Nacional de Planificación. En cuarto lugar, es necesario controlar el sistema financiero mediante la propiedad pública y la canalización de fondos para asegurar que estarán disponibles los recursos financieros imprescindibles para incrementar sustancialmente la inversión industrial.

Estos cuatro puntos son fundamentales dentro de la estrategia industrial, y en ellos conviene destacar algunas cuestiones. La propiedad pública es una parte esencial de la AES, pero hay que matizar que la nacionalización no es concebida en absoluto como una panacea. Es preciso buscar respuestas *socialistas* adecuadas para organizar la producción y dirigir las empresas pues, si esto no se hace, o bien se actúa igual que en el sector privado o bien la propiedad pública se identifica con la ineficacia. La AES trata de combinar una extensión de la propiedad pública en las empresas rentables y una planificación de las empresas privadas.

Otra cuestión relevante es la planificación y, en la estrategia industrial, el acuerdo de planificación es un instrumento básico. Ese acuerdo cubriría las grandes decisiones estratégicas adoptadas por las empresas sobre niveles de inversión y localización, empleo, política de precios, etc., y, como se ha indicado antes, se negocia entre gobierno, empresa y sindicatos. El tema

de la intervención de los sindicatos y la obligatoriedad de los acuerdos fueron muy discutidos dentro del Partido Laborista, pero, al fin, quedaron aprobados por la Conferencia del Partido Laborista de 1973 e incluidos en el programa¹³.

Un tema también sustancial es el de la financiación. La AES considera que debe haber financiación de la inversión por canales públicos. Se propone un Banco Nacional de Inversión y los sindicatos han sugerido que tenga una dirección tripartita. Sería muy importante que tal banco se introdujera en el sistema de planificación. Por otra parte, una extensión de la propiedad pública llegaría a bancos privados hoy, así como a algunas compañías de seguros. Además de estas medidas, se prevén otras, como pueden ser la creación de un Fondo de Reserva de Inversiones, algunas reformas del Banco de Inglaterra, etc.

Comercio exterior

Se ha llegado a decir que la AES está identificada con los controles a la importación, hasta el punto de que no es más que proteccionismo al viejo estilo con disfraz socialista¹⁴. La realidad no es ésta, obviamente, pero sí que es cierto que la AES defiende los controles a la importación y, en general, la planificación del comercio exterior.

Una política de expansión como la propugnada por la AES podría provocar una crisis de balanza de pagos al incrementarse rápidamente las importaciones, en lógica respuesta al aumento de la demanda. Adicionalmente, toda la estrategia industrial reposa en esos controles de las importaciones, selectivas por supuesto. En torno a estos dos órdenes de consideraciones, se erigen las ideas de la planificación del co-

mercio exterior y de los controles a la importación.

Inglaterra se encuentra de tal modo integrada en el sistema económico internacional que la balanza de pagos representa, de hecho, un límite muy efectivo a la expansión y al pleno empleo. Problemas de balanza de pagos se hallan detrás de las políticas de *stop and go* de los años cincuenta y sesenta, con las consecuencias que tuvieron estas políticas y en concreto las de deflación.

Pues bien, los autores de la AES sostienen la necesidad de que tenga lugar un control directo sobre el comercio exterior y, además, dicen que, sin ese control directo sobre las importaciones, la política expansiva sería prácticamente imposible.

Además de estos controles globales realizados con la mira puesta en reflexiones de expansión, hay que profundizar en una protección selectiva, en unos controles de este tipo de acuerdo con criterios de planificación industrial, o sea, relacionándolos con el tipo de estructura industrial que se desea conseguir.

Los autores de la AES han insistido en que, desde distintos ángulos, desde posiciones de derecha y de izquierda, han sido atacadas estas proposiciones de control de importaciones, lo que es verdad, desarrollando, a su vez, una argumentación bastante consistente de defensa de ellas y de crítica a posturas de libre comercio mundial, por un lado, y de un *internacionalismo* socialista abstracto, por otro. En general, la AES se mueve dentro de una búsqueda consciente de la autonomía de la política económica británica y, en consecuencia, dentro de un rechazo a que ciertas reglas actuales del juego en el ámbito internacional, en el campo de los movimientos de capitales o de

La AES trata de combinar una extensión de la propiedad pública en las empresas rentables y una planificación de las empresas privadas.

mercancías y servicios, puedan limitar fuertemente dicha autonomía, precisando, sin embargo, que la autonomía considerada como objetivo de la política económica no es con respecto a los trabajadores de otros países, sino con respecto al capital y sus formas de control.

La AES se mueve dentro de una búsqueda consciente de la autonomía de la política económica británica.

cipios de extensión de la negociación colectiva, etc. Además, se estima importante una congelación temporal de precios (de seis a doce meses) para romper el

ciclo de la inflación y también se piensa en una reducción de algunos precios como consecuencia de disminuciones en algún impuesto sobre el gasto, en algunos precios de industrias nacionalizadas o como resultado de subsidiar algunos productos de primera necesidad.

El control de la inflación

En la perspectiva de combatir la inflación, la primera tarea de los autores de la AES consiste en averiguar en qué sentido la inflación es un problema, es un mal, para lo cual distinguen entre las consecuencias peligrosas que pueden atribuirse a ella misma y aquéllas que son un resultado de las políticas antiinflacionistas o de los errores de ajuste. En cualquier caso, una política sobre la inflación exige pronunciarse previamente sobre las causas de ésta y la AES considera que el origen está en el conflicto sobre la distribución. No es ésta, por supuesto, una explicación original, pero es importante subrayar que la aceleración de la inflación, para la AES, viene de un conflicto intensificado entre capital y trabajo.

Considerando las posibles medidas para controlar y reducir la inflación, después de pasar revista a las distintas políticas —deflación, control monetario, política de rentas y controles de precios— se inclinan por estos últimos, pero incluyendo toda esta problemática en la determinación de la renta, dado que es preciso tomar en cuenta todas las implicaciones que éstos tienen en la división del producto entre beneficios y salarios. Por ello, hablan de controles de precios detallados que tomen en consideración los movimientos de costes y los requerimientos de inversión; de acuerdos sobre la determinación de la renta conforme a los prin-

En cualquier caso, la estrategia industrial prevista y los acuerdos de planificación colaboran en la estabilidad económica, pues suponen una concertación en la que los precios pueden estar mucho más controlados que ahora. Los autores de la AES insisten en esta perspectiva, a la que se une la argumentación —sólida—, según la cual el crecimiento provocará una reducción de los costes unitarios de las empresas y reducirá así las presiones inflacionistas.

Control de los trabajadores

La AES se inserta, como ya se ha dicho, en un proceso de transición al socialismo, y, en este sentido, no es únicamente un *programa de gobierno*, sino que se presenta también como un instrumento de movilización de las organizaciones de los trabajadores. Por otro lado, la AES se integra en el movimiento en favor del control de los trabajadores, cuya larga historia es conocida. En el año 1978, en Inglaterra, se publica el *Informe Bullock sobre democracia industrial* y, en su discusión, surgieron notables diferencias dentro del movimiento sindical inglés, que no es cuestión ahora de reseñar. La AES se inclina en favor de la extensión del poder de los trabajadores en la producción y en el proceso democrático más amplio posible. Señala los peligros del

sindicalismo de empresa, o estrategia que se limita a fortalecer el papel de la negociación colectiva en el proceso planificador de la empresa.

La AES apoya la extensión del poder organizado de los trabajadores en el contexto de una economía planificada. Se trata de ir combinando también los propios objetivos del sistema, de ir pasando de la producción por el beneficio a la producción por la necesidad social. En este sentido, hay que ampliar el control por los trabajadores y ligarlo a esas formas de cambio, de sustitución de unos objetivos por otros. A diferentes niveles, en el lugar de trabajo y en el lugar donde se vive, hay que ir avanzando en la democratización de la adopción de decisiones.

La significación global de la AES

Hoy nos encontramos en una crisis profunda, como sabemos, que, más allá de sus componentes inmediatos, parece dibujar líneas de salida que alteran profundamente el sistema económico, tal como cristaliza en el período que *grosso modo* transcurre entre 1945 y 1974. Entre otras cosas, la crisis significa la puesta en cuestión de algunas políticas económicas de ese período. Sin entrar ahora en este tema, que obviamente excede con mucho del objetivo de este artículo, conviene indicar que Michel Rocard ha subrayado que «las experiencias socialdemócratas obtienen su relativo éxito de la expansión capitalista que les ha permitido jugar la carta de Estado-providencia. Este éxito es también el signo de sus límites: la fuerte expansión de las economías capitalistas ha cesado y probablemente por mucho tiempo» (Rocard)¹⁵. Con la selección de esta frase, quería indicar que, así como la política keynesiana se encuentra ahora sometida a una fuerte crítica en cuanto a su eficacia

y la derecha europea y norteamericana se ha ido situando en el terreno de la dureza económica neoliberal, la política socialdemócrata está siendo fuertemente contestada desde la propia izquierda parlamentaria (compartiendo en parte la crítica a la política keynesiana, pues la influencia del keynesianismo sobre una parte importante de los partidos socialdemócratas y socialistas, especialmente los del centro y norte de Europa, ha sido muy grande). En el caso del Partido Laborista británico, esa influencia del keynesianismo es muy clara en Crosland, cuyas tesis han tenido una vigencia básica en el partido, especialmente en una de sus alas.

Ha dicho J. M. Maravall (a mi juicio, con razón), que «la crisis económica a partir de 1973 ha acentuado la debilidad del impacto reformista de tales programas (los socialdemócratas), impacto consistente sobre todo en el gasto público. La crisis económica de los años setenta ha producido una profunda crisis en las políticas redistributivas y de extensión de los servicios sociales y ha mostrado la grave incapacidad de las políticas socialdemócratas para controlar las inversiones y la producción, para mantener los precios y el empleo, para estimular el desarrollo regional. Ello ha llevado a poner en cuestión el reformismo socialdemócrata y ha originado una reorientación hacia unos programas socialistas que pretenden ir más allá de la reforma socialdemócrata»¹⁶. En este sentido, se desenvuelve el programa laborista, el proyecto socialista francés, etc.

Concretamente, la AES se desenvuelve en el terreno de esta nueva política económica socialista, que se inserta en una estrategia de transformación real

La AES apoya la extensión del poder organizado de los trabajadores en el contexto de una economía planificada.

de la sociedad por medios democráticos y con propósitos de llegar a una sociedad totalmente democrática. Esta política económica recupera la política

de control de la oferta frente a la pretensión de no ir más allá del control de la demanda; nacionaliza industrias en los sectores importantes *activos* y dinámicos, y no sólo en los sectores *pasivos* en términos de crecimiento; reposa en la planificación democrática y en los acuerdos de planificación, que unen, en expresión de David Purdy, «los objetivos a largo plazo del socialismo con la dirección inmediata de las luchas de clase»¹⁷; controla los ahorros del país y los dirige hacia las inversiones... Toda esta política, además, se inscribe en la lucha por una mayor igualdad, por una redistribución más adecuada de la renta y de la riqueza; por un pleno empleo; por una mejora en la calidad de la vida; por un aumento de los consumos y equipamientos colectivos, etc. En este sentido, esta nueva política económica socialista constituye una esperanza que, en alguna forma, puede empezar a materializarse muy pronto en el caso de Francia, pues el programa del socialismo francés está concebido de forma relativamente similar al estudiado aquí.

Parece que se está generalizando, en el contexto de los partidos socialistas europeos esta nueva política económica. Piénsese, además del caso laborista inglés, y del francés, en otros y, por ejemplo, el caso sueco, en determinados momentos al menos. Palme, en su introducción al programa más radical de 1975, decía que el movimiento obrero sueco se movía entonces hacia la tercera etapa en su larga lucha para transformar la sociedad. Las primeras dos etapas eran la democracia política y el Estado del bienestar. La tercera era la de la democracia económica¹⁸. Ha dicho Stephens, refiriéndose a la socialdemocracia sueca, que su programa, en los años setenta, se ha ido desplazando hacia políticas de control de la oferta, de la producción y, por tanto, hacia cambios de la propiedad¹⁹.

Esta nueva política económica socialista constituye una esperanza que, en alguna forma, puede empezar a materializarse muy pronto en el caso de Francia.

No olvidemos que el proyecto Meidner se aprobó en 1976 y que este proyecto implicaba la socialización a largo plazo de la economía sueca²⁰.

Volviendo a la AES en concreto, ha recibido muchas críticas desde diversos ángulos. Hay críticas desde la derecha y desde la izquierda, con utilización lógicamente de argumentos económicos y políticos muy distintos.

Desde la derecha, se invoca en contra de la AES la economía de mercado, entendida muchas veces de una forma muy poco real. Hay ataques que subrayan los efectos inflacionistas posibles de la política de expansión; los aumentos del sector público y del gasto público son criticados fuertemente, así como los previsibles incrementos de impuestos; los controles a la importación son estimados contrarios a las reglas internacionales de juego, etc. En cualquier caso, las críticas de derecha están muy orientadas en un sentido ideológico, por una parte, y en un sentido de viabilidad del modelo, por otra.

Desde la izquierda, se ha criticado la AES como pura ilusión reformista²¹ o desde ciertos supuestos neobolchevistas, por así decir. Se ha dicho que no lleva a cabo una ruptura real con respecto al mercado capitalista internacional; se ha dicho que la AES no podrá imponer políticamente sus soluciones frente a una burguesía que tenderá a desestabilizar la economía; se ha hablado de la crisis fiscal del Estado; se ha criticado la supuesta subordinación de la lucha social a la lucha parlamentaria que posiciones como la de la AES pueden entrañar, etc.

Hay, por supuesto, muchas críticas posibles, desde distintos ángulos, pero la AES representa, como otros programas socialistas recientes, una innovación seria y una probabilidad importante de avanzar realmente en un sentido socialista democrático. No se conci-

be solamente (y, en este sentido, muchos autores insisten en ello) como una política alternativa para un programa de gobierno, sino que, como ya señalaba en páginas anteriores, implica también una movilización política y esto significa algo que considero muy importante: la necesidad de

combinar la acción institucional y la movilización social en sus distintas vertientes para llegar al socialismo²². La conjunción de movimientos sociales con el proceso de globalización política es lo que permitirá, de una manera u otra, avanzar a lo largo de la vía democrática hacia el socialismo.

¹ G. Hodgson: *On the political preconditions of the alternative economic strategy*, en Mike Prior (Ed.), *The popular and the political. Essays on socialism in the 1980's*. Routledge and Kegan Paul, Edit., Londres, 1981, pág. 113.

² Stuart Holland ha publicado diversos libros, pero ahora quería subrayar el siguiente, *The Socialist Challenge*, Quartet, Londres, 1975.

³ Hodgson, *Socialist Economic Strategy*, ILP, Leeds, 1979.

⁴ Cambridge Political Economy Group, *Britain's Economic Crisis*, Spokesman Pamphlet, 44, Nottingham, 1974.

⁵ B. Sedgemore, *The how and why of socialism*, Spokesman Pamphlet, Nottingham, 1977.

⁶ CSE London Working Group, *The Alternative Economic Strategy. A labour movement response to the economic crisis*. Blackrose Press, Londres, 1980. El grupo de Londres comenzó estudiando esta estrategia en 1978 y ha publicado algunos trabajos antes de este libro como, en 1979, un artículo en *Capital and class*.

⁷ Francisco Flores Santamaría ha presentado a las Jornadas de Política Económica de Valencia, celebradas el 14 y 15 de mayo de 1981, una ponencia sobre la Estrategia Económica Alternativa, en la que la expone sintéticamente y con claridad.

⁸ CSE London Working Group: *The Alternative... ob. cit.*, prefacio.

⁹ Véase A. Singh UK. *Industry and the World Economy: A case of De-industrialisation?* Cambridge Journal of Economics, junio, 1979.

¹⁰ CSE London Working Group: *The Alternative... ob. cit.*, pág. 37.

¹¹ Los autores de la AES sostienen que el keynesianismo en su conjunto no es aceptable en la medida en que no trata de cambiar las características básicas del sistema capitalista y hablan del *consenso Keynes-Beveridge* para referirse al sistema en que, a través de ciertas formas de intervención del Estado, el paro masivo y las desigualdades opresivas del capitalismo inicial pueden reducirse o eliminarse, manteniéndose al mismo tiempo bajo propiedad y control privados los principales medios de producción que se utilizan para suministrar beneficios a sus poseedores. CSE London Working Group, *The Alternative... ob. cit.*, pág. 26.

¹² Esta es la propuesta concreta del libro del CSE London Working Group.

¹³ Véase Stuart Holland, *Planning Disagreements*, en S. Holland (Ed.). *Beyond Capitalist Planning*, Basil Blackwell, Londres, 1978, pág. 138. Había en el Partido Laborista amplios desacuerdos en torno a la planificación y, usando una frase de Balogh, eran entre *mini* y *maxi* planificadores.

¹⁴ S. Hodgson: *On the politica preconditions...*, art. cit., pág. 114.

¹⁵ Michel Rocard: *La social-democratie et nous*, en *Faire, Qu'est-ce que la social-democratie*. Ed. De Seuil, París, 1979, pág. 23.

¹⁶ J. María Maravall: *Los límites del reformismo. El socialismo parlamentario y la teoría marxista del Estado*, Sistema, núm. 27, noviembre, 1978, pág. 79.

¹⁷ David Purdy, en *Capital and class*, primavera, 1977.

¹⁸ Citado por John D. Stephens, *The transition from capitalism to socialism*, MacMillan, Londres, 1979, pág. 182.

¹⁹ *Ibid.*, pág. 182.

²⁰ El proyecto Meidner, como es sabido, consistía en que las empresas con más de 100 trabajadores tendrían que transferir una parte de sus beneficios en forma de acciones administradas por los sindicatos. Se calculó que, si se hubiera puesto en marcha la propuesta, en 20 ó 30 años las empresas más rentables, a las tasas actuales de crecimiento, serían controladas por los trabajadores y en cincuenta o sesenta años, la economía sueca en su gran mayoría estaría basada en la propiedad colectiva. Véase R. Meidner, A. Hedborg y S. Fond: *Employee Investment Funds: a study of work and leisure*, Edición revisada en inglés del original sueco, Allen and Unwin, Londres, 1975.

²¹ Véase por ejemplo, la crítica de Harrison, que conceptúa estas posiciones como reformismo de izquierda. Dice que esta política no es un paso hacia el socialismo, que el capital no se someterá a una eutanasia lenta, y que el análisis de la crisis que hay detrás de ella es deficiente. Véase John Harrison. *Economía marxista para socialistas*. Ed. Crítica, Barcelona, 1980, pág. 196 a 202. Véase también E. Mandel, *La crisis 1974-1980*, Ed. Era, México, 1980, págs. 268 a 274.

²² Véase mi libro *Socialismo y crisis. Reflexiones para una alternativa*, Fernando Torres, Ed., Valencia, 1980, en el que expongo esta concepción de la vía democrática hacia el socialismo.

AUTORES Y LIBRERIAS

Carlos Barral



En vísperas de la redacción de un proyecto definitivo de Ley del Libro, en el que vendrán a plasmarse viejas aspiraciones jurídicas y de protección de intereses de los editores y libreros, mientras las serias cuestiones de derecho que interesan a la titularidad de la creación cultural seguirán en la ambigüedad, al amparo de anacrónicas leyes más que centenarias, y mientras se hace evidente que los merca-

dos editoriales, el de derechos de autor y el de libro impresos, han sufrido en los últimos años una seria transformación dentro de un proceso general de reajuste de los poderes del dinero, parecen oportunas algunas observaciones sobre la situación de la literatura y de la humanística en el mundo de los negocios.

Hablar de los condicionamientos industriales y mer-

cantiles de los *productos* de la creación literaria y humanística, puede parecer segregación caprichosa, y en cierto modo lo es; lo es, sobre todo, por insuficiencia. Es una primera segregación, aunque todavía imprecisa y en el fondo vaga, de lo que comúnmente entendemos por obras de creación, por unidades de cultura viva, dentro de esa oscura generalidad que las legislaciones y las estadísticas designan como *libros*. Porque pocas designaciones genéricas en la vida moderna son fuente, como la del libro, de tantos y tan constantes equívocos. El prestigio del libro como objeto en la tradición didáctica y su simbología en la cultura son seguramente responsables de la inespecificidad de su uso en el lenguaje político y económico. El libro, producto de la tipografía y de la encuadernación, objeto de papel con tapas, parece ser un sujeto claro de obligaciones y derechos, un objeto de pactos y comercios y un vehículo abstracto de trámites culturales, lo mismo si se trata de la materialización de un texto literario exquisito o de una novedad del pensamiento, que si de una herramienta anónima, diccionario, enciclopedia, epítome docente e, incluso, materialización de cualquier tipo de basura verbal o gráfica. En la imaginación de cualquier persona alfabetizada existe una frontera o varias entre los libros de contenido noble, los de contenido simplemente útil y los libros apenas tolerables, pero en el lenguaje económico y en el de los legisladores ni siquiera las clasificaciones más complicadas de ordenación bibliográfica se hacen eco de esas profundas diferencias de naturaleza, y las administraciones políticas, a la hora de prohibir o pre-

miar, tratan como parientes o, lo que es peor, como una misma cosa, los poemarios impresos de los escritores malditos y los vacuos alardes de la industria editorial inventados para engañar al consumo. La jerga económica tampoco se ha afinado en un esfuerzo de distinción entre productos materiales de las literaturas, de las artes o del pensamiento, productos editoriales prácticos y utilitarios, ediciones banales para el consumo casual y extravagante y basura tipográfica de distintos grados y niveles. La ambigüedad y la confusión son generales en todos los terrenos en los que rozan los poderes y la creación humanística, y eso engendra una confusión artificial en la sociedad en cuyos instintos, en cambio, radica una voluntad de distinguir. El escritor y su obra son víctimas de un malentendido perpetuado por los programas y las leyes, por las estructuras de la industria y el comercio y por la indefensión de su público teórico. La sociedad en tanto que lectora e invitada a la participación en el acto de creación literaria, también. En ese contexto, debe advertirse el peligro de legislación inminente, dictada desde un horizonte de intereses editoriales y se puede señalar las contracciones del entorno mercantil de la literatura en los últimos años.

El mundo librero, o libresco, ha sufrido una rápida deformación a lo largo de los críticos años setenta. Las librerías, faltas de capital y de espacio, se han desprofesionalizado; se han convertido en puntos de venta editoriales, como se diría en lenguaje de ejecutivo mercantil, en el que las novedades de la industria editorial hacen corta comparecencia. Las li-

El prestigio del libro como objeto en la tradición didáctica y su simbología en la cultura son seguramente responsables de la inespecificidad de su uso en el lenguaje político y económico.

brerías no son como bibliotecas de la actualidad y de la cultura impresa que se conserva en vida, destinadas a ser visitadas por el lector habitual que se informa en ellas o por el lector eventual que acude movido por una noticia o por una exigencia y que puede ser aconsejado por un profesional. Son, sobre todo, *mesas de novedades*, en las que hacen escala unas cuantas semanas los títulos promovidos a la venta por los grandes lanzamientos y por las que pasan camino de los anaqueles del olvido y del descuido, con igual transitoriedad, los libros nacidos sin escándalo publicitario. Son, aparte de mesas de novedades, cementerio provisional de libros extraviados entre turnos de devolución de ejemplares invendidos. El curioso lector, que en práctica de una vieja costumbre de la clientela librera, visita a su librero en busca de un libro que pudiera interesarle pero del que ha oído hablar por primera vez seis meses después de su fecha de publicación, tiene muy pocas probabilidades de encontrarse con el título que desearía comprar. Y el autor, incluso exitoso, que ha publicado su libro pensando en esa cita teórica con el lector al que habrá convocado la crítica, por ejemplo, se verá seriamente defraudado. Su libro ha dejado de ser novedad y no volverá a tener vigencia en las librerías si no

concurrían circunstancias especiales, imprevisibles y no siempre deseables. Ocurre que la librería tradicional, de modelo decimonónico, no ha podido seguir en su crecimiento a una industria editorial absolutamente desproporcionada a la capacidad de lectura de la sociedad española. La industria editorial española, orientada a la exportación, aunque sea en formas salvajes, se cuenta entre las diez primeras del mundo y radica en uno de los países europeos de más bajo índice de lectura. La librería, abrumada por la producción de los editores exportadores, no puede atender el comercio de los libros de consumo no forzado por la publicidad y por la comercialización masiva. Eso excluye la atención a la cadencia de catálogo de los editores menos que medianos, que no cuentan con un enorme aparato de distribución y grandes medios publicitarios, los editores pequeños, exquisitos y artesanos que hasta hace poco tiempo encauzaban la producción literaria y humanística refinada y de descubrimiento. La nueva legalidad mercantil excluye el papel social de los editores y los libreros vocacionales.

La nueva legalidad mercantil ha concentrado el poder editorial en unas pocas marcas, las que se apoyan en una poderosa estructura comercial y disponen de medios publicitarios que les

permiten, por una parte, cubrir sistemas de distribución no librereros y alcanzar puntos de venta menos profesionales que las librerías, y, por otra parte, obligar a las librerías cabales y profesionales. Esos grandes editores no pueden permitirse una labor de descubrimiento. Sus estructuras comerciales no les permiten los libros de pequeña tirada y ni siquiera de tirada media, y se ven obligados a nutrir su caudalosa producción con títulos seguros, nuevos o resucitados, de escritores popularmente acreditados o de géneros y subgéneros que aseguran facilidades comerciales. Y se ven obligados a mezclar una cosa con otra y a forzar una confusión que ya dijimos que tiene otras causas. Sus procedimientos enriquecen a unos pocos escritores notables y a muchos escritores dudosos y oportunistas, pero dejan en las cunetas de la edición a los escritores nuevos o en los tramos altos de sus carreras a la influencia y a la fama o, simplemente, a la esperanza de ser merecidamente leídos.

El mercado de derechos de autor es consecuencia de cada situación editorial, y las anomalías de las estructuras editoriales y librerías españolas han distorsionado una legalidad consuetudinaria que suplía una normativa escrita inadecuada u obsoleta, una normativa que debía haber desarrollado una ley de la propiedad intelectual nacida antes de la industrialización librera y que ni siquiera contempla la figura del editor y las particularidades del convenio de edición, tipificado por los hábitos a la sombra de las generalidades del Código civil. La vetusta ley no distingue entre el derecho de propiedad intelectual y sus facultades de disposición e

introduce rarezas, como el derecho específico a la edición de obras reunidas y selectas, y una duración *post mortem* enormemente exagerada. A lo largo de generaciones, las cesiones de derecho de publicación se han hecho con criterios rabiosamente patrimonialistas que justificaban cesiones sin caducidad y propiciaban el expolio de los autores y la capitalización salvaje por parte de los editores de las primeras ediciones. En realidad, el derecho editorial se ha movido hasta hace poco en un ámbito de paternalismo de las marcas editoriales, mitigado, con frecuencia, por los matices de las relaciones personales entre la persona del editor y la del autor o de su heredero. Las «clases» de ediciones, normales, populares, de bolsillo, de lujo, etc., se han basado durante muchos años en analogías con otros muchos editoriales y los ámbitos geográficos de las cesiones, nacional o de la lengua, se pactaban con extrema vaguedad y sin ninguna eficacia porque, por una parte, la exportación se hace sin ninguna forma de control jurídico, y por otra, las legislaciones de otros países del ámbito lingüístico, de la mayoría de las repúblicas iberoamericanas, son aún más confusas y a menudo contradictorias que la española. A partir de ese pasado, los tirones de la concentración mercantil y de diversidad y duplicidad de ediciones de los mismos títulos, han ido creando una situación caótica. Tan dañina para el patrimonio de los editores, para la patrimonialidad del catálogo de las distintas marcas editoriales, como para los intereses de los autores, que siguen sin instrumentos de vigilancia de sus ventas en una situación mucho más compleja que la

de antaño. La figura del agente literario, que, en ciertos aspectos corrige con su presencia esa indefensión y atenúa ese caos, en otros los agrava, porque, inevitablemente, se transforma en feriante de libros inéditos y malabarista de fórmulas y subfórmulas de edición del mismo texto. El agente se convierte en colaborador y a menudo en motor de las exageraciones de los lanzamientos particulares, de las faras publicitarias y de las ediciones millonarias que distorsionan el mercado de derechos y desequilibran las oportunidades naturales de una gran mayoría de obras merecedoras de la imprenta, de la atención de la crítica y de la expectativa librera. Los autores a los que esa rápida contracción del mercado ha sorprendido a medio camino de consolidar una reputación generalizada, o que no tienen la suerte de ser empujados a tiempo por la trampa de los premios y concursos de manuscritos o por los lanzamientos con generosa instrumentación publicitaria, quedan injustamente relegados a la condición de aspirantes a la imprenta o de publicados en la semiclandestinidad, y saben que no deben hacerse ilusiones acerca de la posible profesionalidad futura de su trabajo creador. Un mercado de derechos de autor con cabeza de ediciones millonarias y corona de autores promovidos a una fama exagerada, tiene el cuerpo raquítrico de una situación editorial avarienta y artesana como la de hace setenta años.

Las nuevas leyes, los reglamentos que se han de legislar, pudieran tender a corregir una situación anómala en el terreno jurídico y en el de la economía de la industria cultural y, finalmente, con grave incidencia en

los mecanismos de creación que en gran parte rigen la posibilidad de expresión de la sociedad española. Pueden también tender a perpetuar esa situación anómala, a hacerla legal y de imprevisible

duración. Depende de quien inspire los proyectos, pero depende también de que, antes de que los proyectos se concreten, se produzca una clarificación de ese enmarañado territorio de intereses

que separa el acto de creación literaria del acto de la lectura, al autor de su público, o, en términos más modestos, al autor de su libro como fórmula de propuesta a la participación social.

LA CRISIS DE LA IDEA DE IZQUIERDA

Massimo L. Salvadori

análisis y debate



1

La izquierda italiana necesita unidad. Pero la unidad no puede realizarse ya basándose en la idea que sobre la izquierda tenían el PSI y el PCI cuando, en otro tiempo, realizaron su unidad: la idea de que el movimiento obrero constituye el fundamento común e intangible en tanto que categoría social y económicamente unificadora. Estas ideas están, históricamente, en crisis.

Creo que nadie puede negar que hay motivos para sentir un fuerte embarazo cuanto intentamos, hoy, en 1981, razonar sobre las relaciones entre comunistas y socialistas, y acerca de la posibilidad de una política unitaria del PSI y el PCI sesenta años después de 1921. Las raíces del embarazo son evidentes: el hecho es que el estado de las relaciones entre los dos partidos tiende a hacerse *catastrófico*, casi tanto como en el momento de la escisión. Por descontado, no se trata de la unidad político-orgánica de la izquierda italiana en el momento actual; pero sí se trata, en cambio, de la idea de que el PSI y el PCI —más allá de su autonomía orgánica y de las diferencias ideológicas— sigan constituyendo el componente de

un despliegue unitario o, lo que es lo mismo, lo que tradicionalmente se llama *la izquierda*.

Personalmente, estoy convencido de que no se irá muy lejos sin colocar en el centro de la reflexión, con todo su alcance histórico, la crisis de los elementos que cimentaban la idea tradicional de izquierda; o mejor, que se emprenda sólo el camino de las recriminaciones, de las acusaciones, el camino estéril de las mensuraciones de fidelidad o infidelidad en relación al metro representado por la idea de la izquierda que detenta uno u otro partido, una u otra corriente. Cuando la cuestión decisiva con la que nos enfrentamos es que las bases de la *vieja idea* de izquierda están profundamente deterioradas, y lo que se trata es de verificar si existen los presupuestos para una *nueva idea de izquierda* y, en último análisis, para un nuevo tipo de unidad.

Dos mitos destruidos por la Historia

En 1921, socialistas y comunistas pasaron a ser *hermanos separados* o *hermanos enemigos*. Si, de hecho, se separaban en el modo de concebir los medios, sin embargo, conservaban un fin sustancialmente común y se remitían a la misma clase social, el proletariado, en cuanto clase protagonista de la lucha económica y política contra la explotación capitalista y en pro de la sociedad socialista. El marxismo continuaba siendo, no por casualidad y a pesar de todo, el fundamento indiscutido, al lado de la idea del socialismo como socialización generalizada de los medios de producción, y a la idea del Estado como instrumento de esa socialización.

En 1981, la crisis que afecta a los socialistas y comunistas es, a mi parecer, de naturaleza completamente distinta. Esta crisis —y éste es el punto decisivo— no afecta, en primer lugar, a los medios, sino a la idea de socialismo; idea que en 1921, por mitológica que fuese, constituía siempre la proyección ideológicamente solidificada del marxismo común, mientras que hoy esa misma idea se ve sumida en una crisis estructural de identidad. Esta crisis afecta lo mismo al PSI que al PCI, si bien alcanza a uno y otro partido de modo diverso.

Es importante tratar de comprender el curso de la crisis de la idea de socialismo; en el seno de la mayoría del movimiento obrero italiano, incluso en sus divisiones, a lo largo de los años veinte y treinta continuó actuando como cimiento ideológico de la hipótesis de la crisis del capitalismo tanto económica como político-institucional, hipótesis que parecía verse confirmada plenamente por el fascismo, la debilidad de las democracias burguesas y los éxitos de la edificación socialista en la Unión Soviética (que, a pesar de ser criticados en determinados aspectos, ejercían una enorme fascinación sobre los dirigentes socialistas). Después de 1945, el entendimiento entre socialistas y comunistas alcanzó en Italia el máximo de solidez, durando esta situación diez años. Stalingrado fue considerado como la prueba de la solidez del régimen socialista, y la expansión de las fronteras del socialismo al Este europeo y a China se entendieron como la corroboración del éxito en el empeño de elevar el socialismo a sistema internacional. Se pensó, pues, que la idea de socialismo había encontrado su plena traducción en la concretización de la historia; lo que contribuyó, de modo determinante, a la afirmación del *leadership* comunista en el movimiento obrero italiano. Y era tal la fuerza de atracción de este *leadership* que, dentro del Partido Socialista, dirigentes de primer plano llegaron seriamente a preguntarse si tenía sentido mantener un partido autónomo respecto del comunista, basándose en el concepto de que para una sola clase y para una sola lucha pudiera convenir un solo partido.

Finalizada la Segunda Guerra Mundial, esta idea del socialismo —que hoy sabemos cuán mítica fue— se reveló bastante eficaz como medio de canalizar la oposición de las masas trabajadoras a un capitalismo como el italiano, débil, tradicionalmente carente de capacidad hegemónica, sobre el que pesaba la condena histórica del matrimonio con el fascismo. Y ello tuvo consecuencias esenciales en la caracterización del modo como socialistas y comunistas entendieron su propio papel en la democracia política recién conquistada. Dentro del marco del deterioro de las relaciones entre las grandes potencias de la coalición antifascista, el mundo occidental se considera como el sistema de poder internacional del nuevo centro hegemónico del capitalismo mundial, los Estados Unidos, es decir, como el nuevo sistema imperialista; e Italia, bajo el régimen democristiano, una provincia de ese imperio. Por supuesto, las libertades democráticas de matriz liberal, la democracia política, se consideraban importantísimas, pero no en cuanto expresión de valores de naturaleza permanente, sino en cuanto medios eficaces y necesarios para utilizar en la lucha por la transformación del sistema y para alcanzar, aunque no fuese por caminos mecánicamente imitativos, el *modelo* soviético y el alineamiento guiado por la URSS.

Este agregado político-ideológico, que orientó a los comunistas y a la mayoría de los socialistas durante casi diez años desde 1945, fue disolviéndose a partir de 1956 hasta minar las bases ideológicas unitarias de la izquierda italiana. Era el comienzo de la crisis de la idea de izquierda que hoy, precisamente, está rayando su *climax*.

Los dos elementos principales de la crisis fueron, por un lado, el gran *boom* capitalista de los años cincuenta y, por otro, la crisis del mito soviético, determinada en primer lugar por el informe secreto de Kruschev, y en segundo lugar por el relajamiento de los vínculos soviéticos en Hungría. Dado que la hipótesis de la crisis del capitalismo y el mito soviético habían representado los pilares sobre los que se había levantado la unidad entre el PCI y el PSI, de la misma manera el desarrollo capitalista y el derrumbamiento del mito soviético provocaron una desvinculación entre ambos. Sumergidos por igual en la crisis, los dos partidos reaccionaron, aunque de manera distinta. El tejido unitario sobrevivía, en primer lugar, en el sindicato; pero política e ideológicamente estaba herido de gravedad. Se podía identificar la sustancia de la herida —que en sus líneas de fondo continúa— en la distinta manera de reaccionar. La mayoría del PSI reaccionó acercándose decididamente a la experiencia y a la ideología de las socialdemocracias occidentales. El PCI reaccionó manteniendo su vínculo fundamental con el mundo soviético, al que deseó algunas reformas, pero sin criticar las estructuras de poder y el monopolio del poder soviético, a la vez que rechazaba resueltamente las experiencias de las socialdemocracias, a las que veía como intentos de reforma interna del sistema capitalista.

El reformismo del PSI

Bajo el peso del desarrollo capitalista y de la crisis del modelo soviético, el PSI inició la evolución que, después de contradictorios titubeos, habría de llevarle a la etapa históricamente decisiva del centro-izquierda. Una evolución que indujo al ala *autonomista nennista* a alimentar el proyecto de inclinar al movimiento obrero italiano a posiciones típicas de la socialdemocracia europea, gracias al éxito de un plan reformista... El modelo soviético se vio sometido a críticas de principio; se rechazó la dictadura del proletariado; se crearon las condiciones para un giro en el campo de la política exterior, que culminaría con la adhesión a la OTAN. En el programa de Nenni el marxismo había perdido definiti-

vamente cualquier valor de carácter proyectivo, y mantenía la condición de un venerable residuo ideológico. Nenni, ciertamente, pudo imprimir un giro a la política socialista, pero no consiguió tener detrás suyo a un partido unido. El ala de Lombardi, a pesar de compartir con la *nenniana* la inspiración autonomista, estaba comprometida en la ardua empresa de dar al reformismo la naturaleza de una técnica para hacer emerger las contradicciones capitalistas en el sentido de la transición al socialismo. En este sentido, Lombardi anticipó algunos aspectos de la línea que elaboró el PCI con el *compromiso histórico*. En fin, existía el ala izquierda del PSI que compartía con el PCI la abierta oposición a la *socialdemocratización*.

En cuanto estrategia reformista, la experiencia de centro-izquierda falló por un defecto de acumulación de fuerzas, que se demostró del todo inadecuada ante las resistencias conservadoras dentro y fuera de la DC, a los enfrentamientos internos en el propio PSI y a la oposición comunista. El PCI fue, comprensiblemente, inducido a oponerse a un programa encaminado a encerrarlo en unas nuevas dimensiones políticas de las cuales no pudiera escapar. Sin embargo, cualesquiera que hayan sido sus límites, hay que reconocer que la estrategia socialista tuvo un significado no contingente. Entre otras cosas, indicó el apremio que tenía la izquierda de una adecuación estratégica; en otras palabras, la necesidad de que, frente a los términos de la mutación social en el capitalismo avanzado, y frente a la crisis histórica del movimiento socialista basado en la estatización de los medios de producción, se pasase de la idea de las reformas como medios, parciales e inadecuados para alcanzar el Estado omnipropietario, a la idea del acceso de la izquierda al poder para regular las relaciones sociales globales en el marco de un pluralismo social, político e ideológico, aceptado en tanto que clave estratégica y sometido a una programación democrática. En el fondo de esta adecuación se hallaba la transformación del concepto de la función del conflicto social, no considerado ya como lucha de clase contra clase que habría de resolverse un día regeneracionalmente, en el contexto de la estatización generalizada y del Estado de la hegemonía obrera, sino como dato típico de las sociedades avanzadas susceptible de ser regulado y disciplinado en las coordenadas del reformismo económico-social y de la democracia política.

Este fue, pues, el significado no contingente del giro socialista. Las opciones esenciales cumplidas entonces por el PSI, liquidadas el ala izquierda del mismo PSI, que daría vida en 1964 al PSIUP, y por el PCI las socialdemócratas, tenían sin duda un auténtico significado de socialdemocratización, pero eran lo contrario de la simple expresión de una caída culpable de la *conciencia de clase revolucionaria*. Tan es así que, en su esencialidad, todas terminaron por ser asumidas por el PCI en tiempos posteriores en el momento en que aquél optó por el giro eurocomunista: abandono de la perspectiva de la dictadura del proletariado; aceptación de las alianzas internacionales de Italia (OTAN); elevación del pluralismo y de la democracia política a piedras angulares, y toma de conciencia de la imposibilidad de proponer las experiencias del Este en los países de Occidente y, por ende, en Italia.

El error de fondo (por usar este lenguaje), enteramente expiado por el PSI en el curso del progresivo deterioro del centro-izquierda consistió, por un lado, en haber hecho un análisis totalmente inadecuado de la naturaleza de la DC como *partner* de un ambicioso proyecto reformista (en cierto sentido, un error que tiene muchas analogías con el cometido por el PCI, e incluso amargamente purgado por el PCI cuando trazó la teoría del *compromiso histórico*) y, por otro, en haber creído que en Italia fuese posible una estrategia de reformas de estructura con una izquierda dividida. La *lección* más clara que puede extraerse hoy de la

experiencia de centro-izquierda es la de que la división de la izquierda lleva a la involución del reformismo y a su vaciamiento. El PSI infravolvió las raíces de la fuerza comunista en Italia y, varias veces, se hizo la vana ilusión de poder aislar esta fuerza. Fue un error socialista, pero un error históricamente insoluble, entonces, a causa de la lentitud de la evolución comunista.

Las dos caras del PCI

Las raíces de la fuerza del PCI eran de tal naturaleza como para truncar las ilusiones socialistas de expandirse a expensas del PCI, que obtuvo un notable éxito en la defensa de sí mismo. Sólo que la fuerza comunista se apoyaba sobre un dato que, mientras le llevaba a resistir la presión socialista, paralizaba a la izquierda en su conjunto: por un lado, la capacidad de recoger los impulsos de oposición, pero, por otro, la incapacidad de proyectar las energías acumuladas en el frente de una acción concreta reformista. El hecho es que las masas obreras italianas mantenían una concepción tradicionalmente maximalista y antiestatalista, profundamente penetrada de aspiraciones a la palingenesia social (el mito soviético conservaba el valor de una religión popular), y mantenían esta actitud en un país en el cual el liberalismo había tenido un carácter acentuadamente oligárquico, en el cual al liberalismo oligárquico le había sucedido el fascismo, en el cual al fascismo había acabado por sucederle, como guía del país, un partido católico, ligado al mismo tiempo a un capitalismo antirreformista y a una concepción clientelar, en definitiva parasitaria, de la cosa pública. Y, de otra parte, el desarrollo económico italiano de los años cincuenta, con ser grande y de extraordinario significado, se había logrado alimentando tensiones sociales y fortísimos desequilibrios. Ciertamente, eso había sido suficiente para privar de todo realismo al mantenimiento de una perspectiva revolucionaria, muy sacudida ideológicamente por la crisis del modelo soviético después de 1956, pero no lo bastante como para determinar un giro que yo llamaría de *mentalidad* en la mayoría de las masas trabajadoras, controladas políticamente por el PCI.

El PCI se adaptó a esta situación y la utilizó, convirtiéndola en expresión ideológica y orgánica. Por un lado, partido reformista en su papel efectivo; por otro, partido reformista que consideraba el reformismo como una inaceptable alteración de la propia fisonomía; por un lado, partido democrático protagonista de memorables batallas en la defensa de la libertad en Italia; por otro, constante portador de una cultura que consideraba al sistema de la democracia política como un sistema que había que superar, y que abrigaba la ambición de prefigurar en su interior *en embrión* (con el *centralismo democrático*) un modelo nuevo de moralidad pública y de gestión política; por un lado, después de 1956 cada vez más tormentosamente crítico acerca de las sociedades de molde soviético; por otro, profundamente reticente ante las críticas. La esencia de la posición comunista se expresaba en el concepto según el cual el PCI pretendía conciliar la *diversidad* de las vías al socialismo con la *unidad* del movimiento comunista internacional, cuyo punto de referencia se hallaba en la URSS. De ahí el hecho de que el PCI, prisionero entre el sentido de la solidaridad con el mundo del Este y la conciencia de los problemas no resueltos en aquel mundo, no denunciara jamás las causas socio-políticas de las situaciones que explotaban repetidamente en el Este. Anduvo siempre a remolque de la realidad en este terreno; constreñido siempre a criticar *insuficiencias y límites* después de las explosiones traumáticas en aquellos países, nunca se vio inducido a tomar la iniciativa de someter a crítica el principio del monopolio político ejercido por el partido comunista en ellos, ni el carácter despótico de sus regímenes. Además, permanecía inmó-

vil el otro componente importante de la solidaridad del PCI con el mundo soviético: la convicción de que la política exterior de la URSS tuviese una naturaleza estructural antiimperialista.

De este modo, la crisis del sistema político italiano, en la que hoy nos encontramos sumergidos de lleno, empezaba a revestir su fisonomía en las líneas de fondo.

La Democracia Cristiana hacía vano cualquier reformismo serio y orgánico; el PSI, conquistado ideológicamente por el reformismo, carecía de la fuerza suficiente para condicionar a la DC, e iba desacreditándose en una posición subalterna y de gobierno; el PCI se beneficiaba de este deterioro y, en definitiva, del fracaso del centro-izquierda (que no lograba triunfar como fórmula reformista, sino que producía el efecto de provocar contragolpes conservadores e incluso amenazas de giros autoritarios, lo que indujo al PSI en repetidas ocasiones a aceptar condiciones muy duras de la DC para salvar el marco democrático), pero sin ir más allá de la gestión y de la explotación de su situación opositora. En consecuencia, la gobernabilidad iba asumiendo de manera creciente el carácter de una mera fórmula parlamentaria de posicionamiento, vaciándose de contenidos efectivos de gobierno.

La oleada de 1976

La agonía del centro-izquierda se vio acompañada por la explosión iniciada en 1968. Frente al malgobierno democristiano, la pérdida de prestigio socialista, la crisis de identidad del PCI en cuanto partido revolucionario, y las grandes luchas de masas a las que la izquierda no estaba en condiciones de ofrecer una expresión política, la explosión del sesenta y ocho produjo, y no por casualidad, una serie de tendencias destructivas de derechas encaminadas a establecer un *orden* autoritario, a la vez que generaba un radicalismo extremista de izquierda, alimentado por grupos estudiantiles, en parte movimientista y en parte leninista-estalinista, provisto de una ambigua base ideológica coincidente en su inspiración *maoísta*. Pensándolo bien, la crisis de la idea de una izquierda fundada en un denominador común era ya bastante profunda, y disimulada a duras penas por la apelación al movimiento obrero como categoría económico-social genéricamente unificadora.

En cierto modo, las elecciones de 1975 y 1976 han representado la conclusión de ese período convulso por el que ha atravesado la sociedad italiana. Y lo han representado con un gran éxito comunista. Este éxito hay que interpretarlo, a mi juicio, partiendo del análisis de dos elementos: la comprensión de las causas del éxito comunista, y el valor del mensaje que entraña un punto tan elevado de confianza en torno al PCI. Una vez más, el PCI se ha beneficiado de manera sustancial de un rédito en sí y por sí ambiguo, no demasiado distinto del que le premió en el período del centro-izquierda. La sociedad italiana, después de 1968, había sido sacudida de un modo traumático. Impotencia de los gobiernos; aumento de las acciones de masas, entre las que había conseguido injertarse la iniciativa de las *élites* radicales estudiantiles, capaces de una movilización que llamaré negativa (expresión de la protesta) pero no positiva (orientación de la protesta hacia objetivos de reforma concreta); desarrollo de las tramas subversivas de derecha como respuesta a la falta de autoridad del Estado; amenazas crecientes de desestabilización política e institucional.

Después de las elecciones de 1975, que ya habían rubricado un éxito comunista, las elecciones políticas de 1976 sancionaron una doble victoria: de la DC, que

en un clima de dificultades excepcionales consiguió obtener el 38,7 por 100 de los votos, y del PCI, que alcanzó un sustancioso 34,3 por 100. Los dos éxitos se deben complementar el uno con referencia al otro, porque planteaban un problema esencial de estrategia del PCI en relación con la DC y el PSI. La DC, en una situación ascendente de descrédito, logró no obstante obtener un gran resultado electoral como consecuencia directa de los temores suscitados por el éxito comunista de 1975 en los medios conservadores y, también, merced a los temores provocados por la subversión neofascista en los ambientes moderados contrarios a los partidos de izquierda, pero no proclives a un giro autoritario. Por otra parte, el ascenso comunista significó más que nunca la expresión de una protesta contra el desgobierno democristiano, que llegó a abarcar estratos de opinión tradicionalmente no comunistas. En su conjunto, este frente de la protesta contenía actitudes diversas e incluso contradictorias: alrededor del PCI se coagularon tres componentes fundamentales: el primero, el tradicional comunista; el segundo, formado por capas de población que —aun no siendo comunista por decirlo de algún modo, positivamente— pensaban, sin embargo, en ofrecer una inequívoca expresión de su insatisfacción hacia el poder democristiano y su estímulo a la faz *eurocomunista*, es decir, democrática-reformista, que el PCI parecía decidido a asumir orgánicamente; el tercero estaba compuesto por el área de matriz estudiantil que, con su capacidad de propuesta en crisis, sin alternativas electorales creíbles y en polémica sobre el camino aventurerista emprendido por los sectores estudiantiles más extremistas, se decidió por el apoyo electoral al PCI.

Un error histórico

El conjunto de estos componentes determinó el éxito comunista de 1976, que requería, sin embargo, el ser descompuesto e interpretado desde la perspectiva de la estrategia política. Un banco de pruebas extremadamente comprometido para el grupo dirigente comunista, que estaba llamado a opciones importantes. La respuesta se consolidó sobre la base del *compromiso histórico*, elaborado por Berlinguer desde el otoño de 1973; un compromiso que se declaraba destinado, en caso de realización, a introducir *elementos de socialismo*. Este compromiso —decía el PCI— se dirigía sobre todo a coaligar fuerzas sociales de matriz comunista, socialista, católico-progresista; ahora bien, en el debate político el compromiso histórico se convierte, de hecho, y de manera inevitable, en objeto de acuerdo entre el PCI y la DC con vistas a un gobierno conjunto.

La estrategia comunista del compromiso histórico fue un error de enorme alcance histórico. Desde el ángulo táctico, respondía a la pretensión de satisfacer al mismo tiempo a los tres componentes del voto otorgado al PCI en 1976. El PCI no quiere asustar a las capas moderadas valiéndose, precisamente, de la invocación al compromiso y, a la vez, buscando satisfacer al electorado más radical y a la base comunista tradicionalmente anti-democristiana, mediante la remisión al hecho de que el partido vincularía el compromiso a un desplazamiento sustancial de las relaciones sociales. Desde el punto de vista estratégico, esta táctica, en apariencia brillante, se reveló como un fracaso. Porque en el acto revalorizó a una democracia cristiana desacreditada, en la medida en que le atribuía el papel de interlocutora orgánica del movimiento obrero y del PCI. La DC, por consiguiente, fue ayudada de manera decisiva a superar una profunda crisis; y, simultáneamente, se vieron desilusionados todos aquéllos que habían esperado que el PCI se situase a la cabeza de una alternativa política a la DC. A su vez, la insistencia en el hecho de que el PCI hubiese relacionado *compromiso histórico* y *elementos de socialismo* precipitó a la base del partido en un estado de escepticismo

y de confusión ideológica, dado que para nadie estaba claro cómo podría conseguirse una línea semejante, y para muchos era evidente —más allá del acuerdo formal obtenido en el marco de la tradicional disciplina del partido— que la DC no estaría dispuesta a aceptar jamás un compromiso con objetivos inasumibles por ella. En fin, la línea del compromiso histórico no podía por menos de suscitar la alarma en el PSI que, a pesar de las garantías formales dadas por Berlinguer, se sintió como un cordero sacrificable en el altar del gran pacto entre la DC y el PCI, las dos superpotencias del sistema político. Llegados a este punto, el estado de las relaciones entre los dos partidos de la izquierda estaba destinado a deteriorarse ulteriormente, según una lógica de concurrencia y de búsqueda del espacio político en condiciones de conflictividad.

El *impasse* de la alternativa

Mientras que el PCI se limitaba a la estrategia del compromiso histórico, el PSI —bajo la dirección de Craxi— enunciaba, en el Congreso de Turín de 1978, la nueva estrategia socialista como alternativa a la DC, concebida de izquierdas en cuanto que socialistas y comunistas habían de constituir su fundamento de allí en adelante, pero también abierta a la convergencia de fuerzas laicas y católicas dispuestas a aceptar criterios de gobierno propios del socialismo occidental. La línea de la alternativa de izquierdas respondía a una necesidad profunda del PSI de revitalizarse, llevando la perspectiva reformista —frustrada en la fórmula del centro-izquierda— a una plataforma de alternativa democrática al sistema de poder democristiano y liberar al partido, de ese modo, de complejos de subordinación y subsidiariedad. Frente al compromiso histórico propuesto por los comunistas, la alternativa democrática de izquierdas tenía una indudable fuerza expansiva, incluso hacia las fuerzas internas del electorado que en 1975 y 1976 se habían orientado hacia el PCI en razón de una voluntad de protesta antidemocrática. Pero, de todos modos, la nueva línea volvía a plantear los problemas de la inadecuación socialista en relación con su propia fuerza. El PSI, en efecto, era demasiado débil para dar cuerpo a una estrategia que sin duda podía elucubrar desde el ángulo ideológico, pero que no podía construir nada sin la conversión a sus criterios del mayor partido de la izquierda, es decir, el PCI; el cual, sin embargo, se negaba a la idea de la alternativa.

Frente al rechazo opuesto por el PCI, la alternativa estaba condenada a agotarse como realidad concreta política y como realidad potencial. El proyecto de la alternativa —consecuente con la decidida voluntad de la nueva dirección socialista de salvaguardar, en cualquier caso, un papel dinámico al PSI— dejó el puesto a la línea de alternancia en la dirección del gobierno entre la DC y el PSI. En este punto, los dos partidos de la izquierda se encontraban en un *impasse* de fondo: el PSI, con su oposición, tornaba irreal el compromiso histórico; el PCI, a su vez, hacía irreal la alternativa propuesta por los socialistas.

Estoy profundamente convencido de que el PCI ostenta la grave responsabilidad de haber bloqueado la política de la alternativa avanzada por el PSI. Entiendo que la razón de ello hay que buscarla en el dato siguiente: el PCI advertía que el signo ideológico de la alternativa era de claro sabor *socialdemócrata* y no quería ceder a las implicaciones *revisionistas* ligadas, necesariamente, a la alternativa misma. Es un hecho que el PCI, abusando del todo de las posibilidades de las contradicciones dialécticas, se sentía menos socialdemócrata y más revolucionario persiguiendo el compromiso histórico con la DC a aceptar *elementos de socialismo* sin llevar hasta el fondo el proceso de revisión indispensable para la

alternativa democrática, mientras que con esta última temía perder sus connotaciones revolucionarias.

La niebla de la *tercera fuerza*

El PCI prefirió ser el partido de la *tercera vía*, el partido que no renunciaba a la tradición comunista y el partido de la innovación indefinida. De esta manera, el PCI demostraba no estar en condiciones de entender en toda su profundidad la crisis de la idea de izquierda sobre la cual se basaba su propia tradición. Una idea radicada en la hipótesis del conflicto irreductible entre las clases, de la fundación de un Estado que exprese la solución de ese conflicto, de la estatalización como base esencial de la nueva economía, y del imperialismo como resultado exclusivo del capitalismo. Se dirá que no sirve remover trapos viejos, desde el momento en que el PCI ha renovado su idea de socialismo. Lo que pasa es que el PCI ha abandonado los medios *obsoletos*, pero no el objetivo revolucionario, si bien aquél admite siempre que se trata de un fin muy empañado y confuso. Esto es lo que demuestra la llamada a la *tercera vía*, cuya esencia consiste en la adopción de medios democrático-reformistas con vistas a un fin que sigue siendo revolucionario, no *socialdemócrata*. Pero —y ésta es la cuestión—, ¿pueden abandonarse los medios revolucionarios y mantener un fin revolucionario? Se puede, a un precio evidente: al precio de la ambigüedad y de la opacidad, bien respecto de la naturaleza de los medios, bien respecto de la naturaleza del fin. No es una casualidad el que la firmeza que manifiesta el PCI en su propuesta de *tercera vía* entre socialismo soviético y socialdemocracia no consiga asumir un contenido racionalmente definible, reduciendo el socialismo, por supuesto no marxianamente, a *ideal* que no se nutre de concreción programática. El proyecto de la *tercera vía* cae así en el estadio de la ideología en el sentido marxiano.

Conviene añadir, sin embargo, que mientras en las finalidades generales asumía un carácter indeterminado, la *tercera vía* comunista tenía un carácter bastante más determinado en el filo-sovietismo residual. En cuanto *tercera*, marcaba sin duda las distancias críticas con respecto a la URSS y a su bloque, pero al propio tiempo fijaba límites precisos a estas mismas críticas: límites tales como para separarla de la *segunda vía*, la socialdemócrata, que contiene una crítica de principio del totalitarismo propio de los regímenes comunistas, y rechaza la tesis de que la URSS, en cuanto potencia comunista, no puede ser una potencia imperialista. Eugenio Scalfari ha afirmado que el PCI ha rescindido definitivamente sus vínculos con la URSS. Es una afirmación muy arriesgada; a mi juicio, no se corresponde con la realidad. Esos vínculos no se han rescindido ni siquiera ahora. Es innegable que el PCI ha formulado críticas no sólo bien definidas, sino también referidas a las experiencias del *socialismo real*. Ahora bien, el problema no es el de la sinceridad mayor o menor de la crítica, sino el de su naturaleza. Pero la naturaleza de la crítica del PCI a los países del Este consiste en detenerse en el umbral del tabú del monopolio político comunista en los regímenes internos y en el carácter no imperialista de la política exterior de su país guía. De ahí que los vínculos se hayan efectivamente modificado, pero sin rescindirse. No se han rescindido porque el único paso para ello sería el reconocer la naturaleza totalitaria de la idea comunista del gobierno en aquellos países.

El que afirma que el PCI ya ha roto los vínculos con la URSS y su bloque demuestra que no valora las diferencias que existen, por ejemplo, entre sostener (como hace el PCI) el derecho *empírico* de existencia del sindicato *Solidaridad* y afirmar (lo que no hace el PCI) el derecho a la democracia pluralista en los países

del Este, tomando posición explícita en términos ideológicos contra el tipo de poder existente en la URSS, que no se cansa de denunciar cualquier modificación del monopolio político comunista como un atentado al socialismo inspirado por el imperialismo occidental. Este es el único paso que podría inducir a creer que el PCI había asumido la democracia política como valor permanente y universal (lo que no quiere decir en absoluto que se piensa que la democracia política deba tener las mismas formas e idéntico fundamento económico-social que el existente en Occidente). Y ésta, por ser explícitos, es la garantía que se pide al PCI. Sólo la mala conciencia puede inducir a considerar que se trata de una petición de guerra fría. Si el PCI pretende convertirse en partido de gobierno, se tiene el derecho de solicitar una aclaración adecuada en la materia; del mismo modo, quede claro, que el PCI tiene el derecho de rehusar la aclaración, aunque con las inevitables consecuencias.

Dos oscilaciones que no se encuentran

La crisis de la idea de izquierda alimenta de manera incesante la incapacidad del PSI y del PCI de delinear una estrategia, siquiera sólo relativamente estable, referida a las relaciones de cada uno con la DC y a las relaciones entre ambos. De ahí derivan las oscilaciones del PSI y del PCI desde 1976. Esta crisis tiene diversos planos en uno y otro partido. El PSI no se ha anclado en una nueva idea de la izquierda en el plano teórico, pero hasta ahora no ha sido capaz de realizar un análisis adecuado de las alianzas sociales y políticas, constreñido entre la propia debilidad electoral, el problema de la gobernabilidad del país y la lentitud del proceso revisionista comunista. Es verdad que ha pasado de la alternativa de izquierda a la alternancia, adaptándose —ante la imposibilidad de dar cuerpo a la una y a la otra— a la restauración de una especie de centro-izquierda para acabar llegando al *eje* Craxi-Longo, desde perspectivas no clarificadas (pero cabe intuir que este eje se conciba como un medio con vistas a la alternancia) y a la división interna del partido, marcada sobre todo por contraste entre la mayoría craxiana y la minoría de De Martino-Achilli.

Por el contrario, el PCI vive una crisis determinada en primer lugar por la oscilación en el plano ideal entre tradición comunista e innovación revisionista. Tal oscilación ha causado la imposibilidad de consolidar las relaciones entre socialistas y comunistas sobre la única base posible: la alternativa democrática de izquierda fundada en los valores ideológicos del socialismo de corte occidental. Así, el PCI del compromiso histórico y de la solidaridad nacional ha regresado a la oposición, después del fracaso de la fórmula de la solidaridad nacional, y ha llegado por último a la alternativa democrática —después de dejar de lado, sin demasiadas explicaciones, el compromiso histórico—. Esta alternativa democrática se ha lanzado sin que la revisión ideológica hubiese alcanzado los niveles mínimos que permiten un entendimiento con los socialistas y con las fuerzas laicas y católicas potencialmente interesadas en una alternativa a la DC.

Es preciso añadir que, en la rápida —yo diría incluso que extraordinariamente rápida— mutación de las opciones estratégicas (presentadas todas ellas por el PSI y el PCI, de modo tal que fuesen capaces de difundir en el país la convicción de que habían de erigirse de manera permanente en columnas para la historia futura), el común denominador ha sido el continuo deterioro de las relaciones entre los dos partidos, y una abierta competencia que hoy día ha alcanzado un punto de agudísima tensión.

Llegados a este punto, me parece que resulta obligado para cada uno el tratar de prestar su propia contribución para definir los presupuestos sobre los que *las*

izquierdas puedan volver a ser *una izquierda*. Yo pienso que debe afirmarse con claridad lo siguiente:

1) en un clima de conflictividad creciente entre el PSI y el PCI sólo puede producirse la consolidación de la centralidad democristiana en los gobiernos o, en el caso de crisis de esta misma centralidad, el agravamiento de la crisis del sistema democrático;

2) que la unidad de la izquierda, a partir de ahora, no podrá fundamentarse en otro supuesto que el del cumplimiento del proceso revisionista comunista.

Desde siempre ha sido muy controvertido el viejo proverbio de que la historia es maestra de la vida. En cualquier caso, la historia italiana (y no sólo italiana) legitima la conclusión de que la división de la izquierda (otra cosa es, naturalmente, la autonomía de sus componentes) —en momentos de crisis— ha llevado siempre a la propia izquierda al fracaso. Pero esta observación sirve de poco, en sí y por sí, porque la división de la izquierda ha sobrevenido siempre en relación con las distintas maneras de entender el papel que está llamada a ejercitar en el cambio social y político. Refiriéndonos a la situación presente, parece posible aventurar una previsión: en medio de un clima de conflictividad aguda y permanente entre los dos partidos de la izquierda —y trato de razonar en términos de pura *racionalidad técnica*—, un eventual éxito de la línea socialista de alternancia podría llevar a la presidencia del Consejo a un exponente del PSI; pero es bastante probable que se tratara de un éxito a nivel de fórmulas de gobierno y no al nivel de un nuevo tipo de gobernabilidad en cuanto a los contenidos, que es el problema de los problemas para un partido de la izquierda, y que solamente puede resolverse con una adecuada acumulación de fuerzas. Por otra parte, en ese mismo clima, la alternativa democrática propuesta por el PCI no tendría ningún porvenir, aun en el caso de que se produjera un absoluto fracaso de la línea del PSI.

Ser de izquierdas, hoy

La izquierda italiana necesita unidad. Pero la unidad ya no puede realizarse sobre la base de aquella idea de izquierda sobre la cual el PSI y el PCI articularon en un tiempo su unidad: la idea de la socialización generalizada, por un lado, y por el otro que el movimiento obrero constituyese el fundamento intangible y común en tanto que categoría económico-social unificadora. Estas ideas están en crisis irreversible desde una perspectiva histórica, y por lo mismo desde el prisma del desarrollo económico y social.

Con su ropaje de estatalización generalizada, la socialización ha demostrado clamorosamente sus implicaciones burocrático-despóticas en el plano político y en su tendencia estructural no a liberar de manera nunca vista a las fuerzas productivas, sino —superado cierto umbral de la modernización económica— al estancamiento productivo e incluso al parasitismo (los grandiosos resultados obtenidos por la industria militar soviética se basan en la explotación de todo el sistema económico nacional). En otro sentido, la socialización, con su revestimiento autogestionario, referida a las grandes empresas adquiere un sabor utópico-libertario, y no se llega a comprender qué grado de viabilidad y racionalidad posee.

El problema que hoy tiene ante sí la izquierda de gobierno en los países avanzados de Occidente es la gestión de un sistema social mixto, diversificado —como lo prueban ya hoy claramente las tendencias que se abren paso en los países más

desarrollados y también en Italia a ritmos bastante acelerados—, cuyo desarrollo reduce cada vez más el peso de los trabajadores industriales y aumenta el de las capas intermedias ligadas a los servicios. Frente a este tipo de desarrollo, la idea de izquierda ya no puede basarse en el concepto de la *centralidad obrera* de molde marxiano que partía del presupuesto de la proletarización creciente; sino que ha de basarse en un concepto que asuma como problema central la gestión de las partes sociales en una sociedad altamente diferenciada, donde la idea de izquierda se exprese esencialmente como democracia de las relaciones industriales y extensión de la redistribución de la renta en el marco de una programación democrática, capaz de no sofocar la movilidad social y, al mismo tiempo, de combatir los desequilibrios ligados a los privilegios parasitarios.

Pienso que el punto fuerte, no contingente, del ala craxiana en el interior del PSI consiste en haber captado plenamente el significado de la crisis de la vieja idea de izquierda; pero pienso también que corre el peligro de afrontar esta crisis infravalorando la importancia de implicar política y socialmente a las masas trabajadoras y, por consiguiente, de mantener abierto el enfrentamiento con el PCI.

En suma, lo que es fundamental es que la izquierda en su conjunto se haga cargo hasta sus últimas consecuencias de la necesidad de superar el proyecto de la hegemonía obrera (lo que, obviamente, no significa en realidad y absolutamente perder de vista la importancia de la clase obrera) y, al mismo tiempo, comprenda el hecho de que hoy, en una sociedad avanzada de tipo occidental, la capacidad de gobierno se plantea en términos de capacidad de regular el conjunto de las partes de un cuerpo social pluralista y diferenciado. La izquierda, por tanto, debe proponerse el objetivo de disponer de un programa que responda contemporáneamente a los empresarios, a las capas medias, a los obreros industriales y al resto de las masas trabajadoras. Se advierte aquí la importancia de un nuevo concepto en el seno de la izquierda acerca del papel que desempeña el conflicto social, y que ya no puede ser el de la lucha de una clase contra la otra por el dominio del Estado y por una economía al servicio de una clase y sus aliados. No se trata, por el contrario, de sostener una absurda idea de armonía social preestablecida, que hoy día pertenece a los sueños de la derecha autoritaria y del *socialismo real*. Al contrario, lo que se persigue es la institucionalización del conflicto económico, social, político e ideológico como valor eminentemente democrático. En el campo de las relaciones económicas, eso significa una democracia de cogestión, donde cogestión no quiere decir corporativismo sino corresponsabilidad dentro de la autonomía plena de las funciones y de los papeles de las partes, en equilibrio entre los dos polos, el del entendimiento y el de la conflictividad. Lo que requiere, como exigencia preliminar, la adecuación de la máquina del Estado.

La frontera de Europa

Para la redefinición de la idea de izquierda es igualmente importante la concepción de las relaciones internacionales. Aquí nos encontramos frente a dos polos opuestos que, sin embargo, tienen en común un dato esencial: asignar a la izquierda un papel subalterno en la política internacional. Estos dos polos son el atlantismo filoestadounidense y el filosovietismo (por más que se muestre crítico y condicionado). Se trata de dos posiciones bastante útiles a los intereses de las dos superpotencias cuya vocación natural, sobre todo en los momentos de tensión, es absorber fuerzas tras de sí.

¿Existe una alternativa para la izquierda a tales posiciones? Tal alternativa puede existir en la medida en que la izquierda italiana trabaje conscientemente

en el sentido de un europeísmo consecuente. Los países europeos tienen todo que perder con un relanzamiento de la guerra fría, y tienen un interés vital en que la crisis del sistema bipolar no se supere mediante un nuevo Yalta actualizado (que, indudablemente, es la aspiración de USA y de la URSS), sino a través de la formación de una pluralidad de centros de poder mundial, que ofrezca la posibilidad a Europa, Japón y China de colocarse en pie de igualdad con USA y la URSS. En este marco Europa está interesada en potenciar la propia autonomía en el ámbito de la Alianza Atlántica y en desarrollar esta autonomía como una —en cualquier caso irrealista— neutralidad europea (que en la cruda realidad de las relaciones internacionales presupondría también una fuerza militar propia que Europa no posee ni es previsible que alcance a poseer), sino en el sentido de una enérgica capacidad de mediación distensora en las relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Las opciones comunistas tienen también una importancia capital precisamente en relación con este orden de problemas. Un PCI indefinido entre la teoría del imperialismo que tiene implicaciones filosoviéticas y la aceptación de la OTAN, no está en condiciones, más allá de las expresiones verbales, de desempeñar un papel europeísta, porque este papel presupone (ya se ha visto) la conciencia de que la Alianza Atlántica es una necesidad para Europa, no sólo por motivos de equilibrio militar entre los dos campos, sino también porque es necesario enfrentarse a la hipótesis de un impulso hegemónico soviético que ya se advierte claramente en Oriente Medio y en Africa; es decir, en dos sectores cruciales para el destino de Europa Occidental. Únicamente la total autonomía respecto de la URSS sobre la base de una revisión de la teoría del imperialismo puede permitir la integración del PCI en la izquierda europea con todos los pronunciamientos, y otorgar su pleno valor a la contribución del PCI en la tarea de mediación disuasoria de una Europa, por un lado aliada de los Estados Unidos, y por el otro más autónoma en relación con ellos. Subrayo que sólo una revisión semejante por parte de los comunistas en el campo de la política de subsidiariedad con los Estados Unidos, posibilitará desempeñar ese papel europeísta.

Me parece que no cabe dudar de que el PCI alcanzará pronto o tarde la autonomía respecto de la URSS. Pero se nos puede preguntar si los pasos ulteriores en esta dirección no se darán —al igual que los precedentes— como consecuencia de traumas como por ejemplo una represión en Polonia sostenida por la URSS por vía directa o indirecta. Y es particularmente grave que los grados de autonomía del PCI en relación con la URSS tiendan siempre a crecer en *estado de necesidad* y no por iniciativa propia del comunismo italiano. El estado de necesidad, en efecto, implica un filosovietismo sufriente; la iniciativa, por el contrario, indica la crítica de un sistema de dominio que no entraña en absoluto un pecado de *atlantismo* el definirla en política interior como vocación totalitaria, y en política exterior como imperial.

Las victorias de Pirro

Para concluir, estoy profundamente convencido de que la conflictividad, dentro de lo que amenaza convertirse la izquierda italiana, tiene una única posibilidad de solución: la revisión teórica de los fundamentos de la vieja idea de izquierda en todo lo que se refiere a la política interior; y la convergencia de socialistas y comunistas en torno a un europeísmo dinámico en lo que afecta a la política exterior, un europeísmo que trate de incrementar el peso de una Europa en marcha hacia la integración política, y empeñada en desarrollar un papel moderador en la exasperación de las relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Basándose en una ruptura con el PCI, el PSI corre el peligro de conseguir victorias pírricas. Por otra parte, las neblinas de la *tercera vía* y el filosovietismo sufriente y disperso del PCI minan la estrategia de la alternativa a la Democracia Cristiana —al igual que han minado el compromiso histórico—, contribuyendo de manera determinante a paralizar posteriormente el sistema político.

Al margen de la perspectiva de la unidad, sólo les queda al PSI y al PCI la vía de buscar las propias victorias en tanto que partidos individuales en la lucha recíproca. Y no es preciso pertenecer al grupo de los grandes profetas para prever que esta lucha puede muy bien ser el camino de la derrota común.

© Mondoperaio

Traducción: J. A. Matesánz

& ES POSIBLE UNA POLITICA SIN TEOLOGIA?

Javier Sádaba

análisis y debate



2

«...La política que no contenga teología aunque sea de manera muy poco consciente, no dejará de ser, a fin de cuentas, un negocio, por muy hábil que éste sea» (Horkheimer).

«...Toda moral, al menos en los países occidentales, tiene su fundamento en la teología, por más que uno se esfuerce en tomar la teología con precaución» (Horkheimer).

Comienzo con estas citas para que no quepa la menor duda de que el título proviene de Horkheimer. En efecto, no sólo debo el título al viejo Horkheimer —al *converso, pesimista y no marxista*, que es como lo han solido presentar algunos de sus defraudados discípulos— sino que dicho autor inspira buen parte de lo que he de decir. Horkheimer habla el lenguaje de los tiempos difíciles. Su pesimismo no es cercano. Nada de extraño, pues, que su desesperanza, la añoranza por algo distinto de lo que vivimos y su indiferencia ante una ciencia que, ella misma, va generando su propio desconocimiento, nos hagan ciertas cosquillas en los oídos. Su lectura apremia a recordar mundos posibles fatídicamente olvida-

dos en el desarrollo vertiginosamente unidimensional de nuestra historia reciente. Por eso, aquello que parecía lo más caduco de la Escuela de Frankfurt —el pionero Horkheimer— rejuvenece ahora con el aire profético de los que *están de vuelta*. Pero —cuidado— que nos interese mucho Horkheimer no significa que aceptemos todo lo que nos propone. Luego lo veremos. Y mucho menos que aceptemos, por ejemplo, su concepción de la familia, del estado de Israel o de la píldora. Cada cosa en su sitio.

Pagado este primer tributo al inspirador del título y de la orientación general de lo que sigue, será conveniente adelantar, ya de entrada, algo de lo que entiendo por «teología» y por «política». Son palabras que, supongo, pueden escandalizar no sólo a los más suspicaces, a los ilustrados o a aquéllos demasiado ocupados en tareas inmediatas del quehacer diario, sino también a los mismos teólogos o similares (dicho de paso: los teólogos de profesión suelen caracterizarse por apuntarse al último tren, vaya éste a donde vaya. De ahí que se escandalicen hoy de la misma teología).

Defenderé *algún tipo* de teología. De la misma manera que defenderé *algún tipo* de política. ¿Qué teología? ¿Qué política? Por teología se ha solido entender aquel punto de vista según el cual el mundo —las cosas, lo real— es apariencia o manifestación de *otra* cosa que está detrás y no se ve. El sociólogo Max Weber llamaría a esto teodicea y tal vez tenga razón en llamarlo así. De cualquier forma, prefiero mantener la palabra teología. Para una gran tradición crítica de filósofos —Feuerbach, Nietzsche, Kierkegaard...— casi todo el pensamiento occidental, después de los griegos, es teológico. Teólogos serían tanto los Padres de la Iglesia, los conformadores del dogma cristiano, como Hegel, quien, en clave especulativa, mantendría el mismo esquema conceptual de la teología cristiana (y en cuanto que Marx reproduce un trozo considerable de la filosofía especulativa [teología] hegeliana, ésta estaría también contenida en el marxismo).

La teología, tal y como se la ha entendido, es un embudo al revés. Invierte las proyecciones que el hombre hace de sí mismo. El lenguaje teológico recoge y afirma esa inversión. La proyección en vez de ser la autoexpresión de lo que el hombre es, crea una figura independiente que lo domina. Veámoslo en un ejemplo. En vez de decir *la libertad es grande, magnífica o excelsa* (porque es nuestra y no tenemos otra), la semántica teológica cambia, trueca el sujeto y el predicado de la oración dando por resultado esta otra: *x es la libertad*. Ese *x* lo rellenarán después los dioses, un solo Dios, el Espíritu o el Estado (siempre hay alguien dispuesto a ocupar el lugar de la variable *x*). Por un proceso tal se roba al hombre lo que del hombre es y se le otorga a otro que, a su vez, se diviniza. Todo sale, en fin, de donde no podía por menos de salir: del hombre. Y todo se establece, como no podía por menos de establecerse: como Dios. Este es el mecanismo —complicado pero representable lógicamente— de la alienación (incluida, claro está, la alienación política). Ciertas creencias políticas, en su plasmación abstracta e institucional, tienen una estructura teológica como la descrita. El dogma, en estos casos, se afianza poderosamente. Todo depende *ya* de él. Evidentemente no es ésta la teología que defenderé. Ni aquella política que siga este esquema teológico.

Ahora bien, esta teología es sólo una cara, *la mala cara* de la teología. Puede haber —y yo creo que es imprescindible que la haya— una *buena cara*. La expresión de una añoranza, de una nostalgia, a la que antes aludí ligeramente, también es teología. Esta —y como veremos después con mayor detenimiento— no significa sino que esto que tenemos delante con el incomprensible saldo de fracaso, sufrimiento y muerte, no tiene por qué ser ni lo último ni lo definitivo, al menos

uno *no lo toma* como lo último y lo definitivo. Es, en suma, la esperanza de que la injusticia no acabe imponiéndose y venciendo, al menos uno no renuncia a ello.

¿Qué decir ya de la política? El razonamiento es análogo al anterior. La *mala cara* de la política es el control institucional que consolida, estabiliza y perpetúa un *orden* invertido y, por tanto un desorden disimulado. En tal política, el poder de cada individuo se independiza, se absolutiza para enfrentarse, después, a aquellos individuos de los que procede. De esta manera, la mentira se convierte en el criterio general para juzgar las conductas particulares. ¿De dónde obtendrían las personas su libertad? Renunciando, se nos dice. Alguien velará por ellas. O mejor, así el mal *yo* desaparece para dar paso al buen *yo*. Este se alcanza en la universalidad de la ley, en la nivelación de todos ante el poder que, encadenándonos, nos hace libres —se nos dice—. A esto Nietzsche llamaba la gran mentira del Estado. Y en este contexto no me resisto a citar sus palabras: «Donde todavía hay pueblo, éste no entiende al Estado y lo odia, considerándolo mal de ojo y pecado contra las costumbres y los derechos».

El mismo Nietzsche contraponía, como la *buena cara* de la política, lo que él llamó la Gran Política. Esta comenzaría allí donde el Estado se hace superfluo. Yo, ciertamente, desconfío mucho de los medios que Nietzsche propuso en esa superación del Estado. Pero, ¿cuál es entonces la *buena cara* de la política? Porque *algún* tipo de política hay que tener. Y esto conviene entenderlo bien. En primer lugar, porque no hay peor política que la que se hace sin saber que se hace. Pero, en segundo lugar, sin caer en el papanatismo de pensar que la política es la mera organización o la consecución, según planes fijos, del poder. Que nos hemos de organizar de alguna manera nadie lo ha negado. Es una trivialidad afirmarlo. Y que se haya de conseguir el poder es algo vacío hasta que no se indique qué se entiende por poder. Pues bien, la *buena cara* de la política a la que me apunto es aquélla que se encuadra dentro de la visión del mundo que corresponde a la *buena* teología. De momento no seré más explícito.

Estoy seguro, de cualquier forma, de que más de uno tendrá en la mente o en la boca la objeción —típica objeción cuando se mienta la *teología* o la *política*— consistente en permanecer eternamente insatisfecho ante cualquier intento de definición que de aquellas nociones —teología y política— se dé.

El reproche suele tener esta forma: «No has definido suficientemente los términos». Pues bien, a riesgo de detenerme más de lo deseado, voy a hacer una pequeña observación metodológica que vendría bien a los descontentos ante la laxitud de las palabras *teología* y *política*. Y es que se puede aparentar, poniéndose rigurosamente rígido, mucha racionalidad con ciertas exigencias terminológicas cuando lo que ocurre es que dichas exigencias son, en sí mismas, irracionales. Alguna ilustración nos servirá al respecto.

«Jugar a Sócrates» es, cuando menos, peligroso. Y es que a quien crea que no se puede mantener tesis alguna a no ser que se dé una definición de cada una de las palabras utilizadas, se le puede contraargumentar preguntando a su vez «¿Qué entiendes tú por definición?». *El Sócrates* se verá en un brete para responder. El exigente olvida que no se puede pedir siempre o continuamente una definición, ya que si tal cosa ocurriera no se pondría jamás en marcha una discusión (sería algo así como estar siempre limpiando el telescopio a causa de su suciedad. Nunca se miraría a la luna pues nunca estaría del todo limpio el telescopio). Olvida también el exigente que el que uno no pueda distinguir en casos excepcionales, fronterizos o marginales, no quiere decir que *todo* nuestro conocimiento sea excepcional, fronterizo o marginal; es decir, vago e impreciso: que no

sepa si hay que decir, en castellano *la mar* o *el mar* no excluye que sepa diferenciar muy bien entre *alta mar* y *la mar de bien*.

Con esta primera aproximación y las aclaraciones consiguientes pasemos ya al núcleo de la exposición. Expondré y discutiré tres posturas. Las tres se mueven en una dirección común: tratar de evitar el duro Dogma sin caer en la pura Ilusión. Las tres posturas proyectan una determinación política desde una determinada teología. La primera cree destruir lo fijo e inamovible —el Dogma— recurriendo a la Utopía; es decir, recurriendo a lo que *no* es, a lo que *puede* ser. La segunda apunta hacia el valor de las ilusiones, de las ficciones necesarias, de la creación de un mundo que sin ser ni verdadero ni falso, es parte fundamental, sin embargo, del deseo humano y fuente de obrar propio de nuestra especie. Kant, y también mucho de lo que hay en el espíritu de Nietzsche (que no en sus exposiciones de manual), son sus teorizadores. La tercera y última postura —que es la *mía*—, aunque está más cerca de la anterior, cree no obstante, que hay que ser menos afirmativo, menos utópico y menos iluso. Hay que distinguir tajantemente además lo que se conoce empíricamente de lo que *no* se conoce, de lo que se desconoce. En esta distinción radicaría la fuerza *moral* de la acción humana. Así, el aspecto político desconectado de la ética sería cálculo, utilidad, provecho. Es hora de que veamos cada una de las posturas en detalle.

La primera, como indicamos, es la Utópica. ¿Qué papel juega la utopía en la determinación política? La Utopía funciona como revulsivo *contra* lo que hay. Dos frases de Bloch vienen aquí a cuento: «Lo que existe no puede ser verdad» y S (el sujeto, v.g. *el hombre*) *aún no es* P (predicado, v.g. *libre*). Así, la puntualidad del instante no es neutral, tiene una perspectiva. El tiempo, de esta manera, se escalona. Cada fragmento del segmento temporal adquiriría su pleno valor no sólo por ser ese fragmento concreto sino en función de un fin, de algo último, algo, de alguna manera nuevo, a lo que todas y cada una de las partes de la línea temporal aspiran y se dirigen.

Nos hemos referido a Bloch. Esto no debe confundirnos. En la estructura que acabo de describir entran dos doctrinas ajenas, en principio, a Bloch. De cualquier forma, es común a todas las doctrinas Utópicas el considerar a la historia como un proceso *inacabado*. Eso todavía no acabado *no* es algo desconocido. Esto es fundamental. Lo que no se tiene, aquello a lo que se apunta y que, en cuanto tal, da el recto sentido a la dirección de la historia, no se desconoce sin más. Es, por el contrario, lo que mueve al *ahora* y lo mueve porque tiene ya en *sí* una plenitud de la que carece el presente. En esto, creo yo, es en lo que coinciden todas las doctrinas utópicas. Las diferencias, dentro de ellas, tienen que ver con lo que se considera que es *realizable* o no. Cuando alguien, A, cree que otro, B, propone como realización o meta futura algo que considera imposible de obtener, es cuando A llama a B, peyorativamente, utópico. Ambos, sin embargo, comparten las mismas categorías fundamentales. Las diferencias entre ellos no se relacionan con el fin sino, más bien, con los medios. Si uno tiene en cuenta no tanto las frases aisladas en las que diversos autores hablan más o menos metafóricamente de la Utopía sino de las reglas de uso de tales términos, el significado de la Utopía, como determinación política, es ése y no otro.

Ahora bien, las doctrinas utópicas revalorizan sólo aparentemente el presente. Lo repito: sólo aparentemente. Las palabras pueden ser engañosas «El único tema de la Utopía es el presente», dice E. Bloch. Pero, ¿por qué —podemos preguntar nosotros— es el presente el único tema de la Utopía? La respuesta que obtendríamos sería ésta: porque lo que el presente es, viene determinado por aquello que *no* es; por lo que *será*. Por el futuro, en suma. El presente, más bien,

se ha esfumado. Entramos así en lo que creo que es el talón de Aquiles de las doctrinas utópicas.

La utopía nos da una visión del tiempo no sólo lineal sino ascendente. La Utopía, de esta forma, *inventa* la historia. La historia no es ya devenir, aventura o simple proceso natural sino que se escalona según una determinada lógica, férrea lógica que cuanto más difícil de mantener es, más atornilla. Este *invento* no es inocente. Tiene sus consecuencias; sus serias consecuencias. La historia se convierte en algo triunfante que llegará a un final previsto y correcto de forma que las desviaciones o sombras de los marginados o heterodoxos sólo adquieren *algún* sentido desde la ortodoxia, desde el buen paso de la historia (y esto a pesar del entusiasmo de Bloch por los heterodoxos).

Pero lo que es aún más grave: la historia queda sacralizada. Todo lo que en ella ocurre tiene su justificación (a esto era a lo que M. Weber llamaba más concretamente teodicea). El mal desaparece ya que si los males son necesarios no son males, sin más, sino ayudas o parteras del bien. También la muerte pierde su aspecto realmente trágico que no puede ser otro que el nihilista. La muerte pasa a ser un momento previo de una nueva y mejor resurrección. Las guerras —y son casi palabras de Hegel— se truecan en las madres de la cultura. No importará mucho, en fin, que el individuo logre o no su plena realización ya que indirectamente —a través de la historia *total*— se salvará. La que les salva, claro está, es la Historia. Esta, en suma, ha ocupado un grandioso lugar: el de Dios.

Es éste el punto central de nuestra crítica a la Utopía. La crítica, repitámoslo una vez más, va dirigida al esquema que la subyace y le sirve de soporte ideológico. No va dirigida, naturalmente, a las personas. Y mucho menos a E. Bloch, uno de los espíritus más admirables de nuestra época y que más ha hecho por recuperar la rebeldía del pasado y canalizar el descontento del presente. Quede esto bien claro.

La doctrina utópica —continuemos— tiene su teología a la hora de poner en perspectiva su política. De lo expuesto anteriormente se deduce que el gran peligro de las doctrinas utópicas estriba en tomar el camino de la mala teología —de la teodicea—; esto es, justifica todo, incluso el mal y, así, *nos hace entender* también todo.

La doctrina utópica prolongaría a la filosofía especulativa, y, a través de ésta, los grandes dogmas cristianos. Tales dogmas no se presentarían ya con el ropaje mítico de otros tiempos, pero, no obstante, mantendrían su sustancia ideológica. Las nociones judeocristianas de tiempo, trabajo, mediación, etc., serían, ahora, parafraseadas en lenguaje secularizado. Y sobre todo, la idea de razón sería el trasunto de un monoteísmo que nada permite fuera de sí. Todo lo que se le opone lo reduce a nada. Por eso en su aplicación práctica no deja lugar a desobedientes. Más aún, la indiferencia no se tolera. Se la tacha de provocación.

Esta ha debido ser la crítica más certera —creo yo— que a la utopía, en todas sus formas, se le ha hecho. Por eso, sus críticos han pensado que la política utópica no sólo no nos liberaba —como decía— de los males del pasado sino que los reproducía de una manera hartamente más sutil, o al menos está excesivamente pronta a dar este traspies.

Yo pienso que la mayor parte de las políticas actuales se basan —inconscientemente casi siempre— en esta teología. La historia, según ellas, tiene su curso, sus leyes claras para el atento observador y al final nos espera, eso sí, el premio. Un premio que se logra con esfuerzo. El misterio no existe. Todo se co-

noce, aunque, de momento, sólo *como un espejo*. Pero diría más. No sólo la mayor parte de las políticas tienen esos supuestos teológicos sino que sin tales supuestos no serían siquiera posibles.

Los programas o proyectos políticos de esta índole rezuman sacrificio del presente para alumbrar el futuro. Lo que cuenta es una historia en la que la precisa concatenación de medios y fines nos lleve indefectiblemente —eficazmente, se dice— a la meta, a ese futuro que se adivina en la justa elección de los medios. Estos, a fin de cuentas, son la verdadera preocupación, la piedra filosofal. Con ellos todo lo demás se nos dará por añadidura. El resto es o romanticismo o moralina. Pero los medios exigen Medianeros. Los Medianeros son los que venciendo al tiempo, nos trazan, aunque no entendamos, el buen camino a seguir. A ellos todo les está permitido. A los que no obedezcan, nada. Las directrices lo invaden todo. Lo moral es o un lujo o una incomodidad. Es esto lo peor de las peores doctrinas utópicas. Si lo desenmascaramos no es para echarme en ellas. Es, por el contrario, para que podamos quedarnos con lo que de interesante contengan. (Cuando Marx critica a la economía clásica lo que importa no es tanto si tiene razón desde un punto estrictamente económico sino que desvele el supuesto ideológico de la economía clásica, según el cual las leyes del mercado eran *eternas*, dictadas por la sabia *naturaleza*. Apliquémonos el cuento: detectemos lo que está debajo, lo que sustenta a las políticas concretas: in casu: La Utopía.)

La segunda doctrina a tratar era la que hemos llamado de la Ilusión, de la ficción o del *coma si ò sea*, tomar algo como si fuera verdad, al margen de que lo sea o no. Tampoco estaría mal llamarla doctrina del *impulso mítico*, siguiendo a Nietzsche. Igual que en el caso anterior lo que nos importa no es tanto constatar las diferencias dentro de la misma doctrina cuanto captar el aspecto común de tal postura. Aquél que relaciona el actuar político con su base teológica.

Ilusión tiene, hoy, mala prensa. Freud, especialmente, se encargó de mostrarnos lo negro que dicha ilusión tenía el porvenir. Para algún autor, sin embargo —es el caso de Kant—, la ilusión sería algo profundamente arraigado en la naturaleza humana. La ilusión sólo sería mala, esto es, llevaría a confusiones y alienaciones metafísicas, cuando se la toma como conocimiento objetivo.

Esa misma idea de Ilusión la encontramos de modo desparramado, y dentro de su peculiar manera de pensar, en Nietzsche. Así, por ejemplo, para él, las ideas inventadas —y en cuanto tales no verdaderas en el sentido habitual de conocimiento— tendrían como objetivo el de mantener y promover la vida. Serían alucinaciones útiles, convenientes y hasta necesarias para seguir viviendo. Precisamente en esta construcción de una *apariencia* consistiría la creación poética (y la artística en general), el mito y la religión. (Y a propósito de religión tampoco me resisto aquí a citar algunas frases de Nietzsche que contrabalanceen sus consabidas diatribas antirreligiosas, o mejor, anticristianas. Por ejemplo, éstas: «Tal vez no haya nada tan digno de respeto en el Cristianismo y en el Budismo como su arte de exhortar a los más humildes para transportarlos a una más alta ordenación ilusoria de las cosas a través de la piedad». O: «Los hombres religiosos deben de ser contados entre los artistas como pertenecientes a su más alto orden» o cuando llama a Cristo *el gran simbolista*. El que se adhiere, pues, a una ilusión, mentiría, sólo que mentiría de una manera muy especial: crea otro mundo, mira *como si* fuésemos otra cosa distinta de lo que somos. Es así como permaneceríamos fieles a un primitivo anhelo de ilusión al drama de nuestra existencia. Que la ilusión es en Nietzsche algo también natural lo prueban estas palabras suyas: «Aquél que destruye la ilusión en sí mismo y en otros, es castigado por el más severo de los tiranos, la naturaleza». La ficción, en suma, que no es,

como dijimos ya, un conocimiento empírico, real, es, sin embargo, vehículo de un anhelo y de una añoranza *primordiales*. Utilizo adrede la palabra primordial. Expresa bien, creo yo, esos deseos o añoranzas nuestros que no se dejan conceptualizar, que se resisten a cualquier articulación lingüística, pero que, en su vaguedad, en su oscuridad y pequeños destellos, nos indican que tienen que ver con algo profundo de nuestra especie. Son, de alguna manera, el cordón umbilical casi perdido y olvidado que nos liga con aquellos momentos o aquellas situaciones y experiencias profundas —trabajo, sexo, religión, muerte— que marcan la constitución del hombre como hombre. La desgracia de nuestra cultura —olvidadiza cultura— residiría precisamente *en el carácter abstracto de nuestra experiencia*, según palabras de Nietzsche. (Es algo semejante lo que va a decirnos en los últimos días de su vida L. Wittgenstein cuando analiza el extraordinario trabajo de Frazer, *La Rama Dorada*. Wittgenstein se lamentará de que hayamos perdido la capacidad de simbolizar. En último término el espíritu científico habría pagado un precio incalculablemente alto.)

Con las palabras *anhelo y añoranza* entroncamos con Horkheimer. Es natural ya que la tercera y última postura —la que me parece más sostenible— está más cerca de la Ilusión que de la Utopía tal y como he descrito a ambas. Pero antes hemos de ver, más despacio, qué tipo de teología incorpora esta segunda doctrina, la de la ilusión y, en consecuencia, a qué tipo de política lleva.

La doctrina de la Ilusión, tal y como ha sido considerada, prolonga ciertos defectos de la alienación religiosa. Es lo que vamos a ver. Esta doctrina —la de la Ilusión— ignora el mecanismo de la alienación. Como indicamos al principio, la alienación en general —y la religiosa en particular— consiste en privarse de lo más propio, colocarlo, después, fuera de sí y enfrentar lo objetivado, de nuevo, al sujeto del que salió. Las ficciones así alumbradas no tienen otra sustancia que no sea la carne y la sangre de los individuos de los cuales proceden. De ahí que tales ficciones se conviertan en monstruos —monstruos sagrados o menos sagrados, esto es, más secularizados— que oprimen con una extraordinaria fuerza. No deja de ser curioso que autores tan dispares como Hume o como Feuerbach, pero que han estudiado con agudeza el fenómeno religioso, se hayan fijado especialmente en la ambivalencia de la religión precisamente en cuanto que crea ficciones de este tipo. Al enfrentarse uno con uno mismo puede ocurrir o bien lo más grande o bien lo más bajo o también una fundamental ambigüedad. La historia de las religiones nos atestigua que es esto precisamente lo que sucede, como en ninguna otra parte, en la más exagerada de las creencias, en la religión.

Pues bien, las ficciones estudiadas están a un paso de convertirse en fetiches. Es éste su gran peligro. En el arte puede ser que la sublimación —que es otra manera de ver la Ilusión— tenga efectos adecuados. En la vida política mucho temo que suele ser fatal. Y es que *si no* se insiste machaconamente en que las proyecciones son proyecciones de nuestra potencia —o impotencia— corporal, *si no* se admite explícita y constantemente que la proyección es ambigua por esencia esto es, que es el desdoblamiento de nosotros mismos el que produce las ficciones, se está muy cerca de dar consistencia a tales mitos, se los objetiva y se depende, después, de ellos. Así, se prepara el camino para que nos reconciliemos con algún paradigma supremo en el que encontraríamos nuestra verdadera identidad. Es el terrible mito —denunciado recientemente por Kolakowski— de la auto-identidad humana.

La doctrina de la Ilusión, en último término, es demasiado afirmativa. Se emparenta de modo demasiado estrecho con la Utopía antes vista. Prolonga, en pequeños o grandes pasos, y de forma lineal, lo que tenemos presente, hasta otra

cosa que sin ser presente se parece, aunque sea lejanamente, a eso que poseemos directamente. Al final —y según el citado proceso de inversión— la doctrina de la Ilusión acaba cayendo, como víctima, en el altar que ella ha creado a sus propios mitos.

El camino que ha seguido la doctrina de la Ilusión es el siguiente: niega, primero, lo que conoce directamente, lo desvaloriza y en función de esa desvalorización previa acaba valorizando la construcción ficticia. Su estructura, por tanto, es muy parecida a la más típica alienación religiosa. Nada tiene de extraño, pues, que la política de la Ilusión esconda detrás una teología tradicional. Apela a enormes logros, a hazañas espléndidas. Nietzsche habló de la Gran Política. En ésta no faltaría la disciplina férrea, una concepción darwiniana y competitiva del poder y mucho empirismo barato. De Ilusión, más bien poco.

Yo creo que la explicación última de dicha actitud estriba en que la Ilusión —Nietzsche incluido— es muy deudora de la Ilustración clásica. En ésta la moral es la adaptación, en forma mundana, de un cristianismo remozado. El liberalismo que de ahí surge trata de aunar el viejo mito cristiano del hombre metafísico no escindido y reconciliado con uno mismo, con la pobre realidad de un hombre desposeído, y cruelmente atareado.

Llegamos ya a la tercer postura. Dije que es la que más me convence. Repito también que tomo a Horkheimer como modelo a seguir; a seguir al menos en lo que a la relación política y teológica se refiere. Vayamos a ello.

A Horkheimer no le queman las palabras. Le gusta utilizar la de teología. ¿Qué es para él la teología? Oigámosle. Para ello, y en lo que inmediatamente sigue, transcribiré, si no *expressis verbis*, sí la esencia de lo que entiende por teología. La teología sería eso que *no* tiene, que le falta, al punto de vista estrictamente científico-positivo. Desde una perspectiva exclusivamente científica no es peor el odio que el amor. No hay en ella instancia alguna que diferencia entre bondad y maldad, solidaridad y egoísmo, heroísmo y crueldad. La instancia, por tanto, que insta a que los hechos sean trascendidos, que no se contenta con que los fenómenos sean la última verdad, que no se rinde a que prevalezca la injusticia, es lo que él llama teología (y yo creo, como veremos, que su denominación es correcta).

Hasta aquí las palabras, un poco transformadas, de Horkheimer. Continuemos exponiéndole. La teología no sería, pues, esa supuesta ciencia que intenta demostrar la existencia o cualidades de un Dios o que intentara teológicamente demostrar la no existencia de un tal Dios. A lo sumo sería ésta una de las formas más pervertidas de teología. La teología a la que Horkheimer recurre es un *movimiento* distinto. Es quedarse insatisfecho con lo que hay y su aparente legalidad. Es descubrir en el mundo un grado de inadecuación e ininteligibilidad ante el cual uno ni se rinde ni trata de justificarlo.

Lo que ocurre es que a este posible quedarse solo contra el mundo (como aquel v. g. que sin perspectiva alguna de éxito no da la razón al amo y sí al esclavo aunque nada del mundo le diera la razón), a esta valoración, a esa esperanza sin objeto, se la puede denominar, con justicia también, ética. Horkheimer no lo oculta. Por eso dirá que «todo lo que tiene relación con la moral se basa, en definitiva, en la teología». A mí personalmente me daría igual llamar a esto moral que teología. La ventaja de llamarlo teología consiste en que así se conserva la palabra en respeto a la tradición y, por otro lado, se deja para la ética el significado de conjunto de normas en una sociedad dada que se hacen creíbles por medio de

razones de modo que resultan juicios universales y que atan a todos aquéllos que acepten los mismos supuestos.

La teología, en fin, sería la expresión de un anhelo, de la nostalgia de que el asesino no pueda triunfar sobre la víctima inocente y fijémonos que *asesino* e *inocente* no son puras descripciones sino valoraciones, pero no valoraciones arbitrarias sino que nos posibilitan *entender* qué es el hombre. El descubrimiento, y sobre todo, el reconocimiento del otro como otro y al mismo tiempo perteneciente a la misma humanidad —el amor en resumidas cuentas— serían nociones teológicas. Para acabar, esta instancia crítica ante lo positivo —esto es, ante un proceso neutral e inerte, ante la pura descripción de los hechos— es lo que mantendría viva la *pregunta* por el *sentido de la existencia*. Contra un mundo aburrido, soso, raquítico y absurdo, la pregunta teológica conserva aún el sabor de las propias raíces.

¿Qué decir de todo esto? En primer lugar y remachando lo antes adelantado, yo creo que no está nada mal que Horkheimer hable de teología. Sólo que estaría aún mejor que añadiera un adjetivo y hablara, con más exactitud, de *teología negativa*. Lo que a la teología le atañe es esa diferenciación entre lo relativo —el mundo de hombres y cosas que nos rodea— y lo absoluto, esto es, esas valoraciones que irrumpen en el mundo que nos rodea, se estremecen ante él y, así, lo trascienden. Lo que al adjetivo «negativo» le atañe es la distinción radical entre lo que conocemos y lo que *no* conocemos. Lo que no se conoce —«la otra cara»— no se conoce en absoluto (en la Utopía y en la Ilusión de alguna manera se conocía). La influencia que en nuestro comportamiento tendría esta teología negativa sería muy distinta a las formas de teología positiva vistas. La conciencia de nuestra suprema relatividad y desamparo no se doblaría creando otros cielos, a modo de opio, que hagan más despreciable la tierra. No. La negatividad en la que, como en un polvorín, nos apoyamos, si bien no es entusiasta —en el sentido que los ilustrados dieron a la palabra, esto es, fanática— da no obstante el gusto de la vida. Nos apela a que esto no tiene por qué ser ni lo único ni lo mejor. Relativiza todas y cada una de las institucionalizaciones y normas que vayamos creando. Más aún, las juzga según, precisamente, esos anhelos y añoranzas. La existencia humana, como tal, queda, en todo momento, cuestionada. Esta es la teología de Horkheimer y su influjo en el hacer de los hombres.

Hay una objeción inmediata, una objeción que se ha repetido con frecuencia: esta especie de teología no acaba de tener la transparencia suficiente. Peor aún, encubriría aspectos más retrógrados que progresistas. Y es que en los últimos años, da la impresión de que Horkheimer no hace sino entregarnos un testamento de dejación, de simple desesperación y pesimismo; sería alguien que se ha entregado ya atado de pies y manos al enemigo poderoso. Horkheimer, ayudado de un viejo vocabulario, nos estaría anunciando el ocaso de nuestra civilización en todas sus formas. La *lógica interna de la historia* —constataría Horkheimer—, invariable ya, sería la historia de la dominación, de la perversión burocrática, la del olvido de aquellas posibilidades, que, en otro momento, se tuvieron pero que ya son del todo inverosímiles. Por eso a muchos les parece que la política que pregonaba Horkheimer es la de la imposibilidad de toda política. Sus pseudopropuestas se achicarían en pura melancolía, en variedad política diaria. Huyendo de ésta, habría caído en el regazo de la sublime y eterna teología. Horkheimer, en fin, sería un reaccionario a la altura de su tiempo. Y como el tiempo que vivimos es un tiempo de exmilitantes y desencantados no sería sorprendente que éstos, en aumento día a día, tengan a Horkheimer por patrón. Horkheimer hace como que reencanta, pero en el fondo tranquiliza al desencantado. El retorno de los malos

brujos acecharía con él: no hay ni utopía, ni ilusión, ni política cotidiana. Hay, eso sí, teología.

He de confesar, rápidamente, que lo que acabo de decir es intencionadamente exagerado. He desarrollado unilateralmente sus posibles peores consecuencias. No creo que Horkheimer sea eso ni mucho menos. Pienso que tiene razón cuando afirma no sólo que hay sino que debe de haber alguna teología, en el sentido indicado, detrás de cualquier política. De esto hay que ser consciente. Y ser consciente no es ni renunciar ni claudicar. Yo acepto fundamentalmente, el esquema horkheimeriano de la teología negativa. Pero haría alguna precisión más. Y sobre todo lo relacionaría con nuestros intereses más inmediatos. Esto lo desarrollaré en tres puntos y así acabo.

1) El primero tiene que ver con las características del tiempo que vivimos. Pero entiéndase bien esto. No quiero decir que el tiempo que vivimos es el tiempo más importante de todos los tiempos (esto es tan absurdo como decir que hay medianoches más medianoches que todas las demás medianoches. Es ésta una falacia propia del incorrecto uso de los indicadores «yo», «aquí», «ahora». Nuestro tiempo es ciertamente el tiempo más importante para *nosotros*, pero cada tiempo presente es, en cuanto presente, importante *para quien lo vive*. Por poner otro ejemplo: que yo sea Javier Sádaba no quiere decir que *yo* signifique Javier Sádaba. (¡Qué más quisiera yo!) Pero hecha esta salvedad, yo sí creo que nuestro presente exige, de modo especial, ciertos replanteamientos. Uno, tal vez el principal, es el de la revisión o ruptura de nuestro criterio de racionalidad. O para ser más exactos, no tanto del criterio de racionalidad esto se hace normalmente afilando el criterio existente pero sin cuestionarlo como un todo sino el de nuestra noción básica de razón. La razón heredada, universal y monoteísta, nos está llevando al pesimismo más atroz y es que, a lo mejor, no tiene ya nada más que darnos. Este, creo yo, es el significado latente de la obra de Horkheimer. (El, en general, lo que hace es condenar continuamente la idea de razón instrumental.) Así, pues, si hay períodos de «impasse», de silencio y reflexión, lo crítico, lo *útil* será, justamente, reflexionar y confesar que uno no sabe casi nada porque con casi nada está de acuerdo. Horkheimer, con razón, ha detectado esto como uno de los signos más esenciales de nuestro tiempo.

2) Otra de las enseñanzas que se pueden extraer de Horkheimer es su crítica a la descalificación habitual que —en política, sobre todo— se hace al *escéptico*. El escepticismo, la radical relativización de cualquier proyecto, necesaria para no caer en el dogmatismo, la independencia real respecto a cualquier esquema, es la garantía de que la política no se convierta en doctrinaria, fantasmal o vulgarmente fanática. El significado de escéptico no tiene por qué ser el de inmóvil o inerte. Al revés. Es el escéptico, ciertamente, indiferente, indiferente ante el poder en cuanto que no necesita del poder y ésta es su fuerza. Y puede ser sumamente activo: como «aquel burro de Buridán» que indeciso ante dos montones de hierba de las mismas características y a la misma distancia, no permanece en la duda eterna sino que se come los dos. A lo mejor se muere, pues, antes de indigestión que de hambre.

3) Un reproche, finalmente, para Horkheimer: su excesiva dependencia —siempre confesada por él, justo es decirlo— del judeocristianismo. Y acepto, como indiqué, la rotunda diferencia entre lo que conocemos, y lo que no conocemos. Dije también que este reconocimiento nos ayudará a contemplar nuestra vida no como ese absoluto empírico al que nos tiene acostumbrados el pensamiento y la acción de los últimos años (o siglos). Lo que ocurre es que Horkheimer sigue preso de la concepción hebrea según la cual hay un solo foco que nuestras vi-

das añoran*. De esta manera se pierde la capacidad de proyectar, desde *nosotros mismos*, distintos modos de vida. Esto es importante. Aparte de acariciar lo que no conocemos por medio de la poesía, el mito o lo que sea, conviene armonizar nuestros intereses inmediatos*. Machacados por una uniformidad que evita cualquier pluridimensionalidad, la política de todos los días ha de ser una política contra la agresividad de una vida cotidiana que se nos impone sin dar respiro. El barrio, la salud, la cultura, etc., nuestros goces y nuestros dramas son los lugares desde los que proyectar, sin descanso, nuestro bien vivir. Contra el envejecimiento progresivo al que nos vemos sometidos, bienvenido sea el recuerdo de posibilidades inéditas. La imaginación y ese recuerdo nos han de mantener jóvenes en las tareas de la libertad. Como decía Epicuro:

El que olvida los bienes gozados en el pasado
es ya viejo hoy.

Juan Goytisolo

análisis y debate



3

El puesto central que ocupa el Islam en la escenografía mental hispana no puede escapar a la atención de ningún observador, incluso superficial, de nuestra literatura. Temido, envidiado, combatido, denostado, el musulmán —sarraceno, morisco, turco o marroquí— alimenta desde hace diez siglos leyendas y fantasías, natiiva cantares y poemas, protagoniza dramas y novelas, estimula poderosamente los mecanismos de nuestra imaginación. Su fascinación interrumpida en los escritores españoles obedece, claro está, a un conjunto de circunstancias históricas que un pensador tradicionalista como Manuel García Morente —adelantándose en ello a las conclusiones que, desde muy otra vertiente, formulan autores como Southern y Daniel— ha expuesto con notable intuición y claridad.

Desde la invasión árabe, el horizonte de la vida española está dominada, en efecto, por la contraposición entre el cristiano y el moro... Lo ajeno es a la vez inmediato y extranjero. Lo propio es, para a la vez, cristiano y español. La atracción de lo propio recae simultánea e indivisa sobre la catolicidad y la hispanidad, como la no-

CARAY CRUZ DEL MORO EN NUESTRA LITERATURA

Juan Goytisolo

análisis y debate



3

El puesto central que ocupa el Islam en la escenografía mental hispana no puede escapar a la atención de ningún observador, incluso superficial, de nuestra literatura. Temido, envidiado, combatido, denostado, el musulmán —sarraceno, morisco, turco o marroquí— alimenta desde hace diez siglos leyendas y fantasías, motiva cantares y poemas, protagoniza dramas y novelas, estimula poderosamente los mecanismos de nuestra imaginación. Su fascinación ininterrumpida en los escritores españoles obedece, claro está, a un conjunto de circunstancias históricas que un pensador tradicionalista como Manuel García Morente —adelantándose en ello a las conclusiones que, desde muy otra vertiente, formulan autores como Southern y Daniel— ha expuesto con notable intuición y claridad:

Desde la invasión árabe, el horizonte de la vida española está dominado, en efecto, por la contraposición entre el cristiano y el moro... Lo ajeno es a la vez musulmán y extranjero. Lo propio es, pues, a la vez, cristiano y español. La afirmación de lo propio recae simultánea e indivisa sobre la catolicidad y la hispanidad, como la ne-

gación de lo ajeno recae igualmente, simultánea e indivisa, sobre la religión y la nación del intruso. Todavía hoy, en nuestros campos andaluces, se llama moro al niño no bautizado... Entre los enemigos más radicalmente tales hay treguas, paces y aun alianzas transitorias. Pero, amigo o enemigo, maestro o discípulo, el moro es siempre el otro —aunque conviva y colabore en una misma comarca o ciudad—, y es el otro en los dos sentidos inseparables de la otra religión y de la otra nacionalidad... Durante ocho siglos no hay diferencia entre el no ser árabe y el ser cristiano; la negación implica la afirmación; la afirmación lleva en sí la negación¹.

Desde los primeros balbuceos de nuestro idioma, el musulme es siempre el espejo en el que de algún modo nos vemos reflejados, la imagen exterior de nosotros que nos interroga e inquieta. A menudo será nuestro negativo: proyección de cuanto censuramos en nuestro fuero interno y objeto, por tanto, de aborrecimiento y envidia. A veces, también la imagen romántica y atractiva de un imposible ideal. El fenómeno no es, obviamente, una exclusiva hispana ni siquiera europea. Españoles, europeos y occidentales somos igualmente, en mayor o menor medida, los *moros* de alguien. La construcción del Otro, trátase del bárbaro o el buen salvaje, es fenómeno universal que varía según las coordenadas históricas, culturales y sociales de la comunidad que lo fabrica. El factor geográfico —vecindad, lejanía— desempeña, lógicamente, un papel primordial. La no coincidencia de ciertos rasgos, normas, costumbres, suele transformarse entre vecinos en un contraste irreductible de *esencias*. La fuerza subyugadora de prevenções y estereotipos moldea nuestro subconsciente, pero enriquece al mismo tiempo la producción literaria con mitos y fabulaciones. El escritor, cualquiera que sea el área cultural a la que pertenezca, no será jamás neutral ni inocente, ni actuará con criterios de estricta racionalidad: quiéralo o no, vive en un mundo poblado de fantasmagorías y leyendas, trabaja en el espesor de los mitos que, siglo tras siglo, se han ido acumulando en el subsuelo de la propia colectividad. La sociedad ajena es contemplada desde un enfoque de cuyos límites y emplazamiento debe ser plenamente consciente. Puesto que la objetividad absoluta no existe, la empresa de describir al Otro lleva siempre la marca del lugar de origen. El mayor reproche que podremos hacer a un autor será, así, su tentativa de disimular éste: pintar o reconstruir el universo ajeno desde un imaginario *no man's land*, en nombre de los valores implícitos de una presunta universalidad.

Exponer la imagen del *moro* a lo largo de nuestra literatura podría parecer, a primera vista, el malicioso ejercicio de abrumar al lector con una rica y variada floresta de injurias: los adjetivos más denigrantes, los estereotipos racistas y caracterizaciones etnocéntricas podrían llenar, ciertamente, varios volúmenes de unas analectas consagradas al tema. La polémica anti-islámica, impulsada primero por los imperativos de la lucha contra el sarraceno, luego contra el turco y, a partir de mediados del XIX, contra nuestros vecinos norteafricanos, ha originado en verdad una abundantísima literatura cuyas crónicas, novelas, poemas y obras dramáticas recuerdan a veces, por la recurrencia de ciertos clichés y argumentos, a las que hoy denuncian ante el lector occidental los crímenes supuestos o reales del comunismo soviético. En España, como en el resto de Europa, el enemigo musulmán, pintado, para emplear una fórmula de Southern, con *toda la ignorancia de la imaginación triunfante*, se convirtió durante siglos en una suerte de revulsivo destinado a cohesionar los esfuerzos de una cristiandad que, en virtud de la cercanía y empuje de aquél, se sentía directamente amenazada. Las incidencias de la lucha en la Península, y más tarde las Cruzadas, crearon «un vasto público ávido de una imagen global, sintética, amena y para él satisfactoria de la ideología contraria en cuanto sistema de ideas... el gran público exigía que la imagen propuesta, al mismo tiempo que mostraba la índole perversa del Islam, pudiese contentar sus gustos literarios por lo maravilloso»². Esta necesidad de

armarse espiritualmente de valor, aunada a un empeño muy humano de disminución y menosprecio propagandísticos de un rival irreductible e íntimo, cuya presencia inmemorial en un mismo suelo configura la experiencia propia por espacio de siglos, *articula* igualmente una fecunda tradición literaria española desde la *Crónica General* de Alfonso el Sabio hasta nuestros días. Salvo en el caso de unas pocas excepciones individuales y modas librescas que después evocaremos, la visión castellana del musulme es una simple reproducción invertida, un negativo fotográfico, de nuestro semblante y aspecto. Los tópicos acuñados por los poetas y cronistas del Romancero —que infestan, por ejemplo, las bellas leyendas mítico-históricas compiladas por Menéndez Pidal— abastecerán después no sólo el arsenal ofensivo de los panfletistas y demagogos antimoriscos, sino que reaparecerán y medrarán tres centurias más tarde a la sombra de las vicisitudes históricas de nuestras relaciones político-militares con el Islam. El mediocre y desvaído *Romance de la guerra de Africa* —en el que intervinieron, entre otros, Saavedra, Hartzenbusch, Alcalá Galiano, Campoamor y Bretón—, publicado con apoyo oficial durante la campaña de Prim y O'Donnell, compendia la visión caricatural del Otro como síntesis y encarnación de la barbarie:

De salvajes es su aspecto,
torpe su presencia y sucia,
todo en ellos es extraño
y al par que espanta repugna.

La misma pobreza, obtusidad y adocenamiento que llevan a confundir al rifeño explotado y manipulado por el colonizador con quienes interesadamente lo manipulan, embeberá aún el *Romancero de la guerra de España*, compuesto por los poetas leales entre 1936 y 1939, y en el que la retórica anti-islámica de los cristianos castizos exhuma el fantasma del moro rijoso, sanguinario y abyecto:

Rebulle el tropel bestial
como amasijo de locos.
En las fauces le espumean
cuajarones infecciosos.
Lenguas extranjeras hablan.
Son de entendimiento romo,
de salvajismo alilargo,
y de alcances alicortos.

La fantasmagoría africana será usada como arma arrojadiza a derechas e izquierdas, por colonialistas y marxistas, facciosos y republicanos. Frente a este consenso nacional la disidencia es insólita y se destaca con nitidez involuntariamente provocadora: así, la delicada *Lamentación* de Juan Gil-Albert, «por los muchachos moros que, engañados, han caído ante Madrid», cuya serenidad reflexiva alumbra generosamente por igual a los combatientes de ambos bandos. Pero, de ordinario, la musa de nuestros poetas va por muy distintos caminos: el moro atrae, como un imán, una colección de epítetos e imágenes crudamente raciales que se reiteran obsesivamente. A la postre, el terror que suscita es real: fabricado para desgraciar y reducir la figura del adversario, su espectro, sucesivamente convocado por unos y otros, para uso interno de la taifa, acabará por espantarnos a nosotros mismos.

Paralelamente, la imagen del Otro se desdobra, experimenta un proceso de idealización, se orna de ribetes positivos. Hasta el siglo XV la rivalidad guerrera de moros y cristianos, el continuo trasvase de sus culturas, la extraordinaria permeabilidad de sus sociedades habían generado una serie de manifestaciones simbióticas en el ámbito literario y artístico, cuya mutua interacción, a través de flujos y corrientes recíprocas, fascina y probablemente seguirá fascinando a los es-

pecialistas e historiadores de ambos campos. La decadencia militar de los musulmanes en el siglo XIV, el bajo nivel cultural de los moriscos sojuzgados, su situación marginal e insegura respecto a los vencedores modifican la mirada de éstos a sus viejos rivales. Mientras, por un lado, se agudiza la intransigencia y repulsa de los cristianos hacia esos compatriotas distintos e inasimilables se produce, por otro, un fenómeno compensatorio que los sociólogos conocen muy bien: la exaltación mítica, en un plano exclusivamente literario, del enemigo juzgado, conforme a la experiencia social ordinaria, atrasado e inferior, como ese *buen salvaje* indioamericano investido de todas las virtudes por los escritores ilustrados y románticos en el preciso momento en que la superioridad técnica y cultural del invasor europeo le abocaba a un inexorable proceso de ruina y desaparición. Que Chateaubriand haya volcado a un tiempo su elegante nostalgia en abencerrajes y hurones es una muestra elocuente de los mecanismos de dicha disposición espiritual. El ensalzamiento del contrario definitivamente abatido destaca, en verdad, como un rasgo en común a todas las literaturas del mundo.

Como ha observado Menéndez Pidal, que al cesar la amenaza militar de los sarracenos los castellanos se sintieron atraídos por «aquella exótica civilización, aquel lujo oriental en el vestuario, aquella espléndida ornamentación de los edificios, aquella extraña manera de vida, aquel modo de cabalgar, de armarse, de combatir»³, entra en el dominio de lo normal. El romance amoroso de tema árabe inspira a los mejores poetas del *Cancionero de Baena*, como Alvarez de Villasandino, bellísimos versos en los que un amor ideal suprime las barreras culturales y sociales entre ambas comunidades, barreras crudamente reveladas, en cambio, por las crónicas y documentos. Los últimos coletazos de la guerra de Granada motivarán igualmente un ciclo de romances elegíacos, cuyo protagonismo recae en el dolor y queja de los vencidos. Estos son pintados ya generosamente, como un dechado de valentía, nobleza y generosidad, con escasísimas conexiones con el modelo real. La añoranza de un mundo en vías de extinción acentuaba los rasgos favorables a éste, y propiciaba la elaboración de fantasías históricas que cristalizan en el relato morisco. La maurofilia literaria del siglo XVI, estudiada por Cirot y María Soledad Carrasco⁴, abarca en verdad todos los géneros (romances, lírica tradicional, obras dramáticas, poemas épicos...) pero florecerá especialmente en el terreno novelesco gracias al éxito de *El Abencerraje*. El autor de éste concibe la obra como una amable y deleitosa evasión al dominio de lo perfecto: al igual que el género pastoril inaugurado por su coetáneo Montemayor, su reino no será de este mundo sino un *locus* sublimado y fantástico contra el que torpezas y crueldades de la historia nunca prevalecerán. Como los melodiosos y dulces salvajes creados por Rousseau y Chateaubriand, Abindarráez y Jarifa no son seres de carne y hueso: el novelista los engendra como fabulosas criaturas de un sueño cuyas acciones miríficas se desenvuelven conforme al verosímil del género y código de honor de la época. La identificación del lector con la figura del moro enaltecido, sutil y remoto aumenta a fin de cuentas la distancia entre pintura y original: la admiración por la primera contribuía quizás a excusar a ojos del público el menosprecio y rechazo del segundo, ese morisco vulgar y corpóreo con quien topaba diariamente en la calle. El refugio en el pasado permite, como ha visto muy bien Claudio Guillén⁵, esquivar la intolerancia del presente sin remordimientos de conciencia: la fabricación del Otro en términos positivos responderá, así, a los mismos principios sociales y psíquicos que proyectan las fantasmagorías y mitos sobre el *bárbaro* en nuestra compleja y contradictoria escenografía mental.

El séquito literario de *El Abencerraje*, con sus hermosos sueños de armonía, cordialidad y tolerancia desborda del campo estrictamente narrativo —Ginés Pé-

rez de Hita, Mateo Alemán— para triunfar igualmente en las tablas. La causa de los moriscos vencidos y expulsados definitivamente de España será vista, por ejemplo, con una viva simpatía teñida de nostalgia por un cristiano viejo de temple tan ortodoxo como Calderón. En *Amar después de la muerte* o *El Tuzaní de la Alpujarra*, nuestro gran dramaturgo teje una intriga amorosa en la línea de la de Abindarráez y Jarifa, situándola en el contexto histórico de la rebelión de los moriscos contra la pragmática de 1566 que les prohibía, según palabras de uno de los héroes de la obra, «tener fiestas, hacer zambras / vestir sedas, verse en baños / juntarse en ninguna casa / ni hablar en su algarabía / sino en lengua castellana». El anciano Malec, inspirado por la figura de Núñez Muley, autor de la digna epístola a Felipe II sobre las consecuencias nefastas del decreto real, se dirige a su compatriotas «presos en miseria tanta», incitándoles a resistir la injusticia y secundar la tentativa independentista de Abén Humeya:

Ea, valientes moriscos,
noble reliquia africana,
los cristianos solamente
haceros esclavos tratan.

A la grave y honrada figura del viejo rebelde, Calderón contrapone la de Juan de Mendoza, caballeresca y llena de compasión por la suerte desdichada de sus enemigos. Su exposición ante don Juan de Austria de las razones que causaron el levantamiento alpujarreño se distingue por un encomiable desapasionamiento y ecuanimidad:

O sea que ya oprimidos
de ver cuánto los aprietan
órdenes que cada día
aquí de la corte llegan,
los desesperó de suerte
que amotinarse conciertan...
Y para que veáis que son
gente, aunque osada y resuelta,
de políticos estudios,
oíd como se gobiernan...

Si bien la obra concluye trágicamente con la muerte de los amantes, y los vencedores prenden fuego al bastión rebelde después de entrar en él a saco, el responsable de tales atropellos admitirá, no obstante, que no fue intención del rey «destruir a sus vasallos» sino temperar la dureza del castigo con la liberalidad del perdón. La oportuna conversión final de doña Isabel Tuzaní al cristianismo integral, es verdad, al morisco en la vida totalizadora del arte calderoniano pero, al mismo tiempo, revela el impacto cultural de la corriente literaria que lo ensalza. Semejante actitud se explica sin duda por la fecha en que se compuso el drama: en 1633, el moro era un simple recuerdo y su presencia familiar, aunque inquietante y díscola, había desertado para siempre de nuestro horizonte cotidiano.

Desde fines del XVII, el escenario morisco, divulgado por las traducciones de *El Abencerraje* y Pérez de Hita, seduce e inspira a los poetas, narradores y dramaturgos europeos. El exotismo ornamental de los árabes, la gallardía y pundonor de sus caudillos, la exaltación amorosa de sus amantes ponen de moda fantasías históricas y cuadros orientales protagonizados por abencerrajes y zegrís. A partir de entonces, cuando el tema oriental o morisco aflore en nuestra literatura lo hará no ya en virtud de nuestra profunda intimidad con el mismo sino de forma importada y mimética, en zaga y por efecto de algún modelo anglofrancés. De igual modo que las *Cartas persas* suscitan la aparición de la obra de Cadalso, la

maurofilia romántica de nuestros exiliados en Londres o París será consecuencia directa de las *Hispano-Arabic Legends* o el *roman grenadin*. Southey, Walter Scott, Landor, Irving, Víctor Hugo, Chateaubriand habían bebido en las fuentes del Romancero y la novela morisca. Por influjo de ellos, los emigrados se ufanan en reivindicar, como ha mostrado Lloréns, el carácter oriental de nuestra literatura. Blanco White, Florán, José Joaquín de Mora evocan el tema de la presencia islámica en la Península con una visión impregnada de afecto y añoranza. Mientras el último compone unos *Cuadros de la historia de los árabes, desde Mahoma a la conquista de Granada* a remolque de la historia de Conde, el duque de Rivas, Espronceda, el propio Mora abordan la leyenda de la invasión sarracena de España con una sensibilidad penetrada de los mismos elementos de color local, misterio, fatalidad y heroísmo que guían la pluma de sus colegas británicos. Idéntico fenómeno de importación del tema árabe a través de Francia se reproducirá aún con nuestros modernistas: el decorado oriental, puro *art nouveau*, y su panoplia de accesorios, referencias, imágenes, objetos presuntamente poéticos, será un eco desvaído de Víctor Hugo o Verlaine y no un retorno saludable a los orígenes de nuestro Romancero. Lo que por siglos fue nuestro nos llega ahora de París, como el empleo ignaro de *minarete* (por alminar) o *couscous* (por alcuzcuz), traduciendo con ello un corte dramático con nuestro propio pasado sobre cuyas consecuencias muy pocos se detienen a meditar: bastaría recordar el hecho reciente de que quienes me preguntaban el significado del título de *Makbara* desconocían que el sustantivo *macabro*, designativo del cementerio islámico, figura en los textos literarios castellanos bastantes siglos antes de que el vocablo, convertido en adjetivo, circulara de nuevo en nuestra lengua como traducción de *macabre* y fuera tildado por los puristas nada menos que de ¡galicismo! A la verdad, la moda oriental y evocación enternecida del morisco no prejuician en tiempos modernos, como en la época de *El Abencerraje*, una postura abierta e imparcial de sus cultivadores hacia el musulmán coetáneo: como otros poetas ulteriores, el mismo duque de Rivas que mitifica la figura del *Moro Expósito* conforme a las pautas románticas de su amigo y mentor John H. Frare —un gran entusiasta de nuestro Romancero— participará sin embargo, en su vejez, en ese triste Romancero de la guerra de Africa compuesto en honor de la cruzada de O'Donnell. Las imágenes antitéticas del buen abencerraje y el moro sanguinario, violador y fanático son al fin y a la postre perfectamente reversibles: inseparables una de otra, emergen guadianescamente a lo largo de ocho siglos de literatura, según nuestras conveniencias y psicosis, como caras de una misma moneda.

Los ejemplos más elocuentes de dicha dicotomía los hallamos en Alarcón. Su admiración sincera por el mundo islámico, el incentivo que éste ejerce en su fantasía, sus evocaciones nostálgicas del pasado arábigo se manifiestan en numerosos poemas, leyendas, relatos —*Una conversación en la Alhambra, Un morisco de ahora, El suspiro del moro, La Alpujarra, A Chorby, poeta marroquí...*— en los que expresa la voluntad y el deseo de acercarse a los árabes, «ser amigo de ellos, penetrar en el fondo de su alma, sorprender el misterio de su extraña vida». Dicha afinidad, fruto de una «ardiente devoción poética», embebe no sólo una parte importante de su obra, sino que se trasluce incluso en su talante y actitudes más personales e íntimos. Conocida es la frase del escritor granadino a doña Emilia Pardo Bazán: «Ya sabe usted que soy moro... Alá es grande, y El hará de mí lo que guste», así como la pintura que de él traza Galdós en los *Episodios nacionales* con rasgos de «perfecto agareno». Sin embargo de eso, las brillantes y sugestivas anotaciones recogidas en su *Diario de un testigo de la guerra de Africa* entreverán sus «éxtasis morunos» y su «desatinado amor a los africanos» con los consabidos clichés occidentales sobre la esencia y ser del Islam. Si se va a decir

la verdad, Alarcón no nos dispensa de ninguno de ellos, desde las ineludibles referencias al despotismo musulmán y fanática terquedad de los moros a su mención de la horda fiera que, «como un diluvio, anegó a España» doce siglos antes. Las imágenes acuñadas por los cronistas y bardos del Romancero reaparecen a lo largo de sus cuadros de costumbres y relaciones militares con tediosa monotonía. Para Alarcón, la civilización musulmana, «estacionaria, quieta, indiferente a todo progreso, sumida en el sueño letal de un indolente sensualismo» está condenada a desaparecer: «la morisma duerme su muerte histórica». La expedición colonial de O'Donnell será, para él, «la romántica guerra de Marruecos» en la que los ensueños africanos y el orientalismo que ha ido a buscar al otro lado del Estrecho servirán de pretexto a encendidas proclamas y evocaciones históricas sobre el ininterrumpido duelo mantenido por su patria con el Islam desde tiempos de Mohamed. España, «eterna vanguardia del cristianismo», vuelve de nuevo a la brecha contra los infieles y gracias a ella, dirá, el islamismo, «herido de muerte en todas partes, desaparecerá de sobre la tierra». Si su visión de Africa «llena de misterios» entronca sin saberlo con la expuesta por Hegel en *La razón en la historia*⁶, su fe ciega en que el progreso —la imprenta, el ferrocarril, el telégrafo— despertará al moro de su «mortal letargo» e introducirá las luces de la civilización en la «tenebrosa mente de los africanos» coincide, si no en sus motivos, al menos en sus efectos con la de su contemporáneo Marx⁷.

La continua oscilación entre el desprecio al moro real y la fascinación por su imagen idealizada es una constante del *Diario de un testigo de la guerra de Africa*, y muestra una vez más que la maurofilia literaria y el respeto al adversario vencido y remoto no son óbice para que el autor asuma los prejuicios y tópicos propios de una conciencia engreída con la creencia en su presunta superioridad moral. Las páginas del *Diario* aparecen sembradas de observaciones —«era un verdadero árabe de leyenda», «era un verdadero moro, esto es, un moro de novela»— que descubren el impacto profundo, en el escritor, de las lecturas y estampas orientalistas. Si abundan las referencias a los *Romances fronterizos y moriscos*, a *El Abencerraje* y a Pérez de Hita. Alarcón nos ofrece una interpretación romántica de los mismos conforme a las normas del modelo literario y artístico anglofrancés. Las citas de Chateaubriand, Delacroix, Víctor Hugo nos dan la clave de una iconografía morisca en la que la vista del Tetuán recién conquistado se confunde con la de la Granada de Muley Hassan, o la Córdoba de los Abderramanes, y los feroces episodios de la guerra de agresión y conquista se transfiguran en cuadros y decorados de una tragedia u ópera de tema oriental. El Marruecos contemplado por Alarcón es, una vez más, representación teatral, juego de referencias librescas, mero espectáculo: subrepticamente, la fantasía poético-histórica se superpone a la realidad hasta borrarla. Enfrentado a un dignatario fesí, miembro de la delegación enviada por el hermano del sultán, nos dirá que lord Byron, «en sus más tenebrosas fantasías, no imaginó nunca un ser tan romántico, tan fatídico, tan sentimental y espantoso». La vivida y, a menudo notable, descripción de la campaña militar africana será inserta en una escenografía oriental hispánica y captada desde el prisma del *roman grenadin*:

No pasarían de cien jinetes y llenaban materialmente la llanura; yo no he visto jamás figuras tan airosas, tan elegantes, tan gallardas. Los caballos caracoleaban, se arremolinaban y se dispersaban de nuevo, midiendo grandes extensiones de tierra en un instante y yendo y viniendo sobre la verde hierba como una bandada de gaviotas sobre las olas del mar. Los blancos albornos de los moros ondeaban al aire, cual si los hijos del desierto desplegasen anchas alas para volar en nuestra busca... Era un cuadro maravilloso, era el espectáculo soñado por todos los que han nutrido su fantasía con leyendas orientales.

Recuerdo además vagamente que mi imaginación de niño se forjaba siempre la vida musulmana y a los mismos hijos del Profeta de una manera precisa y determinada, y que las láminas de las historias y las descripciones de los viajeros me los mostraban del mismo modo.

Trajes blancos talares, rostros atezados, ojos de fuego, barbas negras, lujosas armas, indolentes posturas, muelle existencia, voluptuosas costumbres, techos calados, columnatas aéreas, blancos cojines, frescos patios, aguas bullidoras, silenciosas mujeres, sosegadas viviendas, aire cargado de sueño, de terror y de deleite.

Inútil agregar que estos árabes esbeltos y fantásticos, con sus largas ropas flotantes, sus ágiles y vistosos corceles, sus armas extrañas, serán admirados preferentemente a distancia: la lejanía difumina los contornos, disuelve las durezas, redondea las aristas, propicia la contemplación poética. De cerca, dirá cándidamente, «más bien repugnan que interesan». Demasiado pobres, desvalidos y rústicos para desempeñar el papel tradicional que les asigna la leyenda romántica, serán transformados entonces por la devoción artística del escritor en «seres tan grandes, tan nobles y tan hermosos» que justifiquen momentos más tarde sus fervorosos sentimientos de admiración.

Identificar el origen de los mitos y leyendas que llegan hasta nosotros es casi siempre una empresa llena de imponderables y azares. La escasez de documentos y pruebas fidedignos, la dificultad de rastrear la verdad en períodos remotos, las frecuentes transferencias y préstamos culturales, los fenómenos de rechazo o adaptación de los hechos según las conveniencias sociales de la comunidad receptora vuelven sumamente aleatoria toda tentativa rigurosa de indagación y rastreo. Los mitos se acumulan como capas geológicas sobre los elementos que originariamente los suscitan y la tarea del historiador deviene aventurada y fortuita como la del arqueólogo: desenterrar las ruinas de los hechos, esforzarse en reconstruirlas, remontarse a sus cimientos y fundaciones, elaborar una teoría plausible que establezca las diferentes fases de su transformación. Pero aun en el caso afortunado de que las excavaciones den con algunos vestigios, la prueba material de su génesis no acaba con la fuerza del mito. Este seguirá viviendo independientemente del acontecimiento que lo motivó, impulsado por una dinámica propia. Como esas estatuas de diosas paganas que, convertidas posteriormente en Vírgenes, siguen produciendo milagros, aún después de que su origen no cristiano haya sido claramente demostrado, así las fábulas históricas sobreviven a muestras y razonamientos que impugnan sus pretensiones y niegan su autenticidad. Los mitos integradores de la conciencia cultural y social de un país tienen la piel muy dura.

Entre la masa de tópicos que envuelven la figura del marroquí en nuestra última guerra civil, espigaremos uno e intentaremos, con ayuda de algunos documentos, remontarnos a sus fuentes: me refiero al cliché tan difundido en la prensa y literatura republicanas sobre ese «moro cortacabezas» representado, con innegable fuerza y talento, en los dibujos de Quintanilla.

Dejaremos momentáneamente de lado la narrativa referente a la leyenda para centrarnos en tres fotografías, incluidas por Herbert R. Southworth en su polémico y sugerente análisis de las imposturas forjadas por los historiadores franquistas a propósito de la guerra de España⁸. Vayamos a los hechos: en las *Memoorias* de Abd el Krim, publicadas en París en 1927, figura la instantánea de unos legionarios españoles posando orgullosamente ante el objetivo con las testas de varios rifeños decapitados. La brutalidad de la imagen y la satisfacción con la que los soldados exhibían el infausto trofeo causaron escándalo y contribuyeron a la propaganda anticolonialista de los partidos y sindicatos opuestos a la presencia

española en Marruecos. Este salvajismo, como recuerda Southworth, era moneda corriente entre nuestros voluntarios africanos. Uno de ellos, el joven comandante Francisco Franco, había referido, por ejemplo, un pequeño y «gracioso» incidente en su obra *Marruecos, Diario de una bandera* (Madrid, 1922), incidente que sus propios servicios censurarían veinte años más tarde:

Pocos momentos después, llegan a la posición las otras unidades; el pequeño Charlot, cornetín de órdenes, trae una oreja de un moro. «Lo he matado yo» dice enseñándola a los compañeros. Al pasar el barranco vio un moro escondido entre las peñas y encarándole la carabina, le subió al camino junto a las tropas; el moro le suplicaba: «¡Paisa no matar! Paisa no matar!». «No matar, ¿eh?, marchar a sentar en esa piedra», y apuntándole descarga sobre él su carabina y le corta la oreja que sube como trofeo. No es ésta la primera hazaña del joven legionario⁹.

Año y medio después del alzamiento contra la República, la prensa fascista comenzó a exhumar la vieja instantánea fotográfica, imputando la fechoría, por un fenómeno muy común de sustitución desculpabilizadora, a las «hordas marxistas». Reproducida primero por *Le Corriere della Sera* del 13-1-1938, fue divulgada diez días después por el diario *Falange Española* de Sevilla con el título de «monstruosidad roja». Dicha falsificación, aunque denunciada por el Gobierno republicano en un folleto destinado a los rifeños alistados en el ejército de Franco, aparece todavía, como una evidencia histórica, en un libro de Tomás Salvador publicado cinco lustros más tarde.

La leyenda, entre tanto, sigue su camino y, como la liebre del refrán, salta y reaparece donde menos se piensa. Las necesidades propagandísticas de una guerra tan tenaz y sañuda como la que enfrenta entre sí a los españoles ocasiona uno de esos transvases de símbolos e imágenes de los que tantos ejemplos nos brinda la mal llamada Reconquista, del *yihad* a la Cruzada, de Mafómat a santi Yagüe: la anécdota, en su nueva versión, será atribuida al marroquí, quien, de víctima, se metamorfoseará oportunamente en verdugo. Artículos, propaganda radiofónica, caricaturas, relatos orales propalan el episodio alucinante del moro que, falto de tiempo para arrancar los dientes de oro a los cadáveres de los «rojos» muertos en combate, corta sus cabezas y las guarda en el macuto. La historieta tuvo gran éxito en cuanto caía en un terreno abonado por fantasías y espectros multiseculares: recogida de oídas por periodistas y escritores, pasó a ser un lugar común de la literatura antifascista. La reiteración reforzaba la credibilidad de la leyenda y la convertía en historia real: cuando Quintanilla traza su galería de moros simiescos, sodomitas, violadores e inmundos, incluye naturalmente en ella la imagen del decapitador coleccionista de orejas¹⁰.

Que para desacreditar al enemigo franquista, nuestra izquierda recurriera a tales procedimientos y agitara el espantajo enterrado en el subconsciente hispano, puede resultar comprensible. Que cuarenta años después veamos repetirse la fábula con todos sus aditamentos sexuales y escatológicos debería ser motivo de un examen de conciencia profundo. Para no enojar al lector con una antología de *perlas* sobre el tema, citaré sólo como muestra este pasaje de una novela recientísima en la que un personaje, no desmentido luego por los hechos en el curso del relato, refiere el lance acaecido en la sala del hospital militar franquista en el que se recupera de sus heridas:

Después de muchas conjeturas y de mucho fisgar, los cristianos aptos para el movimiento, porque los había en la agonía, muy castigados por la guerra, dedujeron que la peste salía del camastro del moro, se aproximaron a él y el tufo revolvió las tripas, el de Mahoma, viendo el enredo venir, se agarraba con desesperación al embozo de la cama, de un tirón los cristianos arramplaron con las sábanas y observaron al jamido, que estaba en pelota picada entre las piernas, bajo los huevos y el

mandado, que era enorme y muy cabezudo, asomaba la jeta un tipo con sonrisa dorada, era la cabeza de un enemigo con dientes de oro que el cabrón de mohamed se había mercado como botín, y en espera de tener salud para arrancar la dentadura al difunto; chorizo el marroquí, y del género mortuorio para colmo, sólo se le ocurre a esa gentuza ¹¹.

La grosera mescolanza de religión, sexualidad y barbarie que embebe el relato del personaje nos dispensa de todo comentario: las leyendas, recordémoslo, tienen más vidas que los gatos y ni la razón ni la experiencia individuales pueden gran cosa con ellas. Los prejuicios milenarios sobre los árabes y el Islam «se han insinuado en el inconsciente colectivo de Occidente a un nivel tan hondo, dice Djait, que cabe preguntarse con temor si podrán ser extirpados jamás». El brevísimo repaso a la imagen del moro en nuestra literatura que acabamos de hacer nos induciría más bien al pesimismo. Un análisis paralelo de la visión musulmana del *nesrani* nos ayudaría con todo a ceñir y, eventualmente, a superar el problema, mediante una confrontación dialéctica de nuestros enfoques positivos y denigradores, en busca, si no de una objetividad que sabemos imposible, al menos de una intersubjetividad fundada en la comparación de representaciones literarias diferentes, vehículo indispensable, creemos, de nuestro mutuo conocimiento y comprensión.

¹ *Idea de la Hispanidad*. Espasa-Calpe. Madrid, 1961.

² Máxime Rodinson, *La fascinación de l'Islam*. París, 1980.

³ «España entre la Cristiandad y el Islam», en *Mis paginas preferidas*. Madrid, 1957.

⁴ G. Cirot, «La maurophilie littéraire en Espagne au XVI e siècle», en *Bulletin Hispanique*, 1938-1944. M.S. Carrasco Urgoitia, *El moro de Granada en la literatura*, Madrid, 1956.

⁵ «Individuo y ejemplaridad en el *Abencerraje*», en *Collected Studies in Honour of Américo Castro 80th Year*, Oxford, 1965.

⁶ «Africa guarda en su corazón los caracteres del misterio...» Su «monstruosa constitución», las «envenenadas márgenes de sus lagos» hacen de ella una «tierra feroz que se presenta tapada por cerradas malezas como una bestia velluda» y donde «la raza humana se afea y embrutece hasta el extremo de que los irracionales la superen en inteligencia y hermosura... Y con todo, Africa es el más vasto campo que aún ofrece la tierra a la fantasía de los poetas: «¡Africa es la inmensidad! La mitología, siempre reveladora, nos la representa en una mujer bizarra; de porte oriental, casi desnuda, sentada sobre un elefante, símbolo de sus interminables desiertos, teniendo en una mano el cuerno de la abundancia, como recordando su feraz y opulenta vegetación, y un escorpión en la otra, para significar que en ella todos los dones de la naturaleza, lejos de producir vida, dan la muerte, y que su aire, su tierra, su agua, su sol y sus habitantes, todo es nocivo, espantable y ponzoñoso. De esta manera, Africa será siempre el imán de las imaginaciones ardientes; en ella reside lo nuevo, lo temeroso, lo extraño, lo desconocido». Tal acumulación de tópicos —compartida con Hegel— merecería ser incluida en la esclarecedora antología antes citada de Preiswerk y Perrot.

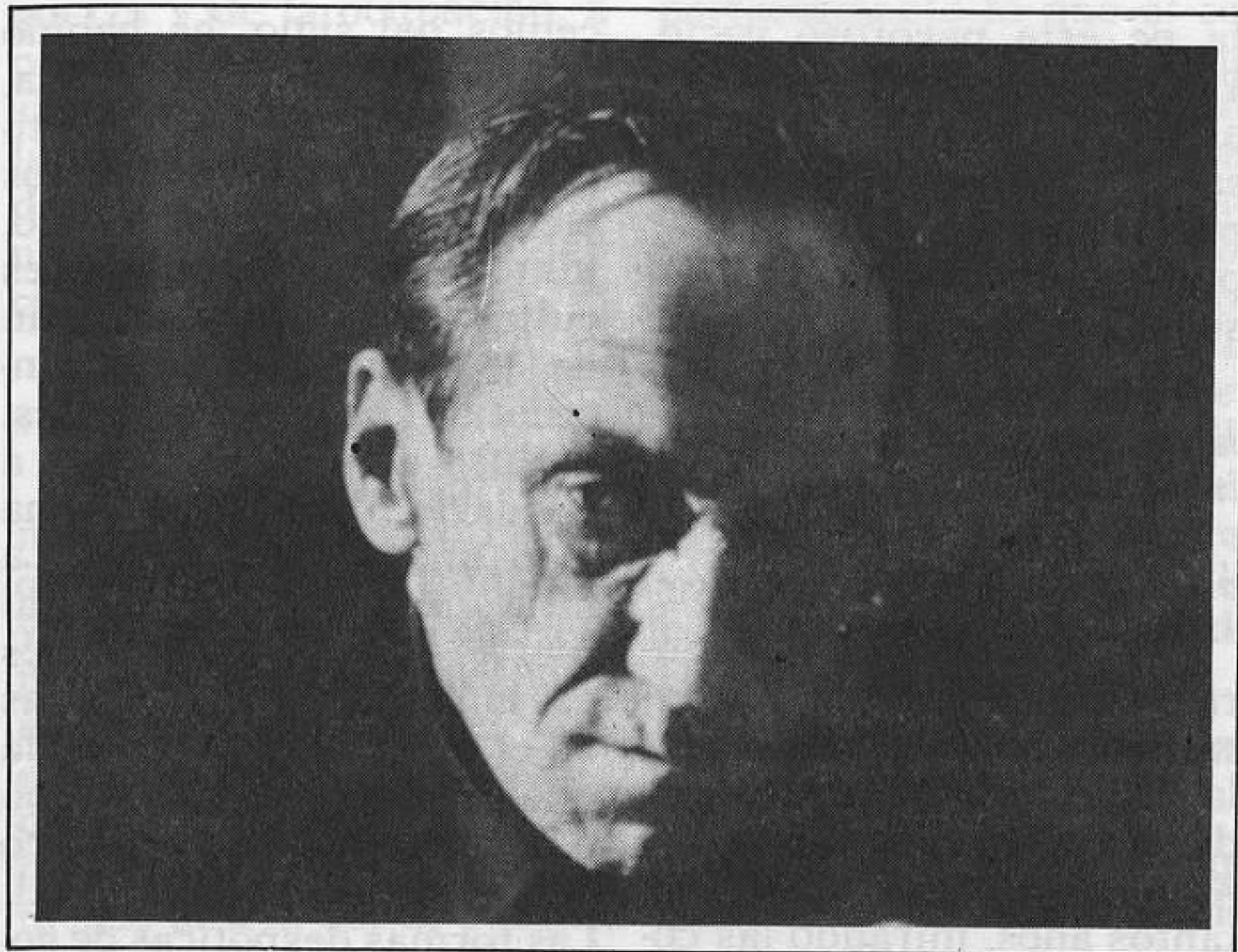
⁷ Con todo, el desarrollo de los hechos a lo largo de la campaña modifica sus planteamientos y le revela que «los moros son inconquistables, sobre todo por la fuerza», tanto cuanto su actitud con la invasión española es la misma que la adoptada por los españoles cincuenta años atrás con los invasores franceses: desde el momento en que un pueblo se dispone a resistir contando de antemano con su derrota, advierte, los triunfos del invasor son ilusorios y la guerra no puede concluir sino por cansancio de éste.

⁸ *Antifalange. Estudio crítico de «Falange en la guerra de España» de M. García Venero*. Ruedo Ibérico. París, 1967.

⁹ Apud *Antifalange...*

¹⁰ La «hazaña» del joven legionario desorejador corre también por su cuenta. Un digno y respetable poeta del *Romancero de la guerra civil* la adaptará a su manera: «Ya están pidiendo madrinas / las tropas de las mejalas (*sic*)... ¡Cómo curan sus heridas / cómo el moro las regala / sangrientos ramos de flores / llenos de orejas cortadas!».

¹¹ Ramón Ayerre, *La tibia luz de la mañana*, Barcelona, 1980.



Leszek Kolakowski

Alto, seco, anda apoyándose en un bastón y se toca con un sombrero negro de anchas alas. Nacido en Radom, en 1927, toda su parábola intelectual se inscribe bajo el signo de la herejía política y filosófica. Cabeza visible del revisionismo polaco, entró en conflicto con el *stablishment* pseudo-liberal de Gomulka desde 1957. En 1956 los estudiantes fijaron a las puertas de la Universidad de Varsovia su manifiesto sobre el movimiento revisionista, como las tesis de Lutero en la iglesia de Wittenberg. Se formó en la escuela del empirismo lógico polaco, de Kotarbinski y Ajdukiewicz, y nunca fue filosóficamente ortodoxo. *Schönggeist*, un espíritu

brillante y paradójico, prefirió siempre la forma breve del *essai*, afrontando las tensiones y las contradicciones de nuestra época sin ceder jamás a la tentación de reducir las a uno de sus términos. Se halla igualmente cómodo con la temática existencialista y fenomenológica de Husserl y Heidegger que con las racionalistas de Popper, y su filosofía vive de la tensión permanente entre el pensamiento y la vida, en el rechazo constante de cualquier forma de saber absoluto. En 1968 deja Polonia y se instala en Inglaterra en 1970, después de un período de enseñanza en Berkeley y en Montreal. Hoy enseña filosofía teórica en el All Souls College de Oxford.

—Trata de plantear, como filósofo, las cuestiones fundamentales de nuestro tiempo. Considera no superadas las cuestiones clásicas de la filosofía. Se identifica con los valores socialistas, pero reconoce la pertinencia de cierta forma de espíritu conservador ante las aberraciones del espíritu revolucionario. ¿Se reconoce en este retrato de Jacques Dewitte?

KOLAKOWSKI.—Existe alguna exageración. Por lo demás, como en todas las formulaciones elípticas, marcada por la afición a la paradoja. Con respecto al pensamiento filosófico, repetiría quizá la frase de Whitehead: «Toda la filosofía se resume en las notas a pie de página en Platón». Somos siempre prisioneros de las cuestiones formuladas por los griegos. Incluso si tratamos de encontrar un nuevo vocabulario, de refrescar de manera incesante nuestro modo de expresarnos de acuerdo con los cambios de civilización; creo, sin embargo, que el corazón de la filosofía sigue estando constituido por algunas cuestiones permanentes que no envejecen.

—Usted nunca ha sido perfectamente ortodoxo en la filosofía, sino sólo en la práctica. ¿Qué buscaba un joven filósofo, crecido en la escuela de Kotarbinski y perteneciente a la filosofía analítica polaca, en el marxismo?

KOLAKOWSKI.—En el marxismo siempre es difícil distinguir claramente las motivaciones políticas de las propiamente intelectuales y filosóficas. El marxismo no

losóficas. El marxismo no era una corriente importante en la tradición intelectual polaca. No obstante, mi generación encontró en él bastantes elementos atrayentes: creíamos que representaba la continuación del iluminismo, en contraste con la tradición conservadora que prevalecía en nuestra cultura. Mientras que, políticamente, después de la guerra y de los horrores de la ocupación nazi en Polonia, creímos que constituía la única fuerza capaz de contraponerse al fascismo y al nazismo. Además, pensábamos que era la única vía para crear una sociedad justa e igualitaria. Nuestros móviles, después de todo, no eran tan distintos de los que encontramos invariablemente entre los jóvenes de varias generaciones.

—Sin embargo, usted nunca se ha adherido plenamente a la filosofía del marxismo.

KOLAKOWSKI.—En el tiempo en que fui miembro del partido, se me criticó muchas veces, tildándome de hereje. En los años 40 ya se dedicaron muchas reuniones políticas a mis herejías. Por lo demás, al igual que todos los de mi generación, crecidos en una tradición intelectual distinta, toleraba mal el increíble primitivismo del marxismo que enseñaban Pospelov y Alexandrov. Comparándolo con ellos Suslov, hoy, es un águila. La filosofía, como las ciencias sociales, hablan desaparecido, prácticamente. Sobre todo en la Unión Soviética, adonde nos enviaron para alcanzar las verdaderas fuentes del marxismo. Aun no siendo particularmente críticos, nos dábamos cuen-

ta de este pavoroso vacío. Pero todavía encontrábamos algunas justificaciones. Pensábamos que debía ser el precio que había que pagar por defender el bastión del socialismo.

—Pero usted ya poseía anticuerpos. En los años 40 se integraba en la tradición crítica del empirismo lógico polaco.

KOLAKOWSKI.—Sólo durante cierto período. De estudiante me he formado en la escuela de lógica polaca de Tarski, Kotarbinski y Ajdukiewicz. Al cabo de tantos años, mirando las cosas retrospectivamente, nunca he encontrado totalmente satisfactoria esta tendencia. Siempre he estado tentado por cuestiones filosóficas tradicionales, que desde el punto de vista riguroso del empirismo lógico aparecen carentes de sentido, insolubles, falsamente planteadas. De todos modos, respeto siempre la tradición analítica como antídoto de la irresponsabilidad filosófica, del vaniloquio, como vínculo para formular los problemas en el modo más preciso posible y para controlar, con instrumentos lógicos, la especulación filosófica.

—Sólo en los confines occidentales del bloque comunista, la crítica democrática se ha transformado con frecuencia en revuelta. ¿No cree que la persistencia del pasado ha podido desempeñar un papel en ello? Entiendo por ello no solamente las tradiciones culturales, sino también las democráticas de estos países.

KOLAKOWSKI.—No sólo en Polonia, sino también en Checoslovaquia y en Hungría, en los primeros de-

cenios del siglo, ha habido una tradición democrática, aunque sea más frágil, de tipo europeo. Sin duda, estos elementos han contribuido, junto con las tradiciones culturales que también eran de tipo europeo, a la inquietud de estos países. Incluso aunque se tienda a olvidarle. Polonia nunca ha sido un país despótico. La falta de un poder central fuerte y sus instituciones parlamentarias, fundadas en el principio famoso de la unanimidad, contribuyeron a la caída del Estado polaco hacia finales del siglo XVIII. Las formas despóticas de gobierno se han importado del exterior.

Al principio, las minorías intelectuales han tenido un papel preponderante en la crítica democrática. ¿Cómo lo explica?

KOLAKOWSKI.—En la posguerra, los movimientos de rebelión antitotalitaria empiezan por las minorías intelectuales y se difunden después en la publicación. Por el simple hecho de que empiezan siempre dentro del partido reclamando más democracia en el aparato. A todo esto ha contribuido no sólo la tradición católica, sino también la autonomía cultural que fue preservada por las minorías intelectuales.

—¿Quiere decir, la tradición cultural europea?

KOLAKOWSKI.—Desde que se inició el poder comunista en Polonia la población se sentía a disgusto, en una situación no natural. El país había sido arrancado por la fuerza de un ambiente histórico natural, imponiéndonos una forma de vida contraria a nuestra tradición. A pesar de todos los horrores de la

guerra y de la ocupación, a pesar de la destrucción masiva de la *intelligentzia* polaca por parte de los nazis y después por los soviéticos, no se ha roto la continuidad cultural.

—¿Y la devastación del stalinismo?

KOLAKOWSKI.—En Polonia, el stalinismo no ha adquirido formas extremadas y destructivas. De ahí que para los polacos haya sido relativamente fácil el desembarazarse mentalmente de sus presiones. En cambio, en Rusia ha sido bastante más difícil, donde purgas, matanzas y destrucción cultural han alcanzado una forma más consecuyente e intransigente. Incluso en los años oscuros, del 50 al 53, han existido elementos de continuidad cultural en Polonia. El stalinismo nunca llegó al grado de consecuencia que alcanzó en Checoslovaquia. Sin embargo, el papel de las minorías intelectuales polacas hay que enjuiciarlo sobre el fondo de una resistencia pasiva de toda la población, que ha encarnado sobre todo la Iglesia.

—Usted ha dado una voz a la crítica polaca de los años 50. Pero su crítica se ha expresado tan sólo en sentido negativo: como definición de lo que el socialismo no debe ser. ¿No era un límite de la cultura revisionista de la época?

KOLAKOWSKI.—Los revisionistas se rebelaban sobre todo contra el socialismo tal como era definido y practicado en los años del stalinismo. La forma negativa, crítica, por lo tanto, era natural. No poseíamos una clave de lo que el socialismo pudiera ser. Pero sabíamos

perfectamente lo que el socialismo no es: *el socialismo no es una sociedad donde hay más espías que enfermeros. No es un Estado que conoce la voluntad del pueblo antes, incluso, de preguntársela. No es un Estado al que le preocupa poco el ser odiado, con tal de que se le tema.* Estas cosas las dije en una conferencia en 1956, cuyo texto fue fijado sobre la puerta de la Universidad de Varsovia.

—Carecían, sin embargo, de un proyecto.

KOLAKOWSKI.—En un período que no duró mucho, pero que marcó una época, pensábamos que se podría cambiar el comunismo partiendo de sus propios principios. Pero no estaba claro qué es lo que pertenecía a los principios y qué, por el contrario, constituía las distorsiones o los accidentes históricos. No obstante, aparecía cada vez más claro que si el comunismo es lo que ha sido no sólo en su práctica sino también en su autodefinición, entonces la idea de un comunismo democrático es una contradicción en sus términos.

—Los movimientos de oposición en los países del Este siempre han oscilado, no sólo tácticamente, sino también por ambivalencias intrínsecas, entre la opción por la democracia representativa y la opción por la democracia directa, entre el revisionismo de derecha y el revisionismo de izquierda. ¿Esto no ha sido también una debilidad?

KOLAKOWSKI.—Al querer delimitar una fenomenología política más precisa, hallamos orientaciones que se mantienen constantes en el tiempo. En

este sentido, tenemos una preferencia por la democracia directa en Hungría, una tendencia a la democracia representativa en Checoslovaquia y otra tendencia a la creación de contrapoderes en Polonia. Estos movimientos, empero, no tenían ninguna visión comprensiva de nuestra sociedad, ni una verdadera cultura política alternativa. Pero, como ya he dicho, cuanto más claro se revelaba que era absurdo contraponer el leninismo al stalinismo, habida cuenta de que éste era la continuación de aquél, tanto más se revelaba incoherente la posición revisionista.

—Pero, ¿la eficacia del revisionismo no se debía, precisamente, al hecho de que se invocaba a los mismos estereotipos ideológicos del partido?

KOLAKOWSKI.—Sin duda ésta era su fuerza, puesto que la cohesión del sistema depende de la cohesión del partido. Hasta el momento en que el partido tiene en este sistema, lo que la población sienta o diga cuenta poco. En cambio, la desintegración del partido causa la desintegración del sistema. El revisionismo podía ser eficaz mientras el cimiento ideológico continuara funcionando en el partido. Pero, más tarde, esta ideología ha ido haciéndose cada vez más irreal, hasta el punto de que nadie creía ya en ella. En estas condiciones el revisionismo no podía desempeñar ya su papel. Cortaba sus propias raíces precisamente por el hecho de que había sido eficaz, contribuyendo a la erosión de la ideología oficial. Ahora bien, justo en la medida en que era eficaz en este

sentido, se hacía por esto mismo inútil.

—*Con todo, el revisionismo no ha tenido nunca una conciencia clara de la democracia. Se ha limitado, fundamentalmente, a favorecer procesos de reforma económica.*

KOLAKOWSKI.—No es verdad no se ha planteado únicamente la exigencia de un cambio de las formas de planificación y de introducción de mecanismos de mercado en una economía socialista. También los valores democráticos y culturales han desempeñado un papel considerable. En un principio, muchos creyeron que se podía democratizar el partido sin una reforma democrática de las instituciones. Pero el partido no podía quedar como un *enclave* de democracia en medio de una sociedad gobernada, en todo caso, de manera despótica.

—*Pero, ¿si ya habían llegado a estas conclusiones, por qué permanecer en el partido?*

KOLAKOWSKI.—Fui expulsado en 1966. Pero ya hacía tiempo que seguía en el partido sabiendo que tenía muy poco que compartir con su ideología. Seguimos dentro porque sabíamos, mis amigos y yo, que en este sistema existen más posibilidades de expresarse y de participar en la vida política estando dentro del partido. Durante años hemos permanecido dentro como un cuerpo extraño.

—*Es una fatalidad: a partir de Trotski, nos damos cuenta de la esencia del comunismo sólo cuando acabamos triturados por sus engranajes.*

KOLAKOWSKI.—No es un fenómeno peculiar del comunismo. Nos damos cuenta mucho mejor de la naturaleza de los movimientos y de las ideologías políticas cuanto más dentro estamos de ellas.

—*En los años 50 usted escribió un libro sobre las siete herejías cristianas no conformistas. ¿De dónde venía ese interés por el pensamiento protestante?*

KOLAKOWSKI.—Se ha querido ver, entre líneas, en aquel libro, un paralelo entre el cristianismo no institucional y el marxismo no institucional, más allá de la validez intrínseca de la obra. Sin embargo, el libro no se escribió como una especie de alusión. Era un libro de historia que no pretendía ser un sustituto o una expresión oculta de pensamiento político. Es más, de aquellas páginas se desprendía un interés por la heterodoxia en general. Por otra parte, todos los organismos ideológicos poseen ciertos rasgos comunes. Hay fenómenos análogos que se repiten en todas las formaciones sociales con fuertes nexos ideológicos. Se da entonces, en todas partes, el fenómeno de la ortodoxia y de la heterodoxia, el papa y el antipapa. Las infinitas *querelles* acerca de la interpretación correcta de las escrituras canónicas, las inquisiciones, etc. Se trata, pues, de fenómenos paralelos, pero también de diferencias entre iglesias y partidos.

—*Usted fue expulsado del partido en 1966, después de un discurso sobre el octubre polaco. ¿Qué es lo que dijo tan terrible como para precipitar el acontecimiento?*

KOLAKOWSKI.—Hablé de

la insurrección de Varsovia del 56, diez años después, criticando con violencia los resultados de diez años de promesas no mantenidas, de decadencia cultural, social y económica. Pero me limité tan sólo a expresar un estado de ánimo muy extendido. Fue, únicamente, el último eslabón de una larga cadena de acusaciones. Anteriormente había sido interrogado por la Comisión de Control del Partido varias veces, y otras tantas fui acusado por aquella Comisión. El comienzo de aquellas acusaciones e interrogatorios fue el ataque que me dirigió Gomulka en 1957.

—*¿Cuál era la base de la acusación?*

KOLAKOWSKI.—En la primavera del 57, Gomulka desencadenó la batalla contra el revisionismo, y se identificó como el jefe de aquel movimiento.

—*Pero, ¿Gomulka no había llegado al poder gracias a la ola revisionista?*

KOLAKOWSKI.—En el otoño del 56 había gozado de un apoyo casi universal en Polonia. Se creía que personificaba la resistencia nacional contra el dominio soviético. Si alguno había creído —yo no me encontraba entre ellos— que Gomulka era un liberal que institucionalizaría las reformas democráticas, quienes así pensaban alimentaban tontas ilusiones. Disfrutamos de la máxima libertad en el 56. Pero no porque lo hubieran querido los dirigentes del partido, sino porque ya no controlaban la situación.

—*¿Eso quiere decir que la llegada al poder de Gomulka ha supuesto el comienzo de*

un proceso de estabilización?

KOLAKOWSKI.—Ha sido el principio de una marcha hacia atrás. Entre tanto, Gomulka ha empezado a reconstruir el aparato de poder. Esta operación no podía realizarse de un día para otro. Ha sido un proceso bastante largo, pero consecuente. Quedaba cierto margen de libertad, pero de un año a otro iba restringiéndose progresivamente. Sin embargo, Gomulka era muy consciente de lo que hacía. Tuve una conversación con él bastante larga en el 57, después de su ataque contra mí, que no dejaba la menor duda acerca de sus intenciones. Quería suprimir toda libertad de expresión, volver a asumir el control del partido en la cultura y en todos los campos de la vida social. Yo recibí una dura admonición.

—Acaso no le perdonaron nunca su ensayo sobre el antisemitismo, que ha afectado profundamente al *stablishment* polaco.

KOLAKOWSKI.—En aquella época sólo una fracción del partido trataba de servirse del antisemitismo como se utiliza, por lo demás, en otras circunstancias. De acuerdo con el mismo modelo. Había muchos dirigentes de origen hebreo en el partido, en los años precedentes al 56, a los cuales determinada fracción ha pretendido atribuirles las monstruosidades del stalinismo, mostrando a los hebreos como enemigos de Polonia. No era tanto un movimiento ideológico y políticamente definido cuanto un clima de opinión, o de prejuicio. Ahora bien, este tipo de antisemitismo no es

comparable, en la intensidad, con lo que vendría luego, en el 67-68, cuando una fracción del partido ha creado verdaderamente una atmósfera de *progrom*. Se ha desencadenado una propaganda antisemita disfrazada de antisionismo. Pero los verdaderos objetivos no eran los hebreos sino el equipo del partido que tenía el poder. Se trataba, en fin, de la lucha de las fracciones en el interior del partido.

—Usted dejó Polonia hacia finales del 68 para dedicarse a la enseñanza en Berkeley, en los Estados Unidos. ¿Cómo ha vivido las dos contestaciones, en el Este y en el Oeste?

KOLAKOWSKI.—La rebelión de los estudiantes en Polonia ha tenido muy poco en común con la de la nueva izquierda en Occidente. Los estudiantes polacos protestaban contra las autoridades comunistas en nombre de esas libertades e instituciones democráticas que eran objeto, precisamente, de los ataques de los estudiantes americanos, franceses o italianos.

—Sus escritos en la *New Left* (pienso en *Los intelectuales contra el intelecto*, *La dictadura de la verdad*, etc.), están impregnados de un sentimiento de cólera.

KOLAKOWSKI.—De este movimiento me ha afectado su antiintelectualismo, la incapacidad de expresarse, de discutir, en las fronteras de la afasia. El culto de la violencia por la violencia. Incluso ha habido un fenómeno importante, digno de tomárselo en serio. Un síntoma de cierto malestar de la civilización, de un *cul de sac*. Las generaciones adultas se mostraban inca-

paces, en buena medida, de transmitir sus valores a los jóvenes.

—Usted que lleva diciendo, desde hace tiempo, que el marxismo ha dejado de interesarle. Hasta ha dedicado a este tema una obra monumental reciente, *Main Currents of Marxism*. ¿Cómo se explica esta paradoja?

KOLAKOWSKI.—He tratado de comprender cómo es posible que todos los temas humanísticos, prometidos del marxismo hayan terminado por llegar a una de las tiranías culturalmente más destructivas de nuestro siglo. Acabado este estudio, hace tres años, he alcanzado por fin un punto de saturación.

—Pero, ¿qué significa su afirmación de que todo lo que había de interesante en el marxismo ha sido absorbido por las ciencias humanas?

KOLAKOWSKI.—Nunca he negado la contribución importante de la obra de Marx a la historia intelectual europea. Gracias a Marx nos hemos acostumbrado a pensar en la historia y en la cultura como conflictos sociales. Pero, para admitir esto, no hay necesidad de ser marxista. El marxismo, como sistema que pretende la coherencia y que busca una visión comprensiva del pasado y del porvenir, es una construcción ilusoria.

—Pero, ¿no existe una censura entre los términos ideológicos del joven Marx y los científicos del Marx de El Capital?

KOLAKOWSKI.—Marx era un filósofo alemán. Y el marxismo está subtenso por un único proyecto filosófico.

Es un intento de síntesis de corrientes de pensamientos anteriores y contradictorias. Está centrado sobre el tema romántico de la unidad de la esencia y de la existencia, que se traduce en el de la unidad entre sociedad civil y política. Y sobre el tema prometeico de la autocreación del hombre a través del trabajo. Es decir, una conciliación forzada de temas tradicionales de la filosofía.

—O Sea, que, ¿en una conferencia con la filosofía contemporánea, el marxismo queda disuelto?

KOLAKOWSKI.—El marxismo no ha superado las cuestiones tradicionales de la filosofía, como por ejemplo la oposición existencia/libertad; no ha suministrado respuestas nuevas. Se da una vuelta del pensamiento contemporáneo a la tradición a través de la disolución del marxismo.

—En definitiva, no ha logrado la superación de la historia ni de la filosofía.

KOLAKOWSKI.—Las dos tareas son imposibles.

—Pero, ¿en qué consiste la actualidad de los temas tradicionales de la filosofía?

KOLAKOWSKI.—El marxismo no pretendía resolver los problemas tradicionales de la filosofía, sino anularlos. Creía que el verdadero sentido de estas cuestiones eran los conflictos sociales. Su pasión era desenmascarar el sentido auténtico, oculto, tras el sentido aparente. Pero yo estoy convencido de que la vida misma de la filosofía está animada por algunas cuestiones eternas. Aunque éstas cambien el modo de expresarse en función de las vicisitudes de la civilización, el es-

píritu humano jamás puede desembarazarse de la cuestión de si existe o no un sentido de la existencia del hombre; si el universo como totalidad posee o no un sentido oculto; si todo lo que es transitorio, mortal, corruptible, puede ser comprendido con referencia a lo que es inmutable y eterno.

—Usted ha dicho que Lenin y Stalin derivan de Marx; que minimizar este vínculo equivaldría a instituir una especie de distinción entre nazismo y hitlerismo. Y ha escrito un artículo de política-ficción en el New York Times respecto a este tema. ¿No le parece un poco exagerado?

KOLAKOWSKI.—No hay que tomar demasiado en serio el artículo. Era una *blague*, un *feuilleton*. Con alusiones a la política americana más que a la historia de las ideologías. Todo depende, en cualquier caso, del sentido en que se habla de continuidad. Yo no he dicho nunca que hubiese una especie de inevitabilidad infernal que hubiera de llevar necesariamente de Marx al Gulag. Son exageraciones de *nouveaux philosophes*. Sin embargo, el leninismo, sin ser la única interpretación posible del marxismo, era, de todos modos, una interpretación legítima y no carente, por supuesto, de un fundamento doctrinal. Tampoco puede decirse que se tratase de una evolución que nadie era capaz de prever. Ya en la época de Marx, hubo quien dio prueba de *clairvoyance*. Los anarquistas, por ejemplo. Y, más tarde, Kautsky, Rosa Luxemburgo, etc.

—En sus ensayos se advierte una insistencia sobre el tema de la responsabilidad individual en la historia. ¿Esto significa, para usted, que los valo-

res van siempre por delante del progreso histórico?

KOLAKOWSKI.—No cabe derivar las normas del comportamiento moral de cualquier teoría del proceso histórico. Este es un principio que he conservado de mi maestro Kotarbinski. Ninguno de nosotros es propiedad de la historia, de la providencia o de una ideología. Esta manera, por lo demás, humanamente comprensible, de remitir la responsabilidad de nuestros actos a fuerzas ajenas e impersonales, a las supuestas necesidades de nuestra biología o a razones ideológicas o religiosas; esta actitud, insisto, ha producido muchos estragos. A este respecto no he dicho nada original. Me he limitado a subrayar un tema tradicional. Kafka lo ha hecho mejor que yo. Los hombres no son dioses —escribía— y la historia se hace con los errores y el heroísmo de todos los momentos insignificantes. Cuando se arroja una piedra en un río se forman círculos. La mayoría de los hombres, por el contrario, viven sin la conciencia de una responsabilidad y esto es el núcleo de la miseria.

—Usted ha escrito que el racionalismo es la edad adulta, una desafío a todo valor y a toda verdad, la renuncia a toda ortodoxia. Y ha definido su filosofía como una filosofía de la permanente condición incompleta del mundo. Pero ha afirmado, al mismo tiempo, que todo relativismo histórico se destruye a sí mismo en la medida en que destruye la posibilidad de argumentos no puramente históricos en su apoyo. ¿No hay una contradicción entre estas posiciones?

KOLAKOWSKI.—No lo creo. Quizá renunciara al término racionalismo porque contiene demasiados signifi-

cados diversos. No acepto el racionalismo si esto significa renunciar a tener opiniones, creencias, si éstas no están sostenidas por razones análogas o idénticas a las que actúan en la ciencia. En este sentido, el racionalismo es cientificismo, una posición totalmente arbitraria basada en presupuestos o prejuicios que no acepto. Lo acepto, en cambio, como regla del escepticismo; invito a buscar siempre las razones de cada posición, instrumento merced al cual podemos decir en un momento dado que ya no existen razones, es decir, que hay una opción, una elección arbitraria, que conocemos pero ni más ni menos arbitraria que la opción opuesta.

—*Sus ensayos suelen tener un carácter incompleto. Nos ofrecen más bien esbozos que resultados exhaustivos. ¿Por qué esta condición incompleta de la forma?*

KOLAKOWSKI.—Siempre he tenido una preferencia por el ensayo breve y, en general, estoy menos interesado por la filosofía en el sentido tradicional. Prefiero una filosofía que se hace al margen y bajo la forma de un comentario, de glosas sobre temas históricos.

—*Usted no ha desdeñado nunca los temas marginales. Pienso en su ensayo sobre La epistemología del striptease, en los monólogos, en la conferencia sobre el diablo, en las pequeñas comedias y en los cuentos bíblicos.*

KOLAKOWSKI.—En la cultura se dan fenómenos marginales que, sin embargo, permiten ver mejor lo que es importante.

Además, siempre me he interesado por las posiciones extremistas, marcadas por la afición a la paradoja, sin

que haya necesariamente de compartirlas. Siento cierta simpatía por el que se esfuerza en extraer todas las consecuencias de su posición inicial y se aproxima necesariamente al absurdo. Un *esprit de suite* llevado hasta el extremo produce, indefectiblemente, fenómenos interesantes por su extremismo. Porque, en estas posiciones, se puede seguir el camino del pensamiento que no busca el compromiso.

—*En política, su relativismo filosófico llega a una concepción pragmática y reformista. Se ha dicho que usted ha dado un fundamento ontológico al reformismo. ¿Comparte esta valoración?*

KOLAKOWSKI.—En sentido propio, el reformismo no es una doctrina. No dice nada sobre los contenidos de una acción reformadora. Es sólo una actitud que cobra sentido en contraposición con ideas utópicas, con un modelo de perfección futura. Mi referente es la tradición socialista, pero no creo que ésta haya formulado soluciones definitivas para nuestra época. Ni tampoco quiere decir que esta opción, demasiado genérica, implique una solución concreta. Todo depende de las circunstancias. Por ofrecer un ejemplo vulgar, no está demostrado que el mejor modo de afrontar los problemas de nuestra economía sea la vía de las nacionalizaciones. Estas no pasan de ser una técnica que puede ser eficaz en determinadas condiciones, pero no en otras. No son una clave metafísica. Conviene siempre distinguir con gran sentido entre las ideas muy generales y la tradición socialista.

—*Entre los principios fun-*

damentales del socialismo, el principio de libertad y el de igualdad, ¿no existe tal vez una contradicción insoslayable?

KOLAKOWSKI.—Todas las ideas socialistas admiten cierto número de valores que se limitan recíprocamente. Es inevitable. Cuando se pretende aplicar uno de estos valores de manera absolutamente consecuente, el resultado es que no sólo el uno destruye al otro, sino que se autodestruye.

—*¿En qué sentido? ¿Puede explicarse mejor?*

KOLAKOWSKI.—La igualdad, por ejemplo, entendida de modo absolutamente consecuente, es una idea autodestructiva, más por razones empíricas que teóricas. La igualdad perfecta en la distribución de los bienes, por limitarnos únicamente a este aspecto, no sólo es económicamente desastrosa, sino que es posible sólo en condiciones de despotismo. Y el despotismo es, por definición, no igualitario, porque priva a la mayoría de la población de bienes tan importantes como el acceso a la información y a la participación en el poder. El igualitarismo total desemboca forzosamente en una sociedad no igualitaria.

Cabe decir lo mismo respecto de la idea de libertad, y siempre por razones empíricas más que teóricas. La libertad total, en el sentido en que la prevén los extremistas del anarquismo, responde a una idea de una sociedad donde la última decisión de todo reside en la fuerza. Si concibiésemos en nuestra imaginación la posibilidad de semejante sociedad, la traducción inme-

diata de ello sería la ley del más fuerte.

—*Así pues, ¿no cabe ninguna solución?*

KOLAKOWSKI.—Este conflicto de valores puede resolverse tan sólo mediante compromisos más o menos insatisfactorios. No existe ninguna solución perfecta y última. Del mismo modo, existe también un conflicto entre otros valores que pertenecían igualmente a la tradición socialista: la necesidad de seguridad y la de expresión individual. No podemos tener al mismo tiempo la seguridad en la vida y en la creatividad. El lado seductor del totalitarismo consiste en prometernos la seguridad, al precio de renunciar por ello a toda creatividad y a toda expresión individual, lo que se transforma en fuente de inseguridad.

—*Entonces, ¿lo que justifica una actitud pragmática en política es la insolubilidad de estas contradicciones?*

KOLAKOWSKI.—Yo no usaría el término pragmático, porque una vez más podría entrañar confusiones; puede tener más significados, no necesariamente compatibles entre sí. Yo hablaría de pragmatismo sólo en antítesis a la expectativa de una solución definitiva, pero no en el sentido de una actitud que renuncia a valores generales.

—*En su filosofía se aprecia una nueva atención al mito y a la transcendencia. ¿En qué sentido entiende estos términos, cargados de connotaciones metafísicas?*

KOLAKOWSKI.—Hace doce años escribí un opúsculo, *La presencia del mito*, donde trataba de destacar la presencia inalienable, eter-

na de cierto estrato mitológico en la cultura. Pensaba en el mito no tanto en el sentido de fabulación, narración, sino como todo tipo de ideas o arquetipos no empíricos que forman el sistema de referencia gracias al cual las realidades empíricas o los hechos están dotados de sentido. El concepto mismo de la verdad le pertenece. Todas las formas de la vida y de nuestra conciencia que nos sirven para atribuir un sentido suplementario a los hechos, a los acontecimientos, un sentido que se nos escapa desde planteamientos empíricos. Todo lo que deriva de esta esfera que yo he llamado, tal vez con el riesgo de que pueda prestarse a equívocos, de la conciencia mítica.

—*Me parece entender que los propios valores pertenecen a la esfera de la trascendencia y del mito.*

KOLAKOWSKI.—Digamos a la esfera de la tradición, que es la fuente de todo lo que tiene sentido para nosotros. De otro modo, caemos en un relativismo histórico que excluye cualquier referencia a una racionalidad que trasciende la contingencia. Ahora bien, la tradición no es una totalidad compacta, monolítica, sino muy al contrario un campo abierto. El punto de partida de muchas vías.

—*Usted ha sido definido como un ateo inconsecuente, porque subraya la realidad de los valores religiosos en la vida humana y deplora el ateísmo beligerante.*

KOLAKOWSKI.—Me he convencido de que la autodefinición del hombre como ser religioso no sólo es un elemento permanente de la cultura, sino de que la cultura

no podría sobrevivir sin este tipo de autodefinición. La religión no es sólo una esfera aparte, que por combinación subsiste a través de toda la historia de la civilización, sino que es la raíz misma de la vida espiritual, incluso en su transfiguración secularizada. Las ideologías de nuestro siglo han presentado al hombre como un Prometeo, una fuerza que se autocrea, para despertarse transformando, como el Samsa de Kafka, en una grosera cucaracha negra. No es posible abolir la transcendencia, como quisiera el sueño prometeico. Queda siempre una dimensión incondicionada, trascendente del actuar y del querer humanos, la posición originaria de un sentido que es ya presupuesto de todo lo que se puede decir y emprender.

—*Es raro encontrar a un filósofo que se halle tan cómodo con Kierkegaard y con Heidegger, que con Bridgmann y Popper. ¿Su negativa a considerar como errores, sin sentido, la especulación metafísica o los problemas de valor, procede de esta duplicidad filosófica?*

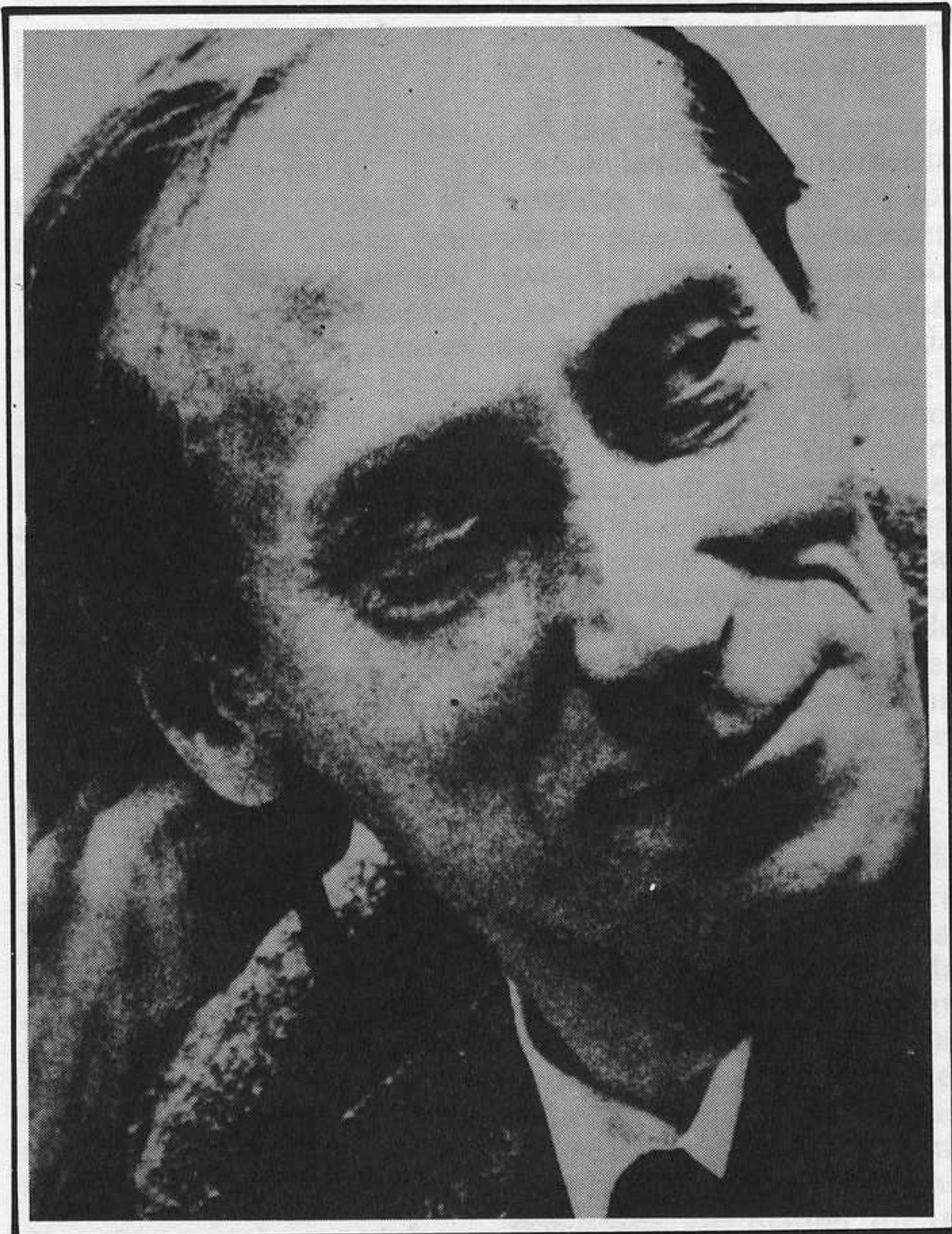
KOLAKOWSKI.—Yo diría que sí. Aunque no sea un lógico, un filósofo de la ciencia, atribuyo gran importancia a la tradición analítica. Pero creo además que los hombres no pueden desembarazarse de las llamadas cuestiones metafísicas, a pesar de que en ellas se encuentren innumerables aspectos probablemente insolubles. En la cultura existen fuerzas opuestas que se encuentran forzosamente en conflicto, pero cada una es necesaria. Esto es válido también para la filosofía. Atribuyo gran importancia a la tradición escéptica, que

—en filosofía— es una especie de fuerza destructiva. Pero también en el extremo opuesto existe una tradición filosófica que busca necesariamente los fundamentos últimos del pensamiento. Una especie de fondo indestructible sobre el cual todos los conocimientos humanos pueden construirse y que nos garantizarían una certidumbre. De Descartes a Husserl.

—En su ensayo sobre la Búsqueda de la certidumbre, usted dice que esta aspiración a la certidumbre, a la verdad última, proviene de una actitud religiosa.

KOLAKOWSKI.—Hay quien busca la certidumbre última, y hay el escéptico. El escepticismo consecuente roza un inmovilismo cognoscitivo. La búsqueda de la certidumbre última se aproxima, finalmente, a la ilusión de haber encontrado el fundamento incontrolable. Se trata de dos actitudes extremadas, cada una de las cuales, repito, es necesaria a la cultura. Pero no se puede hacer una síntesis. Yo tengo una actitud un poco esquizofrénica al respecto. Porque al admitir esto se dice que nos encontramos, al mismo tiempo, ante dos extremos irreconciliables.

—En definitiva, la búsqueda de la certidumbre es una búsqueda en el fondo legítima, porque nuestra cultura sería poca cosa si se la dejara enteramente en las manos de los escépticos. ¿No?



KOLAKOWSKI.—Las respuestas no son sino deseos y promesas; pero esto no constituye certidumbre ninguna, decía Kafka. Contra la necesidad de ideología de nuestro tiempo, hay que oponer la necesidad de respuestas últimas y definitivas. Es ésta una perpetua tentación a la que no nos es posible sustraernos enteramente. Todo lo que entra en el campo de la comunicación humana es inevitablemente incierto,

siempre objetable, frágil, provisional y mortal. Y, sin embargo, no es probable que se renuncie a la búsqueda de la certidumbre, y es lícito dudar de que interrumpirla fuera algo deseable.

Mario BACCIANINI

Mondoperaio
Traducción: J. A. Matesanz

NOTAS



LA GENERACION DEL 62 EN EL BALNEARIO

Joaquín Leguina

Archena, en la provincia de Murcia, junto al río Segura, tiene la pátina de todos los pueblos-ciudades de la zona donde la tierra caliza del entorno penetra dentro del casco. Sospecha el forastero que en pleno verano, con el calor, el ambiente se

llenará de perros lenguafuerinos. Sin embargo, el interior de las casas es aquí, a principios de junio, de un frescor inquietante.

A dos kilómetros de Archena, y encima del río, hay un oasis donde crecen, al menos, cuatro clases de eucaliptus, álamos, olmos, pinos, cipreses, unas acacias chaparras de verdor transparente y, sobre todo, altísimas palmeras. El río, sobre el que se inclina una vegetación abigarrada, baja por aquí, a esta altura del año, con fuerza de agua turbia. Junto al río se levanta, desde principios del siglo, un hoy hotel, que sigue siendo estación termal y balneario.

Aquí acuden, a *curarse*, gentes variopintas:

«La duración en el extranjero de una cura de baños, suele ser de veintiún días.

La exagerada disminución del tiempo o estancia de los españoles en los balnearios, malogra muchas veces el resultado del tratamiento. Para una eficaz cura balnearia es necesario, como mínimo, quince días.»

dicen los carteles que jalean el vicio hipocondríaco de sentirse enfermo mejorado. Al lado hay una piscina, cuyo anuncio amenaza así:

«Piscina de agua termal clorurado sulfurosa, radioactiva, graduable hasta 50 grados. Agua que rejuvenece la piel, más la nutre, tonifica, suaviza y embellece, haciendo desaparecer los granos y escoceduras, cicatrizando las heridas y cambiando la piel manchada o defectuosa.»

En esta época y pese a ser sábado, la edad media de quienes se meten en el agua (*graduada* a 40 grados), no bajará de los cincuenta y cinco. Para quien acaba de pasar la innegable raya de los cuarenta, la tentación

masoquista de lamentarse sobre el deterioro físico del ser humano es fuerte, y las pruebas demasiado evidentes, para no caer en ella.

A las gentes de la *generación* se les nota últimamente atraídas en demasía por *los otros placeres*. Aparecen extraños conocimientos sobre las cosechas vinícolas, florecen gastrónomos de nuevo cuño, y Emma Bovary se acuesta con Marlowe ahora sin ningún miramiento. Ante tales achaques de vejeza retórica, ¿el mejor sitio?, un balneario donde los pájaros se dejan oír, la noche se puede prolongar durmiendo a pierna suelta que, como es bien notorio, resulta el único remedio contra la depresión y el teléfono.

El miércoles 3 de junio de 1981 toreó en Madrid Curro Romero y dicen, quienes saben, que lo bordó. Yo tenía dos entradas, detalle, según creo, del alcalde. Se las regalé el martes a un amigo que, desesperado, a esas alturas no podía soñar con encontrar alguna. He de aclarar dos cosas. En primer lugar, que sin ser, lo que se dice, un *aficionao*, me gustan los toros y me gustan desde hace tiempo (a Manolete le mató Islero un 27 de agosto de 1947, en Linares. Tenía, quien suscribe, seis años y dos meses; el día 25 toreó en Santander con un Juanito Belmonte, sobrino, al parecer, del grande. Yo estaba en una andanada a donde me *colaban*, sistemáticamente, un carpintero pluriempleado de portero de la plaza, y su señora. Causas, no del caso, harán que recuerde siempre aquel verano, incluida la penúltima corrida de Manolete). En segundo lugar, no me quedé sin toros por altruismo, sino que previamente habíanme obse-

quiado los compañeros de la Agrupación Centro con una mesa redonda sobre *El papel de las Agrupaciones de base en el PSOE*.

La Agrupación Centro está en la madrileña calle de Ministriles, en el distrito que su nombre indica. El local es tan amplio como sombrío, y en él se pretende hacer obra para *alegrarlo un poco* y convertirlo en una agrupación piloto, o algo así. A la izquierda, al entrar, está el bar, con un añejo botijo de barro blanco y, junto a él, un auténtico altar donde resalta el busto de Iglesias. Tras el óleo se adivina una *paleta* cargada de rojo-titanlux y un exquisito cuidado para que el parecido con el original fuese perfecto. En torno al *abuelo* se encuentran ovaladas fotografías de un Largo Caballero de penetrantes ojos claros, Prieto sin boina y gordinflón y, posiblemente, Fernando de los Ríos, con cuidada barbita. En la *habitación del comité* hay otro cuadro de don Pablo regalo, sin duda, de otro militante (o del mismo), donde los rojos siguen abundando. En el *salón de actos* se van colocando, a partir de las siete, los bancos corridos que se compraron a una iglesia o a un viejo cine. Se prepara la mesa que, evidentemente no es redonda, colocando unos carteles antiguos y, sobre ellos, debajo del cristal, una gran fotografía de un joven Marx, con barba recortada y melenuado atuendo. El secretario general de Centro, que dirige las operaciones de decoración, es de la generación gastronómica a la que antes hacía referencia, algo más de doscientos militantes cotizan aquí.

(Sostengo, sin ninguna prueba por supuesto, que el término *militante* arranca

de las órdenes militares y así debe de ser pues tiene la impronta, a la vez, de lo bélico y lo religioso. La primera persona del singular, presente de indicativo del verbo «militar» —*yo milito*— tiene, a no dudar, resonancias de Calatrava.)

Cuando el tercer toro sale en Las Ventas, y con media hora de retraso, se inicia la mesa redonda con unos treinta y cinco asistentes, cuya edad media no está por debajo de los agua-tomates de Archena. La persona que representa a la dirección nacional del Partido hace, en diez minutos, una exposición con convencimiento donde se llama a la gramsciana *inserción en el tejido social* y dice una verdad que quiere negarse en estos días: «Los partidos políticos, pese a todos los defectos que puedan aquejarles, son esenciales para la vida democrática.»

Quien toma la palabra luego pasa por ser muy *crítico*, otrora, al parecer, no lo era tanto y se esperan de él palabras fuertes. En cuanto al gesto y la firmeza oratoria, el hombre no defrauda al auditorio, el contenido es más bien parco. Se trata en definitiva de cambiar, a lo que parece, el sistema de representación, la ley electoral, dentro del PSOE.

El auditorio se queda sin saber mucho sobre el qué hacer y el cómo. Tras él, y con el quinto toro, va el que suscribe. Intento arrancarme de atrás: para qué, se supone, sirven los partidos, qué es eso de la vanguardia de *la clase*, en definitiva, qué hacen los *militantes* cuando las urnas no funcionan. ¿Prepararse para ocupar los puestos que aún no tienen? ¿Reunirse en las agrupaciones a criticar a la direc-

ción? ¿Desanimarse acaso? Temo haber puesto demasiada convicción en lo que he dicho, es posible incluso que haya convencido a alguien, sin que ese alguien me haya entendido del todo.

Hay una segunda rueda de *contestaciones*: nos enredamos en una discusión sin fin sobre los vicios del corporativismo y los peligros del federalismo excesivo en el interior del partido. En un alarde de temperamento me declaro jacobino y marxista (¡qué antiguo!, me hubiera dicho algún pasota, allí no parece haber de eso pues nadie dice nada, ni siquiera una sonrisa cómplice).

Alguien me echa en cara no haber nacido con una medalla de Pablo Iglesias entre las manos, o poco menos. Me enfado. No consigo entender el por qué haber aguantado las cosas a don Rodolfo Llopis durante tantos años es mérito especial. Siempre que me hablan de ésas y de otras esencias me acuerdo de Antonio Amat bajando a todos los santos del cielo en una tasca del casco viejo de Vitoria. No podía entender yo entonces, y ya tenía veinticuatro años, cómo persona tan tranquila, y sobre todo tan roja, podía excitarse tanto contra unos exiliados que, según él, *jodían terriblemente la marrana*.

Luego llega el coloquio *para hacer preguntas*. Como de costumbre, la gente aprovecha la ocasión para decir lo que piensa y no para preguntar como en la escuela. Sigue un tercer turno de *oradores*.

Dos horas después de acabar la corrida, y cerca ya de las once, cantamos, los pocos que allí quedamos, la internacional. Este himno, que puede cantarse, como es

sabido, en todos los idiomas, de representar la rebelión civil durante el túnel del franquismo, ha pasado a parecer un rito, casi una plegaria, algo descafeinado. El canto, evidentemente, no ha variado y sí las circunstancias, y con ellas los que en ellas estamos.

Durante la cena que sigue tengo la vaga sensación y el malestar del compadreo. Cuando quiero plegar ya son las dos, mientras me quito los zapatos y tras ellos camisa y pantalones, siento la aspereza extraña de quien no sabe ni donde está ni para qué, y, además, ha de levantarse temprano.

En mayo de 1962, la generación gastronómica andaba entre los veinte y los veinticinco, las huelgas de aquella primavera les hicieron pensar que el régimen daba las boqueadas. Más de trece años después, con los hijos crecidos ven morir a Franco como había vivido, lentamente, en una falsa calma. Menos de dos años más tarde había elecciones. De esa generación de antiguos *progres*, unos corrieron a ocupar sus cargos en los partidos *serios*; otros apostaron su *vocación política* en grupúsculos tan inoperantes como izquierdistas y otros, por fin, se encadilaron con el desencanto.

La actitud civil de resistencia se confundió con *la política* por muchos años entre nosotros, los hechos han venido a demostrar con excesiva rudeza, es verdad,

que la política es también otra cosa y muchos han corrido a su sitio de siempre, y ya no estaba. De ahí la gastronomía, el refugio en la individualidad, el guiño de tertulia. ¿Y los que quedan *en la política*? Se puede asegurar sin demasiado riesgo que sólo los muy ciegos no piensan a diario en dejarlo, con toda probabilidad la mayoría se ha sentido más de una y más de dos veces a sí mismos como oportunistas o ambiciosos.

Tiene la sensación, quien esto escribe, que esta *generación* habrá de cohonestar la rebelión civil con la cotidiana batalla en el interior de los partidos y, para muchos, tal cosa va a resultar difícil.

Pese a la amenaza golpista en que el Estado democrático se halla, las luchas internas en los partidos tienen la indeseable fuerza de los fenómenos llamados naturales y a veces la inexorable invita al abandono o a la huida. Sin embargo, éstos son los problemas que hoy tienen los partidos de izquierda: *ubicar* a su gente, resistir ambiciones, matar la corrupción que del poder emana, incluido su propio poder. Todo ello en un momento histórico nada brillante, y no sólo por el asalto que se prepara contra la democracia desde las *co-vachas oscuras* de siempre, sino, sobre todo, porque la izquierda no se sabe el papel, o porque no hay papel en la obra o se está escri-

biendo de nuevo o es excesivamente corto.

La tentación del balneario es grande, porque además

«El masaje en el agua clorurado-sulfurosa únicamente se practica en Archena.

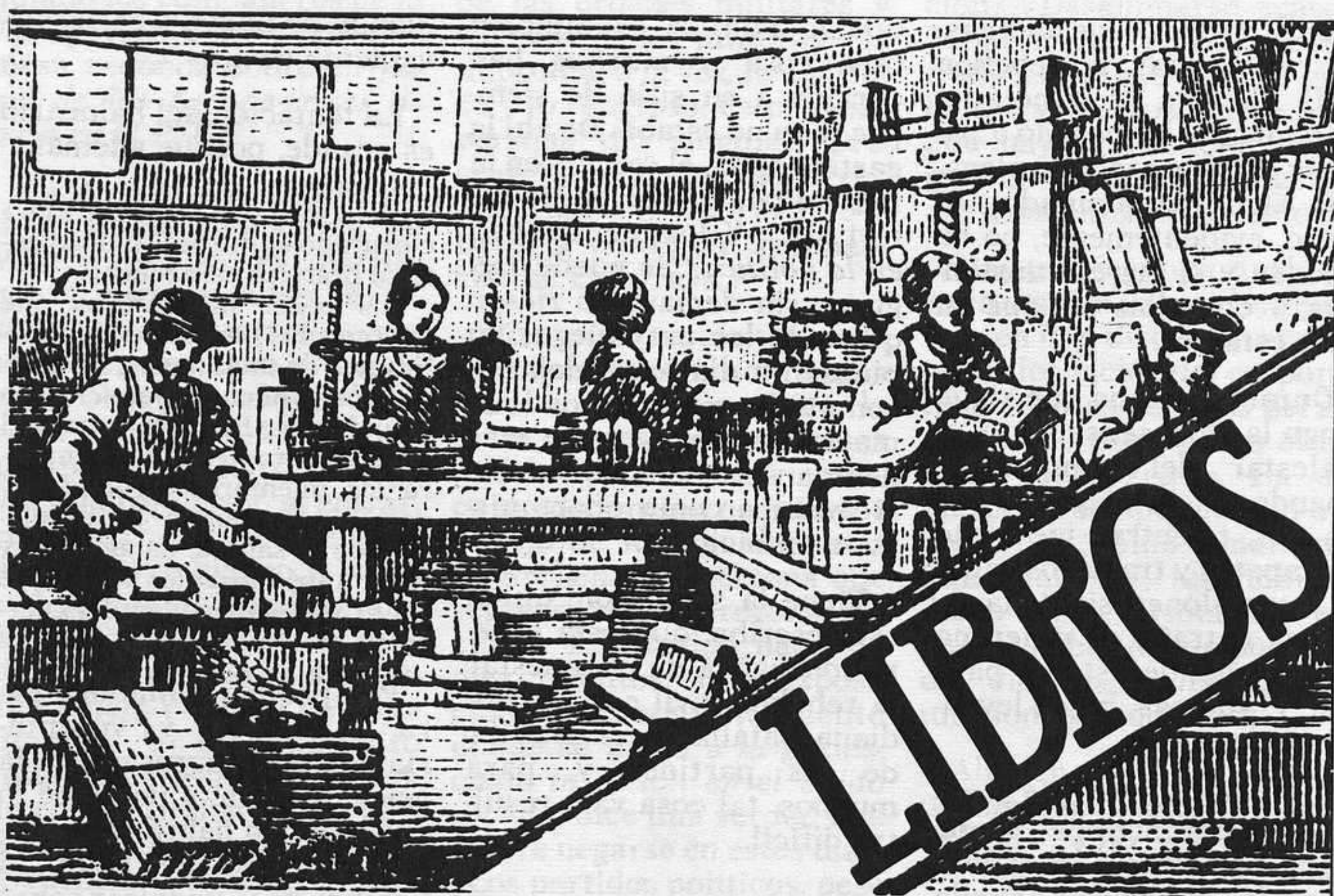
Los pocos manantiales que existen en el mundo con la clasificación de estas aguas, las utilizan con prudencia por ser poco abundantes. El masaje bajo el agua clorurado-sulfurosa mejora los miembros atrofiados y paralíticos, motiva la circulación de la sangre, da agilidad y vigor a los músculos y disuelve las grasas superfluas del cuerpo.»

Perspectiva tentadora para el recién y voluntariamente (?) ingresado en la vejez primera, a pesar de lo cual alguien habrá de echarse un trozo de valor al hombro para pedalear sobre la bicicleta, instrumento muy simple cuya necesidad es no pararse y cuya gran virtud es conducirnos. En el sesenta y dos parecía que nos tocaba merendarnos el mundo, en el 68 estaba claro como el agua de mayo... en el 81 parece que nos toca resistir a quienes intentan la estabulación colectiva.

Cuando dentro de veinte años entremos de verdad en el recodo final, a lo mejor ha habido más suerte que hasta ahora. En todo caso, será el momento de recordar en serio que

«La estufa-vaporario de agua cloruro-yodo-sulfurosa de Archena produce sensaciones muy gratas.»

Siempre es algo.



SOCIALISMO Y ETICA

Reyes Mate

La ética y la ciencia parece que han firmado, últimamente, un pacto de no agresión, conscientes que son de una irreductibilidad del *sollen* (deber-ser) al *sein* (ser). Para Wittgenstein, por ejemplo, hechos y valores son irreconciliables: la moral es *aquello sobre lo que no se puede hablar*. Otro tanto viene a decir Kolakowski, que distingue entre actividades basadas en la regulación universal de la razón (ciencia) y actividades arbitrarias desde el punto de vista lógico, pero que se imponen a la acción humana por el mito y la tradición.

En este contexto un libro como el de Virgilio Zapatero, *Ética y socialismo**, viene a remover aguas profundas y bien se ve que el fondo no es transparente. Resulta que esta obra actualiza un importante debate en la historia del socialismo, donde se trató de compatibilizar Kant con Marx. Ahora bien, el corifeo de la irreductibilidad de la ética a la ciencia, incluso a la ciencia que dice ser el marxismo, es el filósofo de Königsberg, cuya sombra cubre las posturas de Wittgenstein o Kolakowski. Fue Kant, el filósofo de la Ilustración, quien afirmó que para el hombre adulto nada merece la pena si no se somete al tribunal superior de la razón crítica: la política, por supuesto, pero también la religión. Desde las exigencias de la razón práctica Kant concluirá a la heteronomía de la ética, a la incomunicación entre ética y razón. *La moral, dirá, no consiste en actuar conforme al deber (como si hubiera*

una justificación racional de la acción humana), sino por deber. Críticos posteriores han tratado de explicar que esta exasperación moralista de Kant tiene todos los visos de ser una construcción ideológica de la burguesía: si en el terreno económico el capitalismo burgués tiene por santo y seña una regulación mecanicista entre el interés particular y las necesidades de la colectividad (sin necesidad de que medie planificación alguna del Estado), ese principio capitalista queda reflejado en el terreno moral con el imperativo categórico que supone que lo que es bueno al individuo debe ser elevado a norma universal. Para Kant, sin embargo, el imperativo categórico que rechaza una legitimación racional de la acción moral es la única vía para una convivencia tolerante y pluralista.

El marxismo, por la mediación de Hegel, se encuentra en las antípodas de

Kant. Hegel quiere conciliar el *sein* con el *sollen*, la razón con la moral. Hegel reconoce, sin embargo, que la razón no puede crear las reglas morales, ya que todos los contenidos de la razón son productos históricos, y que las reglas morales deben tener un valor absoluto, por encima del tiempo y del espacio. Y sólo el *Weltgeist* es absoluto. Pero lo que sí puede hacer el hombre concreto es tomar conciencia del momento histórico y su ubicación en la marcha de la historia. La moral viene entonces a ser como la *expresión* de ese momento histórico. Moral y verdad quedan así indisociablemente unidas como la cara práctica y teórica del proceso histórico.

Este planteamiento es asumido por Marx. Como es sabido, ese proceso histórico es para Marx la lucha del proletariado por la emancipación de la humanidad. Por consiguiente, será *verdad* la teoría que refleje correctamente esa lucha; la *verdad* es la expresión del proceso social emancipador y no el producto de una ciencia abstracta. Y será *bueno*, y por tanto *moral*, lo que lleve adelante ese proceso social emancipador que protagoniza el proletariado. Moral y política no se diferencian objetivamente sino que representan el doble rostro de la realidad.

Este planteamiento de la moral entendido como voluntad de llevar adelante el proceso histórico en función de las necesidades del proletariado, o de quien le represente, significó de hecho una disolución de la moral en la política. Kautsky da un paso más al explicar el proceso emancipador de la humanidad como la lectura darwi-

nista de la naturaleza, preñada de materialismo histórico: la moral es un apéndice de la ciencia materialista.

Contra esta interpretación se rebelan los neokantianos a los que se refiere Virgilio Zapatero, unos que miraban con el rabillo del ojo al socialismo, como Cohen, y otros que se decían socialistas, como Vorländer. Como buenos kantianos tratan de recuperar la tradición ilustrada de la filosofía que había dado carpetazo a los planteamientos abstractos de la metafísica tradicional, abogando por una interpretación práctica de la filosofía, esto es, por un entendimiento de la filosofía como teoría política y social. Si el marxismo es política, se preguntaban, ¿de dónde saca los juicios de valor que necesariamente acompaña a la acción política? Y se lo preguntaba a un marxismo endurecido doctrinalmente, que ponía en un carácter científico lo que era propio de una filosofía de la historia. No dudaban que el marxismo fuera ciencia —ciencia darwinista de la sociedad, como querían los ortodoxos— pero también afirmaban que la ética era una ciencia —ciencia de la acción política—, y que entre ambas debía darse una complementariedad para hacer posible el socialismo.

En el debate interviene Kautsky para quien el hombre, ni como ser pensante, ni como ser moral, es esencialmente distinto del animal. Para mantener la cohesión del grupo animal, para superar los conflictos surgen en todos los organismos ciertos impulsos, como la entrega al grupo, la lealtad, la disciplina y el amor. «La ley moral no es sino el impulso social, por lo que no

es nuestra facultad cognoscitiva, sino de nuestra vida instintiva de donde surge, junto a la ley moral, el juicio moral, al tiempo que el sentimiento del deber y la conciencia.» La moral queda subsumida en la ciencia; por eso para el marxismo, piensa Kautsky, no hay ideales que cumplir, sino objetivos que alcanzar.

La respuesta de Kautsky permite a Bernstein terciar en la discusión, perfilando la postura de los marxistas kantianizados. Para el jefe de fila del revisionismo si como dice Kautsky, el movimiento de la materia es el que determina la validez de las ideas y direcciones de la voluntad, resulta entonces que «el materialista se convierte en un calvinista sin Dios». Nada de eso, replica Bernstein. El socialismo es teoría y praxis; en cuanto praxis, es decir, en cuanto movimiento y lucha de la clase trabajadora, no es ciencia ni lo puede ser, pues no puede prescindir de los juicios de valor que son los que mueven a las masas. El marxismo no tiene, por tanto, por qué complementarse con la ciencia ética, sino que el impulso ético funcione a modo de ideología de la política marxista. Pero la vuelta a Kant que practican los kantianos marxistizados y los marxistas kantianizados no satisface a los austrohúngaros. Su vuelta a Kant no es para «unirlo eclécticamente, como hacían los revisionistas, con el marxismo, sino precisamente para defender, con el apoyo de la crítica kantiana del conocimiento, la concepción marxista de la historia contra toda adulteración revisionista, y deslindar así el marxismo de la fundamentación ética del socialismo». Para los austrohúngaros la

ética de los impulsos sociales, a los que queda reducida la ética de Kautsky, no vale porque los muy tales «son unos hechos pero no unos valores». Pero tampoco están de acuerdo con los neokantismos de los Vorländer ni de los Bernstein, empeñados en colocar a la ética fuera del marxismo como su complemento científico o su suplemento ideológico. Los austrohúngaros no quieren salirse del cuadro marxista entendido como ciencia, pero ciencia social que tiene por objeto los fenómenos que en ella se desenvuelven. Dice Adler: «el socialismo es, según Marx, un fenómeno social y, como tal, un fenómeno de la naturaleza. por supuesto que no de la naturaleza física, sino de la social. Pero esto significa que, precisamente en cuanto fenómeno de la naturaleza, no puede ser considerado más que como cualquier otro fenómeno natural: esto es, como puro hecho y no como valor... el marxismo quiere ser ciertamente ciencia social».

Para los marxistas austrohúngaros las ideas normales son parte de la realidad social. En efecto, el hombre cuando actúa, actúa por valores morales: ése es el hecho que el marxismo tiene que reconocer. Pero no tiene por qué entrar en la interpretación kantiana que explica esa realidad ética en términos de imperativo categórico, le basta nombrar la existencia de la cualidad como una realidad social.

La tranquilidad con que los austrohúngaros creen resolver la relación entre marxismo y ética se apoya en el supuesto de que existe convergencia entre los objetivos de la voluntad y del socialis-

mo: «el proceso histórico tiene que conducir necesariamente a los objetivos que la ética considera fundamentales, porque el factor causal histórico más importante es precisamente la voluntad humana determinada en una dirección». El que la acción política lleve consigo el ejercicio de la voluntad, no significa, sin embargo, que el objetivo del imperativo categórico coincida con la finalidad socialista. Ya apuntábamos, en el caso de Marx y Hegel, cómo ahí se niega a la ética cualquier autonomía y función crítica respecto a la política.

Por eso Lukacs, otro filósofo marxista preocupado por los problemas éticos, abandona el terreno del neokantismo, propugnando no la vuelta a Kant, sino a Hegel. Entonces la ética se disuelve en táctica: el agente político no tiene que buscar la moralidad de su acción en el hecho concreto, sino en el servicio que presta a la causa. En tiempos como los nuestros de terrorismos, golpismos, fanatismos y otros irracionalismos, parece evidente que la ética lukacsiana, pensada en función del pathos revolucionario, puede conducir a oscuros callejones donde la soñada emancipación de la humanidad quede brutalmente apuñalada. Pero tampoco hay que perder de vista que cada vez más la política, aduciendo razones de estado y altas complejidades tecnológicas, anda esquivando con los imperativos éticos y otras exigencias morales. El debate entre la ética y el socialismo no ha hecho más que empezar. Y la recopilación de textos que ofrece Virgilio Zapatero, bien precedidos de una fundada introducción al tema, constituyen un

válido y sugestivo punto de arranque.

* *Socialismo y ética. Textos para un debate.* VIRGILIO ZAPATERO, Editorial Pluma y Debate. Colombia-Madrid, 1980.

DESPUES DEL SOCIALISMO

Felip Lorda

Una traducción libre, mas no por ello menos exacta, del título del libro de Alain Touraine¹, es *el socialismo que se sobrevive a sí mismo*, con toda la carga de descalificación que la frase implica. Por cierto, que en el mismo año de 1980 otro gran observador y analista de la vida social, André Gorz, subtitulaba su ensayo *Adieux au prolétariat*² con una frase, *Au delà du socialisme*, que viene a decir lo mismo: algo así como la supervivencia escatológica, ultraterrena o ultrahistórica del socialismo, o sea, el socialismo ya sólo pertenece a las desvanecidas efemérides de la historia³.

En el caso de Touraine, que va a ser objeto de nuestra especial atención, nos confirma esta interpretación la lectura de su texto del cual se infiere, en efecto, que, aún expurgando la palabra socialismo de todas las adherencias que ha ido acumulando desde que se utilizó por primera vez en el siglo XIX y que la han convertido en vehículo de una acepción ambigua, cuando no contradictoria; aún ajustando la acepción al concep-

to que han mantenido las formaciones políticas que han permanecido adictas a la II Internacional, por mucho que en el ínterin ésta haya evolucionado, es decir, el concepto que responde al conjunto de teorías, análisis y prácticas que se engloban bajo la expresión de *socialismo democrático*, en oposición al autoritario, y que entre nosotros ha inspirado *slogans* «redundantes» tales como *Socialismo es libertad*; aún en este caso, el texto de Touraine anuncia insistentemente que la palabra ha quedado totalmente «desgastada» o «pervertida» y que, en consecuencia, «deja un vacío que hay que colmar lo antes posible»; hay que sustituirla. No por la palabra en sí, claro está, eso sería lo de menos, sino por lo que ha significado y lo que ahora significa y, sobre todo, lo que ha dejado de significar. Lo cual induce al autor a proclamar con lapidaria contundencia: «el socialismo está muerto».

Es ésta una conclusión que a los socialistas de toda la vida primero nos produce sobresalto y recelo, luego nos invade de melancolía y, por último, leídas con atención y sin anteojeas las razones de Touraine, nos instiga a someter a revisión nuestros postulados. Y esto último porque nos consideramos socialistas consecuentes, por más que, aceptando el dictamen del autor, «nos sobrevivamos a nosotros mismos», dado que una de las más claras patentes del buen socialista que hemos intentado ser, una de las irrenunciables enseñanzas que nos queda de nuestra adscripción al socialismo, es la de no hacer dejación jamás del sentido crítico. Esta premisa intelectual y la disposición ética

y la voluntad de transformar la sociedad actual, manifiestamente injusta, en otra en la que el ser humano, sin acepción de personas o grupos, se sienta más cómodo, más libre, con las posibilidades máximas de desplegar su personalidad, sin que nada de ello signifique renuncia o sacrificio de lo que en tal sentido se tiene ya adquirido, definen los propósitos del socialismo tal como lo vienen entendiendo todavía en Europa los partidos políticos llamados simplemente socialistas. En este sentido esencial, teleológico también, Touraine, que asume la trayectoria histórica del socialismo —«la mejor expresión del movimiento obrero en la sociedad industrial capitalista»—, está de acuerdo con nosotros. Lo que le preocupa es que, en su opinión, que fundamenta con rigor a lo largo del libro, las organizaciones socialistas ya no están dotadas de teorías ni se entregan a una praxis que, dadas las circunstancias del mundo actual —*advenimiento de la sociedad programada*—, conduzcan a la consecución de esa finalidad; que, por supuesto, apresurémonos a añadirlo, no es tampoco, sino casi todo lo contrario, la que ha alcanzado el llamado *socialismo real*, en que la palabra *real* no significa *verdadero*, *auténtico*, sino *existente*, el socialismo que hay: ved todo lo que ha podido dar de sí el socialismo.

Touraine, aunque tiende siempre a la generalización, no deja de atenerse a menudo, en sus consideraciones, a aspectos concretos de la experiencia francesa reciente, a la cual aplica una óptica inducida del contexto general de la izquierda de ascendencia marxista. Así, en

septiembre de 1977, estos partidos de izquierda del país vecino no supieron traducir su discurso en hecho, lo cual en las elecciones presidenciales de abril-mayo de 1981 ha dado lugar a una acentuada divergencia de los mismos. En cuanto a las elecciones cantonales de 1976 y a las municipales de 1977, el PC y el PS, asociados y, por lo mismo, vencedores, en el momento de llegar al poder han demostrado tener más miedo del aliado que del adversario. La opinión pública, que es crítica, pero no apática, puesto que «la reflexión política no consiste en elaborar ideas, sino en reconocer hechos y analizar opiniones, opciones y acciones», ha presenciado el fenómeno con decepción y desencanto, ya reiterados, conducentes a un escepticismo definitivo. Y es que nuestra sociedad «no está ya animada por las relaciones, los movimientos, las ideas y los intereses sociales propios de la época en que nació y creció el socialismo», por lo que los partidos llamados socialistas, socialdemócratas y comunistas «se han convertido en coaliciones políticas defensivas y, cada vez más, en agentes del fortalecimiento del Estado», el cual retiene lo esencial del poder económico.

Este Estado, que comparte con la empresa privada la propiedad de los medios de producción, no ofrece solución alguna a quienes aspiran a establecer una convivencia igualitaria con un nivel cada vez más elevado de la calidad de la vida, tanto si lo regentan las derechas como las izquierdas, porque la propiedad sin más de los medios de producción no tiene por qué modificar las relaciones de clase ni las

condiciones básicas de la convivencia. Está, en general, bajo el dominio ya secular de la burguesía, ha ido mejorando, al menos en apariencia, al socaire del progreso tecnológico, que ha redundado en aumento creciente de la productividad, lo cual ha permitido extender mucho el consumo y homogeneizarlo.

En lo tocante especialmente a los trabajadores, éstos han ido mejorando sus condiciones materiales de vida gracias a que, a través de sus organizaciones sindicales, han ejercido su acción, no sobre los modos de producción o la propiedad de los mismos, sino directamente sobre las relaciones de trabajo; su instrumento, en última instancia, ha sido la huelga económica. La huelga política, orientada a forzar el cambio de las estructuras de la sociedad, aparte de que en rarísimas ocasiones ha tenido éxito, ha sido la excepción de la regla. De ahí que haya sido la socialdemocracia la que, en definitiva, se haya ido apuntando más tanto en la consecución práctica de las reivindicaciones obreras, puesto que esta modalidad de socialismo, tan denostada desde las posiciones radicales de la izquierda marxista, «ha dado prioridad a la modificación de las relaciones de trabajo sobre el cambio de propiedad de las empresas», sean éstas privadas o del Estado. Claro está que ello ha contribuido, inevitablemente, a mantener incólume el sistema. Con lo que, ante la necesidad, cada vez más sentida, de avanzar hacia una sociedad que asegure una mejor convivencia, libre de los estigmas del sistema capitalista, tampoco la socialdemocracia escapa a esa supervivencia de sí mis-

ma en que Touraine engloba a las formaciones políticas puestas bajo el denominador común del socialismo. Así pues, ni el asalto del Estado, a que aspiran los socialistas y comunistas revolucionarios, ni la participación creciente de los trabajadores en las ventajas del desarrollo económico y técnico que se ha estado realizando bajo los auspicios de la sociedad industrial capitalista, pueden ya traer remedio a nuestros males, a lo que en el mundo de hoy el hombre y la mujer de carne y hueso experimentan como males. Lo cual indica que la lucha de clases, tal como se tenía prevista y explicada, no ha alcanzado los objetivos asignados ni ha conservado la índole ni la misión (histórica) que se le han venido atribuyendo. No se ha producido el cambio revolucionario anhelado y, del cambio histórico que ha tenido lugar, no ha sido el proletariado, palabra caída ya en desuso, el agente único. El determinismo de la concepción materialista de la historia no ha funcionado hasta sus últimas consecuencias que eran, en cuanto al cambio, las eficientes. Y ya hoy es demasiado tarde: las cosas se plantean de muy distinta manera.

Es lo primero que hay que advertir: darnos cuenta de que el socialismo en sus diversas modalidades es lo que el viento de la historia se llevó con la sociedad mercantil y la industria. En sustitución y superación de estas dos sociedades sucesivas correspondientes a las dos primeras fases de la implantación y desarrollo del sistema capitalista, se está formando ante nuestros ojos, a un ritmo muy vivo, «la sociedad programada». Ella ha de ser ahora el tema de

análisis y el campo de operaciones de nuestra acción: «el crecimiento y la elevación del nivel de vida, el debate nuclear, la difusión de la informática, las perspectivas abiertas por la ingeniería genética, la transformación de los ciudadanos médicos y, por tanto, nuestras relaciones con la enfermedad y la muerte, la transformación del trabajo y de las relaciones de trabajo, etc., nos recuerdan vivamente que nuestra sociedad se enfrenta de nuevo, y más directamente que nunca, con los instrumentos y con los productos de su poder y de su saber».

En este enfrentamiento la tensión dialéctica no sitúa ya en uno de sus polos a las formas nuevas del movimiento obrero o de los partidos socialistas. Las luchas sociales que ello desencadena tienen otros protagonistas: los movimientos que brotan directamente de la realidad económico-social y ambiental, como son «el mayo francés, las contestaciones contra las guerras coloniales y contra las instalaciones de la fisión nuclear, las protestas contra el paro, el asociacionismo ciudadano de toda índole, los sindicatos, la agitación feminista y gay, los ecologistas, la juventud, la revuelta contra el centralismo estatal, la objeción de conciencia», etc., que los partidos de izquierda ven a veces con buenos ojos, otras con invencible recelo, pero que en cualquier caso no están en condiciones de asimilar plenamente, porque estos movimientos adoptan siempre las naturales posturas radicales que emanan directamente de la ingrata experiencia real, radicalismo que los partidos políticos «establecidos» no pueden hacer suyo sin condenarse a

la marginación, dado el apresamiento de los mismos en el cepo de la democracia formal tendido por la burguesía capitalista.

Sin embargo, «hay que recobrar la principal inspiración del marxismo más allá de su existencia histórica; o sea, que las sociedades se produzcan por sí mismas a través de las luchas sociales por el control de los medios materiales, intelectuales y morales de esta producción». Los cauces de ello, según Touraine, no pueden ser ya los partidos políticos tal como los conocemos, porque el entramado organizativo y funcionamiento de los mismos responden, lo hemos visto, a teorías, modos de análisis y prácticas que no reflejan la realidad actual, la realidad de la sociedad programada.

En esta sociedad la acción obrera, que se sitúa a nivel de la organización del trabajo, es incapaz de alterar, no digamos ya transformar, las estructuras del sistema en que la misma se asienta, porque es a un nivel superior, el de la creación de productos y de la información, en el que se reproducen y fraguan tales estructuras. «Sólo la acción de las clases populares, que se han de definir con más precisión», pero que en todo caso exceden en mucho a la que venimos entendiendo por clase obrera, trabajadora o asalariada, «desborda el dominio de la organización del trabajo para elevarse al nivel de los objetivos de producción y oponerse, por consiguiente, al conjunto del sistema económico y social».

De momento, estas clases populares se manifiestan en los movimientos citados anteriormente. Son, según Touraine, las que en la so-

iedad programada poseen el potencial revolucionario, cuya energía y despliegue la izquierda organizada no debe entorpecer o bloquear.

Tales son, en síntesis, los razonamientos y proposiciones que nos ofrece Alain Touraine. Su análisis crítico, a partir de un planteamiento preliminar mediante el que descarta la vigencia de cuantos movimientos mantienen, expresa o tácitamente, la apelación de socialistas, se despliega en cuatro partes (*El fin del socialismo, La gran duda, Nacimiento de una sociedad y Retorno a la democracia*), cada una subdividida en dos o tres capítulos, y culmina en una veintena de páginas, bajo el epígrafe de *Réveil*, en que resume sus conclusiones y apunta sus sugerencias. La estructura y exposición de la obra obedecen a la mejor factura francesa, perfectamente cartesiana: ideas claras y distintas, trabazón lógica, razonamientos sólidos.

En suma, diríase que el estudioso francés, muy ducho en este tipo de trabajos desde que en 1955 publicó su informe, estrechamente ceñido al dato real, sobre *La evolución del trabajo obrero en las fábricas Renault*, diríase, repito, que invita a los partidos políticos de la izquierda de inspiración marxista a hacerse el *hara-kiri*, precisamente para que su supervivencia no impida alcanzar los fines que ellos mismos vienen proclamando desde el siglo pasado, «porque el socialismo es un modelo político al que la izquierda viene refiriéndose, pero que la paraliza más que la inspira».

A buen seguro que no es necesario, ni siquiera conveniente o posible —la inercia

de la historia no permite brusquedades— seguir el consejo de Touraine al pie de la letra y depositar los despojos del partido a los pies de la triunfante sociedad programada⁴, lo cual no debe impedirnos que le escuchemos atentamente; ni tampoco impedirá que, al hacerlo, descubramos que sus reflexiones sintonizan a menudo con las que nosotros mismos veníamos haciéndonos. Porque, ¿a qué otra cosa responde, si no, la insistencia en la necesidad de penetrar en el tejido social que se viene registrando desde hace algún tiempo en los círculos de los partidos de izquierda? ¿O el encargo que Juan A. Barragán dejó a las J.J.SS., en ocasión de su último congreso, consistente en que éstas se permeabilicen a movimientos como los citados más arriba, exponentes en la actualidad, como dice Touraine, de las luchas sociales? O ¿a qué viene el abandono de los partidos para incorporarse a *clubs de opinión?*, etc.

En todo caso, el mensaje de Alain Touraine no deja lugar a dudas: o los partidos políticos que surgieron como lógica antítesis de la sociedad industrial se renuevan o readaptan conforme a la nueva sociedad programada, constituyéndose en la lógica antítesis de ésta, o los barrerá la historia por haber perdido su razón de ser.

¹ *L'Après Socialisme*, Alain Touraine. Bernard Grasset. París, 1980.

² Ed. Galilée. París.

³ José Vidal-Beneyto («El País», 25-IV-81) ofrece un repertorio, breve aunque esencial, de obras y autores que coinciden con Touraine y Gorz en su actitud severamente crítica frente a los partidos de izquierda y a la estructura y funcionamiento de la democracia formal: Serge Christophe Kolm (*Les élections sont-elles la démocratie*), Gianfranco Pasquino (*Crisi dei partiti e governabilità*), Phi-

lippe Braud (*Le suffrage universel contre la démocratie*), Rawls, Julliard, Viveret, Rosavallon y otros.

⁴ Véase, en confirmación y substantiación de lo que aquí se apunta, el artículo de Antonio Papell *Los clubs políticos y la democracia vertebrada*, aparecido el 7-VI-81 en «El País».

LA REBELDIA ANTIPOLITICA

Antonio
Santesmases

Ética y Política

El intelectual, el pensador, el filósofo, el ensayista, el escritor puede optar por ser, por cumplir una u otra función, por aceptar o desdenar distintas posibilidades. No estaba escrito que Fernando Savater, que el Fernando Savater de *Nihilismo y Acción*, de la *Filosofía Tachada*, de la *Apología del Sofista*, que el Fernando Savater de la tesis doctoral sobre Cioran deparara, hoy por hoy, en el Savater de *Impersistencias y desafíos**.

En esta obra Savater ofrece breves piezas combativas que vienen a reunir intervenciones concretas, precisas, lúcidas en el campo de lo político, de lo metapolítico, de lo antipolítico. ¿Por qué optar por insertarse en un terreno espinoso, laberíntico, coyuntural, peligroso? ¿Por qué preferir el ensayo de crítica, de denuncia al sistema, al tratado omnicomprendido, al gran edificio totalitario?

En uno de los congresos de filósofos jóvenes de la época de la dictadura, el profesor Gustavo Bueno nos

animaba a constituir el nuevo poder espiritual de la nueva sociedad, nos incitaba desde la filosofía materialista a ser los nuevos teólogos, a reivindicar la seriedad del taller de las Ideas frente a los devaneos subjetivos del ensayista, del *intelectual* que firmaba *manifiestos*, del pensador de lo momentáneo incapaz de ascender a las auras de lo universal. Por aquel entonces Savater reivindicaba no sólo el papel del hereje, del heterodoxo, del disidente frente al teólogo, al racionalizador del sistema, al legitimador de la imposición y coacción universales... también defendía el papel de la *metafísica* como saber de lo inenseñable, el goze literario, la exploración y recuperación de la infancia, todo ello frente a las tradiciones neopositivista y materialista.

Este conjunto de escritos nos remiten al Savater escéptico, que ha sabido guardar y mantener las dudas, que ha sabido percibir las resonancias del tiempo, él que ha escrito tanto contra el tiempo y la historia.

¿Por qué interesarse en intervenir en el campo de lo político? ¿Por qué no preferir no leer ni escribir en los periódicos (Cioran, Nietzsche)? Savater es hoy, a mi juicio, el prototipo del *intelectual* como figura crítico-moral, frente al intelectual refugiado en la asepsia académica, o el burócrata comprometido en la racionalización político-partidaria. Los temas, las ocasiones, las oportunidades, las coyunturas, los espacios, las instituciones que Savater va tratando, demoliendo, poniendo en cuestión, son una muestra palpable de una conciencia ética que todavía no está dis-

puesta a sucumbir ante el horror, ante la brutalidad de lo establecido, que todavía no quiere ser cómplice del espanto.

Frente a la *nueva derecha* y a la *vieja izquierda*, el discurso moral de Savater flota entre la conciencia ilustrada y la antropología libertaria. En un país de tradición oscurantista, clerical, militarista, uniformizadora, inquisitorial, la escritura de Savater ha implicado una excepción importante ante la complacencia, el olvido, la minusvaloración, la paquidérmica sensibilidad de nuestra clase política.

¿Pero desde dónde se puede realizar una intervención ética en el campo de lo político? La pregunta no es sólo por qué realizarla, por qué desear intervenir, actuar, opinar, criticar. Por qué preferir el ensayo al sistema, el periódico a la academia, la publicidad a la soledad, la individualidad subjetiva a la palabra colectivo-organizativa.

Más interesante, inclusive, es intentar vislumbrar desde dónde el antiguo sofista puede indignarse éticamente, desde dónde puede el filósofo nihilista dar pautas de conducta intencionadas, deseadas, voluntarias a la acción.

El ateísmo político

Desde luego no desde el marxismo. Para Savater el marxismo ni como corpus científico, ni como método aplicable a determinados campos como la antropología, ni como economista reducción del espacio e importancia de lo político, de lo estatal, del poder separado, es válido. En la teoría marxista, y no en el

leninismo ni en el estalinismo, existe la posibilidad de fundar teóricamente el horror del comunismo autoritario. Entre las raíces de la dictadura y del totalitarismo por un lado, y el entreguismo colaboracionista, complaciente, presto a los pequeños parches por otro, el marxismo, el de las burocracias totalitarias y el de los partidos reproductores de lo mismo, ha muerto. Si existe otro marxismo posible, distinto, diferente, vivo, crítico, renovado, etc., es, a lo sumo, nuestro problema, no el de Savater.

No fundando, pues, la intervención ética ni en el marxismo científico ni en el político, no refugiándose en la academia, no posponiendo y cerrando los ojos ante lo coyuntural, a la espera de la obra magna, del discurso omnicompreensivo y universal... a Savater le quedan otras pistas, otros símbolos que poder utilizar.

Juan Jacobo Rousseau como primer gran pensador de la democracia plena, como primer gran crítico, no sólo de la tradición cristiano-absolutista, sino también de todas las alienaciones que el poder estatal impone al hombre... y Pierre Clastres como precursor de una antropología que, más allá de los reduccionismos economicistas, logre enfrentarse al tema de las instituciones coercitivas, de la génesis del poder político. Dos símbolos para tratar de criticar radicalmente la jerarquización, la burocracia piramidal, la verticalidad, la división entre dirigentes y dirigidos, la uniformidad, la centralización, el absolutismo doctrinal, el monopolio de las decisiones, de los deseos y los intereses... criticar, no desde la nostalgia del

paraíso perdido, no con la esperanza del futuro mejor, ni siquiera con el consuelo lúcido, pesimista, de nuestra época como el peor de los mundos posibles.

Yo aquí discreparía de Savater. Me vuelve a ocurrir, como ya viví con el *Panfleto contra el todo*, que prefiero al Savater espeluznante, molesto, intempestivo, que al Savater sistemático. Al hablar de la crisis en uno de los ensayos más largos del libro, muestra la cantidad inmensa de términos, de realidades, de acepciones, de situaciones que parecen estar en una crisis radical: el teatro, el cine, la literatura, el psicoanálisis, el marxismo, la izquierda... efectivamente todo parece estar en crisis, menos el propio concepto de crisis.

Sin embargo, pienso que la razón por la cual la resolución de la actual crisis es vista de una manera pesimista (aunque ser un buen pesimista es más difícil que ser un buen obispo, y Savater no haya encontrado más que uno en toda su vida) se cifra en que las esperanzas de quiebra, de salida, de ruptura, de incitación al cambio van siendo progresivamente diluidas. Quizás quien nunca creyó en esa nueva forma de la providencia, que según él vienen a representar ciertas tesis del materialismo histórico, no vivirá con la misma desazón la imagen que la actual salida de la crisis económica (la vuelta al capitalismo salvaje, la militarización, la restricción de las libertades, el neoconfesionalismo) está implicando.

La diferencia está, quizás, en no haber esperado ya nada, antes de los hechos, de los distintos cómplices del espanto. Pero cuando se con-

sidera que el cambio social es inviable sin resistencias organizadas y no sólo marginales, el constatar una vez más la reproducción de lo mismo, el vivenciar la inexistencia de salidas no puede sino alimentar un pesimismo civilizatorio muy distinto al optimismo revolucionario del XIX, o al de la década de los veinte de nuestro presente siglo.

El conflicto con las instituciones

Por eso, cuando ya no quedan verdades inquebrantables ni sublimes ideales, ni caminos únicos y justos, al menos la indignación ética de Savater, aunque solitaria, subjetiva, individual, irrepetible, permitida por los medios de comunicación como la excepción que permite la regla, como la genialidad con la que hay que ser comprensivos, como la dimensión con la que hay que ser permisivos y prudentes, esa indignación ha sido un consuelo en estos cinco años de transición política. Por ello, leer hoy esa crónica anti-política remite inexorablemente al artículo que no aparece, que tuvo que ser escrito después de soportar la osadía clerical y la tortura carcelaria, la reproducción de la burocracia del conocimiento y las muertes estudiantiles... después nos esperaba la autoridad competente, la que no compite, la que sólo sabe mandar y sólo admite la obediencia.

Savater ha aparecido, en estos años de izquierda complaciente y silente, como uno de los pocos guerrilleros de los mil combates, de los combates para denunciar los malos tratos en la cárcel de Herrera de la

Mancha (una de las más claras llagas de la democracia) y las restricciones de la libertad de expresión. Para recordar los tiros que ponían fin al renacer del movimiento estudiantil, juntamente con los informes de Amnistía Internacional, que nos hablaban de lo que no se quería oír, sobre esas islas del diablo en que se han convertido las supuestas instituciones regenerativas de la supuesta sociedad abierta.

Para luchar por el pensamiento crítico, por la libertad de pensamiento, frente a los burócratas del conocimiento que soñaban y sueñan con el funcionariado y, sobre todo, en uno de sus artículos más memorables, con respecto a la *osadía clerical*. A la mezcla de oscurantismo y de oportunismo, de adocentamiento intelectual y de dogmatismo que ha caracterizado la historia de la institución eclesiástica como firme bastión de la reacción frente a la tolerancia, la pluralidad, la libertad, el laicismo. Es el liberalismo ilustrado de Savater el que se rebela contra el absolutismo y el autoritarismo inquisitorial, contra la pretensión de monopolizar las decisiones últimas y las penúltimas, frente a la soledad trágica y a la inestabilidad propias de lo humano.

Cuando criticamos los límites de la modernidad nunca sabemos si tal análisis puede aplicarse a España donde, como dice Savater, siempre acaban apareciendo los bárbaros con sus rebuznos, sus pistolas, sus valores. Ante ellos sólo cabe, como nos recuerda Savater en el artículo post-libro, fundarse y afianzar la fuerza de la libertad. Sólo cabe poner el cuello o plantar cara. El Parlamento, recuerda Sava-

ter, ha coagulado la iniciativa cívica del país, ha perdido el nexo con las fuerzas sociales que le dan sentido, que le constituyen.

Es todavía tiempo, antes de que sea demasiado tarde, añadimos nosotros, para recuperar esa conciencia cívica, para recordar que a la autoridad competente y a la osadía clerical sólo se les puede combatir con una sociedad capaz de autoinstituirse, de expresarse, de comunicarse, de criticar, discrepar, no sólo de nuestros viejos demonios familiares, sino de la nueva derecha y de la vieja izquierda, de la complacencia, del olvido inmisericorde, de la sensibilidad paquidérmica no sólo de nuestra clase política. Ojalá sirva esta crónica antipolítica, este conjunto de divagaciones, de intervenciones, de desafíos, de apariciones intempestivas, de impertinencias buscadas, para lograr tal empeño, que no es otro que el de asentar la fuerza de la libertad.

* *Impertinencias y Desafíos*. Fernando Savater. Ed. Legasa, Madrid, 1981.

LA ENERGIA NUCLEAR A DEBATE

José F. Noriega

*La Crisis Nuclear. Una alternativa socialista** es un libro fundamentalmente político, que sirve para poner en tela de juicio el problema energético desde una perspectiva social y ecológica, y también desde una perspectiva fundamentalmente eco-

nómica, denunciando los enormes intereses creados que mueven el tema y que, a la vez, nos hacen creer que el descubrimiento de nuevas tecnologías, energías y hasta de leyes científicas, *implican* inevitablemente una lógica en su utilización. A lo largo de su lectura se nos va haciendo evidente que el proceso técnico-científico debe encontrar necesariamente sus límites en los recursos que son, en cualquier caso, necesarios para la supervivencia de la especie humana; o sea, los naturales (que, por otro lado, son los menos costosos generalmente).

Este libro de la *Federación de Energía de la UGT* plantea el fenómeno de la conciencia ecológica desde una posición forzosamente de los trabajadores, no desde una postura minoritaria de ciencia-ficción ecologista, lo que le hace recoger firmemente la enorme preocupación que causan los problemas que tiene la clase trabajadora a la que pertenecen, siendo expuestos con la escala de valores que marca cómo los sufren. Así, una premisa clara se mantiene constantemente; y es que en un momento en que millones de trabajadores del mundo están en el paro, la defensa de una alternativa energética que plantee una contradicción entre la economía, de un lado, y las preocupaciones ambientales, energéticas y sociales, de otro, con la posibilidad de agravación de los problemas económicos ya existentes, sería un grave error que conduciría a la separación de las reivindicaciones de los trabajadores de los temas ecológicos (dado el chantaje económico que ejerce constantemente una sociedad capitalista sobre

su supervivencia). Lo cual conllevaría, de forma inmediata, a la implantación de planes energéticos donde primaría, sobre cualquier coste, la maximización de los beneficios de las empresas —multinacionales— que posean la tecnología adecuada para el desarrollo de dichos planes.

Queda también muy claro que esta preocupación por el paro no les impide sentir y denunciar cómo el capitalismo ha encarcelado al hombre en ciudades y formas de vida inhabitables e indignas para su capacidad creativa y condición humana. Llegando incluso a plantear, en el capítulo cinco, que «la actitud más conveniente de los trabajadores de todo el mundo ante la Energía Nuclear debe incluirse en el marco de una respuesta global ante las empresas multinacionales y las potencias imperialistas».

Este magnífico libro, sin ser un manual de respuestas, sí responde claramente al qué se puede hacer, que muchos nos planteamos frente a la masiva avalancha de datos, muchas veces contradictorios, que podemos encontrar diariamente hasta en la prensa. En este camino se denuncia, primero, unos medios de comunicación hábilmente dirigidos que han contribuido a hacer pensar al ciudadano que el problema de la energía nuclear y, por tanto, de sus alternativas, es algo irremediable (en el peor de los casos, un mal menor), sobre lo que no podemos incidir so pena de *hundirnos en la prehistoria*.

Posteriormente, al plantear que España necesita otro plan energético, ofrecen uno *alternativo y socialista*. Este no sólo lo sustentan desde

un punto de vista político de cambio social, sino también desde el plano económico tan traído y llevado con esto de la crisis. Y así nos demostrará la inviabilidad de nuestro Plan Energético Nacional, entre otras cosas porque «las reservas nacionales seguras de uranio explotable a un coste admisible no alcanzan con realismo ni para atender al 20 por 100 de las necesidades previstas en las centrales nucleares que se están construyendo».

Nada mejor para terminar estas notas de saludo a un buen trabajo de la Federación de Energía de la UGT que transcribir unas palabras que finalizan el libro objeto del comentario:

«Al margen de este decidido rechazo de la energía nuclear por razones económicas, que no debe tener más límites que los que imponga la capacidad española de potenciar ordenadamente otras alternativas en el menor plazo posible, es preciso afrontar también otro grave problema más inmediato y apremiante: la nuclearización de España se está realizando de una forma caótica y comprometida, a impulsos de intereses particulares muchas veces irresponsables y sin control suficiente.»

Esta inquietante afirmación nos hace plantearnos una urgente pregunta: ¿en manos de quién debe estar el control de la energía nuclear? Se hace imprescindible, como asegura Alfonso Guerra en el prólogo, escrito durante la noche del 23 de febrero en el Congreso de los Diputados, ocupado por los golpistas, que «a los estudios» tecnológicamente orientados «que realizan y difunden las grandes empresas multinacionales, hay que oponer los análisis de los sindicatos, o sea, las in-

vestigaciones de futuro de los trabajadores con su orientación humana».

* *La Crisis Nuclear. Una alternativa socialista para España*. Federación de Energía UGT-ICEF. H. Blume Ediciones. Madrid, 1981.

LO ABSURDO Y LO TRAGICO EN LA NUEVA NOVELA DE GARCIA MARQUEZ

Víctor Claudín

En 1975 García Márquez publicaba *El otoño del patriarca*, obra que iba a ser la que marcara el final de una etapa y el inicio de una pausa de seis años que se rompe precisamente en abril de 1981. Paréntesis cuya justificación se sitúa en la actitud política de Márquez alineada en la lucha de los pueblos de la América Latina por su libertad e independencia. Aquella novela se distanciaba del fascinante universo de Macondo y se revelaba como una de las grandes fábulas americanas sobre la usurpación del poder y el abuso político, en la línea de otras grandes obras como *El Señor Presidente* de Asturias o *Yo, el Supremo*, de Roa Bastos.

Ahora aparece *Crónica de una muerte anunciada*,* con una tirada inicial de un millón de ejemplares. Rara vez el título de una novela recoge tan explícitamente su contenido como en este caso. Según ha contado Márquez, se trata de un asesinato real ocurrido en un pueblo de Colombia, estando muy cerca de los protagonistas del drama él mismo cuando aún no había publicado su primera

novela. El se dio cuenta de que tenía un material muy valioso, pero su madre le pidió que no escribiera el libro mientras algunos de los protagonistas estuvieran vivos. Lo ha hecho al fin —sin evitar que en el pueblo real nada más conocerse el contenido del libro se hayan puesto al autor algunas denuncias—, utilizando una técnica de reportaje, no permaneciendo del triste acontecimiento y de sus protagonistas, sino el punto de partida, la estructura.

En un principio la anécdota puede considerarse incluso vulgar, utilizada en otras oportunidades bajo estructuras folletinescas, es una historia clásica, nada original: recién casada. Angela Vicario, es devuelta por su marido la noche de bodas cuando descubre que ella no es virgen; los hermanos Vicario vengan la mancha del honor familiar asesinando brutalmente al que suponen por delación de la mujer el causante de la desdicha, Santiago Nasar, con el beneplácito del resto de la comunidad.

Pero la maravilla de esta novela, inmersa de lleno en el peculiar mundo marqueziano, es ver cómo el interés argumental se crece, atrapándonos, gracias a su original estructura y su controlada expresividad narrativa que nunca se pierde en tonos sensibleros. Lo sorprendente es el cómo García Márquez desmenuza la acción y los recovecos psicológicos y ambientales que la conforman, manteniendo la atención del lector sin siquiera el descenso del interés en una sola frase. Incluso cuando el desenlace se sabe desde las primeras líneas de un relato pulido de todo tipo de barroquismo superfluo.

Más allá de esa anécdota, vamos descubriendo toda una serie de elementos y datos, que completan la circunstancia fabulada, confiéndole su naturaleza absurda y trágica.

Por una parte, la continua advertencia que periódicamente el narrador —un testigo más, convertido en investigador de los hechos con el paso del tiempo— nos hace del deseo de los asesinos por no cumplir con el terrible deber impuesto por su propio sentido del honor, que es el sentido del honor de las otras gentes con las que conviven socialmente. Los dos hermanos no hacen sino proclamar lo que tienen intención de llevar a término, se muestran impudicamente con sus cuchillos de carnicero con los que pretenden cumplir su cometido, dejan pasar el tiempo al que suponen a favor de Santiago, dándose una última oportunidad para que sea avisado de su destino y pueda evitarlo, cambiando a la vez el curso del de sus asesinos.

«...Sin embargo, la realidad parecía ser que los hermanos Vicario no hicieron nada de lo que convenía para matar a Santiago Nasar de inmediato y sin espectáculo público, sino que hicieron mucho más de lo que era imaginable para que alguien les impidiera matarlo, y no lo consiguieron».

«Nunca hubo una muerte más anunciada... Los hermanos Vicario les habían contado sus propósitos a más de doce personas que fueran a comprar leche, y éstas los habían divulgado por todas partes antes de las seis... mientras pasaban clientes fingidos comprando leche sin necesidad y preguntando por cosas de comer que no

existían, con la intención de ver si era cierto que estaban esperando a Santiago Nasar para matarlo... En realidad, mi hermana Margot era una de las pocas personas que todavía ignoraban que lo iban a matar».

También, como aportación independiente, ese fatalismo que hace inútil todo intento por salvar la vida de la víctima. «La fatalidad nos hace invisibles», incluyendo bajo su influjo determinista el cierre de la puerta de su casa por obra de su madre, condenándole definitivamente en el último instante en lugar de conseguir su salvación, al creer que su hijo ha entrado ya.

«Estaba pasando la tranca cuando oyó los gritos de Santiago Nasar, y oyó los puñetazos de terror en la puerta, pero creyó que él estaba arriba... Santiago Nasar necesitaba apenas unos segundos para entrar cuando se cerró la puerta. Alcanzó a golpear varias veces con los puños, y en seguida se volvió para enfrentarse a manos limpias con sus enemigos».

«Entonces ambos siguieron acuchillándolo contra la puerta, con golpes alternos y fáciles, flotando en el remanso deslumbrante que encontraron del otro lado del miedo. No oyeron los gritos del pueblo entero espantado de su propio crimen. "Me sentía como cuando uno va corriendo en un caballo", declaró Pablo Vicario. Pero ambos despertaron de pronto a la realidad, porque estaban exhaustos, y sin embargo les parecía que Santiago Nasar no se iba a derrumbar nunca».

Y, tal vez por último, la pasividad neutra, indecisa y amorfa, de los testigos que

no son capaces de oponerse al inminente desenlace, de todo un pueblo que es consciente de la intención homicida pero que permanece inerme, atado por sus propias convicciones anquilosadas, encerrado en sus viejas leyes morales no superadas por culpa del miedo a la razón. Una sociedad convertida en protagonista por derecho propio, que ya lo es cuando se hace toda ella invitar progresivamente a las fiestas de una boda que tendrá tan trágico final.

Es precisamente la clave que ofrece este último elemento a la visión global de la narración, lo más importante de la historia según nos la cuenta García Márquez. Porque el objetivo principal del autor es mostrarnos la criminal inhibición que es capaz de mostrar todo un pueblo ante

cualquier hecho injusto, como es ese frío asesinato del que casi todos se convierten en copartícipes.

«El abogado sustentó la tesis del homicidio en legítima defensa del honor, que fue admitida por el tribunal de conciencia, y los gemelos declararon al final del juicio que hubieran vuelto a hacerlo mil veces por los mismos motivos...» En todo caso la gente les hubiera respaldado de nuevo.

Además de la duda que permanece ante la culpabilidad o inocencia de Santiago Nasar, perteneciente a la comunidad árabe de la población y que nunca conseguirá averiguarse.

Reconociendo en esta última obra los ecos del trabajo anterior del magnífico escritor colombiano, especial-

mente esa recreación un tanto mágica de la sociedad a la que pertenece, estamos de nuevo ante ese uso de lo terrible y de lo absurdo de la fatal vida humana como monotema a partir del que continúa elaborándose su creación genial.

En definitiva, la espera ha merecido la pena al conseguir esta novela perfectamente estructurada, sin paliativos que interfirieran la intención descarnada del autor y con una complejidad a la que es muy fácil acceder. Aunque sí que sea desproporcionado el montaje inicial con el que se ha lanzado el libro al mercado, creando entre el lector demasiadas expectativas que impidan saborear la pulcra sencillez de esta obra.

* *Crónica de una muerte anunciada*. G. García Márquez. Ed. Bruzguera, 1981.



OTRA VEZ EL "GUERNICA"

**Vicente
Aguilera Cerni**

Las agencias informativas han venido dando cuenta de las peripecias legalistas que demoran (con visos de ser inacabables) las gestiones en curso para la devolución a España del *Guernica* picasiano, y de los apuntes y bocetos preparatorios que en su día fueron a parar al Museo de Arte Moderno de Nueva York.

Como es bien sabido, está resultando inagotable el repertorio de los subterfugios y pretextos puestos en juego para demorar (o evitar, que a fin de cuentas de eso parece tratarse) la venida a España de lo que, nadie discute, constituye la más alta cima del arte moderno. Poniendo en juego una imaginación que no vacilaré en calificar de portentosa, el último invento dilatorio tiene como

base la oposición de algunos descendientes, según la fórmula jurídica francesa que atribuye a los herederos un *derecho moral* a la protección de la integridad y seguridad de las obras de arte. Un *derecho moral* que, en este caso, se ejerce alegando que en España todavía no se ha consolidado la democracia y que, por lo tanto, faltan las condiciones necesarias para garantizar la debida seguridad a la obra en litigio.

Naturalmente, este breve comentario está muy lejos de pretender tocar temas, argumentos y matices jurídicos, que para eso están las autoridades competentes, los títulos de propiedad, los diplomáticos y los asesores legales. En cambio, parece pertinente invocar otro linaje de consideraciones, ya que resulta sarcástico aducir derechos morales cuando se da por supuesta una situación de debilidad y provisoriedad de nuestro sistema democrático, con lo cual parece claro que el alegato se inscribe, como mínimo, en una línea de dolosa irresponsabilidad.

Tampoco nos detendremos en la jacarandosa polémica

desatada entre nosotros (vendiendo la piel del oso antes de cazarlo) sobre el destino final del *Guernica* en nuestros lares: que si el Museo del Prado, que si la Villa del Arbol Ancestral, que si el Museo Nacional de Arte Contemporáneo... Bizantina —por prematura— controversia, a cuyo atractivo tampoco nosotros podemos resistirnos, ya que la lógica, el respeto a los mandatos cronológicos y el respaldo a nuestra moderna cultura artística (a la que Picasso y su *Guernica* pertenecen de lleno) apuntan hacia el Museo de la Avenida de Juan de Herrera, cuya coherencia —que es preciso evidenciar para el potenciamiento de su valor didáctico e informativo— quedaría irremediablemente mutilada si se cediera al criterio de reservar el Prado para los diamantes más voluminosos, con claro menosprecio hacia la totalidad de los protagonistas de nuestra cultura moderna.

Pero el *Guernica* es mucho más que el cumplimiento de un contrato suscrito entre Pablo Picasso y el gobierno legítimo de la República española. Ni tan siquiera tiene fuerza decisoria el argumento según el cual la temática, la circunstancia y el lugar para el que fue realizado, determinarían el justo título moral de su propiedad, ya que Picasso desbordó con mucho tales límites.

Se ha dicho con acierto que el *Guernica* no es un cuadro de *historia*, ni la alegoría de un acontecimiento histórico, ni la denuncia concreta de un crimen específico (por muy la cerante y motivadora que fuera su consumación). De un modo u otro, esas bien intencionadas —y por otra parte verídicas— interpreta-

ciones mutilan de algún modo su dimensión. Obviamente —Argan lo ha señalado con claridad—, no es lo mismo que Picasso pintara un cuadro *de* historia o que, pintando un cuadro, *hiciera* historia.

¿De qué modo puede decirse que el *Guernica* es historia? ¿Por qué es dable afirmar que no se trata meramente de la descripción de un hecho o de la presentación del *resultado* de un proceso? De haber hecho eso, Picasso se hubiera colocado, en cierto modo, *fuera* de un acontecimiento que exigía, no sólo el más hondo compromiso de la conciencia, sino la decisión de ponerla íntegramente en juego, situando la totalidad de sus recursos artísticos y de sus capacidades en un claro vector de una alternativa dialéctica. Estaba la vida y estaba la muerte. Estaba la tradición y estaba la innovación. Estaba lo humano y estaba lo inhumano. Estaba la civilización y estaba la barbarie. Por tanto, al emplazarse de lleno en una de las vertientes dialécticas que configuran el tiempo histórico, al impulsar la superación de sus contradicciones insertándose en el discurrir de unas tensiones inagotablemente renovadoras, Picasso —repetimos— más que hacer historia del arte hizo que el arte fuera historia. Lo cual no excluye en modo alguno la lectura artística de un cuadro que, estructuralmente, es una obra *clásica* por el juego de sus equilibrios, por el ritmo y el dinamismo de sus elementos, por el manejo del espacio en cuanto superficie y profundidad, por las formulaciones estilísticas y por las experiencias sintetizadas.

Lo que venimos diciendo

queda ratificado por el detalle de que el bombardeo y la destrucción de Guernica —según afirmaban las noticias del momento y han aceptado los historiadores— tuvieron lugar de día, mientras que algunos datos descriptivos del cuadro sitúan de noche el acontecimiento, tal como subraya Arnheim. Quiere esto decir, indudablemente, que Picasso no estaba haciendo una narración o expresando un juicio únicamente movido por la presencia dominante de un sentimiento, por muy impactante que fuera y por muy justificadas que estuvieran la indignación, la ira y la voluntad glorificadora de la tragedia. El pintor, sin eludir tales reacciones y propósitos, se había situado en otra dimensión. Ni tan siquiera le preocupaban demasiado las significaciones simbólicas de los elementos iconográficos. Cuando se le preguntaba por ello, la cosa parecía más bien incomodarle y respondía: «*El toro es un toro y el caballo es un caballo. Son animales sacrificados. ¡Y esto es todo en lo que a mí respecta!*»

Entonces, y en cierto modo por eliminación, lo que irradia desde el *Guernica* es el resplandor de una postura moral, de unas intuiciones que (por muy racionalizadas y estudiadas que estuvieran, según demuestran los abundantes bocetos preliminares y las rectificaciones hechas sobre la marcha en el proceso de la pintura) dejar bien visualizada toda una determinación. Una determinación inequívoca, diáfana, afirmativa: la del pueblo español que se debatía entre la vida y la muerte, entre la supervivencia y el aniquilamiento, entre las bombas incendiarias que quisieron reducir a cenizas el santuario de

las tradiciones vascas y el horizonte de esperanza iluminado por el propio resplandor de las llamas devastadoras.

Todo esto no podía ser sistematizado ni definido, precisamente porque pertenecía a la esfera de un derecho moral, el mismo que legitimaba a Picasso y a la resolución de hacer historia con su pintura en el contexto donde la lucha de los pueblos del mundo entero deslinda los respectivos territorios del bien y del mal.

De ahí que la alegación de un *derecho moral* impudicamente identificador de la actual democracia con la provisionalidad sea, en el fondo, la mayor agresión posible al propio Picasso y a la inspiración de su momento culminante.

Lo cual, sin duda, contará poco o nada a la hora de ingeniar nuevos pretextos para mantener lo que a todas luces es un expolio, aunque en verdad estemos todavía en período de consolidación de nuestras expectativas democráticas. Precisamente, el renovado motivo histórico por el que Picasso pintó el *Guernica* e hizo historia.

**HENRY MOORE
EL DESVAN
DE LA HISTORIA**

**Alberto Solsona
Diego Moya
Fernando Almela**

El haberse realizado la magna muestra de la obra de Moore nos trae a primer plano, no sabemos si inten-

cionadamente o no por sus organizadores, una polémica fundamental en el entendimiento, no sólo de este artista, inglés hasta la médula, sino acerca de cómo interpretar el arte y sus sucesos.

Ya se ha visto en algunos de los actos públicos, celebrados con motivo de esta exposición, cómo aún saltaban chispas entre unas y otras intervenciones, a pesar de que Moore tiene ya más de ochenta años y de que, según algunos, su obra más importante se desarrolló entre las dos décadas del treinta y del cincuenta.

Se veía claramente: para algunos es el escultor más importante de este siglo, para otros eso suena a penegórico oportunista y lo sitúan en una segunda fila. Hay también quien ve en el eclecticismo de Moore la fuente de muchos males, y a quien eso no le importa en absoluto; y no dejemos de lado los problemas de escala, pues incluso aquí también hemos oído decir que sus esculturas no poseen otra que la del pisapapeles.

Quizá el eje oculto de la polémica se sitúe, una vez más, en la incapacidad de acercarse al fenómeno artístico y desentrañarlo en sí mismo; existen muchos clichés que lo impiden, y el de *vanguardia o nada* es uno de ellos, que, visto desde los años ochenta, empieza a ser un enfoque, cuando menos, miope.

Precisamente Moore se encontró históricamente ante dos presiones fortísimas: la decadencia de la escultura frente a la pintura y la arquitectura, por un lado, y la presión iconoclasta de las Vanguardias, por otros. Y su elección es terrible: ni vanguardia, ni claudicación an-

te aquellos medios hegemónicos; hace escultura en el sentido más tradicional y comienza tallando (su modelo técnico es Miguel Ángel), y elige estereotipos estéticos del clasicismo: la escultura neolítica, egipcia, caldea, maya, etrusca... todo el almacén histórico del British Museum, es el foco de su atención. Pero hay que remarcar que dentro de todo este —se podría decir *inconsciente colectivo*— desván de la Historia, recoge las etapas clásicas, hieráticas, equilibradas, de cada cultura.

En su elección no cabe ni Amenofis III, ni Leonas Heridas, ni Hermes de Praxíteles y, menos aún, Antinoos o Perseos de Cellini; sino más bien, y ahí reside su fina intuición, las Venus de Willendorf o de Lespugue, el regusto por las ruinas de Persépolis y por las ciclópeas piedras de sacrificio de los atlantes, las figurillas de Quimbayas, cabezas de Amorgos y Kurois de Milos y, en fin, las cariátides y nuevas herencias con los esclavos de Miguel Ángel.

Efectivamente, y como reflexiona al respecto J. C. Argán, la actitud de Moore se define frente al *homo fáber*, imperante y hegemónico en nuestro siglo, yéndose para ello a buscar la realidad del *homo artífex*, insertándose así desde sus comienzos en la polémica desatada, hacía ya unas décadas, por Ruskin contra el industrialismo y la perfección mecánica, y eligiendo a cambio *lo trascendente*.

Contacta con los surrealistas, en la medida en que aportan conocimiento moderno a sus inquietudes hacia lo inconsciente y los arquetipos; pero no acepta su vertiente de juego intrascen-

dente para la actividad artística (los *objets trouvés*).

Todo su esfuerzo se dirige, en fin, a dotar a la materia de ese sentido primitivo y oscuro de *origen de los tiempos*, y lo hace desde su posición culta: identificando el arquetipo inconsciente de la figura humana con los estereotipos emanantes de las culturas antiguas, y todo ello sistemáticamente, con una obstinación semejante a la de sus esculturas.

Y al llegar a este punto es cuando comienzan a dispararse los interrogantes: ¿puro eclecticismo culto y hábil de lo clásico?, ¿intemporalidad predominante y arcaica por encima de todo, o más bien, superficialidad estetizante sobre un modelo seguro: lo clásico?, o, al revés, ¿lo clásico como excusa de otros y más ancestrales sentimientos?

Existe un tema en sus mejores esculturas que abunda en la ambigüedad de todo lo anterior, y que nos puede servir para esclarecer ese rosario de preguntas: el hueco. ¿Es éste un recurso de modernidad, de alguien que conoce evidentemente la escultura cubista (Archipenko, Lipchitz, etc.)? Bajo ese punto de vista, Moore iría efectivamente a la zaga de la vanguardia, pues sus artistas ya habían acometido el tema y con una década por lo menos de anticipación, aunque de muy distinta manera. No podemos olvidar que el hueco, para los cubistas, es el continuo fluir del espacio real e indiferenciado, a través de los planos constituyentes: hueco-transparencia, hueco-fondo y a veces forma, elemento del azar en el continuum del espacio y sus objetos.

Pero quien se acerque así al hueco en Moore, saldrá

decepcionado al no observar que lo que él pretende es atraparlo, igual que atrapa a la materia hacia su paradigma clásico, la figura, y lo modela en pos de la unicidad de la forma. De ahí sus continuos vaivenes, su discurrir un tanto cansino.

Es más, el hueco, como la forma, han de someterse a las leyes de la materia que él trabaja (talla o modelado), y, por ello, no se *escapa* de la estructura envolvente del todo, y queda así integrado.

Pero, ¿qué sucede realmente con su particular dialéctica hueco-macizo, que a pesar de todo nos atrae y nos hipnotiza? Para responder a esto no hay más que ir a las mismas claves del arquetipo que él maneja: ¿no son más bien regazos sus huecos, mitos cavernícolas de la madre protectora? Y así concluimos que la tensión que Moore crea está siempre causada, en primerísimo lugar, por su voluntad de trascender, en el terreno de lo profundo, y que cuando lo consigue nos deja pasmados, pues se advierte que aquellos huecos, vacíos y aberturas, no son pura investigación estética o sensual, sino la obstinación de llevar la materia, sin forzarla, hacia significados trascendentes desde un punto de vista humanístico, y dentro de lo humano, eterno, suprahistórico.

Y aquí, la recurrencia al ideal clásico vuelve una y otra vez, y aunque rompiendo las convenciones de su lenguaje tradicional, conser-

va su misma aspiración: lo intemporal.

Este hilo múltiple hilvana las diferentes épocas de su trabajo, y así salta de la materia densa, terrible, a la figura como paisaje, a los huecos cavernosos, y a la naturaleza como formatividad.

Quizá por ello sus obras menos convincentes son las más abstractas (escasas dentro de toda su obra), donde intenta establecer una ley general: «La figura humana es lo que más profundamente me interesa, pero yo he encontrado las leyes de la forma y el ritmo en el estudio de los objetos naturales, guijarros, huesos, árboles, plantas, etc.»

Toda forma, y su complementario, el hueco, se producen entonces con arreglo a las leyes formales de la naturaleza, que él considera universales. Es el peligroso momento de generalizar un proceso, perdiendo sus propios límites bien definidos, y rivalizar en malas condiciones con otras estéticas, abstractas ya desde sus planteamientos.

Y si no, que se lo pregunten a la gran cantidad de artistas que han intentado seguirle, en este país y fuera de él: han caído, irremisiblemente, en la imitación formal de sus temas más conocidos o en la retórica de soluciones *orgánicas*, que quedan normalmente en sensuales juegos de forma. Pues Moore, sin su constante ejemplificación del arquetipo, unido siempre a lo

primitivo, formalmente, y a lo eterno, clásicamente, se desmorona, porque su juego no está en el plano —repetámoslo— de la pura resolución formal.

Y, sin embargo, ante las magníficas obras de estos últimos años, queda flotando el definitivo interrogante que se puede plantear así:

¿Cómo un artista que ha repetido desde hace muchos años los mismos recursos puede producir, todavía, obras tan excelentes como las que hemos podido constatar, donde la tensión no decae e incluso se acrecienta el misterio en ellas?

Es decir, no podemos aceptar, o no sabemos aceptar, que la tensión del descubrimiento de sus propios recursos pueda ser una emoción permanentemente instalada en un artista, y generar los mismos y fuertes sentimientos al realizar una obra veinte, treinta años después. Dicho de otro modo, y tomando como guía los agujeros, después de los primeros hallazgos, tras sus primeras y largas tentativas por identificarlos con el arquetipo, quedaron en él mismo reducidos a un código personal, perdiendo carga emotiva (al menos desde el punto de vista del artista). ¿Cómo podríamos, pues, explicar sus últimas y magistrales obras? Tendremos que olvidarnos de todo y hacerle caso cuando dice: «... yo creía antes en la verdad de la materia; ahora es en el espíritu de la obra de arte en lo que creo».



EN TORNO A BERLANGA

Antonio Gómez-Olea

Entre los escasos acontecimientos que últimamente se han presentado en el panorama del cine español, como *Deprisa, deprisa* de Carlos Saura, o *Maravillas* de Manuel Gutiérrez Aragón, está *El patrimonio nacional* de Luis G. Berlanga. Esta película ha sido la gota de agua que ha hecho rebosar el vaso de las opiniones de los críticos sobre el interés y la importancia que contiene la obra de nuestro director de cine. Berlanga tiene un sello en la frente, semejante al que recibió Hitchcock: gusta tanto al gran público como a los intelectuales.

Berlanga, junto con Saura y Buñuel, es el único cineasta que ha conseguido hacer una obra coherente durante el régimen de Franco, lo cual supone enfrentarse a un engranaje que, aparte de reprimir por medio de la censura la realización de cualquier obra artística sincera con la realidad, reprime el mecanismo individual de la imaginación

y la creación, al obligar a las personas, a través del miedo, a integrarse en un mundo de orden y terror impuesto: como ocurría al personaje de Patino en *Nueve cartas a Berta*, o al que interpretaba Teresa Gimpera en *El espíritu de la colmena*, de Víctor Erice. Hacer una obra personal en estas condiciones que ha padecido nuestro país (y que todavía padece: *Rocío* está retenida por la censura, y *El crimen de Cuenca* aún no se ha estrenado), tiene las características de un milagro.

Seguidamente presentamos, sin orden previo, algunos de los aspectos más representativos del cine de Berlanga, con la intención de elaborar un mosaico que muestre las dificultades que ha tenido para expresar sus obsesiones y fantasmas.

El género de Berlanga

Al igual que los grandes narradores cinematográficos

el realizador Luis G. Berlanga ha conseguido desarrollar un mundo propio dentro de un género. Sin embargo, resulta difícil dar un nombre al género que trata Berlanga. Algunos lo han llamado *humor negro*, pero este término no es preciso si partimos de la base de que a Berlanga no le gusta. No le gusta porque su género es genuinamente español, y aunque abarque lo *negro*, no tiene nada que ver con el *humor*. Humor, dicho por nosotros, es un esnobismo, una palabrar *progre* que pretende aparentar unas raíces que no tenemos. Es una palabra anglófila. Los ingleses pueden permitirse el humor, porque no en balde viven en una isla húmeda. Es una actitud fría, de distanciamiento, que les permite ver las cosas desde lo alto, encerrados en un mundo hermético. En otras palabras, es una visión crítica del mundo, contraria a la nuestra, que es realista. La nuestra no proviene de la inteligencia, sino de las vísceras. Producimos

carcajadas que por dentro hacen llorar. Esta risa es un principio ideal de la vida en la cultura mediterránea. No por casualidad Berlanga nació en Valencia, y en sus venas lleva sangre fallera.

Es muy difícil encontrar palabras para denominar al género de Berlanga; quizás podría llamarse *Falla negra*, o *Despelote negro*.

Lo negro de Berlanga es totalmente consecuente con el sentimiento trágico de la vida que domina en este país, y que tiene su origen en las defensas fanáticas de la religión, que hicieron fraguar en la edad media el espíritu inquisitorio. Transmitido hasta nuestros días en gran parte por los Jesuitas (tengamos en cuenta que Berlanga estudió en los Jesuitas), que mantienen la tradición en manifestaciones místicas como los ejercicios espirituales, o las Semanas Santas.

Los antecedentes literarios del género de Berlanga podemos encontrarlos en la novela picaresca (donde los personajes, por muy condenables que sean, se salvan por su ingenio), en el género grotesco (concretamente en el grotesco fúnebre, donde los momentos culminantes están marcados por la extravagancia de situaciones macabras), en el sainete (donde se satirizan los vicios), y en el esperpento (que definió Valle-Inclán en *Luces de Bohemia*). En la pintura nos remitimos a Goya y Solana. Todo este bagaje cultural y artístico apunta al género de Berlanga, donde el humor se empacha y vomita sangre.

El género de Berlanga es todo lo contrario a la farsa, donde se pierde el sentido de la realidad y el espectador piensa que, al fin y al cabo, *está viendo una película*. En este sentido es todo lo

contrario a René Clair, que interesó tanto a Berlanga en una época. En las películas de Berlanga cualquier situación, por muy disparatada que pueda parecer conserva las características de credibilidad.

A pesar de ser un género exclusivamente español, hay muy pocos cineastas que han apuntado hacia él. Aparte de Berlanga, solamente podemos encontrar un poco (muy poco) en Bardem y Saura; y bastante más en Fernando Fernán-Gómez, Bigas Luna, y las tres primeras películas de Ferreri, donde los argumentos provenían de novelas de Rafael Azcona. Por otro lado, es un género que no tiene nada que ver con Buñuel, que tiende más hacia el surrealismo y la crónica de costumbres.

La censura y Berlanga

Berlanga se queja constantemente de que si antes padecía la censura política, ahora padece la censura económica, y por una razón o por otra, se ha visto constreñido a guardar en el cajón proyectos a los que tenía gran estima (como una película sobre la guerra civil que año tras año cambiaba de título, para aprobar el examen del ministerio de Información y Turismo, y que rechazaban periódicamente). Berlanga, que jamás militó en ningún partido de la oposición, y cuya oposición al régimen y a la sociedad de nuestro país ha sido más sentimental que dialéctica, fue uno de los cineastas más perseguidos por la censura y, un poco de rebote, también por la industria. Como los escasos directores de cine con talento que mostraron los aspectos cotidianos de España, que tanto se preocupaban de

enmascarar las producciones españolas de la época, Berlanga siempre tuvo un escaso suceso comercial, que le obligó a hacer pocas películas. Lamentablemente, dos intervalos de cuatro años de inactividad (después de realizar *Los jueves, milagro* y *El verdugo*), y una escasa filmografía, con doce largometrajes y un sketch, dan fe de ello.

Mientras que Buñuel y Arrabal marcharon al extranjero, Berlanga se quedó en España. Su cine padeció el franquismo desde dentro, y todas sus películas han tenido algún percance con la censura. *¡Bienvenido Mr. Marshall!* (1952) tuvo varios cortes, para no ofender a los yankis en el festival de Cannes; sin embargo recibió una mención especial del jurado, y de esa forma Berlanga abrió una brecha, creando una cierta expectativa ante el cine español en el mundo internacional. Gracias a aquel triunfo, Berlanga y Bardem pudieron estrenar su primera película, que dirigieron juntos: *Esa pareja feliz* (1961), en una línea opuesta a las contemporáneas superproducciones de CIFESA. Con *Novio a la vista* (1953), que es una gran película, donde se ridiculiza de una manera muy divertida a la burguesía española, la censura se comportó de una manera más que ridícula, surrealista. Fue, seguramente, la primera vez en la historia del cine donde, en lugar de suprimir una escena, obligaron a aumentar otra. Había unos generales retirados, y la censura obligó a que aparecieran sus mujeres diciendo que aquellos señores no eran militares, sino médicos y abogados que se vestían de militares para jugar. *Los jueves, milagro* (1957), sufrió tanto la censura oficial, como la privada de la produc-

ción, que fue a parar a manos del Opus, y un cura reescribió el guión hasta distorsionarlo completamente; incluso se rodaron fragmentos nuevos después del estreno. El sketch *El leñador*, del film *Las cuatro verdades* (1962) fue absurdamente atacado por las editoriales del ABC, donde acusaron a Berlanga de hacer una simbología de la política española, con un burro que representaba a Franco. La vez que Berlanga estuvo más cerca de ir a la cárcel fue cuando presentó, en el festival de Venezia, su película contra la pena de muerte *El verdugo* (1963). La delegación española se retiró, y le advirtió que si presentaba la película «se atuviera a las consecuencias» cuando regresara a España. No por eso Berlanga dejó de mostrar la película, ni tampoco por los abucheos que le hizo la juventud anarquista italiana antes de la proyección, creyendo que representaba al fascismo, porque en España acababan de aplicar la pena de muerte a dos chicos anarquistas. Aunque *El verdugo* es una de las mejores películas de Berlanga, sufrió importantísimos cortes en los momentos más culminantes. La última vez que fue abiertamente atacado por la censura fue en *Tamaño natural* (1973), que estuvo varios años prohibida en España.

Berlanga y la mujer

Para Berlanga la mujer es un ser superior, un tirano al que hay que derribar de su pedestal. Esta concepción suele conducir a la homosexualidad o la misoginia, y revistiéndose con esa coraza, combate a la mujer. Siempre pierde; sus personajes son perdedores en todo, pero especialmente en las aventuras

amorosas. Ahí está *Tamaño natural*: un hombre que se siente insatisfecho de su esposa y las mujeres que le rodean, lo deja todo para vivir con una muñeca artificial y, al final, encontrándose en un callejón sin salida, se tira al río con ella; mientras que él se hunde, la muñeca sale a flote. Lo mismo sucede en *La boutique* (1967), donde al final, la mujer que sobrevive a un hombre se prepara para cazar a otro.

La mujer a través de los siglos, en su condición de sexo débil, ha desarrollado un instinto que no solamente le permite defenderse del hombre, sino vencerle siempre. Es capaz de atacar por la espalda, utilizar el chantaje, y tejer una tela de araña; quien cae en sus redes está perdido. La mujer es el elemento represor que conduce los instintos al matrimonio, para impedir su liberación y controlarlos. Este es el caso de *El verdugo*, donde el protagonista es compensado de convertirse en verdugo por las caricias de su mujer, a la que poco importa que su marido sea verdugo o asesino, con tal de que le sirva como un cuerpo nutricio a un parásito. La mujer del verdugo es sosa, gorda y vulgar, pero tiene la gran baza a favor de ser una mujer, y el poder de reprimir o satisfacer los deseos del hombre. En este sentido es la representante de la mentalidad pequeño burguesa, que defiende la idea del matrimonio, el hijo, el piso, y la estabilidad económica y sentimental (si cabe).

La escopeta nacional (1978) casi podría decirse que comienza con una masturbación. Allí encontramos la fabulosa colección del marqués, de pelos púbicos guardados en frasquitos, que una mujer rompe a bastonazos;

además de castradora, mezuquina. También encontramos unas ligas que quedan grabadas en la imaginación de manera portentosa. Los objetos adquieren a veces, en las películas de Berlanga, una importancia capital. Así sucede también en *El patrimonio nacional*, con la radio portátil que utiliza la condesa para comunicarse con su criado-amante. Relación que nos remite a Sade (el criado obediente y débil, la señora dominante y fuerte).

Sin entrar en el terreno del psicoanálisis, las películas de Berlanga pueden estudiarse por los objetos feticistas de la misma manera que la faena de un torero andaluz, que confía su suerte a la superstición.

El hombre, en las películas de Berlanga, siempre tiene conflictos con la mujer, normalmente motivados por la represión. El hijo del marqués, en *La escopeta nacional*, se encierra con la joven actriz, y en *El patrimonio nacional* siempre aparece con una pornografía entre manos. Es un obseso sexual; y quién sabe si su obsesión no proviene de tener una mujer tuerta que no deja de asediarse (¿pretenderá que le haga el amor por el ojo?). Las mejores mujeres que encuentra este personaje son seres completamente inaccesibles, como la sueca que cuesta cientos de miles de pesetas por un fin de semana, la hija del amigo, que juega al golf, o la novia del personaje que interpreta José Luis de Vilallonga.

Berlanga y la muerte

Berlanga trata con gran respeto a la muerte, como si fuera una persona con la que jamás quisiera enfrentarse, y

a la que el miedo le hace buscar su amistad. Hay una anécdota en el rodaje de *El patrimonio nacional*, donde Berlanga tuvo que recurrir tímidamente a un ayudante para pedir a Mary Santpere que se introdujera en el ataúd; porque él nunca se hubiera atrevido a hacerlo.

Filmar la muerte sirve a Berlanga para exorcisar el miedo que siente por ella. Lo sepulta en sus películas, y a éstas les confiere el valor mágico de un talismán que le hace inmortal. Igualmente le sucede con las supersticiones; no es extraño encontrar a sus personajes haciendo cuernos con los dedos (como el de Luis Escobar en *El patrimonio nacional*) y tocando madera. Si crear talismanes protectores no es la razón por la que Berlanga hace cine, al menos es una manera para entender sus películas.

Cuando aparece la muerte, nunca pasa desapercibida como un hecho cotidiano —en definitiva, Berlanga no hace westerns ni policiales—, sino que arrastra toda una cadena de irregularidades barrocas. En *¡Vivan los novios!*, la madre del protagonista muere el día anterior a su boda, y el problema del novio se convierte en ocultar el cadáver para que no coincidan la ceremonia nupcial con la del entierro; sin embargo, al final se celebrarán una ceremonia detrás de la otra. La coincidencia de la boda con el entierro de la madre es prácticamente lo mismo que casarse un martes trece; nos remite al orden de la mala suerte. Esta fuerza mágica hace que las situaciones más importantes de la película estén dominadas por el macabrisimo, como cuando el cadáver de la madre es metido en hielo para que no se pudra, o cuando un pescador

lo captura de un arponazo en el mar.

La muerte de la condesa, en *El patrimonio nacional*, decide el desenlace de la película. Su suicidio lo presenta Berlanga con una elipsis donde el mayordomo lleva al palacio real el anuncio de su defunción, acompañado de un *poster* de la familia de Carlos IV de Goya con un balón, para el Rey, como modelo para el próximo mundial de fútbol. Nos encontramos de nuevo con el barroquismo mortuorio en la misa, con el cuerpo presente y las siniestras búsquedas de las joyas.

Seguramente, la muerte más libre de connotaciones barrocas, la más cercana a la frase de Bécquer «qué solos se quedan los muertos», sea la del pobre anciano en *Plácido*, que en el último momento, a pesar de las hostigaciones de su anciana amante, reniega de esposarse y morir en gracia de Dios (aunque el cura los case igualmente). Esa muerte, sin embargo, es accidental y se utiliza como un obstáculo más en las desgracias de Plácido. En *El verdugo*, en cambio, la muerte se presenta como un fantasma en el terror de quitar la vida a alguien.

Los personajes de Berlanga

El mito de identificarse con los personajes se cumple en las películas de Berlanga. Sus personajes no son miserables, sino que viven en un mundo miserable. Están solos contra todos y la sociedad les devora. Las baladas de sus personajes son semejantes a la de su propia vida. Berlanga siempre ha estado sólo contra todos: si su familia quería que se hiciera arquitecto, se hizo director de

cine; si el cine que se hacía eran superproducciones patrióticas o folklóricas, hizo películas sobre sentimientos comunes; si la vanguardia era el neorrealismo, buscó su propio género. Lo mismo le sucede como director de la filmoteca y en su intento de volver a abrir la escuela de cine. Incansable en la producción de guiones, ha podido hacer muy pocas películas. Todo esto hace de Berlanga un gran perdedor.

Muchas veces se ha dicho que Berlanga es cruel con sus personajes; nada más falso. La vida es quien los trata cruelmente; Berlanga les misma: les lleva el desayuno a la cama todos los días. Por mucho que se empeñe en mostrarse tierno con ellos, no puede ocultar el entorno que les rodea. Entonces es cuando se plantea la crueldad. En todas sus películas los personajes centrales comienzan en una situación nefasta, luchan por salir de ella, y al final terminan en una situación igual o peor que al principio. Esto proclama una interpretación de la vida más que pesimista: realista.

Berlanga es el cineasta de los débiles, y siente debilidad por los desprotegidos: sus personajes inspiran compasión. Esta ternura se convierte en una contradicción cuando se presenta la posibilidad de establecer una dialéctica social. En este sentido, su método es todo lo contrario al de la teoría de la distanciamiento de Brecht.

Berlanga crea una estética del perdedor, muy distinta a la americana (Huston, Penn, Peckinpah), porque no utiliza el lenguaje de la violencia, sino el de la miserabilidad de la secta. En *La escopeta nacional*, el empresario catalán, que pertenece como los demás personajes a la fauna

de la alta burguesía española, está tratado libre del prejuicio que suelen tener los intelectuales burgueses con su propia clase. El hecho de pertenecer a la clase emancipada económicamente de la sociedad no le impide ser víctima de su misma clase. Lo mismo sucede en *El patrimonio nacional* con el marqués, que contrae deudas para restaurar su palacio, y finalmente se convierte en una pieza museable. Los personajes de Berlanga, al ser perdedores, se salvan.

La trayectoria del fracaso conduce a una soledad impuesta, que produce incomunicación. Una incomunicación muy distinta a la que descubrió Antonioni en la alienación. Los personajes de Berlanga no están alienados, saben perfectamente lo que quieren y luchan contra corriente; por eso están solos. En *Plácido*, el personaje no tiene un minuto libre el día de nochebuena, porque necesita encontrar el dinero para pagar su motocarro. Acude a todos, pero nadie le escucha. La crueldad que padece es semejante a la de una pesadilla donde uno quiere moverse y sus músculos, sistemáticamente, no responden.

Como se habla de los personajes de Fellini se puede hablar de los de Berlanga, porque tienen unas características muy precisas, con una especie de carnet de afiliación española. Indiscutiblemente, lo que les hace tan peculiares —a excepción de Michel Piccoli en *Tamaño natural*, que es más internacional—, es la selección y dirección de actores. Berlanga escribe normalmente sus guiones con Rafael Azcona, pensando en los actores; lo que suministra una gran dosis de concreción a sus personajes. Sus actores

son generalmente grandes actores, muchos de los cuales han estado incomprensiblemente mal aprovechados por la industria del espectáculo. En cuanto a la dirección de actores, Berlanga ha dicho muchas veces que no utiliza ningún método; se limita a vampirizarlos. Siendo así, tiene una gran sensibilidad como vampiro.

El estilo de Berlanga

A modo de conclusión, pasamos a exponer la manera en que Berlanga construye sus películas, cómo ha conseguido establecer una relación entre el contenido y la forma, para enlazar sus espectáculos con un denominador común: el estilo. La expresión del estilo está en el lenguaje, y la construcción del lenguaje en la gramática, en el uso de la técnica. La palabra *técnica* es excesivamente fría, pero adquiere un sentido cinematográfico cuando responde a la expresión de emociones.

Cada autor de cine tiene unas constantes que repite motivado por un proceso inconsciente en todas sus películas. Son constantes mágicas que se escapan del ritmo y las encuadraturas, y rompen el hielo con el espectador, consiguiendo que éste se olvide de que está en el cine, y ni siquiera pueda darse cuenta de la manera en que ha estado hecha la película. Por ejemplo, Bergman lo consigue frecuentemente con los primeros planos, y es imposible saber si depende de la relación de montaje, o de un gesto imperceptible de sus actores.

Berlanga es todo lo contrario a un obsesionado por la técnica. No tiene una especial debilidad por la fotografía, pero siempre la

usa en su mejor medida; en función de la historia, sin que resalte. Siempre ha sabido entenderse con sus fotógrafos también en la escenografía y la música. El montaje, en cambio, tiende a realizarlo en el rodaje, uniendo unas secuencias con otras por medio del diálogo, y cada vez más usando el plano-secuencia.

Sin entrar en el terreno de las significaciones morales de los movimientos de cámara, que durante un tiempo preocupó tanto a Godard, Berlanga utiliza con gran asiduidad el plano-secuencia; de esta manera subraya la opresión que padecen sus personajes centrales por el grupo social. A muchos directores les da miedo usarlo, porque puede destruir muy fácilmente el ritmo de la película al impedir el montaje. Su empleo debe de estar siempre justificado, y ésta es la única manera de que no lo advierta el espectador e impida caer en el estilismo. Si Antonioni utiliza el plano-secuencia en un sentido descriptivo, y Miclos Jancso en el de la distanciamiento, Berlanga lo usa en el del aborto: para resolver las escenas corales en momentos donde suceden demasiadas cosas a la vez.

Berlanga dice que en toda película hay una parte lógica y otra mágica. La lógica está en la construcción del guión (y, en este sentido, no tiene ningún inconveniente en escribirlo con Rafael Azcona), y la mágica en el momento del rodaje. Un guión es el esqueleto de una película, que podrá ser más o menos bella o eficaz, según componga su carne y su espíritu el director; por eso el director tiene la función de un mago. Berlanga es más mágico que lógico, más brujo que intelectual.

Leviatán

REVISTA MENSUAL DE HECHOS E IDEAS

Director: Luis Araquistáin

NUMERO 1

MADRID

MAYO-1934

LA NUEVA POLITICA: ROOSEVELT

Julián Besteiro

Antecedentes ideológicos y psicológicos

Las primeras disposiciones legales que inauguraron la política de reconstrucción personificada en el nombre del Presidente Roosevelt fueron promulgadas en el mes de marzo de 1933. Desde entonces acá la atención mundial ha venido fijándose con detenimiento en la marcha de los acontecimientos políticos y en el curso de los fenómenos económicos, que tienen como teatro de acción la gran república de los Estados Unidos de América del Norte. Los juicios que de esta política económica se han formulado en nuestro país han sido en general adversos y, en muchos casos, contradictorios. Si se tiene en cuenta la repercusión que la marcha de los acontecimientos político-económicos de

los Estados Unidos puede tener en la organización sindical y en el movimiento socialista del mundo todo, bien merece la pena que hagamos un esfuerzo por comprender el significado que realmente tales acontecimientos políticos pueden tener.

Para conseguir esta finalidad parece, a primera vista, que hay un procedimiento sencillo y fácilmente asequible. Este procedimiento consiste en el análisis de los textos legales, que han sido recogidos por la *Oficina Internacional del Trabajo* y traducidos o, al menos, resumidos en varias publicaciones que aparecen en las principales naciones de Europa¹.

La legislación de urgencia promulgada por el presidente Roosevelt para hacer frente a la gravísima crisis económica que sufre la Re-

pública Norteamericana, constituye a la hora actual un verdadero dédalo de disposiciones emanadas del Congreso (Senado y Cámara de Representantes reunidos). Cualquiera que se atreva a arriesgarse en este dédalo sin una cierta preparación previa, sin un cierto caudal de ideas, por modesto que sea, capaz de servirle de orientación, corre un peligro cierto de extraviarse y no encontrar la salida. Este peligro se acentúa si se tiene en cuenta que, acerca de la vida económica y política de los Estados Unidos, son corrientes una serie de concepciones falsas de las cuales es preciso desembarazarse si no se quiere aumentar los obstáculos que pueden oponerse a la marcha con el peso muerto de un bagaje de prejuicios.

Una de estas concepciones falsas que nos asedian y que es preciso, desde el primer

momento, desvanecer, es aquella según la cual la política de Roosevelt ha brotado como una planta exótica, de un modo inesperado y poco menos que milagroso, en un campo desierto o preparado para muy distintos cultivos.

Contrariamente a esta concepción, la política de Roosevelt no es sino una reacción natural contra los estragos de la crisis económica que los Estados Unidos sufren de un modo violento desde el año 1929.

Hace poco hemos tenido ocasión de oír la conferencia que, con el título de «La crisis americana y la política social de Roosevelt», ha pronunciado el camarada Jacinto Dubreuil en la Sociedad para el Progreso Social.

Es sabido que el compañero Dubreuil se halla especialmente preparado para apreciar la significación de al actual política económico-social de Norteamérica por haber trabajado allí como obrero metalúrgico en los tiempos de prosperidad, y haber recorrido aquella nación recientemente para apreciar los efectos de la crisis.

Para describir estos efectos, Dubreuil no encuentra otro término de comparación que el recuerdo del trágico espectáculo que ofrecían en 1914 los ciudadanos reducidos a la miseria y fugitivos delante del ejército alemán invasor del territorio francés.

Por eso, la política de Roosevelt ante la crisis se ha comparado con la política de Lloyd George durante la gran guerra. Es una reacción, si se quiere heroica, contra una inmensa y dolorosa tragedia.

Si de este modo, la políti-

ca de Roosevelt tiene un antecedente natural de carácter económico y ligado al propio desenvolvimiento del régimen capitalista, no es, por otra parte, menos cierto que esa política, en el orden ideológico y psicológico, tiene también sus antecedentes naturales y puede serlo todo menos una improvisación.

Hubiera sido bien extraño que, en el emporio del capitalismo, en la nación de los *trusts*, donde la concentración industrial, el maquinismo, la racionalización del trabajo y la competencia *a degüello* (*cut throat competition*), se han llevado a los últimos extremos, los espíritus no se hubieran hecho permeables a la idea de las contradicciones que encierra en su seno el régimen capitalista, y de la necesidad de cambiar los fundamentos de la economía clásica, realizar una revolución económica que implica, al mismo tiempo, una revolución política y social.

Esa preparación de los espíritus se había producido en los Estados Unidos en los años de prosperidad y ha tenido manifestaciones inequívocas durante los años de depresión. Prueba de ello es la existencia de capitanes de industria, de comerciantes y hombres de negocios de primera fila que exponían, y en cierto modo practicaban, ideas renovadoras de la estructura económica y de la estructura política nacional. La existencia de esta literatura renovadora, debida a hombres de negocios eminentes, es lo que principalmente ha debido influir en una mentalidad como la del novelista inglés Wells para llegar a creer que el instrumento de la revolución económica habría de estar constituido por una

aristocracia de *business men*.

Esa tendencia, que pudiéramos caracterizar como una revolución económica operada desde arriba, puede personificarse bien en dos nombres conocidos: Ford y Filene.

Ford, teóricamente es un autócrata. Prácticamente lo es también, como ha quedado demostrado en la resistencia que ha opuesto al reconocimiento de la libertad sindical, resistencia que hasta ha ocasionado alguna cláusula ambigua y poco claramente adaptada a los términos de la ley en alguno de los códigos industriales establecidos a consecuencia del desarrollo del plan de reconstrucción.

A pesar de esto, Ford ha sido el patrocinador de la política de salarios altos y de producción en gran escala y barata, y la afirmación teórica de esos principios, sin duda, tiene una gran significación frente a la economía tradicional del capitalismo fundada en el precepto contenido en esta sola palabra «enriqueceos», y sólo obediente a estos dos principios: pagar los jornales más bajos y vender a los precios más altos que sea posible.

Filene pretende ser un espíritu democrático y radical. Ciertamente sus radicalismos, que le llevan a negar fundamento humano a la virtud del trabajo, preconizada por las religiones para ventaja de los ricos, no le impidió declarar que la revolución industrial que ha de borrar por completo la vieja economía no puede ser realizada sino por los hombres que entienden de negocios: por los grandes negociantes. A pesar de eso, no debe desconocerse que Filene es un entusiasta defensor, no sola-

mente de una producción basada en los jornales altos, las jornadas breves y los baratos precios de los productos, ni únicamente de una producción en gran escala, en masa, sino de una producción para la masa; es decir, que no obedezca a otro principio que el de la satisfacción de las necesidades existentes en la masa, y no sólo de las necesidades actualmente existentes, sino de las que pueden nacer de una política social que promueva el ocio culto de las multitudes y cree en ellas necesidades y apetencias nuevas.

Si estos dos ejemplos que he citado se consideran, y creo que deben considerarse, dotados de un carácter representativo, se comprenderá que, como económicamente, psicológicamente contaba la política de Roosevelt con un terreno bien preparado y se comprenderá además que esta política haya podido encontrar un fuerte apoyo en la opinión.

Esta consideración previa nos permite empezar a formar un juicio acerca de la política de Roosevelt.

Límites de esa política

Con ella, como más adelante veremos confirmado y como corresponde a los antecedentes que hemos indicado ya, no trata el Presidente de los Estados Unidos de imponer al pueblo norteamericano un esquema más o menos perfecto de organización económica, por virtud de la cual la reconstrucción se produzca; de lo que trata es de promover en el pueblo todo, en la unidad de sus Estados federados y en la unidad de sus clases, un proceso de defensa contra la crisis, proceso del cual espe-

ran los entusiastas de la nueva política la reconstrucción económica del país y la iniciación de un período de prosperidad general. La política de Roosevelt pretende de este modo escapar a todo reproche de tendencia personalista, autocrática o dictatorial y definirse, con la expresión empleada en los Estados Unidos, como un *new deal*, es decir, como un nuevo modo de operar dentro de las instituciones democráticas².

Para poder apreciar hasta qué punto estas pretensiones son justas conviene ahora fijar la atención, ya que no sobre todas, sí sobre algunas de las disposiciones legales que son el fundamento de la obra de reconstrucción, para pasar después a considerar los caracteres de la obra de reconstrucción misma.

Estas disposiciones legales más importantes son dos: la *Ley de Reconstrucción de la Industria Nacional* (National Industrial Recovery Act), aprobada por el Congreso en 16 de junio de 1933, y las leyes de *Adaptación de la Agricultura* (Agricultural Adjustment Act) y de *Urgencia Relativa a las Hipotecas de las Fincas Rústicas* (Emergency Farm Mortgage Act), publicadas conjuntamente en 12 de mayo de 1933.

Un estudio más detenido no podrá menos de tomar en consideración otras disposiciones legislativas, tales como la *Ley de Urgencia sobre el Transporte por Ferrocarril* (Emergency Railroad Transportation), en su título I; la *Ley Federal de Asistencia Urgente* (Federal Emergency Relief Act); la *Ley de Subsidio al Paro Forzoso* (Unemployment Relief Act); la *Ley Nacional sobre el servicio de colocación* (National

Employment Act), y otras más que no citamos en gracia de la simplificación.

La primera de las leyes mencionadas, o sea, la *Ley de Reconstrucción de la Industria Nacional*, contiene una serie de atribuciones concedidas al presidente y que deben servir de base para la formación de los códigos por los que han de regirse las diversas industrias. Según estas autorizaciones, el presidente puede consentir o prohibir el ejercicio de la industria a las diversas empresas, según que practiquen o no una competencia lícita; puede restringir las importaciones si son perjudiciales para los fines perseguidos en los códigos y, si llega a ser necesario, puede fijar las reglas del trabajo industrial; pero el mismo presidente debe someter los códigos a la aprobación de asociaciones industriales, y sólo en el caso de que estas asociaciones no lleguen a un acuerdo, puede el presidente imponerlos. Los códigos así establecidos están exceptuados de la ley contra los *trusts*. Por su parte, las asociaciones industriales deben dar cuenta de sus actividades al presidente, que puede fijar normas a esas asociaciones, y los códigos deben incluir provisiones relativas al contrato colectivo, al máximo de horas y al mínimo de jornal. Esta misma ley contiene las bases de un programa de obras públicas, que incluye principalmente la construcción de carreteras, de viviendas y la demolición de barrios insalubres. Entre estas prescripciones están incluidas algunas concernientes a la regulación del trabajo en las obras públicas, y entre ellas una importante estableciendo para estos trabajos la jornada de treinta horas semanales.

La segunda de las leyes a que nos venimos refiriendo tiene aún mayores complicaciones, puesto que contiene en sus diversos títulos las disposiciones relativas a la adaptación de la agricultura y las concernientes a las hipotecas sobre las fincas rústicas. Las disposiciones concernientes a la adaptación de la agricultura consisten en autorizaciones al ministro correspondiente para restringir la producción de ciertos productos de la agricultura y de la ganadería, juntamente con las compensaciones que pueden ofrecerse a los propietarios que acepten tales restricciones. Las disposiciones relativas a las fincas rústicas tienen muy especial importancia, porque en ellas están contenidos los preceptos que han sido más frecuentemente criticados y de cuya aplicación se ha venido constantemente esperando el fracaso de la política de Roosevelt bajo la amenaza de una nueva catástrofe producida por la inflación. Estos preceptos se refieren a la autorización concedida al presidente para la compra de valores públicos, para la acuñación de plata en una determinada relación y para emitir bonos hasta una cierta suma, sobre el valor de la plata. Igualmente están en estos preceptos contenidas las autorizaciones para nuevas emisiones de billetes y para reducir el valor del dólar en peso de oro en un 50 por 100.

La mera enumeración de estos preceptos legales puede ser suficiente para corroborar la afirmación que hemos formulado desde el principio acerca del aspecto laberíntico de toda esta legislación, obediente a un criterio empírico, como dictada por la necesidad de ir saliendo al paso de las di-

ficultades según se han ido presentando. Así se nota la interferencia, en una misma disposición legal, de varios preceptos que versan sobre materias que, aparentemente al menos, difieren las unas de las otras de una manera esencial.

Por eso, en el espíritu de muchos investigadores, ha surgido la idea de establecer un orden sistemático que agrupe las diversas medidas adoptadas según sus afinidades e independientemente del orden cronológico de su aparición.

A este fin, Harold Butler, director de la Oficina Internacional del Trabajo, propone que todas las medidas surgidas por las disposiciones legales para conseguir la reconstrucción económica en los Estados Unidos, así como las diversas resoluciones adoptadas como consecuencia de ellas en los códigos de las diversas industrias, sean agrupadas bajo estos tres epígrafes: medidas de asistencia, de restablecimiento y de reconstrucción.

Sea cualquiera la importancia que concedamos a esta propuesta, los límites de este trabajo y nuestra propia inclinación nos vedan embarcarnos en esta ardua tarea de análisis minucioso y de ordenación sistemática.

Sus contradicciones

Para nuestros fines nos basta hacer notar que entre las mismas disposiciones por nosotros enumeradas no solamente pueden notarse heterogeneidades, sino también verdaderas contradicciones.

En efecto, no se explica fácilmente que puedan conciliarse en una misma política

la tendencia a convertir la producción industrial en un servicio social regido por el principio de la satisfacción de las necesidades del consumo, que es la tendencia predominante en la *Ley de Reconstrucción de la Industria Nacional*, con la tendencia opuesta, predominante en la *Ley de Adaptación de la Agricultura*, y que consiste en elevar el precio de los productos mediante un sabotaje de los más eficaces medios de que dispone la técnica, realizado legalmente y en grandes proporciones.

Este carácter ecléctico que se descubre en los textos legales básicos de la política de reconstrucción puede explicarse por dificultades prácticas y de momento; pero en todo caso denota la existencia de un freno en la política renovadora y la fijación de un límite que el cambio de la estructura económica no debe traspasar, sean cualesquiera las concesiones que hayan de hacerse al espíritu renovador o propiamente revolucionario.

A la *Ley de Reconstrucción de la Industria Nacional* los mismos legisladores le han puesto un límite de vigencia de dos años y, dentro de ella, las autorizaciones para combatir la competencia abusiva no tienen más que un año de duración. Por lo que se refiere a la *Ley de Adaptación de la Agricultura*, las prescripciones contenidas en su título I deben cesar tan pronto como el presidente juzgue que ha terminado su urgencia.

Estas limitaciones tienen, a nuestro juicio, un significado que es preciso subrayar. Parece como si el legislador hubiese procedido inspirado por la idea de que la crisis actual de la industria es una crisis pasaje-

ra, sin duda de una gravedad superior a la de otras crisis anteriores, pero de la misma especie de todas las que se han producido siguiendo la ley de los ciclos a que, por su propia naturaleza, se halla sometida la producción en el régimen capitalista.

En el fondo, esta idea implica la esperanza de que el equilibrio económico se restablezca por sí mismo y de que llegue un momento en que las medidas drásticas que ahora se adoptan sean innecesarias y no hayan de originar un cambio permanente en la estructura de la vida social.

Si nuestra visión de las cosas es justa, el significado que haya de tener la política de Roosevelt depende de que llegue un momento en que el ímpetu renovador se detenga por temor a las consecuencias de la obra emprendida, o de que, acumulándose cada vez mayores dificultades y ante el convencimiento de que la crisis actual significa una quiebra total del sistema capitalista, el pueblo norteamericano continúe la acción iniciada aceptando todos los resultados que de ella se hayan de seguir.

En el primer caso, el experimento norteamericano no pasaría de ser un intento de detener el curso de la Historia, semejante, no por sus modos, pero sí por sus propósitos y sus fines, a los torpes y criminales experimentos del fascismo.

En el segundo caso, los Estados Unidos podrían llegar a ser el ejemplo más estimulante y más aleccionador para todos los pueblos dotados de impulsos vitales y de inteligencia suficientes para mirar con el alma serena el porvenir.

Hemos hablado del experimento americano, y en este punto tenemos que dirigir nuestras excusas al camarada Dubreuil, que protesta cuando oye llamar *experimento* a la política de renovación de Roosevelt.

No le falta razón a nuestro compañero. La palabra *experimento*, transportada al dominio de la vida económica, política y social, evoca siempre un recelo de violencia y de dictadura. La política renovadora de Roosevelt, por lo menos hasta el presente, no puede asimilarse a ese género de dictaduras reaccionarias que, más bien que dictaduras propiamente dichas en el sentido clásico de la palabra, son movimientos demagógicos de carácter cesarista.

Su carácter democrático

El carácter democrático de la actuación de Roosevelt consiste en que, para usar de las autorizaciones que le conceden las leyes de urgencia, tiene que convocar a las asociaciones industriales y en ellas, públicamente, como en verdaderas asambleas constituidas por directores de empresas, por obreros y consumidores, ha de

ser donde se tomen los acuerdos que deben regir la vida industrial.

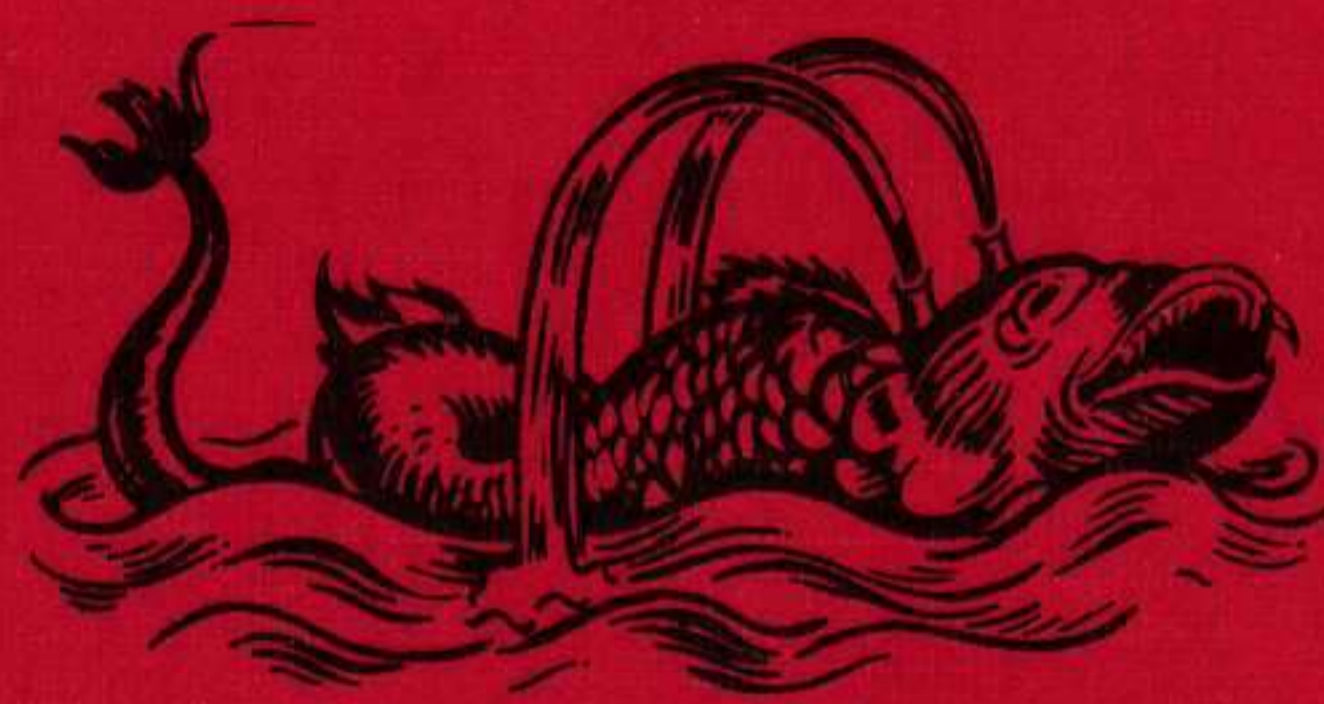
La ley reserva un margen de autodeterminación al presidente en el caso de que las asociaciones de industria fracasasen en su empeño. Este margen de autorización, como el límite de vigencia de las leyes, no puede menos de sugerir ciertas dudas acerca de la forma en que habrá de evolucionar en el porvenir la obra de reconstrucción económica.

Estas dudas no pueden, sin embargo, disminuir el valor que, hoy por hoy, tienen las iniciativas tomadas en los Estados Unidos.

El ejemplo ofrecido por el Congreso de ese gran país, creando por su propia voluntad órganos democráticos nuevos que respondan a la urgencia con que se plantean los grandes problemas económicos, merece la mayor meditación por parte de todas las naciones cuidadas de sí mismas, amantes de las prerrogativas legítimas de las masas populares y abiertas sin recelos ni temores a todos los requerimientos del porvenir.

¹ Véanse *Internacional Labour Office. Studies and Reports, series R, núm. 19. National Recovery Measures in the United States.*—*Revista Internacional del Trabajo*, números de octubre y diciembre de 1933 y enero de 1934.

² Véase *Looking Forward*, by Franklin D. Roosevelt. The John Day Company. New York, 1933.—Cont. Gustav Stolpor: *Politics versus Economics*. Foreign Affairs. Abril 1934, p. 357.



PRECIO DE ESTE EJEMPLAR: 250 PTS.